

La
BIBLIA
Popular

1 Corintios

2 Corintios

Gálatas

Efesios

Filipenses

Colosenses

1 Tesalonicenses

2 Tesalonicenses

1 Timoteo

2 Timoteo

Tito

Filemón

Hebreos

Harlyn J. Kuschel

La Biblia Popular

ROLAND CAP EHLKE

Editor General

ARMIN J. PANNING

Editor del Nuevo Testamento

G. JEROME ALBRECHT

Editor del Manuscrito

Filipenses Colosenses Filemón

Harlyn J. Kuschel

EDITORIAL NORTHWESTERN

Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Los mapas de los viajes de Pablo fueron dibujados por el Dr. John Lawrenz de Milwaukee, Wisconsin.

Primera reimpresión en español 1999

Todos los pasajes bíblicos son tomados de la Santa Biblia, versión Reina Valera Estándar 1995 [América Latina], derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o archivada, ni transmitida por ningún medio — ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado o de cualquier otra forma — sin permiso de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

Library of Congress Control Number: 00-134150
Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226 3284
© 2000 por Northwestern Publishing House
Publicado en 2000
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-8100-1266-9

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	iv
<i>Prefacio a la edición en español</i>	v
Introducción general a las epístolas escritas en la prisión	1
Introducción a Filipenses	7
Saludos y agradecimiento.....	14
Un informe gozoso desde la prisión	23
Ánimo para llevar la vida gozosa en el evangelio.....	34
Agradecimiento y saludos	95
Introducción a Colosenses	102
Saludos y agradecimiento.....	112
Jesús es suficiente para nuestra fe	123
Jesús es suficiente para nuestra vida cristiana.....	167
Introducción a Filemón	212
Saludos y agradecimiento.....	217
Súplica de Pablo por Onésimo	222
Otros asuntos semejantes; despedida y bendición	229

ILUSTRACIONES

Pablo.....	vi
¡Qué sea crucificado!.....	46
Mapas de los viajes de Pablo.....	232

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de la versión Reina-Valera, revisión de 1995. (El comentario original en inglés se basó en la *New International Version*). Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen aplicaciones personales así como antecedentes históricos y explicaciones.

Los autores de la *Biblia Popular* son hombres eruditos y con una perspectiva práctica adquirida a través de años de experiencia en la enseñanza y la predicación ministerial; han tratado de evitar el lenguaje técnico que caracteriza a muchas series de comentarios y que dificulta su lectura para todos aquellos que no sean eruditos en el estudio de la Biblia.

El rasgo más importante de estos libros es que están centrados en Cristo. Hablando de las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo declaró: “Ellas (las Escrituras) son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de la *Biblia Popular* enfoca nuestra atención en Jesucristo; él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios vienen acompañados de mapas, ilustraciones e información arqueológica cuando así se considera conveniente. En la parte superior de cada página aparece un encabezamiento que remite al lector al pasaje específico que desee encontrar.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Oramos para que esta labor pueda continuar como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al beneficio de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, revisión de 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la *New International Version*, no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera de 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Este volumen fue traducido por el pastor Otoniel Rodríguez, que trabaja como misionero en Chile para el Sínodo Evangélico Luterano. El pastor Rodríguez, médico egresado de la Universidad Nacional Autónoma de México, se graduó en el Seminario Luterano Confesional y actualmente es pastor de la Iglesia Cristiana de la Reforma Luterana en Chile. La Sra. Cristina Zimdars, natural de México y esposa de un pastor que trabaja en California, y la Sra. Albina Teigen, natural de Lima, Perú, y esposa de un pastor que trabaja en Mankato, Minnesota, hicieron la revisión de este libro. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

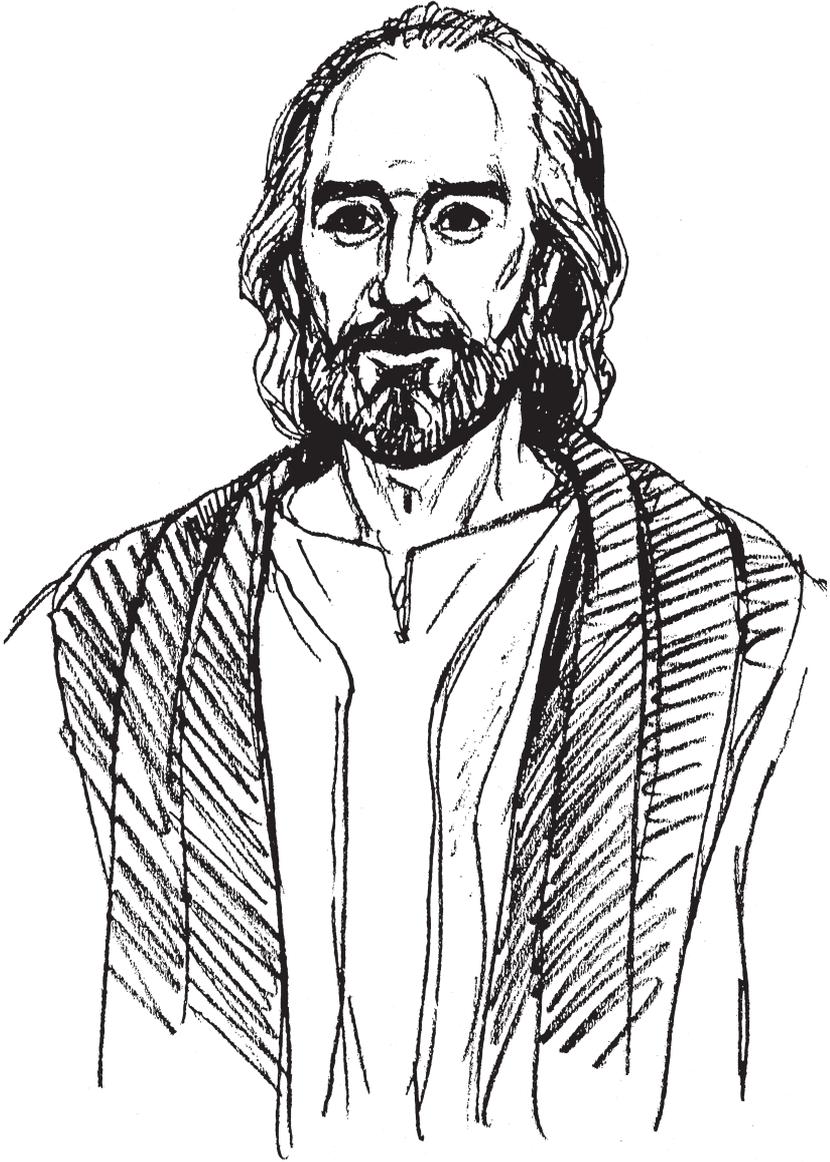
Vigésimo domingo después de Pentecostés de 1999

Paul Hartman, director

Publicaciones Multilingües

Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin

El Paso, TX



Pablo

INTRODUCCIÓN GENERAL A LAS EPÍSTOLAS ESCRITAS EN PRISIÓN

El término “epístolas escritas en prisión” o “epístolas en cautiverio” es el nombre global que se les da a las cartas del apóstol Pablo que conocemos como Filipenses, Colosenses y Filemón, juntamente con Efesios. Pablo escribió estas cuatro epístolas mientras se encontraba en prisión. Habla de sus lazos de afecto y de su singular llamamiento como “embajador en cadenas” del Señor. Estas expresiones comunes, la semejanza de las varias observaciones personales que hace el apóstol en las cuatro epístolas, y el hecho de que tres de las cuatro fueron entregadas a su destinatario por el mismo hombre, Tíquico, nos hacen llegar a la conclusión de que estas cuatro cartas fueron escritas en el mismo período de confinamiento.

Pablo estaba encarcelado en Roma; estaba a la espera de la audiencia por su recurso de apelación y del veredicto que el emperador le daría. Este tiempo abarcó probablemente unos dos años, desde el año 61 hasta el 63. A este encarcelamiento particular algunas veces se le llama el primer encarcelamiento de Pablo en Roma; también estuvo prisionero en Roma una segunda vez, poco antes de su muerte.

San Lucas, en Hechos 21-27, habla con detalle de la manera en que ocurrió la apelación de Pablo ante el emperador y de su consiguiente viaje a Roma para la audiencia. Como estos acontecimientos tienen una relación directa con las tres epístolas, vale la pena repasarlos aquí.

Durante los viajes misioneros de Pablo los judíos de varios lugares se resistieron y rechazaron el mensaje del evangelio; en ocasiones la resistencia se volvió violenta. Muchos de los judíos incrédulos regresaron a Jerusalén llevando informes falsos de la proclamación del evangelio que Pablo predicaba. Suscitaron el resentimiento de sus compatriotas judíos al acusar a Pablo de que les enseñaba a los judíos que se apartaran de Moisés y de que los

animaba a no circuncidar a sus hijos y a no vivir según las costumbres y las tradiciones del pueblo judío.

La llama del resentimiento judío se había convertido en fuego ardiente cuando Pablo regresó a Jerusalén y se apareció en el templo después de su tercer viaje misionero. Allí un grupo de judíos de Asia incitaron una revuelta acusando públicamente a Pablo de que había abandonado la ley de Moisés y había contaminado el templo al llevar a unos gentiles hasta el área del templo que estaba reservada sólo para los judíos. Las acusaciones, aunque falsas, fueron suficientes para sublevar a toda la parte anticristiana de Jerusalén. Sin duda alguna Pablo hubiera sido apedreado hasta la muerte allí mismo si no hubiera sido por la intervención de un destacamento de soldados romanos que aplacaron la furia asesina de la multitud.

Cuando Pablo intentó defenderse ante sus acusadores judíos, y casi se produjo otra revuelta, el comandante romano detuvo a Pablo. Con la esperanza de que los cargos contra el apóstol fueran aclarados, convocó a una reunión informal del concilio judío (Sanedrín), pero ésta también degeneró en completo desorden. Mientras tanto Pablo se aseguró de recibir un trato humano al informarle al comandante que él era ciudadano romano. Cuando se descubrió que se estaba fraguando un complot contra la vida del apóstol, el comandante decidió trasladarlo a la jurisdicción del gobierno de Cesárea.

Con su llegada, Pablo comenzó un cautiverio injusto e inseguro que se habría de prolongar por casi cinco años en audiencias y apelaciones. Debió haber sido un tiempo difícil y desalentador para el apóstol, pero Pablo no se desanimó, continuó glorificando a Cristo en sus cadenas y aun mediante ellas. Fue durante estos años que el apóstol pudo escribir con optimismo: "...he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación" (Filipenses 4:11).

Los primeros dos años del encarcelamiento de Pablo fueron en Cesárea bajo el gobierno del débil pero despiadado procurador Félix. Poco después de la llegada de Pablo a Cesárea se aparecieron sus enemigos acusándolo de ser "una plaga y promotor

de sediciones entre todos los judíos por todo el mundo” y de intentar también profanar el templo, pero Pablo se defendió de las acusaciones con elocuencia. Sin embargo, Félix no lo puso en libertad probablemente por temor a los judíos. También esperaba que Pablo lo sobornara.

Cuando Festo reemplazó a Félix como gobernador, los líderes judíos renovaron las acusaciones en contra de Pablo y, de nuevo, no pudo ser comprobado ningún cargo que justificara el encarcelamiento. Pero Festo, al igual que su antecesor, quería conservar el favor de los judíos, así que sugirió que el apóstol fuera llevado a Jerusalén para que se le enjuiciara allí. Para entonces Pablo estaba convencido de que ni en Jerusalén ni en Cesárea recibiría un juicio justo, y por eso, echó mano del derecho que tenía todo ciudadano romano de apelar directamente al César, con la certeza de que en Roma también habría de dar testimonio acerca de Jesús. De mala gana, Festo accedió a esta petición, y se pusieron en marcha los acontecimientos que llevarían a Pablo a Roma. Hechos 27 y 28 describen el largo y peligroso viaje a Roma.

Allí en la capital del imperio, el proceso judicial se prolongó por más de dos años. Durante todo este tiempo a Pablo se le consideró como prisionero. Sin embargo, las condiciones de su encarcelamiento fueron bastante flexibles. Aunque estaba continuamente atado a un soldado mediante una cadena delgada, al apóstol se le permitía llevar un horario normal de actividades. Vivía en una casa que había alquilado en Roma, recibía sin problema a sus amigos y colaboradores, entre ellos a Timoteo, Tíquico, Lucas, Epafrodito y otros más, y los enviaba en varias misiones para que extendieran su ministerio.

En general, continuaba proclamando gozosa y vigorosamente el evangelio con todas las personas con quienes tenía contacto. La predicación y la actitud del “embajador en cadenas” del Señor animó a los cristianos que se encontraban en Roma y resultó en que se convirtieron al cristianismo miembros de la guardia del Pretorio y hasta miembros de la casa del César.

En la conclusión del libro de Hechos encontramos a Pablo predicando y enseñando el evangelio muy abiertamente en Roma. De qué manera tan maravillosa cumplió el Señor su promesa de que este apóstol daría testimonio de él hasta en las ciudades más importantes del mundo del primer siglo.

No sabemos por qué se pospuso durante tantos meses la audiencia de Pablo en Roma; sin duda alguna la jurisprudencia romana, como la nuestra, era lenta y pesada. Tal vez los enemigos del apóstol perdieron las esperanzas de obtener su condena y recurrieron a tácticas que dilataran el juicio, tal como los abogados desesperados hacen hoy en día. O tal vez todo el asunto de la enseñanza libre de una “religión oriental” impartida por un ciudadano romano debía ser investigado con todo detalle por los consejeros del emperador.

En la epístola a los Filipenses, que pensamos que es la última de las cuatro epístolas escritas en prisión, el apóstol nos informa que había tenido lugar su primera audiencia y que todo había marchado bien. Aunque Pablo sensatamente no ignora la posibilidad de que el emperador falle en contra de él, sin embargo piensa con optimismo que será absuelto y puesto en libertad.

Con base en lo que dice Pablo en Filipenses, la mayoría de los estudiosos bíblicos suponen que fue puesto en libertad y que continuó trabajando hasta que fue nuevamente encarcelado en la persecución general contra los cristianos que tuvo lugar bajo el gobierno del emperador Nerón en el año 65-66. Durante el segundo encarcelamiento escribió 2 Timoteo, que muestra claramente a un hombre que se enfrenta a los últimos días de su vida terrenal.

El apóstol no se desalentó durante los años en prisión, porque se dio cuenta de que su encarcelamiento, con todas sus frustraciones e incomodidades, era una parte esencial y fructífera de su ministerio para Cristo. En las cartas escritas desde la prisión habla de sus sufrimientos como de una prolongación de los sufrimientos de Cristo, padecidos por causa de la iglesia de Cristo.

Consideró que la audiencia ante la corte imperial era una oportunidad para dar testimonio en defensa y confirmación del evangelio.

Sí, sus sufrimientos continuaban, y los sentía agudamente, pero Pablo sabía que aun esos sufrimientos eran parte de la gracia de Dios que se le había otorgado en su ministerio. Aunque el propósito principal de estar en Roma era apelar ante el César, sin embargo su objetivo más elevado continuaba siendo la proclamación del evangelio. Y así lo hizo, tanto ante judíos como ante gentiles, siempre con esperanza y con energía, “[predicando] el reino de Dios y [enseñando] acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento” (Hechos 28:31).

Los frutos que tuvieron mayor alcance en el ministerio del apóstol en cadenas son las cartas que escribió en prisión. De la pluma inspirada del embajador cautivo del Señor la iglesia recibió la maravillosa proclamación de todo lo que Cristo significa (Colosenses), un testimonio de la manera en que el evangelio puede transformar hasta los aspectos más oscuros de la vida humana (Filemón), una descripción notable de la naturaleza de la iglesia (Efesios), y una carta cuya nota sobresaliente es la esperanza y el gozo hasta en medio de desalientos y sufrimientos (Filipenses). Todo esto ha conservado a la iglesia de todas las épocas con optimismo y con esperanza.

La carta a los Filipenses probablemente es la última de las cartas que Pablo escribió estando en cautiverio. Cuando escribió Colosenses y Filemón, Lucas y Aristarco aún estaban a su lado; cuando se escribió Filipenses, los dos ya habían sido enviados en misiones apostólicas. La carta a los Filipenses también contiene la última información que tenemos sobre el avance de la apelación de Pablo e implica que el veredicto final se daría en cualquier momento.

Por lo tanto, concluimos que las cuatro epístolas escritas en prisión durante el primer encarcelamiento de Pablo en Roma fueron escritas durante los años 61-63. Colosenses, probablemente

Introducción general

fue la primera que se escribió, seguida por Filemón, Efesios y finalmente Filipenses. La iglesia de todas las épocas siempre ha considerado estas cartas como mensajes auténticos escritos por la mano del apóstol Pablo, el inspirado “embajador en cadenas” del Señor.

FILIPENSES

INTRODUCCIÓN

La primera de las tres cartas escritas en cautiverio que hemos tomado en este volumen de la Biblia Popular en realidad fue la última que se escribió. Pablo se dirige “a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos”. En la época en que se escribió esta carta, Filipos aún era una ciudad importante que tenía una historia larga y llena de acontecimientos. Cuando Filipo II, padre de Alejandro el Magno, comenzó a extender el Imperio Macedonio poco después de haberse apoderado del trono en el año 359 a.C., anexó rápidamente el territorio en donde estaba la ciudad llamada Krenides, que significa “fuentes”. Extendió y fortificó la ciudad, y le dio el nombre de Filipos, en honor a su propio nombre.

Por muchos años las riquezas que se extraían de las minas de oro que rodeaban la ciudad de Filipos les ayudaron tanto a Filipo como a Alejandro a sostener sus ejércitos y a extender su reino. Sus conquistas llevaron la cultura helenística y el idioma griego a todo el mundo mediterráneo y, de acuerdo al plan de Dios, prepararon el camino para la predicación del evangelio en toda esa área. Si Filipo y Alejandro no hubieran extendido su imperio al oriente, el apóstol Pablo y el evangelio no se hubieran extendido tan rápidamente hacia el occidente.

Los romanos conquistaron el antiguo Imperio Macedonio unos doscientos años después de haber sido fundado por Filipo. Para entonces las minas de oro que rodeaban a la ciudad estaban agotadas y la ciudad se había convertido en un pueblo fantasma. Pero los acontecimientos que siguieron, hicieron nuevamente de Filipos una ciudad importante, esta vez bajo el Imperio Romano. En el año 42 a.C. Filipos fue el lugar de la batalla donde Bruto y Casio, que habían participado en una conspiración para asesinar a Julio César, fueron derrotados por Marco Antonio y por Octavio que después llegó a ser César Augusto.

Poco después de la batalla, Filipos fue constituida como colonia romana, y Marco Antonio hizo morar allí a sus veteranos de guerra. Después de que Augusto se quedó como único gobernador del imperio en el año 31 a.C., continuó con la política de dejar que los veteranos de guerra ser radicaran en Filipos. En los tiempos de Pablo, Filipos era la ciudad capital de una de las cuatro regiones políticas del antiguo Imperio Macedonio. El hecho de que la Vía Egnatia, el camino principal que unía a Roma con Asia, atravesara por la ciudad de Filipos contribuyó para que la ciudad fuera de importancia estratégica para el imperio.

La política de designar ciertas ciudades claves en el vasto Imperio Romano como colonias y morada de veteranos y sus familias tenía sus ventajas tanto para los veteranos como para el imperio. Los veteranos de guerra eran recompensados por sus servicios al imperio con tierras y con privilegios políticos especiales, y así el imperio tenía a ciudadanos romanos leales situados en puntos estratégicos en todos sus territorios conquistados.

Como colonia romana, Filipos era una Roma en miniatura, un pedazo de Italia en tierra extranjera. Sus habitantes eran primordialmente romanos; los pocos nacionales que quedaron después de la conquista del Imperio Romano se fusionaron gradualmente con los habitantes romanos. Como todos los colonos que había a través del imperio, los filipenses estaban muy orgullosos de ser romanos; se vestían como los romanos, usaban monedas romanas y conservaban el latín como el idioma oficial de sus ciudades. El conocimiento todo esto nos ayuda a entender la rapidez con la que los ciudadanos de Filipos se podían alborotar por las acusaciones de que Pablo y sus acompañantes “siendo judíos, alborotan nuestra ciudad y enseñan costumbres que no nos es lícito recibir ni hacer, pues somos romanos” (Hechos 16:20,21).

Eso también aclara muchas de las referencias y expresiones que el apóstol usa en su epístola a los Filipenses. Es seguro que las familias de los veteranos romanos de guerra se identificarían con la guardia pretoriana y con la casa del César. La lección sobre

la ciudadanía celestial de los cristianos sería particularmente significativa para los que estaban tan orgullosos de su ciudadanía terrenal. Y a los cristianos que sin duda eran constantemente presionados a adorar al emperador y que eran perseguidos cuando se negaban a hacerlo, se les debía recordar la grandeza del Cristo glorificado y se les debía animar a que fueran fieles a su Salvador.

Filipos estaba ubicada al extremo norte del mar Egeo en lo que ahora conocemos como Grecia. Como muchas ciudades antiguas, estaba situada sobre una colina desde donde se dominaba un valle. El río Gangites, a lo largo del que se reunían las pequeñas comunidades judías en los días de Pablo para orar, estaba aproximadamente a una milla al este de la ciudad. Después de recibir su “llamamiento Macedonio” en Troas, Pablo tomó un barco rumbo a Neápolis. Después viajó a pie por la vía Egnatia hasta llegar a Filipos, y allí fundó la primera congregación cristiana del continente europeo.

En Hechos 16 Lucas nos habla de la primera visita de Pablo a Filipos y de la fundación de la congregación; eso ocurrió durante el segundo viaje misionero de Pablo. Desde el primer contacto con un grupo pequeño de mujeres que se reunían para orar a lo largo del río en un sábado hasta la dramática liberación de Pablo y Silas de la prisión a medianoche, hay un gran drama y una maravillosa evidencia de que la mano del Señor controlaba los movimientos del evangelio hacia occidente desde Jerusalén hasta Roma. Le sugerimos que lea Hechos 16 como antecedente al estudio detallado de la epístola a los Filipenses.

Desde Filipos Pablo y Silas continuaron rumbo a Tesalónica. Timoteo, que estaba también en el equipo del apóstol, no salió con los demás sino que se quedó brevemente en Filipos antes de reunirse de nuevo con el apóstol. Lucas permaneció más tiempo en Filipos con la finalidad de proporcionarle un liderazgo espiritual a la congregación naciente.

En su tercer viaje misionero Pablo visitó Filipos dos veces, una de ida y otra de regreso. Esta última visita fue breve e improvisada. Pablo quería embarcarse desde Corinto hasta Siria, pero al

descubrir que los judíos hostiles habían ideado un complot contra su vida, se persuadió de volver por la misma ruta que había seguido a través de Macedonia hasta Asia. Fue en este viaje de regreso que Lucas se volvió a reunir con el apóstol.

Las experiencias extraordinarias que el apóstol y los miembros de la congregación habían compartido, así como también la fe fervorosa y generosa de los creyentes de Filipos como Lidia, el carcelero convertido y otros más, resultaron en una relación especial entre la congregación de Filipos y el apóstol Pablo. En varias ocasiones los filipenses habían enviado regalos para ayudar al apóstol y proporcionarle el mantenimiento de su obra. Hasta enviaron a uno de sus miembros a Roma durante el encarcelamiento del apóstol en esa ciudad, un joven llamado Epafrodito que le entregó un donativo y permaneció con Pablo para ayudarlo en lo que fuera necesario. Los filipenses se preocuparon por el bienestar del apóstol durante su confinamiento en Roma y estaban ansiosos por saber el resultado de su juicio ante la corte imperial.

A diferencia de la epístola a los romanos o a los colosenses o a otras de sus epístolas que tienen como punto central un tema doctrinal, la epístola a los Filipenses es en muchos aspectos una inspirada carta de amistad. Pasa fácilmente de un asunto al otro, como nuestras propias cartas con frecuencia también tienden a hacerlo. Mucho de lo que el apóstol escribe en su epístola a los Filipenses fue motivado por la visita que tuvo de Epafrodito en Roma. El gesto de amor de parte de los filipenses al enviarle un regalo y un ayudante conmovió profundamente a Pablo. Sin duda reconoció su bondad de inmediato, quizá mediante alguien que viajó de regreso a Filipos poco después que Epafrodito llegó a Roma. Sin embargo, en esta epístola Pablo reconoce con gratitud y por escrito la generosidad de los filipenses, que había servido para aumentar enormemente su gozo.

Naturalmente Epafrodito le dio al apóstol un informe acerca de las condiciones de la congregación de Filipos. El informe en general fue bueno. Los filipenses cristianos estaban adornando su

confesión cristiana con una vida que honraba al Señor. Constantemente estaban dando evidencias de un espíritu de amor al prójimo. Estaban listos para sufrir si fuera necesario por causa de Cristo. La congregación había crecido y al mismo tiempo parecía no haber sido perturbada por las controversias doctrinales ni por las persecuciones inclementes.

Sin embargo había ciertas áreas de la congregación de Filipos que debían recibir más ánimo, tal como ocurre hoy en día con muchas congregaciones. Con gran tacto Pablo exhorta a todos los miembros para que se esfuercen por llegar a una mayor armonía y humildad en Cristo. Les advierte en contra de algunos de los peligros espirituales que los rodean. Les hace una petición especial a dos de las mujeres de esa congregación, Evodia y Síntique, para que arreglen sus diferencias en una forma que sea agradable a Dios. Incluye muchas sugerencias prácticas para el crecimiento en la fe y en la vida cristiana.

Como estaban profundamente preocupados por el bienestar de su amado apóstol, los filipenses esperaban con ansia un informe tanto del bienestar de Pablo como del progreso de su juicio. Al principio de la epístola ya Pablo nos da la información más detallada que tenemos acerca de estos dos asuntos.

Epafrodito, que había sido enviado a Pablo por los filipenses para servir a las necesidades del apóstol, había trabajado con tanta diligencia en su tarea que se había enfermado gravemente. Después de haberse recuperado de su enfermedad casi mortal, el apóstol pensó que sería mejor enviarlo de regreso a su hogar en Filipos. No hay duda de que Epafrodito se sentía decepcionado por no haber podido permanecer junto al apóstol por más tiempo; quizá se preguntaba cómo lo iban a recibir los creyentes de su tierra si es que él regresaba a casa más pronto de lo que esperaban. Pablo, también, estaba preocupado. En esta epístola, que Epafrodito llevó consigo a Filipos, el apóstol explica las circunstancias del regreso de su siervo fiel y anima a los filipenses a que lo reciban afectuosamente y lo honren por el trabajo que ha realizado.

En los 104 versículos de su epístola a los Filipenses podemos observar muchos aspectos de la personalidad del apóstol. Lo vemos como un siervo gozoso de Cristo, un prisionero optimista, un hombre que humildemente lleva su cruz, un administrador concienzudo, un idealista incansable, un pastor prudente y un amigo agradecido. Pero el enfoque principal de la epístola no es el hombre Pablo, el foco principal es el Señor Jesús, cuya gracia había hecho del apóstol todo lo que era.

El hilo que une todos los asuntos que Pablo trata en esta epístola especial es la fe y el gozo en Cristo que llenaba su corazón. En realidad, el gozo en Cristo es el pensamiento clave de toda la epístola, la música que resuena a través de ella y el sol que la ilumina. El apóstol había encontrado el gozo único que les llega sólo a los que han sido llevados por el Espíritu Santo a depositar su fe y su esperanza en Cristo. Tenía la confianza de que nada, ni siquiera las circunstancias desalentadoras de su cautiverio, le podrían quitar el gozo de su corazón.

En esta epístola comparte este gozo con los filipenses y con los lectores cristianos de todas las épocas. Cuando estudiamos la pequeña joya que es esta epístola, oramos para que el Espíritu Santo también llene nuestro corazón con el gozo que el apóstol conoció y nos lleve a expresar y a compartir este gozo con otros en lo que, sin Cristo, sería un mundo sombrío y triste.

Bosquejo de Filipenses

Tema: Un gozo compartido

Saludos y agradecimiento (1:1-11)

I. Un informe gozoso desde la prisión (1:12-26)

A. El encarcelamiento de Pablo sirvió a la causa del evangelio (1:12-17)

B. Pablo se regocija de vivir o de morir por Cristo (1:18-26)

II. Ánimo para llevar una vida de gozo en el evangelio (1:27-4:9)

- A. Permanezcan firmes en el evangelio (1:27-30)
 - B. Vivan en armonía y humildad unos con otros (2:1-11)
 - C. Lleven una vida intachable en un mundo impío (2:12-18)
 - D. Honren a los siervos del evangelio (2:19-30)
 - E. Tengan cuidado de toda amenaza al evangelio gozoso (3:1-11)
 - F. Avancen con determinación hacia la meta celestial (3:12–4:1)
 - G. Que la paz y el gozo del evangelio sean evidentes en su vida (4:2-9)
- III. Agradecimiento y saludos (4:10-23)
- A. Un agradecimiento gozoso por un regalo de amor (4:10-20)
 - B. Saludos finales (4:21-23)

SALUDOS Y AGRADECIMIENTO FILIPENSES 1:1-11

Saludos

1 Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos, con los obispos y diáconos: ²Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Pablo sigue el formato común que se usaba para escribir cartas en la sociedad educada de esos días. Mientras nosotros las terminamos con nuestro propio nombre, en aquella época el que enviaba la carta mencionaba primeramente su nombre, después la persona o personas a quienes se dirigía, seguido por un saludo y después, sobre todo en las cartas de Pablo, se añadía un agradecimiento y una oración. Después del contenido de la carta, la estructura de ella terminaba con la conclusión en la cual se incluían los saludos personales, una despedida y, en el caso del apóstol, una bendición.

Pablo, el gran apóstol misionero, es el autor inspirado de la epístola a los Filipenses, que es una de las trece del Nuevo Testamento que salieron de su pluma. En esta carta se menciona a sí mismo junto con Timoteo, porque Timoteo secunda lo dicho por Pablo y está completamente de acuerdo con su mensaje. Como Pablo, Timoteo era bien conocido por los filipenses y se preocupaba mucho por el bienestar de ellos. Timoteo había sido colaborador del apóstol cuando éste les llevó por primera vez el evangelio a los filipenses. Probablemente Timoteo había visitado la congregación en más de una ocasión y fue elegido para ser enviado a ellos nuevamente. Es posible que Pablo le haya dictado esta epístola a su joven compañero, ya que Timoteo lo acompañó durante gran parte de su primer encarcelamiento en Roma.

Pablo se describe, junto con Timoteo, como “siervos de Jesucristo”, un término que expresa la profunda devoción que sentía el apóstol por su llamamiento. Ellos le pertenecían a Cristo, porque él los había comprado con su sangre y los había tomado a su servicio. La gran meta que tenían era hacer la obra del Señor y servirlo con gozo. Por lo tanto, los filipenses debían recibir gozosamente el mensaje que se les enviaba, no porque Pablo y Timoteo fueran importantes, sino porque Jesús lo es, y en esta epístola el apóstol habla en lugar de Jesús.

Los destinatarios de esta carta fueron “todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos”. “Santos” es un término que se usa regularmente en el Nuevo Testamento para designar a los cristianos. La palabra en sí misma significa “los apartados”. Por la obra del Espíritu Santo en su corazón mediante el evangelio, los creyentes han sido apartados del mundo, limpiados de sus pecados y declarados santos delante Dios. Esta es la condición de los creyentes en Jesucristo. Los santos son los seres humanos pecadores a quienes Dios les ha mostrado un gran favor, y a quienes les ha dado grandes responsabilidades. Cada vez que encontremos este término, debemos recordar la dignidad que Dios les ha otorgado a aquellos a los que en amor ha apartado para que sean sus hijos, y debemos estar agradecidos por estar incluidos.

Sin tratar de diferenciar a los verdaderos creyentes y a los hipócritas de la congregación, Pablo simplemente se dirige a todos los miembros de la congregación de Filipos llamándolos santos. Expresa un saludo especial a los “obispos y diáconos”. Aunque no tenemos todos los detalles de la estructura que conformaba a las primeras congregaciones, parece que estas personas eran los líderes en la congregación.

Hechos 6 indica que la responsabilidad de los diáconos era en el campo de las necesidades físicas de la congregación, mientras que los obispos se encargaban mayormente de la predicación y de la enseñanza. La mención especial que hace aquí Pablo de estos oficios bien puede indicar que estos líderes habían sido el

instrumento que había reunido la ofrenda que la congregación le había enviado a él como regalo. Los buenos dirigentes son dones especiales del Señor para las congregaciones cristianas. Por lo visto, los filipenses habían sido bendecidos con estos líderes.

El apóstol saluda a los filipenses con las palabras ya familiares, “gracia y paz”. Estos son los principales dones espirituales que los creyentes tienen en Cristo. Gracia es el favor inmerecido de Dios; el amor inmerecido, el amor por los que no son dignos de amar, que lo motivó a llevar a cabo la salvación en Cristo a un mundo de pecadores. La paz es consecuencia de la gracia. Es la paz espiritual que llena el corazón de los creyentes mediante la certeza de que sus pecados les han sido perdonados y de que Dios está en paz con ellos mediante Cristo. Estas dos palabras, gracia y paz, pronunciadas sobre los creyentes como un saludo y como una bendición, inundan el corazón de los creyentes con el gozo de la salvación y les hacen recordar todo lo que Dios ha hecho por ellos en Cristo. No se podían escoger mejores palabras para saludar a los cristianos.

Agradecimiento y oración

³ Doy gracias a mi Dios siempre que me acuerdo de vosotros. ⁴ Siempre en todas mis oraciones ruego con gozo por todos vosotros, ⁵ por vuestra comunión en el evangelio desde el primer día hasta ahora, ⁶ estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo. ⁷ Y es justo que yo sienta esto de todos vosotros, porque os tengo en el corazón; y en mis prisiones, y en la defensa y confirmación del evangelio, todos vosotros sois participantes conmigo de la gracia. ⁸ Dios me es testigo de cómo os amo a todos vosotros con el entrañable amor de Jesucristo. ⁹ Y esto pido en oración: que vuestro amor abunde aún más y más en conocimiento y en toda comprensión, ¹⁰ para que aprobéis lo

mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo, ¹¹ llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

El apóstol Pablo gozaba de una relación excelente con todas las congregaciones a las que sirvió con el evangelio. Con excepción de dos de sus epístolas, después del saludo todas seguían con una palabra de gratitud al Señor por lo que el evangelio había logrado en la congregación particular a la que le escribía. Sin embargo, había algo especial en la congregación de Filipos, una congregación a la que el apóstol mismo llama “mi gozo y mi corona”. Cada vez que pensaba en ellos y cada vez que oraba por los cristianos de Filipos, inundaban su corazón un montón de recuerdos queridos, y cada recuerdo lo llenaba de un agradecimiento gozoso al Señor.

Cada vez que pensaba en los filipenses y en su ministerio lleno de acontecimientos entre ellos, el apóstol debe haber recordado la forma especial en la que el Señor lo había llamado para llevar el evangelio a esa parte del mundo: la visión nocturna y la llamada urgente, “ven a Macedonia y ayúdanos”. Debe haber recordado el primer servicio de adoración cristiana en el continente europeo, su encuentro con un grupito de mujeres judías que se reunían a la orilla del río el día sábado. Debe haber recordado a Lidia, una de las mujeres del grupo que habían recibido con entusiasmo el evangelio, y que después espontáneamente le había abierto su hogar para dar alojamiento temporal a los misioneros y para establecer el cuartel general de la iglesia naciente.

Cada vez que recordaba a los filipenses también debe haber recordado su encarcelamiento en Filipos, la milagrosa liberación a la medianoche que le había dado el Señor tanto a Silas como a él y la conversión posterior del carcelero y de su familia. Debe haber recordado la generosidad de los filipenses cuando le enviaron un donativo para sostener la obra de predicación del evangelio poco después de haber dejado la ciudad, y debió haber

recordado todos los informes elogiosos que recibió acerca de la fe, el amor y la lealtad que los filipenses mostraron por el evangelio.

En todas estas cosas Pablo vio que obraba la misericordiosa mano de Dios, y por todas ellas le dio gracias al Señor desde lo profundo de su corazón. Ya aquí en estos versículos podemos detectar en las palabras del apóstol la nota positiva y gozosa que se continuará escuchando como música celestial por toda la epístola.

El apóstol incluye todas estas cosas y más en el texto bajo la frase “vuestra comunión en el evangelio”. La obra del Espíritu Santo en el corazón de los filipenses mediante el evangelio los había llevado a una maravillosa comunión con el apóstol y con otros creyentes. La esencia de esta comunión, que algunas veces llamamos compañerismo, es el mutuo compartir de las bendiciones de perdón y salvación ganadas por Cristo y la nueva vida espiritual que el Espíritu Santo crea en el corazón de los pecadores mediante la fe en Cristo.

Los creyentes que comparten el gozoso compañerismo del evangelio expresan esta comunión. Lo hacen en muchas formas; adoran, oran y estudian la palabra de Dios juntos, con gozo se reconocen el uno al otro como hermanos y hermanas en Cristo. Se muestran el uno al otro una medida especial de ayuda y de amor. Se animan unos a otros en su vida cristiana, y trabajan juntos en la obra de promover la obra del evangelio en el mundo.

Pablo dice que desde el primer día que predicó el evangelio en Filipos, el compañerismo del evangelio con el apóstol, así como el de unos con otros y con todos los creyentes de todas partes, era todo lo que era importante para los filipenses. Habían sido maravillosamente activos en el cumplimiento de sus obligaciones en este compañerismo, y habían trabajado diligentemente para extenderlo. A medida que se añadían más y más creyentes a su congregación, aparecían también más evidencias visibles de su comunión en el evangelio tanto en su vida en particular como en su vida congregacional.

Esta comunión en el evangelio que Pablo compartía con los filipenses era un regalo especial de la gracia de Dios para ellos. Mediante el evangelio Dios había continuado alimentando y fortaleciendo su fe y llenándolos de entusiasmo por la causa del Salvador. Pablo tenía la confianza de que mediante este mismo evangelio el Señor continuaría su obra misericordiosa hasta el día en que regresara Cristo de nuevo.

El apóstol ciertamente no defiende el exceso de confianza. Tampoco dice que una vez que una persona ha sido llevada a la fe jamás podrá perder las bendiciones de Dios. En el siguiente capítulo animará a los cristianos a usar con diligencia las armas y los poderes espirituales que el Señor les ha dado para luchar contra el pecado y la tentación y para que la fe aumente en ellos. Pero aquí Pablo anima a los creyentes con la promesa misma de Dios: en su gracia lleva a los creyentes a la fe y les asegura que, a medida que usen su Palabra y sacramentos, los conservará en la fe. Por lo tanto, la seguridad espiritual de los cristianos no depende de sus propios esfuerzos que están manchados por el pecado. Encuentra respaldo en las promesas y en el poder de Dios.

Su recuerdo agradecido de los filipenses y la comunión de ellos en el evangelio, dice Pablo, eran buenos, porque los llevaba en su corazón. Cuando Pablo escribió estas palabras, estaba especialmente consciente de los lazos del evangelio que lo unían a los filipenses y a todos los creyentes. Estaba profundamente consciente de la gracia que compartían en común, se daba cuenta de que la causa del evangelio no solamente era su causa, sino la causa de todos los creyentes. Pablo sabía que el resultado de su apelación ante el César de alguna manera iba a afectar a todos los creyentes del Imperio Romano. Por lo tanto, quería que los cristianos filipenses supieran que, así como defendía y proclamaba el evangelio en Roma, siempre los tenía a ellos y a todos los creyentes cristianos en su corazón.

Desde el principio de su vida como cristianos hasta el tiempo del encarcelamiento del apóstol, los filipenses habían reconocido con gozo los lazos del evangelio que existían entre el apóstol y

ellos. Recientemente habían mostrado su interés especial por Pablo al enviarle un donativo y un siervo para que lo ayudara. Pablo también sabía que los creyentes de Filipos lo recordaban continuamente en sus oraciones. El apóstol apreciaba todos estos gestos de interés cristiano, y quería que los filipenses también estuvieran seguros del interés profundo y personal que tenía por ellos.

Así que agregó una nota personal para completar la descripción de su relación con los filipenses cristianos. Invocando a Dios, que es el que juzga el corazón, como su testigo, Pablo expresa su gran anhelo de estar de nuevo con sus amigos filipenses. Durante su separación, el corazón del apóstol continuó lleno de un tierno afecto por ellos, afecto que se basaba en el amor de Jesucristo mismo y que seguía su ejemplo. En este espíritu de afecto y de amor cristiano Pablo quería compartir su gozo con los filipenses, si no en persona, entonces por lo menos mediante esta carta inspirada, y quería que los filipenses leyera la carta como un derramamiento genuino de este mismo afecto y amor que sentía por ellos.

La importancia que Pablo le da a la comunión en el evangelio que comparte con los filipenses también tiene mucho que decirnos a nosotros. Hoy compartimos la comunión en el evangelio con los miembros de nuestra congregación, así como también con los miembros de nuestro cuerpo eclesiástico, nuestro sínodo. Nuestra vida de adoración, nuestra ayuda mutua para sostener la obra del Señor en casa y en el exterior, y nuestro ánimo para vivir como cristianos son expresiones de este compañerismo. Así es el afecto especial y el interés que debemos sentir y mostrar unos por otros.

Nuestra comunión en el evangelio es más elevada y más noble que cualquier relación terrenal, aunque con frecuencia tenemos la tendencia de considerar muy a la ligera la comunión en el precioso evangelio con nuestros miembros a nivel congregacional y a nivel de la iglesia en su totalidad. Tenemos la tendencia a ver esta comunión no como bendiciones preciosas, sino como cargas y

obligaciones pesadas. Solamente en raras ocasiones consideramos como algo especial a los individuos con quienes compartimos esta comunión. Nuestra relación con nuestros hermanos creyentes, nuestra actitud hacia nuestro sínodo y su obra, y el entusiasmo y el interés con el que hacemos las tareas que el Señor nos ha asignado podrían mejorar notablemente. Es necesario que veamos estas relaciones como las vio el apóstol Pablo, como elementos de nuestra comunión bendecida en el evangelio. Esto, a su vez, haría que toda nuestra vida espiritual fuera más positiva y más gozosa.

Las oraciones de gratitud del apóstol por los filipenses fluyen naturalmente de la alabanza a la petición. Pide que el amor de los filipenses abunde más y más en conocimiento y profundidad de entendimiento. Los filipenses ya habían dado amplias evidencias de su amor y de su fe. La oración que Pablo hace aquí es que puedan crecer en esta fe, así como también en sus deseos y habilidades para producir los frutos de la fe en palabras y en obras de amor. Aunque los creyentes aún son pecadores y nunca alcanzarán la perfección mientras estén en este mundo, siempre hay lugar para un crecimiento sano y firme en su vida cristiana.

Pablo ora para que el crecimiento en la fe y en el amor de los filipenses pueda ser de la clase apropiada. Si el amor no fluye del conocimiento que tiene el creyente acerca del amor de Dios por los pecadores en Cristo, entonces solamente será una emoción humana vaga e inestable. La persona que posea el amor sin el conocimiento ni el discernimiento puede mostrar gran entusiasmo, pero si no tiene percepción, ni entendimiento ni madurez de juicio espiritual, el entusiasmo de su amor muy fácilmente puede hacer más daño que bien. Aquí la petición de Pablo es que el amor de los filipenses no se quede inerte ni estancado, sino que pueda abundar en relación con el conocimiento y con el entendimiento espiritual. Ora para que el amor se desborde de su límite anterior, que madure siempre para que sea más fuerte, más sabio, más noble, más capaz de amar, y para que se pueda aplicar de una forma que agrade a Dios en todo aspecto de su vida.

A medida que los creyentes van madurando en el amor cristiano unido al conocimiento y profundidad de entendimiento, adquirirán experiencia y podrán decidir lo que es mejor. Podrán evaluar apropiadamente las diversas enseñanzas y filosofías que se les presenten en su vida y tomarán una decisión moral que sea del agrado de Dios. Aumentará su habilidad de vivir la cristiandad que profesan. Cuando llegue el gran día del regreso de Cristo y se revele el verdadero carácter del corazón y de la vida de cada uno, su vida será reconocida por el Señor como una vida llena de los frutos de la fe, y Cristo será verdaderamente honrado a través de ellos.

Esta hermosa oración del apóstol por los filipenses es un modelo para nosotros tanto al orar por nosotros mismos como por los demás. A medida que hacemos uso de los poderosos medios de gracia, sentiremos el gozo de crecer juntos en la fe madura que obra mediante un profundo amor cristiano. Así nuestra vida también glorificará a nuestro Salvador, y a sus ojos seremos encontrados sin mancha en el gran día de su regreso.

UN INFORME GOZOSO DESDE LA PRISIÓN FILIPENSES 1:12-26

El encarcelamiento de Pablo sirvió a la causa del evangelio

¹² Quiero que sepáis, hermanos, que las cosas que me han sucedido, han contribuido más bien al progreso del evangelio, ¹³ de tal manera que en todo el pretorio y entre todos los demás se ha hecho evidente que estoy preso por causa de Cristo. ¹⁴ Y la mayoría de los hermanos, cobrando ánimo en el Señor con mis prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor.

¹⁵ Algunos, a la verdad, predicán a Cristo por envidia y rivalidad; pero otros lo hacen de buena voluntad. ¹⁶ Los unos anuncian a Cristo por rivalidad, no sinceramente, pensando añadir aflicción a mis prisiones; ¹⁷ pero los otros por amor, sabiendo que estoy puesto para la defensa del evangelio. ¹⁸ ¿Qué, pues? Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo y me gozaré siempre,

Una de las razones principales por las que Pablo escribió la epístola a los filipenses fue para informarles cómo marchaban las cosas con él en Roma. Los filipenses estaban preocupados por el apóstol, se preguntaban qué le estaba sucediendo y estaban preocupados por el efecto que podía tener su encarcelamiento sobre toda la obra del evangelio. Se preguntaban si las personas iban a seguir respondiendo positivamente a un mensaje si el defensor de ese mensaje, que era bien conocido y muy elocuente, era ahora prisionero de estado.

Las primeras palabras de Pablo acerca de su situación tenían la intención de tranquilizar los temores y las preocupaciones de los filipenses. Con un entusiasmo gozoso les informa que el Señor había usado todo lo malo que le había ocurrido en relación con su

encarcelamiento y con su juicio para el avance de la obra del evangelio. El juicio y el encarcelamiento de Pablo se habían convertido en una herramienta en las manos de Dios, que él usaba para quitar prejuicios y obstáculos y para proveer una atmósfera positiva para una proclamación del evangelio clara y efectiva en la ciudad que era la capital del mundo. El apóstol ahora estaba gozando en su propia vida la verdad de la promesa divina que el Señor les había dado antes a los creyentes romanos por medio de él: “Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28). Esta promesa continúa siendo verdadera para los creyentes de todas las épocas, desde el más grande de los apóstoles hasta el más humilde cristiano.

Dios estaba obrando mediante el encarcelamiento de Pablo para hacer progresar la obra del evangelio en Roma. Por lo menos dos acontecimientos importantes hicieron que eso fuera evidente para Pablo. Primero, el caso de Pablo y en consecuencia la obra del evangelio habían recibido una publicidad favorable, primero entre los miembros de la guardia del palacio y después en toda la ciudad de Roma. La mención que hace de la guardia del palacio (su título oficial era la guardia pretoriana) sería de interés especial para los veteranos de guerra de Filipos. Esa compañía militar bien conocida era un destacamento élite de las tropas imperiales que estaban apostadas en Roma. Sus soldados servían, entre otras cosas, como guardia de seguridad personal del emperador.

Pablo no nos da todos los detalles aquí, pero por lo visto los miembros de la guardia también eran asignados para rotar en la vigilancia de prisioneros que como el apóstol habían llegado a Roma para apelar su caso ante el César. Mientras estaba a la espera de su juicio y después cuando recibió su primera audiencia, Pablo se había llegado a familiarizar con muchos soldados de la guardia de palacio. Esos soldados gradualmente se comenzaron a dar cuenta de que Pablo no era un prisionero cualquiera, y de que ciertamente no era ningún criminal. Cuando observaron y escucharon al apóstol, la forma en que les hablaba a sus amigos, a

su secretario, a sus jueces y a ellos mismos, hasta estos endurecidos soldados no pudieron evitar interesarse en el caso de Pablo y en la causa por la que estaba prisionero. Para ellos era evidente que el apóstol estaba en prisión únicamente por su relación con Jesucristo, no porque hubiera cometido ningún crimen.

Los soldados de la guardia comentaron el caso de Pablo unos con otros; se lo decían a sus familiares y a otros en Roma. En consecuencia, el evangelio de Cristo y el embajador extraordinario que estaba dispuesto a sufrir el encarcelamiento por causa del evangelio se convirtieron en “noticia de primera plana” en los círculos de la sociedad romana. A medida que el verdadero caso de Pablo llegaba a ser cada vez más claro se iba enfriando el maltrato y la hostilidad que muchos en Roma habían tramado hacia esta “nueva” religión llamada cristianismo y así el mensaje del evangelio llegó a ser de conocimiento general. La defensa elocuente de Pablo y la confirmación del evangelio en su audiencia pública sirvieron igualmente para despertar una publicidad favorable al evangelio por toda la ciudad imperial.

Una segunda consecuencia positiva fue que muchos de los “hermanos en el Señor”, es decir, los creyentes que ya estaban en Roma antes que Pablo llegara a la ciudad, cobraron nuevos ánimos para proclamar y confesar el evangelio. Años antes se había fundado una congregación en Roma que consistía mayormente de gentiles convertidos. Después de la llegada de Pablo a la ciudad, un gran número de judíos, incluyendo varias sinagogas enteras, también se habían convertido al cristianismo. La reacción al caso de Pablo había provocado una actitud positiva hacia el cristianismo en Roma, y el Señor había bendecido de una manera maravillosa el testimonio que daba el apóstol acerca de Cristo. Esto hizo que todos los creyentes de Roma tomaran nuevos ánimos para identificarse públicamente como cristianos y para que compartieran las buenas nuevas del evangelio con otros.

Desgraciadamente surgió algo negativo en este ambiente tan positivo. Los que ahora proclamaban el evangelio en Roma con

tanto ánimo, dice el apóstol, lo hacían por dos motivos diferentes. Algunos proclamaban a Cristo con auténtica buena voluntad, en verdad amaban el evangelio, y amaban y respetaban al apóstol del Señor. Entendían lo que el Señor estaba llevando a cabo mediante Pablo y estaban sinceramente animados por el ejemplo del apóstol.

Sin embargo, había otros que proclamaban a Cristo por envidia y rivalidad. Parece que algunos de los cristianos que habían estado en Roma antes de que Pablo llegara, se habían puesto celosos de los dones del apóstol y de toda la atención especial que recibía. Después de todo, ¿acaso ellos no habían estado trabajando por Cristo más duramente y por más tiempo en Roma? ¿Por qué ahora de pronto toda la “gloria” la cosechaba Pablo? ¿No merecían ellos también algún reconocimiento?

Así que continuaron aprovechándose de esta atmósfera favorable que proporcionaba la presencia del apóstol en la ciudad para proclamar a Cristo, pero hacían su proclamación de Cristo con un espíritu egoísta, interesado en su propio honor. Ese espíritu de envidia no siempre fue evidente, pero allí estaba, y a Pablo lo acongojaba que hubiera personas que predicaran el evangelio sin la motivación correcta del amor puro y desinteresado.

Sin embargo Pablo pudo mantener todo bajo el punto de vista correcto. No disculpó a los que predicaban por falsos motivos tratando de ganar aplausos a costa del apóstol, pero tampoco se compadeció de sí mismo. Se dio cuenta de que lo que era verdaderamente importante era la predicación del evangelio. Algún día ellos tendrían que responderle a Dios acerca de sus motivos falsos, pero por ahora el Señor estaba usando hasta a los creyentes egoístas, a pesar de los motivos que tuvieran, para proclamar a Cristo. Pablo se regocijó porque se estaba anunciando y honrando el mensaje de Cristo.

¡Qué triste es cuando los celos y las envidias envenenan las relaciones que existen entre los creyentes que trabajan juntos para la causa del Señor! “Los celos profesionales” pueden existir entre los trabajadores llamados a servir en la iglesia por sus habilidades diferentes. Los celos mezquinos y las rivalidades sin importancia

pueden surgir entre los miembros de la iglesia, de modo que están listos para criticar y trabajar por el Señor y su iglesia en la tierra en el espíritu de envidia y de conflicto.

No estamos muy dispuestos a admitir que esos motivos egoístas surgen de nuestro corazón, pero sabemos que es verdad. Por esto debemos estar alerta en el corazón contra ese espíritu. Nos debemos esforzar contra el deseo de un reconocimiento personal que tan frecuentemente arruina hasta nuestros mejores esfuerzos por nuestro Señor y por su iglesia. Al mismo tiempo pidamos diariamente a nuestro Señor que nos otorgue un corazón puro que nos capacite para servirlo a él y a su iglesia en la tierra en un espíritu de amor auténtico y de buena voluntad. También es consolador saber que el Señor puede hacer buen uso hasta de nuestras motivaciones egoístas y que las usa para el bien de su reino.

Pablo se regocija de vivir o de morir por Cristo

¹⁸ ¿Qué, pues? Que no obstante, de todas maneras, o por pretexto o por verdad, Cristo es anunciado; y en esto me gozo y me gozaré siempre, ¹⁹ porque sé que por vuestra oración y la suministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación, ²⁰ conforme a mi anhelo y esperanza de que en nada seré avergonzado; antes bien con toda confianza, como siempre, ahora también será magnificado Cristo en mi cuerpo, tanto si vivo como si muero, ²¹ porque para mí el vivir es Cristo y el morir, ganancia.

²² Pero si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger: ²³ De ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; ²⁴ pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros. ²⁵ Y confiado en esto, sé que quedaré, que aún permaneceré con todos vosotros, para vuestro provecho y gozo de la fe, ²⁶ para que

abunde vuestra gloria de mí en Cristo Jesús por mi presencia otra vez entre vosotros.

El apóstol se regocijó al ver que su encarcelamiento sirvió para hacer avanzar la obra del evangelio. Con este mismo espíritu de gozo continúa: “[Lo que me ha ocurrido] resultará en mi liberación”. Muchas traducciones tienen dificultad en captar el verdadero sentido de lo que Pablo dice aquí. El Dr. Beck probablemente es el que más se acerca al traducir: “[Estas cosas] resultarán victoriosas para mí”. Desde el momento en que se convirtió en cristiano hasta el tiempo en que escribió estas palabras como prisionero, el apóstol tenía una gran pasión: glorificar a Cristo. Al analizar la situación en la que ahora se encontraba, tenía la confianza de que sin importar el giro que tomaran las cosas, ya sea que viviera o que muriera, Cristo sería glorificado. Para Pablo esta era una buena razón de gozo.

La confianza que tenía Pablo de que Cristo sería glorificado mediante él no era un orgullo presuntuoso; se basaba en las oraciones de los filipenses por él y en la ayuda que le daría el Espíritu Santo. El apóstol sabía que no solamente la congregación de Filipos, sino que toda la cristiandad estaban orando por él para que pudiera dar una buena confesión ante sus jueces romanos. La oración de unos por otros es una parte importante de la comunión de los creyentes en el evangelio, y Jesús les asegura a los creyentes que estas oraciones serán escuchadas y respondidas.

Además, Pablo confiaba en que el Espíritu Santo iba a estar con él para proporcionarle todo lo necesario para glorificar a Cristo. A los primeros discípulos Jesús les había prometido que, cuando estuvieran ante jueces terrenales, el Espíritu estaría con ellos para ponerles en la boca las palabras apropiadas. Pablo sabía también que esta promesa de Jesús era válida para él. El Espíritu realmente lo estaba usando a él y el testimonio público que dio en su juicio para glorificar a Cristo.

Pablo había sentido la ayuda del Espíritu en su primera audiencia. Estaba seguro de que el Espíritu iba a seguir estando

con él para darle una fe valerosa y las palabras adecuadas para que continuara confesando sin temor a Cristo ante los jueces romanos y ante todos los ciudadanos romanos. Cristo sería glorificado como consecuencia de su testimonio. Así Pablo pudo decir que su encarcelamiento y su juicio y todo lo relacionado con esto se convertiría en victoria para él, aun si fuera condenado y sentenciado a muerte.

La primera fase del juicio de Pablo parece haber marchado bien. Todo indicaba que habría un resultado favorable, pero se daba cuenta de que el veredicto aún podría ser en su contra y hasta podría resultar en su ejecución. Pero a pesar de este panorama sombrío no disminuía el gozo del apóstol, porque sabía que el Espíritu usaría ya fuera su vida o su muerte para glorificar a Cristo.

Si Pablo vivía, si fuera absuelto y puesto en libertad, continuaría con su trabajo apostólico y haría y sufriría más cosas por Cristo. Si moría, iría directamente al Señor con una fe inquebrantable y con una canción en el corazón. Daría su testimonio máximo muriendo como un mártir como evidencia de su compromiso con la obra de Cristo. De cualquier forma que fuera, para todos sería evidente lo que el Señor, en su gracia, podía llevar a cabo en sus hijos.

El gran deseo del apóstol de glorificar a Cristo en vida o en muerte se sintetiza de una manera hermosa en las palabras ya familiares para nosotros del versículo 21. Estas palabras se han descrito como la “magnífica obsesión” de Pablo. “Porque para mí el vivir es Cristo y el morir, ganancia.” Desde aquel momento dramático que tuvo lugar en el camino a Damasco, cuando conoció al Señor Jesucristo resucitado y glorificado hasta sus días de ansiedad como prisionero por la causa de Cristo en la capital del mundo, toda la vida y el vivir de Pablo fue Cristo.

Por gracia había llegado a ser una nueva criatura en Cristo; en el bautismo se había revestido de Cristo, diariamente vivía en el conocimiento de que sus pecados estaban cubiertos con la justicia de Cristo; de él sacaba sus fuerzas para continuar con vida. Su deseo constante era conocer a Cristo más profundamente y servirlo

de una manera más completa. Pablo se consideraba a sí mismo como un esclavo de su Señor sin ninguna voluntad propia, totalmente sometido a la voluntad de su Maestro. Cristo era el secreto, la fuente, el resumen de la vida del apóstol. Cristo llenaba su vida de gozo y lo capacitaba eficazmente para comunicarles este gozo a otros.

Si la vida del creyente es Cristo, entonces naturalmente sigue que “morir es ganancia”. A lo largo de toda su vida terrenal los creyentes están unidos a Cristo mediante la fe, pero su unidad con Cristo, su conocimiento de él y su servicio al Señor son imperfectos, borrosos y opacados por el pecado. En el momento de su muerte física todo habrá de cambiar para bien. Lo que los creyentes poseen espiritualmente por la fe aquí en la tierra, lo tendrán a la vista por toda la eternidad. En la vida eterna verán a Cristo cara a cara y lo glorificarán con un servicio, adoración y gozo perfectos. Como Pablo lo veía, la muerte era ganancia, porque la muerte lo acercaría más a Cristo. Si el Señor estaba siendo glorificado en la vida terrenal del apóstol, mucho más sería glorificado mediante el servicio y la adoración perfectos en la eternidad.

Después de haber establecido los grandes principios que gobiernan la vida y la muerte del cristiano en Cristo, Pablo aplica estos principios directamente a su propia situación. Sabía que un veredicto favorable en su juicio significaría un trabajo más fructífero para él, pues ser puesto en libertad significaría continuar de nuevo con su trabajo apostólico. Nuevamente podría predicar el evangelio abiertamente, entre antiguos amigos y en nuevos lugares. Esta clase de trabajo siempre es un trabajo fructífero, Jesús mismo lo garantiza. Es evidente que por medio de este trabajo fructífero Cristo sería glorificado.

Sin embargo, Pablo dice que si le diera a escoger entre vivir o morir, sería una decisión difícil. Como todo creyente que realmente conoce y ama al Salvador, Pablo tenía un intenso deseo de abandonar esta vida y de estar con Cristo. Anhelaba estar libre de los sufrimientos, de las tribulaciones y de los dolores que

caracterizan esta vida en este mundo pecaminoso para entrar en el gozo perfecto de los cielos. No había ninguna duda en la mente del apóstol de que en el mismo momento en que su alma dejara esta vida estaría con el Señor.

Pablo dice que la vida eterna con Cristo es mucho mejor que la vida aquí en la tierra. Sin embargo, a pesar de las ventajas evidentes que le traería la muerte, se sintió fuertemente presionado por otra consideración: “Quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros”, les había dicho a los filipenses. El apóstol estaba consciente del hecho de que los filipenses, así como muchos de los otros cristianos recién convertidos, aún lo necesitaban.

La congregación de Filipos tenía menos de diez años, muchos de sus miembros recién habían abandonado la idolatría y se habían convertido al cristianismo. La congregación tenía sus debilidades y estaba rodeada de peligros; y si de pronto se viera privada de su amado apóstol que era un buen líder y guía, el desarrollo de la congregación se vería seriamente obstaculizado. Había ventajas personales para el apóstol al abandonar esta vida para estar con Cristo, pero era mejor que siguiera viviendo para cubrir la “necesidad” de sus lectores o, mejor dicho, para beneficio de ellos.

El apóstol reconocía que a él no le correspondía decidir entre la vida o la muerte. El Señor tomaría esta decisión por él. Pero basándose en los factores que acababa de mencionar, el apóstol se permitió hacer una “especulación inspirada”. Porque estaba convencido de que continuar viviendo significaría rendir frutos de más y más trabajo apostólico, y porque sabía que las iglesias recién establecidas necesitaban este trabajo, tenía la confianza de que se le permitiría continuar su trabajo en la tierra, al menos por un poco más de tiempo.

Si el plan de Dios era que él esperara un tiempo antes de ver la gloria de los cielos y que continuara viviendo y trabajando por el evangelio, Pablo no solo lo aceptaría, sino que se regocijaría en ello, porque Cristo seguiría siendo glorificado a través de su trabajo apostólico. Qué gozo tan especial compartirían el apóstol y los filipenses después de los oscuros días de su encarcelamiento

si pudieran volver a estar juntos para regocijarse en el compañerismo del evangelio y para alabar al Señor por su misericordia al haberlos reunido nuevamente.

Todas las evidencias históricas que tenemos indican que se cumplieron las esperanzas del apóstol. Por lo visto, fue puesto en libertad de este encarcelamiento especial y el Señor le permitió continuar con su trabajo apostólico, al menos por unos años más. También es bastante probable que Pablo viera a los filipenses de nuevo antes de ser arrestado y encarcelado por la segunda y última vez. Se habla de este segundo encarcelamiento y de su resultado en la última carta de Pablo, en 2 Timoteo.

Las palabras elocuentes y llenas de gozo de Pablo en esta sección expresan la actitud que todo cristiano debe tener hacia la vida y hacia la muerte. Para un cristiano, vivir es Cristo. La verdadera vida es imposible sin Cristo, la gran meta de la vida de todo cristiano debe ser servir y glorificar a su Señor. Si Cristo es verdaderamente nuestra vida, nuestra obsesión con él y nuestro gozo en él serán evidentes en todo lo que hagamos. Nuestros pensamientos y nuestros planes estarán centrados en él, y nuestras palabras y acciones constantemente darán testimonio de nuestro compromiso con aquel que nos ha hecho nuevas criaturas espirituales mediante la fe Jesús.

Pero sabemos que no siempre es fácil llevar una vida así, ni reflejar este compromiso. Hay muchos obstáculos y enemigos, incluyendo la naturaleza pecaminosa que dentro de nosotros quiere que vivamos sólo para nosotros mismos. Sin embargo, como Pablo, podemos encontrar la fuerza para vivir por Cristo en lo que el Espíritu Santo nos da a través de los medios de gracia. Podemos orar confiadamente por las ricas bendiciones que nos da el Espíritu. A medida que aumentamos diariamente en la gracia, en el conocimiento y en la fe viva, podemos hacer que las palabras de Pablo también sean nuestra propia confesión: “Porque para mí el vivir es Cristo”. Solamente en esta clase de vida podemos encontrar verdadera satisfacción y gozo.

También podemos aprender mucho de la actitud del apóstol hacia la muerte. El apóstol no se desesperó ante la perspectiva de la muerte. No estaba tan aferrado a esta vida que considerara a la muerte como una intrusa inoportuna. Para el apóstol la muerte era ganancia, una ventaja personal, porque sabía que esto significaría pasar de una vida problemática manchada por el pecado a una existencia perfecta junto al Salvador. Pablo estaba listo para ir y estar con el Salvador en cualquier tiempo. Sin embargo, si era la voluntad del Salvador que él viviera y siguiera trabajando, lo haría gustosamente, hasta el tiempo en que el Señor lo llamara.

El punto de vista del apóstol acerca de la muerte evita dos extremos: aferrarse neciamente a esta vida que es pasajera y un deseo impaciente por la muerte. El primero es un peligro para el cristiano de cualquier época; el segundo puede ser un peligro especialmente para los cristianos que enfrentan sufrimientos o que ya son muy ancianos. Un cristiano que sufre puede le suplicar humildemente al Señor que lo libere de sus tribulaciones, pero no todo deseo de morir es un deseo piadoso. Si este deseo fluye simplemente del deseo de escapar de las obligaciones de la vida o de ser aliviado de sus cargas pesadas, en realidad es sólo un deseo egoísta. Algunas veces el deseo quejumbroso de morir no es nada más que una queja impaciente contra Dios. Sin embargo, en las palabras del apóstol no notamos impaciencia, ni queja, solo una buena disposición gozosa de glorificar a Cristo en la vida o en la muerte, según las circunstancias sean del agrado del Salvador. Esta es una actitud digna de ser imitada por todo cristiano.

ÁNIMO PARA LLEVAR LA VIDA GOZOSA EN EL EVANGELIO FILIPENSES 1:27-4:9

Permanezcan firmes en el evangelio

²⁷ Solamente os ruego que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que, sea que vaya a veros o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio ²⁸ y sin dejaros intimidar por los que se oponen, que para ellos ciertamente es indicio de perdición, pero para vosotros de salvación; y esto procede de Dios. ²⁹ A vosotros os es concedido a causa de Cristo, no sólo que creáis en él, sino también que padezcáis por él, ³⁰ teniendo el mismo conflicto que habéis visto en mí y ahora oís que hay en mí.

Con estos versículos el apóstol termina su informe a los filipenses acerca de sí mismo, y comienza una serie de instrucciones o palabras de ánimo que continúan por la mayor parte del resto de la epístola. Cualquier cosa que le pase personalmente, les dice Pablo a los filipenses, ya sea que vaya a ellos como espera hacerlo, o que permanezca ausente de ellos, sea como sea, se deben comportar de una forma digna del evangelio. El significado de la raíz del verbo que Pablo usa aquí es “ejercer la ciudadanía”. Los filipenses, muchos de ellos veteranos del ejército romano y sus familias, estaban especialmente orgullosos de su ciudadanía romana. El apóstol les quería recordar que como cristianos tenían una ciudadanía que era aún más importante que la ciudadanía terrenal de la cual estaban tan orgullosos. Los creyentes filipenses eran ciudadanos del reino espiritual de Jesús. Así como su conducta en muchos aspectos reflejaba que valoraban su ciudadanía romana, así también en muchos más aspectos deberían reflejar su ciudadanía espiritual.

Ejercer su ciudadanía en una forma digna del evangelio significa vivir en una forma que verdaderamente dé evidencia de la nueva vida espiritual que el evangelio ha producido en el corazón de uno. Cuando el evangelio entra al corazón humano y une a los seres pecadores a Cristo por medio de la fe, esto cambia la vida de las personas. Mueve y les da poder a los seres humanos, que antes vivían solo para sí mismos, a vivir en amor a Dios y a sus semejantes. Pablo aquí exhorta a los filipenses a que muestren lo que el evangelio ha hecho por ellos y en ellos al llevar una vida que le rinda honor a Dios y al glorificar al Señor a quien el evangelio proclama.

Si ejercen su ciudadanía espiritual de acuerdo con lo que el evangelio ha hecho en ellos y por ellos, los filipenses estarán “firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio y sin dejaros intimidar por los que se oponen”. Los creyentes que hacen uso de su ciudadanía digna del evangelio lo defenderán con firmeza. Se aferrarán firmemente a las enseñanzas que han recibido del evangelio y no se comprometerán con el error. Vivirán en armonía unos con otros, luchando hombro con hombro para defender y hacer avanzar el evangelio en medio de un mundo hostil.

Tampoco temerán la oposición del enemigo. Debido a su confesión de ser cristianos los filipenses se tuvieron que enfrentar a muchos enemigos (después Pablo va a describir más ampliamente a estos enemigos en el capítulo 3). Pero los creyentes que permanecen firmes en el evangelio no se deben aterrorizar ante ninguno de sus enemigos, no importa cuán fuertes o poderosos puedan parecer. En vez de esto, deben llevar a cabo su lucha confiada y valientemente contra estos enemigos, sabiendo que el Señor está de su lado.

El mismo hecho de que Dios les da a los creyentes valor frente a sus enemigos es como una señal de la destrucción de los enemigos y de la salvación de los creyentes. Cuando los enemigos ven la osadía en el valor de este grupito de creyentes que defienden con firmeza a Jesús y al evangelio, tendrán que reconocer que en

los creyentes obra un poder mucho mayor que el poder humano, un poder que ellos simplemente no pueden superar.

Finalmente, el apóstol se identifica personalmente con los filipenses al recordarles que cuando luchan a favor del evangelio comparten un terreno común con él. Muchos de los filipenses habían sido testigos personales de algunos de los conflictos que el apóstol había tenido que soportar. Recordaban la primera vez que él les había llevado el evangelio a su ciudad, cómo había sido difamado, atropellado, azotado y echado en un calabozo romano. También recordaban que el apóstol se había mantenido firme y cómo desde las profundidades de la prisión él y Silas, su colaborador en la misión, habían cantado himnos de alabanza al Señor.

En esta carta los filipenses podían leer de nuevo acerca de las ataduras del apóstol y la manera en que los que estaban siendo agitados por Satanás le estaban causando aflicciones. Toda la carrera del apóstol como cristiano y como misionero había sido una lucha constante que exigía un gran esfuerzo contra enemigos poderosos. Sin embargo, en este conflicto el Señor fortaleció diariamente al apóstol. Mientras luchaba aún se podía regocijar día tras día.

Al enfrentarse a sus enemigos, los filipenses estaban comprometidos en la misma lucha. El archienemigo era el mismo. La causa era la misma, y la fuente de fortaleza para poder enfrentarse a la lucha también era la misma. El gozo en el Señor Jesús que habían sentido durante sus luchas era el mismo gozo y la victoria final era la misma. Solo el hecho de saber esto debía animar a los filipenses en sus luchas diarias y debía llenar su corazón con un gozo y un ánimo renovados.

Nuestra meta constante como cristianos es ejercer nuestra ciudadanía en una forma digna del evangelio, reflejar en nuestra vida la obra misericordiosa que el Espíritu Santo, mediante el evangelio, ha llevado a cabo en nosotros. Si esta es nuestra verdadera meta, y si diaria y conscientemente buscamos la ayuda del Espíritu para lograrlo, también nuestra vida se distinguirá por

nuestra lealtad firme al evangelio, mediante la armonía de unos con otros, y por la audacia frente a los enemigos poderosos. Así como los filipenses del primer siglo, los creyentes del siglo veintiuno tienen que luchar contra muchos enemigos, gente, fuerzas y filosofías desde el ateísmo hasta el Zen. Su verdadero instigador es Satanás, y su meta en común es callar el evangelio y amortiguar su impacto en el mundo.

A medida que peleamos la batalla, podemos cobrar ánimos constantemente al comprender que estamos peleando la misma batalla que tuvieron que pelear los creyentes fieles como el apóstol Pablo y los filipenses, y nos podemos regocijar en la promesa de que el Señor también nos dará los dones espirituales que necesitamos para vencer a nuestros enemigos y para ganar la victoria final: firmeza, armonía y valor, todo lo cual significa la derrota final de nuestros enemigos y nuestra victoria final.

Vivan en armonía y humildad unos con otros

2 Por tanto, si hay algún consuelo en Cristo, si algún estímulo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, ² completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. ³ Nada hagáis por rivalidad o por vanidad; antes bien, con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo. ⁴ No busquéis vuestro propio provecho, sino el de los demás.

Si los filipenses y otros creyentes deben permanecer firmes contra los enemigos del evangelio que los amenazan en el exterior, primero debe haber una unión firme entre ellos mismos. Pablo ya había hablado de “[estar] firmes en un mismo espíritu”, y ahora amplía este pensamiento enfocando el aspecto interno: la relación entre los creyentes, unos con otros. Aquí la exhortación del apóstol es completamente evangélica, o basada en el evangelio; le habla al corazón de los filipenses, recordándoles las bendiciones del

evangelio que tenían gracias a Cristo. Entonces les hace una exhortación, basándose en estas bendiciones. Con cuatro cláusulas condicionales breves y poderosas, Pablo les recuerda a los filipenses que ellos realmente han sido animados por Cristo, han sido consolados por su amor, han sido hechos espiritualmente nuevos y vivos por la obra del Espíritu en su corazón y han sido bendecidos por el Espíritu con los dones de bondad y compasión. Así que tenía todo el derecho de suponer que todo lo que está a punto de pedirles a los filipenses sucederá con naturalidad.

Los filipenses ya le habían dado mucho gozo al apóstol. Su comunión en el evangelio, su fe y amor, su generosidad, todo le causaba alegría cada vez que pensaba en ellos o que oraba por ellos. Sin embargo, Pablo dice que había una cosa más por la que los filipenses se debían esforzar para que el gozo fuera completo. Ese algo era buscar una mayor armonía en el trato y en las relaciones de unos con otros.

Estas palabras del apóstol han llevado a algunos estudiosos bíblicos a la conclusión de que el orgullo y las luchas internas eran algunos de los problemas que enfrentaba la congregación de Filipos. Tal vez lo eran. Más adelante, en el capítulo 4, el apóstol menciona una rivalidad personal específica entre dos de las mujeres importantes de la congregación. Pero ya fuera que existieran estos problemas en la congregación, o no, el apóstol sentía que los filipenses necesitaban ánimo en esta área específica de su vida cristiana.

¿Y qué congregación no lo necesita? Donde los pecadores viven y trabajan junto con seres pecadores, el orgullo y el egoísmo siempre están irguiendo la cabeza. El diablo trabaja con mucho empeño para usar el producto de la naturaleza pecadora de los miembros con el fin de lograr la falta de armonía entre ellos mediante las fricciones y las luchas. En las congregaciones florecientes, donde hay muchos miembros que tienen conocimiento y dones, siempre existe el peligro de que los miembros que tienen más dones desprecien a los menos dotados, y que los menos dotados envidien a los que tienen más habilidades.

Y siempre es una característica de la naturaleza humana quitarles importancia a las debilidades propias y exagerar nuestras propias virtudes, mientras que hacemos exactamente lo opuesto cuando observamos la nuestra debilidad y las virtudes de los demás. Estas cosas pueden hacer que demore seriamente el crecimiento de cualquier congregación.

El apóstol Pablo consideraba al egoísmo y al orgullo que perturbaban la armonía de la congregación como pecados que son especialmente problemáticos y peligrosos. Esto es evidente por las advertencias que hace en cada una de sus epístolas contra estos pecados. Otros ejemplos de estas advertencias se encuentran en Gálatas 5:25,26, 1 Corintios 1:10-17, Efesios 4:2,3. Ya sea que la falta de armonía fuera o no un problema mayor en la congregación de Filipos que en otras congregaciones, los cristianos de Filipos ciertamente necesitaban la exhortación Cristo-céntrica de nuestro texto. Tal como nosotros la necesitamos también.

Pablo anima a los filipenses a esforzarse por lograr la mayor unidad de disposición, de humildad y de ayuda. *Unidad de disposición* es el punto de vista común que los creyentes deben compartir acerca de la vida porque han sido unidos por el Espíritu en una fe común en el Señor Jesús. “Nuestros temores, nuestras esperanzas, nuestras metas, son una”, lo dice el escritor de un himno, “nuestro consuelo y nuestras preocupaciones” (traducción literal. Existe una traducción libre de esto en el Culto Cristiano 299, estrofa 2). Los creyentes “sintiendo lo mismo” juzgan todas las cosas por la palabra de Dios. Se aman unos a otros con la clase de amor desinteresado que da sin esperar nada a cambio y encuentra su motivación y su ejemplo en el amor de Cristo. Y los cristianos que son de un mismo parecer están de acuerdo en la gran meta común de hacer progresar el reino de Jesús en el mundo. Aunque puedan ser diferentes en muchos otros aspectos, los creyentes son de un mismo parecer en lo espiritual, y deben trabajar y orar continuamente para lograr una mayor unidad de disposición.

La humildad, o una actitud humilde, también es un concepto clave en el Nuevo Testamento, una marca distintiva del cristiano que es fiel y activo. La humildad es lo opuesto a la soberbia y al egoísmo de nuestra naturaleza corrupta y pecadora. La sociedad del primer siglo no consideraba que la humildad fuera de mucho valor. En realidad la consideraba como el equivalente a la cobardía e identificaba el orgullo y la capacidad de defenderse e imponerse sobre los demás como sinónimos de la hombría. El mundo no cristiano de hoy en día piensa de la misma forma. Se ofrecen libros y clases, que son muy populares y producen mucho dinero, de reafirmación personal y los métodos más efectivos para ejercer poder y cuidarse de la competencia. Pero la actitud de un corazón cambiado por la gracia de Dios ya no piensa en “yo primero, y después todos los demás, si es que se lo permito”. Más bien es una actitud que con humildad y con amor cristiano pone el interés de los demás antes que el de uno mismo.

Cuando exhorta a que el cristiano estime “a los demás como superiores a él mismo”, Pablo no intenta que se revistan de una falsa modestia. No quiere que los creyentes que tienen talento nieguen sus dones especiales. Lo que hace es poner un principio general que debe gobernar las relaciones entre unos y otros cristianos. Un hijo humilde de Dios, sin importar cuántos ni cuán pocos puedan ser sus dones, se esforzará en interpretar de la mejor manera lo que haga el prójimo. Alegremente reconocerá y respetará cualquier don que tenga el prójimo, sean muchos o pocos. En todas las cosas la humildad cristiana se esforzará por darle al prójimo una consideración primordial.

Cuando en una comunidad cristiana cada uno de los cristianos considera a los demás mejores que a él mismo, el resultado tiene que ser una armonía maravillosa. Nadie menosprecia a nadie en esa comunidad, sino que todos se tienen en alta estima, en la medida en que cada uno esté dispuesto a dar de sí mismo para mostrar bondad a los demás. Pablo mismo aprendió bien la gracia de la humildad.

¿Se puede decirse lo mismo de nosotros? ¿O nuestra arrogancia muestra que nuestra vida no está tan dirigida por el Espíritu, como debe ser? A los cristianos les es difícil poner su fe en práctica cuando eso significa adoptar actitudes y acciones que sean radicalmente diferentes de las que tiene la sociedad en la que viven. Pero precisamente allí es donde los verdaderos cristianos se muestran tal como son en realidad y donde los falsos cristianos se ponen en evidencia. A los que somos al mismo tiempo santos y pecadores, solamente el evangelio nos puede dar la fuerza espiritual necesaria para tener una vida de humildad que claramente nos distinguirá como verdaderos seguidores de nuestro humilde Señor.

La armonía llega a ser práctica entre los cristianos en un *espíritu de servicio*, cuando cada creyente se esfuerza por hacer las cosas que sirven y ayudan al prójimo en toda forma posible. La manera del mundo es cuidar de sí mismo; sólo considera las necesidades de los demás cuando ve que puede obtener algún provecho para sí mismo, pero la preocupación de los creyentes por el interés de su prójimo reemplazará al interés propio. Y nuevamente, qué tan seguros serán estos medios para promover la armonía que es del agrado de Dios entre los cristianos.

⁵ Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús:

**⁶ Él, siendo en forma de Dios,
no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse,
⁷ sino que se despojó a sí mismo,
tomó la forma de siervo
y se hizo semejante a los hombres.**

**⁸ Mas aún, hallándose en la condición de hombre,
se humilló a sí mismo,
haciéndose obediente hasta la muerte,
y muerte de cruz.**

**⁹ Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas
y le dio un nombre que es sobre todo nombre,**

**¹⁰ para que en el nombre de Jesús
se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la
tierra y debajo de la tierra;
¹¹ y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor,
para gloria de Dios Padre.**

La inclinación de nuestra naturaleza humana pecadora no es a la humildad, tampoco al amor ni al servicio, sino al egoísmo, así que gobernar esta naturaleza en uno mismo es la gran necesidad de los creyentes que verdaderamente desean poner en práctica su fe cristiana. En las ya conocidas palabras de esta sección, el apóstol recalca su exhortación anterior a los filipenses. Les señala, a ellos y a todos los creyentes, al Señor Jesús tanto como un ejemplo perfecto y como la fuente máxima de fortaleza para llevar una vida de humildad y de amor cristianos.

La actitud que acompaña al dominio de sí mismo, y que resulta en una verdadera armonía entre los cristianos, se encuentra en Cristo de una manera más perfecta. Cuanto más conozcan los creyentes a Jesús, él y su amor llenarán su corazón. Cuanto más estén ellos en Cristo y Cristo en ellos, su actitud y sus acciones serán más como las de Cristo y serán menos egoístas. Así que a modo de ánimo a los cristianos para que adopten la actitud de su Salvador como si fuera suya, Pablo les ofrece esta magnífica descripción de la actitud de Cristo.

Las palabras del apóstol se presentan aquí como palabras de ánimo, sin embargo son mucho más que esto. De pronto, tal vez sorprendentemente, se amplían en una significativa declaración doctrinal, en uno de los resúmenes del Nuevo Testamento acerca de la humillación y de la exaltación de nuestro Salvador. Con una distinción y dignidad de estilo que se ajusta bien a la naturaleza profunda del tema, el apóstol nos toma de la mano y nos lleva a ver los misterios divinos de la persona de Cristo y la obra que llevó a cabo para nuestra salvación.

El apóstol comienza esta sección significativa de su epístola con una descripción inigualable de la humillación del Dios

hombre. Para entender la humillación de Cristo, primero debemos entender lo que es Dios “por naturaleza” (v. 6, NVI; la versión Reina-Valera dice “forma”) como Pablo lo dice. Desde toda la eternidad Jesús ha sido uno con el Padre, verdadero Dios. Su existencia eterna como Dios es inquebrantable e inmutable. La naturaleza divina de Jesús no es capaz de experimentar humillación, pero Jesús, aunque conservando totalmente su naturaleza divina, asumió una verdadera naturaleza humana. Fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen María. El que es verdadero Dios desde toda la eternidad llegó a ser verdadero hombre y habitó entre los hombres. A esto lo llamamos la encarnación, y lo aceptamos como uno de los grandes misterios de la fe cristiana.

En la encarnación de Jesús, la naturaleza humana que asumió Jesús siguió conservando todas las características que son propias de su naturaleza divina. Ahora las dos naturalezas están perfectamente unidas. Después de la encarnación la Biblia habla de un Cristo divino-humano, del Dios hombre. Jesús posee toda la plenitud de la divinidad; sin embargo, debido a que es tanto verdadero hombre como verdadero Dios, él se podía humillar a sí mismo por nosotros, y lo hizo. Ya que el pecado limita nuestro entendimiento humano de las cosas divinas, no podemos entender esto, pero Dios claramente nos revela estas verdades impresionantes en su Palabra. Las aceptamos humildemente con una fe agradecida.

Jesús realmente es verdadero Dios, igual que el Padre en poder, autoridad y majestad, y posee todas las características propias de Dios. Así lo demostró claramente durante su ministerio terrenal. Era un hombre que podía leer el corazón de los hombres, alimentar a las multitudes, controlar la naturaleza, echar fuera demonios, sanar enfermos y hasta resucitar a los muertos. Los que presenciaron de cerca estas cosas tuvieron que confesar: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. Jesús era y es Dios en su naturaleza misma.

Sin embargo, el apóstol nos dice que “no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse”. Jesús estaba bien consciente del hecho de que él es Dios. Sabía perfectamente que desde toda la eternidad él poseía toda la majestad de Dios y que también la poseyó totalmente durante los días de su ministerio terrenal. Pero Jesús no consideró que esto era algo que se debía exhibir ni desplegar para su ventaja y gloria personal.

En los días de Pablo con frecuencia se honraba a los generales victoriosos y a otras figuras públicas en “su momento de esplendor” erigiendo monumentos en honor de ellos y de sus hazañas. También hoy en día los grandes hombres del mundo con frecuencia usan los privilegios y hazañas de su oficio para realzar su reputación, para avanzar en su carrera, tal vez hasta para llenarse los bolsillos.

Jesús, aunque era Dios en su naturaleza misma, no vino a la tierra para glorificarse a sí mismo. No buscó su propio beneficio, tampoco usó arbitrariamente los privilegios y poderes divinos que poseía para satisfacer caprichos pasajeros ni para ganar poder ni fama terrenales. Si estas hubieran sido las razones por las que asumió su naturaleza humana, hubiera sido inútil que lo hiciera, porque la misión que recibió del Padre simplemente no concordaba con un despliegue llamativo de majestad divina. No hubo tal despliegue de majestad ni de poder. Cuando él, que es por naturaleza Dios, vino a esta tierra, tomó en cuenta la misión y la obra por la que había asumido la naturaleza humana. Pensó en nosotros y se humilló a sí mismo.

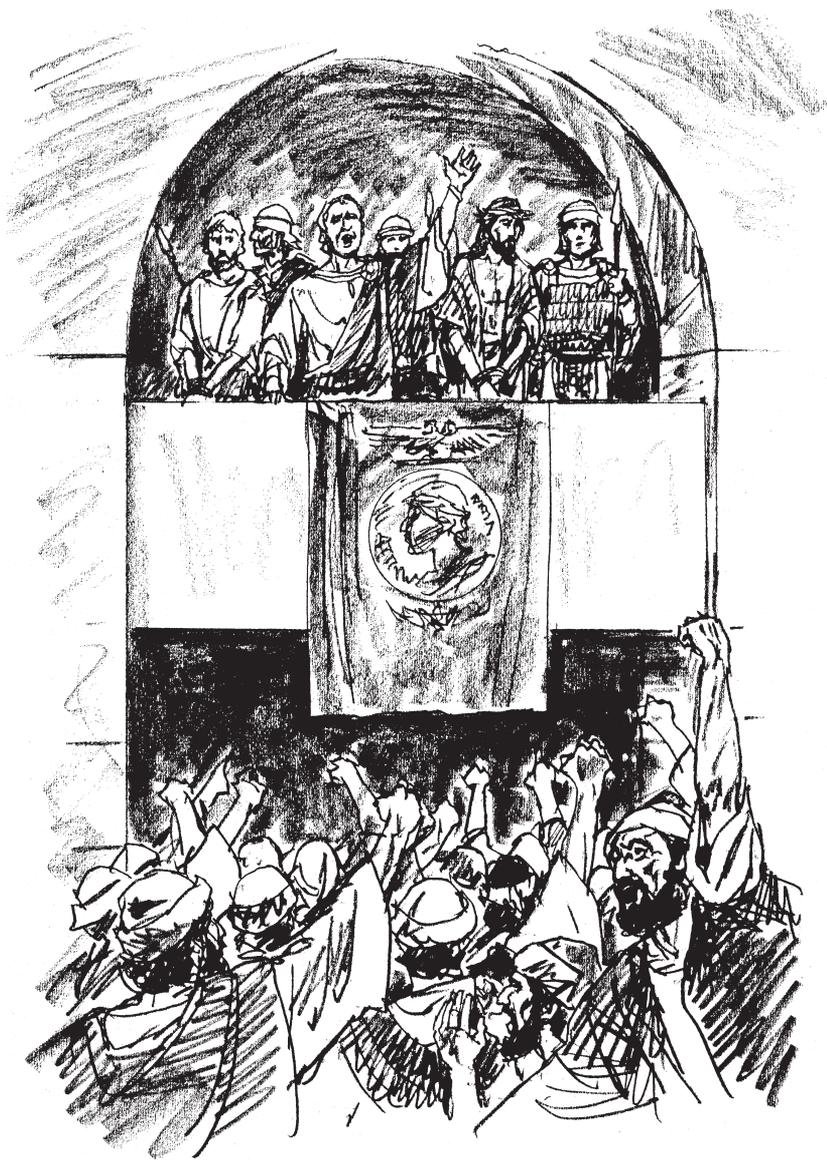
Al llevar a cabo su humillación el Dios hombre “se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres”. El lenguaje humano lucha por expresar adecuadamente la grandeza de lo que Jesús hizo. La expresión “se despojó a sí mismo” literalmente significa que “se vació a sí mismo”. Es evidente que Jesús no se vació de su deidad, como algunos enseñan incorrectamente; él fue y será por siempre verdadero Dios. En ocasiones, hasta en su estado de humillación, claramente dio evidencias de las características y poderes divinos que aún poseía.

Por ejemplo, pensemos en los milagros, en su transfiguración, o hasta en los despliegues repentinos de su poder divino que les mostró a sus enemigos en el huerto de Getsemaní.

La naturaleza divina siempre estuvo con él, y todo lo que su deidad le otorgó a su naturaleza humana siempre fue suyo como Dios hombre. Pero durante su vida y su ministerio terrenales Jesús se vació a sí mismo del *uso pleno y constante* de todas las prerrogativas de su divinidad. Dejó de lado el uso ilimitado de su poder y no siempre usó ni exigió sus derechos como Dios. En vez de esto, tomó “la forma de siervo”. Fue como si cubriera la gloria de su divina majestad con los harapos de un pordiosero. Llegó a humillarse totalmente. Llegó a ser como cualquier otro ser humano, en realidad más humilde que la mayoría, en su forma terrenal de vivir. Aunque él mismo era sin pecado, asumió la naturaleza humana en la condición débil que nosotros tenemos, cargado con las consecuencias del pecado. Aunque es el Señor de todo el universo, nació en un establo. Nunca tuvo propiedades terrenales ni riquezas. Fue despreciado por muchos de sus contemporáneos, y se puso a sí mismo bajo las exigencias de la Ley de Dios. Asumió la naturaleza de siervo, aunque conservó, pero no siempre usó, todo el poder y la majestad de Dios.

Como parte de su oficio como Redentor nuestro, era necesario que Jesús se despojara a sí mismo del uso constante y pleno de su majestad divina y tomara la forma de siervo. Si hubiera vivido en la tierra solamente como los discípulos lo vieron en el monte de la Transfiguración, su obediencia redentora a la Ley como nuestro sustituto, así como también el rechazo que padeció, su sufrimiento y muerte nunca hubieran tenido lugar y nuestra salvación nunca se hubiera ganado.

Es muy agudo el contraste que hay entre la manera en que los conquistadores o gobernantes terrenales buscan fama y victoria y la forma en que Jesús ganó la victoria más grande de todas para nosotros. Los gobernantes terrenales buscan victorias mediante la fuerza, siempre están acumulando armas sofisticadas, ejércitos y alianzas para garantizar el poder para ellos mismos. Jesús trabajó



¡Que sea crucificado!

en una forma totalmente opuesta para ganar la victoria para nosotros. Se despojó a sí mismo del uso pleno de su poder y llegó a ser totalmente humilde para convertirse en el sustituto del mundo pecaminoso y llevar a cabo el plan del Padre de salvar a la humanidad pecadora.

Con una reverencia especial San Pablo nos describe las profundidades mayores a las que llegó la humillación del Dios hombre. Esta humillación comenzó en el momento en que el unigénito Hijo de Dios tomó la naturaleza humana y entró en este mundo. No terminó hasta que murió en la cruz. No sólo se humilló Jesús para llegar a ser un hombre entre los hombres, no sólo llevó una existencia terrenal totalmente modesta y humilde. Por causa del hombre se humilló hasta las profundidades a las que ningún hombre jamás había llegado ni podría llegar cuando se hizo “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

Que alguien muera sobre la cruz no es una experiencia totalmente desconocida entre los seres humanos, pero la muerte de Jesús sobre la cruz fue más allá de la experiencia común humana, porque no fue una muerte ordinaria. La muerte sobre la cruz era una muerte vergonzosa, la muerte más vergonzosa que un ser humano pudiera tener. Esta forma de muerte la reservaban para los criminales más viles y para los esclavos. Era una muerte extremadamente dolorosa; y lo que es más importante, era una clase de muerte maldecida por Dios.

En el Israel del Antiguo Testamento, después de que se había llevado a cabo la muerte de un malhechor, las leyes civiles mandaban que su cuerpo muerto fuera clavado a un poste o a un árbol. Eso tenía el propósito de imprimir en las personas el hecho de que ese individuo, por su trasgresión, había sufrido la mayor de las maldiciones, es decir ser apartado de Dios y de su pueblo de creyentes. Sí, ante los ojos de Dios, *el cuerpo inerte* que colgaba de un madero significaba su maldición, con mayor razón el cuerpo de una *persona viva* que colgaba de un madero se consideraba una maldición, especialmente cuando esa persona sufría una angustia indescriptible. Cuán deliberada y pesadamente caen las palabras

cuando el apóstol describe la mayor humillación del Dios Hombre: **Y MUERTE DE CRUZ.**

La vergüenza y la degradación de la muerte de este esclavo hicieron que muchos estuvieran absolutamente seguros, como Pablo mismo antes de su conversión, de que éste no podía ser el Mesías. La humillación simplemente no concordaba con lo que ellos esperaban que fuera el Mesías. De este modo es que la cruz de Jesús llegó a ser un “tropezadero” (1 Corintios 1:23) para muchos, especialmente entre los judíos, y hasta la fecha permanece “piedra de tropiezo y roca de caída” (Romanos 9:33).

Pero la respuesta clara de las Sagradas Escrituras a todas las protestas humanas es que la humillación de Jesús fue para que se cumplieran las Escrituras. Fue un acto voluntario por el que Jesús, como sustituto de toda la raza humana, cargó con nuestros pecados y llevó nuestra maldición para llevar a cabo el plan que el Padre tenía para nuestra salvación. La profundidad de la humillación de Jesús fue al mismo tiempo la medida de su amor voluntario y abnegado. El, en quien moraba corporalmente toda la deidad, fue colgado de un madero como un maldecido. Dios cargó sobre él todos los pecados y culpas del mundo y fue abandonado por Dios a los tormentos del infierno. Este es el acto más noble de amor que el mundo jamás haya conocido, el misterio del evangelio dentro del que los ángeles quieren mirar.

Y todo lo hizo para nuestro beneficio. Dios nos declara sin pecado ante sus ojos porque Jesús cargó con nuestros pecados. Ahora somos libres, porque Jesús pagó por nuestras culpas. En el maravilloso gran intercambio que hizo Dios, nuestros pecados le fueron cargados a Cristo y a nosotros se nos revistió de su justicia. Por medio de su humillación Jesús nos reconcilió con Dios, de quien nos habían separado nuestros pecados.

Ahora, Pablo dice que nosotros como seguidores de Jesús debemos imitar su humildad y su amor abnegado. Si verdaderamente entendemos el significado de lo que el Dios hombre hizo por nosotros, ¿cómo podemos negarnos a darle atención a esta advertencia? ¿Cómo podemos vivir en forma tan

egoísta cuando le pertenecemos a un Señor lleno de amor y tan abnegado? Cuando el amor lo necesite ¿cómo podemos rechazar el abandono de nuestros derechos o el sufrir injustamente a manos de otros? Por nosotros, él se hizo obediente hasta la muerte, y por la fe ahora tenemos la manera de pensar de Cristo. ¿No estaremos dispuestos a servirnos el uno al otro por su causa? ¿Acaso no haremos estos pequeños sacrificios por los que nos servimos unos a otros y damos así evidencia de que verdaderamente tenemos la manera de pensar de Cristo?

Pero la base poderosa sobre la que se apoya la advertencia de Pablo no solamente incluye la humillación de Cristo, también incluye su exaltación. Como el Dios hombre, Cristo se humilló voluntariamente a sí mismo por nosotros y por nuestra salvación. Pero esa humillación no fue algo permanente, sólo fue por un tiempo definido, limitado, y fue asumida sólo para llevar a cabo un propósito específico. Cuando se logró este propósito con éxito y la salvación del hombre fue un hecho consumado, la humillación de Jesús se terminó para siempre.

Cuando se completó la misión de Jesús, “Dios también lo exaltó sobre todas las cosas”. Dios mismo coronó la obra que Jesús había logrado y la declaró perfecta y completa. Jesús, en su *estado de humillación*, el Dios hombre, dejó de lado el uso pleno de sus poderes divinos y los cubrió con “los harapos de un pordiosero” de la obediencia humilde. En su *estado de exaltación*, dejó caer los trapos de pordiosero, la forma de esclavo, y Jesús ya no oculta más el hecho de que él es Dios.

Sí, Jesús todavía es el Dios hombre, pero ya no está sujeto a la debilidad ni a la fragilidad de la humanidad pecadora. Ya no usa sus cualidades y poderes divinos en forma limitada y restringida; ahora ejerce totalmente su majestad como el Dios hombre exaltado que gobierna sobre todas las cosas en los cielos y sobre la tierra. El Dios hombre, que una vez se humilló a ser lo más bajo para salvar a nuestra raza, ahora es exaltado hasta lo más elevado como el Rey de reyes y el Señor de señores.

El Credo Apostólico enumera los varios acontecimientos de la exaltación de Jesús: “Descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso; y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos”. ¡Qué gloriosa victoria describen estas palabras! Jesús, nuestro Salvador, después de completar con éxito su obra redentora por nosotros, abiertamente triunfó sobre las fuerzas del infierno. La muerte tuvo que renunciar a la garra que tenía sobre él, la tierra no lo pudo contener. Los cielos abrieron sus puertas para recibirlo. Jesús, nuestro victorioso Salvador, ahora sostiene en sus manos las riendas del universo, gobierna sobre todas las cosas en los cielos y en la tierra para el bien de sus creyentes, y vendrá nuevamente al final de los tiempos, a juzgar al mundo, y a llevarse a los creyentes con él para compartir con ellos su gloria en la vida eterna.

Por virtud de su exaltación, Jesús recibió “un nombre que es sobre todo nombre”. El que en su humillación se vació a sí mismo tuvo, en su exaltación, un nombre y una reputación que nadie le iguala. Su nombre, que fue pronunciado con desdén por sus enemigos, especialmente por los que lo condenaron a muerte como un blasfemo, es el único “nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que [podemos] ser salvos” (Hechos 4:12). Sólo por medio del nombre de Jesús, por medio de la fe en su nombre y por la revelación del evangelio que está detrás de todo esto, es que los pecadores pueden ser salvados. El destino eterno de todos los seres humanos depende de su relación con Jesús y de su nombre. O aceptan a Jesús y a su revelación salvadora por medio de la fe y son salvos, o lo rechazan y se pierden. Nosotros, los que hemos sido llamados a la fe por el Espíritu mediante el evangelio, nos regocijamos en el privilegio de conocer y confesar este nombre que es sobre todo nombre, el nombre de Jesús, nuestro profeta exaltado, nuestro sacerdote y nuestro rey.

En su humillación, Jesús se sometió a los reproches y al rechazo de los hombres pecadores; en su exaltación es la voluntad del Padre que él reciba el homenaje de todos los seres creados.

“En el nombre de Jesús”, concluye Pablo este gran párrafo, “se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.” Todas las cosas creadas deben confesar y confesarán a Jesús como Señor: los santos y los ángeles en los cielos, todos los seres humanos sobre la tierra, hasta los demonios y los condenados del infierno.

La única pregunta es cómo y con qué espíritu harán esta confesión. Aún hoy los cielos resuenan con la alabanza perfecta de los santos y de los ángeles. En la tierra pecaminosa los pecadores imperfectos repiten débilmente esta alabanza celestial. En el día del juicio todo el universo estará en pie delante de Jesús, el juez exaltado. Su gloria y su majestad se revelarán completamente a todos. Toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Jesús es Señor. Es obvio que los incrédulos harán esta confesión para su vergüenza y para su desgracia. Los diablos admitirán abiertamente su frustración eterna. Pero los creyentes de la tierra y de los cielos se regocijarán en este gran día para confesar juntos la verdad más importante de todo el universo. Gozosamente confesarán por toda la eternidad que Jesucristo es Señor. Este reconocimiento universal también glorificará al Padre, que envió a su Hijo al mundo en su misión salvadora y que lo exaltó como consecuencia del éxito de esta misión.

La humillación y la exaltación de Jesús fueron hechas únicas, porque también su persona es única. Por medio de su humillación Jesús, el Dios hombre, satisfizo la justicia divina, expió los pecados del mundo y logró una justicia perfecta para los pecadores, y él solo mereció la más grande exaltación que confirmó el éxito de su obra.

En este sentido único y redentor ninguno de nosotros puede ser como Jesús, pero el apóstol nos apremia a nosotros los cristianos a que en nuestra vida renovada imitemos el espíritu de modestia y de humildad que fue característico de todos los actos de abnegación de Jesús por nosotros. Este espíritu es también lo que Jesús busca cuando dice: “Si alguno quiere venir en pos de mí,

niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lucas 9:23). Los creyentes que cultivan esta actitud y siguen en humildad los pasos de Jesús tienen la promesa de que compartirán también la gloria del Salvador exaltado. “Si somos muertos con él”, le dice Pablo a Timoteo, “también viviremos con él; si sufrimos, también reinaremos con él” (2 Timoteo 2:11,12).

No es la humildad ni es el sufrimiento por causa de Jesús lo que hace que los cristianos merezcan compartir la gloria de Cristo. La gloria es de los cristianos como un regalo. Sin embargo, para animar a los cristianos a que lleven una vida de humildad por él y para su gloria, el Señor en su gracia promete que en la eternidad reconocerá la vida de servicio abnegado como evidencia de que los creyentes le fueron totalmente leales. Y aunque ellos no merecen ninguna recompensa, los recompensará por su servicio modesto y humilde. A esto lo llamamos “la recompensa de la gracia”. La vida del cristiano, como la vida de Jesús, recorre el sendero que va de la humildad a la gloria, desde la cruz a la corona, porque Jesús misericordiosamente ha determinado que así sea.

Por lo tanto, motivados por el ejemplo perfecto de nuestro Salvador, y capacitados por la obra de su Espíritu en nuestro corazón mediante el evangelio, luchemos por cultivar la actitud de humildad abnegada que tuvo Cristo, para que lo podamos seguir a través de una vida de humillación hacia la gloria en los cielos. Confesemos gozosa y confiadamente que él es nuestro Señor e invitemos a que otros también lo confiesen. Cuando al final del mundo el Señor Jesús se revele como el Juez de todo el mundo, nos reconocerá como suyos, y nos uniremos a los santos y a los ángeles para cantarles himnos interminables de alabanza a él y al Padre en la gloria eterna ante su trono resplandeciente.

Lleven una vida intachable en un mundo impío

¹² Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no solamente cuando estoy presente, sino mucho más ahora que estoy ausente, ocupaos en vuestra salvación con temor y

temblor, ¹³ porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.

¹⁴ Haced todo sin murmuraciones ni discusiones, ¹⁵ para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como lumbreras en el mundo, ¹⁶ asidos de la palabra de vida, para que en el día de Cristo yo pueda gloriarme de que no he corrido en vano, ni en vano he trabajado. ¹⁷ Y aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros. ¹⁸ Asimismo gozaos y regocijaos también vosotros conmigo.

Aunque el apóstol se ha desviado un poco para tratar con detalle el tema de la humillación y de la exaltación de Cristo, sigue alentando a que los cristianos se “[comporten] como es digno del evangelio de Cristo” (1:27). En estos versículos les muestra a los creyentes que vivir como cristianos los apartará en una sociedad que es incrédula y al mismo tiempo que la beneficiarán. El ánimo que aquí les da Pablo es muy semejante al que Jesús da en el sermón del monte, cuando les recuerda a sus discípulos que ellos son la sal de la tierra y la luz del mundo y los anima a dejar que su luz brille.

Las palabras de Pablo muestran el tacto cristiano auténtico. Les dice a los filipenses que son sus queridos amigos, poniendo en sus palabras de ánimo el toque del amor personal. Los alaba por su obediencia pasada. En el Nuevo Testamento, especialmente en los escritos de Pablo, el término “obediencia” se usa algunas veces como sinónimo de la fe. Aquí, sin duda alguna, incluye tanto la fe como la clase de vida que resulta de esta fe, es decir, “conducirse en forma digna del evangelio”. Desde que se convirtieron al cristianismo y especialmente cuando el apóstol había estado personalmente con ellos, los filipenses habían mostrado verdadera obediencia al evangelio. Habían aceptado de buena gana las instrucciones del apóstol y las habían puesto en práctica en su vida.

Ahora, en una forma bastante positiva, el apóstol los exhorta a continuar viviendo en la misma forma y a hacerlo aún más en su ausencia.

Algunas veces los cristianos tienden a descuidar un poco el aspecto espiritual cuando está ausente el respetado líder espiritual de la congregación. Pregúntele al pastor común lo que ocurre con la asistencia a la iglesia cuando los miembros de la congregación saben que se irá de vacaciones. Pablo no quiere que los filipenses fallen ni se descuiden espiritualmente cuando él se encuentre lejos de ellos. Más bien quiere que estén más alertas en lo espiritual, aún más profundamente interesados por el bienestar de su alma, cuando él se ausente, de lo que lo estaban cuando él se encontraba presente. Se deben esforzar continuamente en el aspecto espiritual para procurar su “salvación con temor y temblor”.

A primera vista estas palabras del apóstol les pueden haber sonado extrañas. Las palabras pueden hacer que nos preguntemos si, después de todo, los cristianos nos debemos esforzar por alcanzar nuestra propia salvación. Pero eso no puede ser verdad; si fuera así, Pablo estaría contradiciendo todo lo que la Biblia enseña consistentemente acerca de la salvación gratuita de los pecadores por la gracia sola de Dios. Las Escrituras enseñan claramente que la salvación es un regalo de Dios, que los pecadores la reciben por la fe en Jesús, y que hasta la fe también es un regalo de Dios. La salvación de la humanidad es perfecta y completa en Cristo.

Pero si el apóstol no dice que la salvación es algo que los seres humanos puedan conseguir por ellos mismos, entonces ¿qué dice aquí? Pablo aquí usa la palabra “salvación” en un sentido amplio. Se refiere no solo al llegar de los creyentes a la fe y al recibir el don de la vida eterna, sino también a continuar en la fe hasta que entren en la vida eterna. Generalmente los creyentes deben continuar viviendo en este mundo pecador mientras esperan que se complete la salvación en la eternidad. Es a los creyentes que esperan, que todavía están lidiando con los desafíos y con las

tentaciones de la vida en el mundo, a quienes Pablo les dirige esta exhortación: “ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”.

Antes de ser llevados a la fe, los seres humanos son totalmente incapaces de hacer nada bueno espiritualmente. El apóstol les dijo a los creyentes efesios: “Estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1). Pero prosigue: “Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó... nos dio vida juntamente con Cristo” (2:4,5). Cuando Dios salva a los pecadores al llevarlos a la fe en Jesús por medio del evangelio, les da vida espiritual en Cristo. Los creyentes ahora pueden llevar a cabo obras espirituales y es el esfuerzo espiritual el que Pablo les pide en nuestro texto. Este no es un esfuerzo que gana la salvación ni trata de alcanzarla, es un trabajo por el que los creyentes, que saben que ya son salvos por la sangre de Cristo, usan los dones y poderes espirituales con los que el Espíritu Santo los ha equipado para crecer en la fe, producen frutos de esta fe y permanecen firmes en la fe hasta la vida eterna.

Con esta exhortación a procurar su salvación con temor y temblor el apóstol les quiere recordar a los filipenses, y a todos los creyentes, que la vida del cristiano en el mundo es una lucha constante. Diariamente una hueste de enemigos espirituales, dirigidos por el diablo y sus intrigantes aliados, pretenden apartar a los creyentes de su fe y de los tesoros eternos que el Señor tiene guardados para ellos. Para protegerse de estos enemigos y para continuar seguros hacia la vida eterna en el camino donde Dios les ha marcado, los creyentes siempre deben estar vigilantes y alerta. Deben temer y temblar ante el pensamiento de su debilidad y ante la posibilidad de que ellos, por descuido o negligencia espiritual, puedan perder neciamente sus tesoros espirituales. Se deben esforzarse en la batalla contra sus enemigos espirituales para permanecer firmes en la fe.

El arma más importante en este esfuerzo y lucha es el uso diligente que hacen los cristianos de los medios de gracia, el evangelio en la Palabra y en los sacramentos. Estos medios, por

los que el espíritu Santo primero les dio vida espiritual, también son los medios por los que el Espíritu continúa obrando en el corazón de los creyentes para fortalecer y nutrir su fe y su vida espiritual. Los creyentes que permanecen diligentes y concienzudos en el uso de los medios de gracia encontrarán en ellos toda la fuerza espiritual necesaria para el trabajo espiritual del que aquí habla tan urgentemente el apóstol.

La gracia y la fuerza que el Señor les da a los creyentes en los medios de gracia son la “fuente de poder” a la que deben acudir continuamente los creyentes si es que quieren tener éxito en sus luchas espirituales. Esto lo enfatiza una vez más el apóstol cuando dice: “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”. La sola gracia de Dios lleva a los creyentes tanto a querer servir a Dios como a hacer efectivo ese deseo mediante la acción. Este es un verdadero incentivo para los cristianos; cuando ellos, con temor y temblor, se vuelven al Señor en busca de ayuda y de fortaleza para seguir en la lucha de la vida cristiana y se aferran a los tesoros espirituales, el Señor no los decepciona. Mediante su Palabra y los sacramentos continuará obrando en su corazón y les dará todo lo que necesiten para tener la buena voluntad y hacer las cosas para él. Es necesario que cada cristiano esté continuamente vinculado a la fuente de poder espiritual que nos da Dios en su Palabra y en los sacramentos.

El querer y el hacer según la buena voluntad de Dios requiere tener la actitud correcta del corazón. La obediencia a regañadientes en realidad no es ninguna obediencia. Pablo los exhorta así: “Haced todo sin murmuraciones ni discusiones”. En el transcurso de nuestra vida cristiana con frecuencia se nos llama a hacer cosas que no surgen naturalmente en nosotros, cosas contra las que nuestra carne pecaminosa se rebela furiosamente. Con frecuencia se nos pide que hagamos cosas que sabemos que traerán la burla y el ridículo de nuestros amigos y asociados que no son cristianos. Pablo dice que debemos hacer todas estas cosas, sin murmuraciones ni discusiones. No debemos criticar a Dios como

si nosotros sí supiéramos lo que es mejor. No nos debemos quejar por lo que Dios espera de nosotros, ni racionalizar ni hacer conjeturas acerca de cómo podríamos evadir nuestras responsabilidades ni arreglárnoslas haciendo lo que demande el menor esfuerzo.

Ningún padre se siente complacido cuando un hijo hace lo que se le dice, pero reniega durante todo el tiempo que le toma llevar a cabo la tarea. Ese hijo hace ver claramente que no está haciendo de buena voluntad lo que se le pide, no lo hace de corazón. La vida de obediencia cristiana al Señor debe ser, no solo una cuestión de acciones, sino un asunto del corazón. ¿Te has detenido a pensar en cómo ha sido tu actitud últimamente?

Los cristianos que llevan su vida de corazón para su Señor serán “irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa”. “Maligna y perversa” describen lo que es el mundo sin Cristo. Los seguidores de Cristo viven en un mundo que se ha desviado del camino recto del Señor y ha llegado a ser moral y espiritualmente torcido, pero los cristianos deben ser diferentes, su conducta debe ser sin tacha ante el mundo, sus motivos puros ante Dios. Mientras los cristianos vivan puros y sin mancha, resplandecerán “como lumbreras [astros] en el mundo”.

Por la gracia de Dios la luz resplandeciente del evangelio ha disipado las tinieblas espirituales que por naturaleza había en el corazón de los cristianos. Ahora Dios quiere que los cristianos, que tienen la luz de la vida mediante Jesús, sean tanto reflectores como portadores de la luz en medio de un mundo que está en penumbras debido al pecado. Como reflectores, los cristianos se deben destacar entre sus contemporáneos así como la luz brilla en la oscuridad. Sus palabras y sus actos deben hacer que la gente vea que los creyentes le pertenecen a Cristo y deben guiar a las personas que los observan a que glorifiquen a Dios.

Asimismo los creyentes deben ser portadores de luz. Deben hacer que la luz del evangelio brille para los que aún permanecen

en las tinieblas de la ignorancia espiritual y de la incredulidad. Qué lástima que nosotros los creyentes con tanta frecuencia caminemos en las tinieblas de este mundo en vez de hacer que la luz brille en la oscuridad.

Finalmente Pablo les da a sus palabras de ánimo otro giro muy personal. En todo lo que son, en todo lo que hacen, en todo lo que los anima a que sean, en todo quiere que los filipenses sean una causa de orgullo para el apóstol en el día del juicio. Pablo gozaba de una relación cálida y afectuosa con los miembros de la congregación de Filipos; él había fundado la congregación y todavía era su consejero y amigo espiritual. Amaba a los filipenses y encontraba verdadero gozo en la forma en que ellos habían respondido al evangelio. En el día del juicio, cuando esté frente al Señor, la vida de los filipenses será la evidencia de que sus esfuerzos apostólicos no fueron en vano; Pablo había trabajado tenazmente por los filipenses. Qué maravilloso testimonio de la efectividad de los esfuerzos de Pablo serán en el día del juicio la fe y la vida cristiana de ellos.

Los pastores que son como Pablo sufren muchas frustraciones en su ministerio. Algunas veces parece que su evangelio cae en oídos sordos, algunas veces tienen poco éxito sus esfuerzos de guiar al rebaño para que lleve una vida cristiana que sea del agrado de Dios. Pero la eternidad revelará que no fueron en vano los esfuerzos diligentes de los pastores y de los maestros fieles. Qué maravillosa relación existe entre un pastor y aquellos a los que sirve cuando el pastor hace una exhortación profundamente personal, como Pablo lo hace aquí, y la congregación responde.

Antes, en 1:25, Pablo les había dicho a los filipenses que esperaba ser puesto en libertad. Sin embargo, eso no cambió el hecho de que él vivía cada día consciente de que podría perder la vida en cualquier momento. Por lo tanto, en relación con su exhortación personal a los filipenses, habla de su posible martirio como ser “derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe”.

En los ritos del Antiguo Testamento las ofrendas de libación se derramaban cerca del altar sobre el que se sacrificaba la ofrenda quemada. Pablo consideraba la vida de obediencia al evangelio que llevaban los creyentes como un sacrificio vivo al Señor (vea Romanos 12:1). Su propio martirio, si ocurría, sería un sacrificio voluntario de su parte, un sacrificio derramado cerca de los sacrificios de la vida cristiana de los filipenses. Lejos de obstaculizar sus esfuerzos en beneficio de los filipenses, su martirio habría de coronar esos esfuerzos. Viéndolo desde este punto de vista, el apóstol podría encontrar gozo incluso en la perspectiva de esa muerte, y quería que los filipenses también encontraran este gozo. Quiere que los creyentes de todas las épocas también sean partícipes de esta alegría.

Honren a los siervos del evangelio

¹⁹ Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también esté de buen ánimo al tener noticias vuestras, ²⁰ porque no tengo a ningún otro que comparta mis sentimientos y que tan sinceramente se interese por vosotros, ²¹ pues todos buscan sus propios intereses y no los de Cristo Jesús. ²² Pero ya conocéis los méritos de él, que como hijo a padre ha servido conmigo en el evangelio. ²³ Así que a éste espero enviaros, luego que yo vea cómo van mis asuntos; ²⁴ y confío en el Señor que yo también iré pronto a vosotros.

²⁵ Pero me pareció necesario enviaros a Epafrodito, mi hermano, colaborador y compañero de milicia, a quien vosotros enviasteis a ministrar para mis necesidades. ²⁶ Él tenía gran deseo de veros a todos vosotros, y se angustió mucho porque os habíais enterado de su enfermedad. ²⁷ En verdad estuvo enfermo, a punto de morir; pero Dios tuvo misericordia de él, y no solamente de él, sino también de mí, para que yo no tuviera tristeza sobre tristeza. ²⁸ Así que me apresuro a enviarlo, para que al verlo de nuevo, os gocéis, y

yo esté con menos tristeza. ²⁹ **Recibidlo, pues, en el Señor, con todo gozo, y tened en estima a los que son como él,** ³⁰ **porque por la obra de Cristo estuvo próximo a la muerte, exponiendo su vida para suplir lo que os faltaba en vuestro servicio por mí.**

El apóstol Pablo trata ahora un asunto de una naturaleza más personal. Recordamos que una de las razones por las que escribió esta epístola fue para informarles a los creyentes de Filipos sobre su salud y sobre el progreso del juicio. Pablo apreciaba el interés personal tan especial que su amada congregación le había expresado; quería que supieran que él también se interesaba en su bienestar como ellos lo hacían por él. Así que les informó que les iba a enviar un mensajero personal tan pronto como tuviera noticias del resultado de su juicio. Pablo anhelaba que el juicio fuera pronto, y que las noticias fueran buenas, pero dejaba todo en las manos del Señor a quien servía. El Señor haría lo que fuera mejor para él y para los filipenses.

Para esta misión especial a los filipenses Pablo había seleccionado a Timoteo, su “mano derecha”, al que consideraba como su propio hijo. Timoteo era probablemente el único hombre del que Pablo no podía prescindir, pero el apóstol también sabía que Timoteo era el mejor capacitado para esta tarea tan especial. Timoteo compartía el mismo espíritu de interés y de compasión del apóstol; él entendería por qué el apóstol consideraba que esta misión era tan importante, y la llevaría a cabo exactamente en el espíritu que Pablo deseaba, para que les llevara verdadero gozo, ánimo y mutua renovación espiritual tanto a los filipenses como al apóstol.

Además, los filipenses estaban bien familiarizados con Timoteo, él había estado con Pablo cuando fundó esta congregación y llegó a ser bien conocido por los filipenses. Estaba tan profundamente interesado en el bienestar de esa congregación como el apóstol. Pablo sabía que los cristianos de Filipos recibirían

con amor a Timoteo y que intercambiarían información con él franca y libremente como el amigo personal que era.

Había otros en Roma que podrían hacer el viaje en lugar de Timoteo, pero Pablo los había descartado uno por uno. Es posible que algunos le hayan dado razones para no ir, excusas para no ir. Otros fueron considerados por el apóstol como espiritualmente inmaduros o no capacitados para la tarea. Tristemente concluyó: “todos buscan sus propios intereses y no los de Cristo Jesús”.

Por lo visto había una falta de verdadera dedicación a Cristo y a su causa aun entre los colaboradores del apóstol. Algunos no estaban dispuestos a hacer un verdadero sacrificio personal por Cristo ni por su reino. Sin embargo, las duras palabras de Pablo no se aplican a todos sus colaboradores; en otra parte elogia grandemente a hombres como Lucas y Aristarco. Sin embargo, cuando se escribieron estas palabras no hay duda de que Lucas y los otros ya se habían ido de Roma para llevar a cabo otras misiones para el apóstol. Pablo estaba obviamente decepcionado de los hombres que en ese entonces permanecían con él en Roma; ellos querían ser conocidos como siervos de Cristo, pero se negaban a poner la obra de Cristo antes que sus intereses personales.

Eso siempre ha sido un problema para la iglesia que está en la tierra. Realmente todos somos pecadores y nuestro servicio es imperfecto; las palabras del apóstol nos recuerdan nuevamente que la verdadera dedicación a Cristo significa estar dispuestos a poner el bienestar de su reino antes que nuestros placeres o preferencias personales. Significa tener la buena voluntad de poner los intereses de Cristo por encima de los nuestros. Recordemos esto la próxima vez que se nos pida hacer algún servicio de sacrificio para nuestro Señor y para su iglesia. En realidad lo debemos recordar todo el tiempo.

La falta de dedicación al Señor que caracterizaba a muchos de sus colaboradores que estaban en Roma preocupaba a Pablo, pero Timoteo era diferente. Aunque era un hombre relativamente joven,

sin embargo era espiritualmente maduro. La gente ya sabía que hasta en los tiempos difíciles y en situaciones peligrosas él era una persona fiel, responsable y en quien uno podía confiar. Timoteo era como un hijo que se parecía mucho a Pablo, su padre espiritual. Compartía la dedicación total de Pablo a Jesús y al evangelio. Así que él era el hombre que podía representar bien a Pablo entre los filipenses hasta que el apóstol mismo los pudiera visitar. Los filipenses debían recibir y honrar a Timoteo como si se tratara del apóstol mismo.

Pablo pasa a hablar de otro de sus colaboradores que era bien conocido por los filipenses, Epafrodito. Lo llama hermano, unido con él en la fe, un compañero en el trabajo del evangelio, un compañero en la batalla, que había compartido peligros y aflicciones con el apóstol en la lucha por el evangelio. Epafrodito, que probablemente era un líder de la iglesia de Filipos, había sido comisionado por la congregación para ir a Roma no sólo para entregarle un donativo al apóstol, sino para quedarse con él en Roma como su siervo y ayudante personal. En realidad Epafrodito mismo era una parte del regalo que los filipenses le habían enviado a Pablo. El apóstol consideraba el envío de este hombre como un verdadero servicio espiritual, algo que se le había dado no sólo a él, sino al Señor.

Sin embargo, ahora Pablo enviaba a Epafrodito de regreso más pronto de lo que los filipenses esperaban. Epafrodito había caído enfermo mientras estaba sirviendo al apóstol; no se dice cuál fue la enfermedad. Tal vez el viaje largo, seguido por los esfuerzos tenaces para llevar a cabo la obra del evangelio y para servir al apóstol en Roma, quizá todo esto lo había dejado exhausto. O quizá cayó enfermo de malaria o fue afectado por la fiebre que con tanta frecuencia azotaba a Roma. Cualquiera que sea el caso, Epafrodito había caído gravemente enfermo; humanamente hablando, por algún tiempo su vida había corrido peligro. En su misericordia, el Señor le había conservado la vida a Epafrodito, y, con esa misma misericordia, privó al apóstol del dolor de ver la muerte de su siervo fiel.

Después de que Epafrodito se recuperó de su enfermedad, Pablo tuvo varias razones para decidir que lo mejor era enviarlo de regreso a Filipos. Los filipenses habían escuchado lo cerca que había estado Epafrodito de la muerte y estaban preocupados por él. Epafrodito, a su vez, también estaba preocupado por ellos, les quería asegurar que todo había marchado bien. Después de haber estado recientemente a las puertas de la muerte, estaba ansioso de ver y de estar nuevamente con su amada gente. Así que, con el fin de aliviar la ansiedad de Epafrodito y de tranquilizar a los filipenses y de proporcionarles una alegría, Pablo envió a Epafrodito de regreso y sin duda envió también esta carta con él.

Una vez más Pablo mostró su amor desinteresado por otros. Las necesidades de los filipenses y las de Epafrodito eran más importantes para él que el servicio personal que podía haber recibido de Epafrodito. Si Epafrodito y los filipenses eran felices, entonces el apóstol también lo sería. Pablo realmente había aprendido de Cristo el secreto de la generosidad desinteresada y el amor solícito por los demás.

Al enviarles de regreso a Epafrodito, Pablo anima a los filipenses a que le den una cálida bienvenida. No debe haber ninguna crítica por el hecho de que su misión había sido acortada. Epafrodito había sido un siervo fiel, había hecho lo mejor que podía por cumplir con su misión. Por lo tanto, cuando los filipenses que lo habían comisionado lo recibieran, debían hacerlo con gozo y respetarlo por su fidelidad. Epafrodito, como siervo de los filipenses y de Pablo, había hecho lo que el resto de los filipenses no habían podido hacer. Personalmente se había ido a Roma para servir al apóstol en el nombre de ellos y en ese servicio había arriesgado hasta su propia vida. Así que aunque su misión no resultó como se había esperado, los filipenses le debían a Epafrodito gratitud y respeto.

También nos anima a nosotros a honrar a los que nos sirven, cuando consideramos la manera en que Pablo anima a los filipenses a que honren a Epafrodito como uno que sirvió en lugar de ellos. Nuestros pastores y maestros, así como los que nos sirven

en juntas y comités o que sirven voluntariamente en las congregaciones o en toda la iglesia en formas tan diferentes, todos ellos nos representan. Ellos trabajan en nuestro lugar.

Piense también en nuestros misioneros en todo el mundo. No muchos de nosotros, y el autor de este libro se incluye en la lista, poseemos el valor para dejar a la familia, los amigos y las posesiones para comenzar una vida nueva en una tierra y en una cultura desconocidas para llevar el evangelio a tierras en donde no se predica. No muchos pueden soportar toda clase de dificultades y privaciones físicas con el fin de compartir las buenas nuevas del Señor Jesús con los que de otra forma se perderían. Todos los misioneros sostenidos por nuestra iglesia, junto con su familia, así como también las valientes enfermeras de nuestras misiones médicas, se han ido adonde están y están haciendo lo que hacen en lugar de nosotros. Algunos de esos trabajadores misioneros regresarán en relativamente poco tiempo, sea por cuestiones de salud o por otras razones; otros pasarán más tiempo, quizá toda la vida, haciendo la obra del Señor por nosotros en tierras extrañas. Les debemos todo nuestro respeto, nuestra gratitud, nuestras oraciones, nuestro aliento personal y nuestra generosa ayuda.

Tengan cuidado de toda amenaza al evangelio gozoso

3 Por lo demás, hermanos, gozaos en el Señor. Para mí no es molestia el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es útil.

²Guardaos de los perros, guardaos de los malos obreros, guardaos de los que mutilan el cuerpo. ³Nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne, ⁴aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: ⁵circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la Ley, fariseo;

⁶ en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que se basa en la Ley, irrefutable.

⁷ Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. ⁸ Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por amor a él lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Cristo ⁹ y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que se basa en la Ley, sino la que se adquiere por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios y se basa en la fe. ¹⁰ Quiero conocerlo a él y el poder de su resurrección, y participar de sus padecimientos hasta llegar a ser semejante a él en su muerte, ¹¹ si es que en alguna manera logro llegar a la resurrección de entre los muertos.

Para presentar un tema nuevo Pablo regresa a la palabra clave que identifica esta carta, “gozos”. Sin embargo, esta vez agrega energicamente las palabras “en el Señor”. Pablo quiere que los filipenses, a quienes afectuosamente llama “hermanos”, encuentren su verdadero gozo solamente en el Señor y en su unión con él en la fe. Quiere que rechacen toda enseñanza que los guíe a cualquier otra fuente de confianza o gozo que no sea Jesús.

El tema que Pablo trata aquí no es nada nuevo. Anteriormente en esta epístola (1:27) el apóstol había animado a los filipenses a estar “firmes en un mismo espíritu... por la fe del evangelio”. Probablemente ya había hablado personalmente acerca de este tema cuando había estado con ellos. Pero en vista de la seria amenaza que los enemigos del evangelio siempre representan para la salvación y para el gozo de los creyentes, Pablo quería hablar de este asunto otra vez. Como un pastor fiel que se interesa en el bienestar de las almas, Pablo no consideraba que las repetidas advertencias contra los falsos maestros caerían en saco roto. Más bien, consideraba que estas advertencias eran benéficas, una protección espiritual para aquellos a quienes él servía.

Con la advertencia triple de “guardaos” Pablo pone alerta a los filipenses acerca de las amenazas contra su seguridad espiritual. “Guardaos de los perros”, dice, “guardaos de los malos obreros”, “guardaos de los que mutilan el cuerpo”. La congregación de Filipos era una buena congregación, pero el peligro los amenazaba. Tal vez recién le habían llegado al apóstol noticias acerca de la actividad de ciertos falsos maestros que estaban trabajando en esa área. De todos modos aquí usa un lenguaje fuerte y vigoroso para condenarlos. Aquí se ve cierta vehemencia que no es característica del resto de una epístola eminentemente gozosa. Esto no nos sorprende. Pablo siempre se inquietaba cuando el evangelio se encontraba en juego. Eso muestra su profundo amor y preocupación por las almas de los creyentes a quienes servía en sus necesidades espirituales.

Pablo usa tres términos diferentes para referirse a los enemigos del evangelio contra quienes les advierte aquí a los filipenses, pero con los tres términos que utiliza en realidad se refiere a los mismos enemigos, mejor conocidos como los judaizantes. Estos eran judíos o gentiles convertidos al cristianismo que afirmaban creer en Jesús como su Salvador, pero que también enseñaban que, además de creer en Jesús, era necesario guardar ciertas leyes ceremoniales que Dios les había dado a los israelitas del Antiguo Testamento por medio de Moisés.

Los judaizantes hacían énfasis especial en el rito de la circuncisión, la señal del pacto que Dios había hecho con los israelitas del Antiguo Testamento. Por su insistencia en la observancia externa de las leyes y ceremonias que según ellos eran necesarias para la salvación, además de la fe, los judaizantes confundían la Ley y el evangelio. Intentaban quitarles a los creyentes del Nuevo Testamento la libertad de las leyes y ceremonias del Antiguo Testamento que Jesús había ganado para ellos (vea también los comentarios sobre Colosenses 2:16,17), y continuaban sembrando en el corazón humano la idea condenable de que los seres humanos pueden hacer algo para contribuir a su salvación. Los judaizantes eran una verdadera amenaza para la

vida y para la fe de la iglesia antigua. Por lo visto, no habían establecido congregaciones propias, sino que trataban de introducirse astutamente en las congregaciones ya existentes. Pablo escribió la epístola a los Gálatas principalmente para combatir las enseñanzas de los judaizantes. También señaló que los judaizantes estaban perturbando a los corintios.

La primera “convención del sínodo” que registra la iglesia del Nuevo Testamento (Hechos 15) puso al descubierto los errores que los judaizantes estaban tratando de fomentar en Antioquía. La idea de que la obra expiatoria de Jesús no es suficiente y que los seres humanos tienen que agregarle algo que ellos mismos hayan hecho es algo que todavía flota en el ambiente de muchas iglesias cristianas. Sigue siendo un problema tal como lo fue en los días del apóstol. Este error humano continúa poniendo en peligro la fe y hace que las personas se alejen de Cristo y de la salvación.

Pablo usó palabras duras para referirse a los judaizantes, porque estaban atacando la esencia misma del evangelio. Estaban tratando de sustituirlo con una mezcla de gracia divina y obras humanas. Es por esto que Pablo llama “perros” a estos falsos maestros; ese era un término desdeñoso que los judíos empleaban en contra de los gentiles a los que consideraban inmundos e inferiores. En el mundo del apóstol, los perros por lo general no eran mascotas, eran bestias horribles, grandes, que vagaban por las calles y vivían de lo que encontraban en la basura. Pablo usó este término insultante que los judíos usaban con frecuencia para referirse a los gentiles y ahora el apóstol lo utiliza para referirse a los judaizantes.

Los judaizantes estaban extremadamente orgullosos de su “judaísmo” y del hecho de que vivían según las costumbres judías. Pero Pablo dice que en realidad eran los judaizantes quienes eran los perros. Eran animales de rapiña que con avidez trataban de destruir a la iglesia de Cristo. Sí, los judaizantes eran trabajadores activos y bastante ocupados, trabajaban duro para guardar las leyes y sus reglamentaciones, e insistían en que eran necesarias para la salvación. Sin embargo, lo triste era que trabajaban para hacer el

mal. En vez de ayudar a la obra del evangelio trabajaban para hacerle daño.

Aquí no podemos dejar de pensar en las muchas denominaciones religiosas que existen y que florecen hoy en día. Su dedicación, su entusiasmo y su duro trabajo hacen que muchos de nosotros nos avergoncemos, pero sus enseñanzas falsas los condenan como hombres y mujeres que hacen el mal.

En el griego original las palabras “circuncisión” y “mutilación” eran muy similares. Por lo tanto, el apóstol estaba usando un juego de palabras cuando llamó “mutiladores” a los judaizantes. El rito de la circuncisión implicaba hacer un corte en la piel que cubre parte del pene del niño. En el Antiguo Testamento este acto físico era la señal externa, visible, de la relación del pacto especial que Dios había hecho con el pueblo de Israel.

Sin embargo, en el Nuevo Testamento Dios ya no exige la circuncisión, ni ninguno de los ritos de las leyes ceremoniales. Cuando Jesús murió en el Calvario y se partió en dos el velo del templo, llegaron a su fin todas las leyes y exigencias ceremoniales, junto con sus propósitos. Por lo tanto, la insistencia de los judaizantes en la circuncisión no estaba vinculada a ninguna promesa de Dios. Habían reducido la circuncisión a una mera obediencia externa, un rito físico que supuestamente contribuía a la salvación. Pablo dijo que esta circuncisión en realidad era solamente una cosa física, una mutilación. Los que confiaban en ella como un acto meritorio no estaban más cerca a Dios, en realidad estaban más lejos de Dios que antes. Si los filipenses cedían ante la insistencia de los judaizantes de que se circuncidaran con el fin de ser salvos, ellos también estarían confiando en sus propias obras miserables y no solamente en Jesús. Si hacían esto, perderían su salvación.

En el Antiguo Testamento los que se circuncidaban físicamente eran miembros del pacto de Dios. Sin embargo, en la época del Nuevo Testamento el pueblo del pacto de Dios, sus “circuncidados”, lo conforman toda raza y nación que verdaderamente crea en Jesús como su Señor y Salvador. En el

Nuevo Testamento las distinciones étnicas y las señales externas como la circuncisión no significan nada. La fe en Jesús significa todo. Nosotros los creyentes somos la circuncisión, ya sea que estemos o no circuncidados exteriormente. Pablo, los creyentes de Filipos, todos los creyentes, usted y yo somos los hijos de Dios del Nuevo Testamento. Somos los que por la fe hemos recibido “la circuncisión... del corazón, en espíritu”, tal como Pablo les dice a los romanos (2:29). El pueblo de Dios de la época del Nuevo Testamento son los que se glorían en Cristo y en su cruz y no depositan ninguna confianza en las cosas externas como la circuncisión u otras supuestas ventajas humanas.

A propósito, las palabras de Pablo acerca del verdadero pueblo de Dios del Nuevo Testamento nos deben ayudar a responder a las prominentes figuras religiosas de nuestros días que insisten en que los judíos, *como nación*, aún se pueden identificar con el reino de Dios y que todavía son una parte integral de los planes de Dios para la salvación de la humanidad. Esos razonamientos, que no tienen ninguna base bíblica, han hecho surgir muchas conclusiones falsas, inclusive la absurda idea de que hoy en día existen dos “naciones escogidas”, los Estados Unidos e Israel, y que Dios ha favorecido al primero para proteger al segundo. En la época del Nuevo Testamento el pueblo escogido son todas las personas que en cada nación conocen y creen en Jesús como su Salvador. No son una nación física que se identifique por una marca especialmente visible en el cuerpo. Son un pueblo espiritual.

Para los judaizantes las cosas carnales como los antecedentes étnicos, los ritos físicos y el despliegue externo de esfuerzo humano significaba todo. Trabajaban bajo la perversa impresión de que la salvación de su alma dependía de estas cosas terrenales. Pablo no quería que los filipenses fueran engañados por esa manera de pensar. Así que usó su propia vida como ejemplo, para demostrar lo perversa que en realidad puede ser esa manera de pensar. Si decidía discutir con los judaizantes en sus propios términos, podría haber tenido una mayor razón para jactarse que cualquier judaizante.

¿Estaban los judaizantes preocupados por la circuncisión? Pablo había sido circuncidado al octavo día en el cumplimiento estricto de la ley ceremonial. ¿Cuántos de los judaizantes, cuántos de los que más tarde se habían convertido al cristianismo, podrían afirmar esto? ¿Estaban los judaizantes preocupados por la pureza de su raza? Pablo no pertenecía a ninguna mezcla, como la mayoría de los judíos lo eran después del cautiverio en Babilonia, sino que era 100% israelita puro. Era miembro de la tribu de Benjamín, una de las dos únicas tribus que se conservaban intactas después de que los judíos habían regresado del exilio. Pablo era un hebreo de hebreos, un israelita genuino hasta la médula, con una genealogía que haría avergonzarse a muchos de los judaizantes.

Su familia había permanecido estrictamente fiel a la religión de sus antepasados y todavía conservaba el idioma hebreo, idioma que muchos otros de los judíos ya habían olvidado. Si los judaizantes estaban preocupados acerca de la observancia externa de las leyes ceremoniales del Antiguo Testamento, Pablo se podía jactar de haber sido fariseo, un miembro de la estricta secta judía que se enorgullecía en guardar las leyes de Moisés hasta el último detalle. Los fariseos hasta habían agregado muchas de sus propias leyes a las de Moisés. El padre de Pablo había sido fariseo, y ninguno de sus contemporáneos llegó a estar tan cerca de ser tan buen fariseo como Pablo lo había sido. Durante sus años como fariseo Pablo, entonces conocido como Saulo, había guardado diligentemente todas las leyes y reglamentaciones farisaicas. En realidad, su celo por esas leyes era tan grande que lo había llevado a tratar de destruir violentamente a la naciente iglesia cristiana porque enseñaba una forma de salvación contraria a la que enseñaban los fariseos.

Por lo tanto, evaluado según las normas de justicia de los judaizantes Pablo era prácticamente intachable. Y si las puertas del cielo se pudieran abrir por una combinación de estas cosas externas, Pablo, tanto por lo que había heredado como por lo que había logrado, podía haber ido derecho al cielo.

Durante algún tiempo, para la ceguera espiritual de Pablo, todas las cosas que aquí acababa de mencionar eran “ganancia” para él. Las consideraba como ventajas que lo ayudarían a ganar la vida eterna. Los judaizantes todavía pensaban así. Pero, Pablo dijo que por la gracia de Dios ahora había sido llevado a ver todas estas cosas externas bajo su verdadera luz y había descubierto que no valían nada. Todas estas cosas físicas, todas esas supuestas ventajas no le habían procurado ninguna verdadera justicia. Lo que sí habían conseguido era apartarlo de la única justicia que salva.

El Señor había llevado a Pablo a ese gran descubrimiento. Un día, cuando Pablo iba de camino a Damasco para perseguir a los cristianos que había allí, se le apareció en el camino el Señor Jesús resucitado y ascendido. En ese momento Pablo se vio a sí mismo como el pecador desdichado y desvalido que realmente era. Experimentó un cambio completo en el corazón y un cambio completo de valores. El Salvador que Pablo había estado persiguiendo se convirtió en *su* Salvador. La causa que él se había dedicado a destruir, se convirtió en *su* causa. Todas las cosas que habían sido tan preciosas para Saulo el fariseo llegaron a ser inútiles para Pablo el pecador salvado por la gracia.

Todas estas cosas que anteriormente había considerado como ganancia o beneficio ahora las consideraba poco menos que inútiles, no porque todas ellas fueran equivocadas en sí mismas, sino porque él equivocadamente las había considerado como boletos seguros para la vida eterna. Así, como el capitán de un barco se comienza a deshacer del equipaje cuando ve que el barco comienza a naufragar para evitar que se hunda, Pablo se comenzó a despojar de todas las cosas que habían sido importantes para él. En ese sentido él lo perdió todo. Sin embargo, en su corazón sabía que su “pérdida” realmente no había sido tal; todas las cosas que había descartado no eran otra cosa sino deshechos, basura, un desorden que no valía nada, porque se habían interpuesto en el camino de su conocimiento y de su confianza en Cristo.

Al perder las cosas terrenales que eran el objeto de su confianza, Pablo había ganado a Cristo por medio de la obra del Espíritu Santo en su corazón. Durante los treinta y tantos años o más que habían transcurrido entre la experiencia en el camino a Damasco y el momento de escribir esta carta, el conocimiento que Pablo tenía de Cristo había aumentado y había madurado. Cuanto más conocía a su Salvador, y cuanto más profundamente confiaba en él, más se opacaba el conocimiento de todas las otras cosas, haciéndose menos bellas y menos deseables, mientras el apóstol se daba cuenta de que no había nada en todo el mundo que se pudiera comparar con el hecho de conocer a Cristo.

También es importante que nosotros nos demos cuenta de que algunas de las cosas que podríamos considerar como ventaja o ganancia realmente pueden ser una pérdida para nosotros si es que se interponen en el camino de nuestro conocimiento y de nuestra confianza en Jesús. Nacer en un hogar cristiano, ser instruido y confirmado, recibir una educación cristiana y ser miembros de una congregación cristiana, todas son grandes bendiciones y ventajas en sí mismas, pero nunca las podemos considerar como boletos seguros que nos conducirán a la vida eterna. Asimismo otras bendiciones legítimas que el Señor nos da, como la inteligencia, el dinero, la simpatía y la educación, incluso nuestras victorias morales en lo personal, realmente se pueden llegar a convertir en estorbos para nuestra salvación, si por alguna razón las consideramos más importantes que conocer a Cristo o si ponemos nuestra confianza en esas cosas en vez de depositar toda nuestra confianza en Cristo.

Mediante Cristo, Pablo obtuvo una justicia que hace posible que los pecadores permanezcan de pie ante el trono del juicio de Dios. Antes de llegar a conocer a Jesús, Pablo confiaba en la justicia que él pensó que obtenía por la clase de vida que llevaba. Pero una vez que las Escrituras le fueron abiertas, el apóstol llegó a darse cuenta de cuán inútil es en realidad toda la justicia humana.

La obtención de la propia justicia de uno por haber guardado la Ley sólo se puede lograr por medio del cumplimiento perfecto

de la Ley. En la Ley Dios exige una santidad perfecta en pensamiento, sentimiento, palabra y obra. Ningún ser humano puede llegar a ser perfectamente santo. La justicia que Pablo pensó que conseguía como fariseo, la justicia que los judaizantes todavía afirmaban que ellos y sus discípulos podían alcanzar, era más que inútil.

Por otra parte, en Cristo Pablo había encontrado la verdadera justicia. Jesús logró esta justicia para los pecadores por medio de su obra como sustituto de la humanidad. Dios les da esta justicia gratuitamente a los pecadores mediante el evangelio. Todo pecador recibe individualmente esta justicia por medio de la fe que el Espíritu Santo enciende en su corazón a través del mensaje del evangelio que anuncia y ofrece esta justicia. De principio a fin, la justicia que salva es un regalo, un don gratuito de Dios a los pecadores. Solamente con base en esta justicia es que Dios acepta a los seres humanos pecadores como sus hijos. Pablo sabía que en Cristo él había obtenido esta maravillosa justicia que provenía de Dios; no se iba a dar por vencido ni iba a poner neciamente su confianza en la miserable justicia humana que antes lo había intrigado. Tampoco quería que los filipenses cayeran bajo el engaño de los judaizantes.

Veinte siglos después, las palabras inspiradoras del apóstol nos advierten a nosotros también para que pongamos nuestra confianza sólo en la justicia de Cristo. El apóstol nos anima a considerar todas las otras cosas como pérdida en comparación con la grandeza indescriptible de conocer a Cristo y de encontrar en él la justicia que vale ante Dios. Nos anima a que rechacemos toda justicia que no sea la de Cristo como una justicia falsa que no puede salvar.

Los creyentes que tienen la justicia de Cristo y sienten su amor en su corazón, como el apóstol, querrán que su conocimiento del Salvador aumente constantemente. Querrán experimentar su amor más profundamente y responderán a este amor con una vida de amoroso servicio a Jesús. El Señor bendice este crecimiento en los creyentes a través del evangelio en la Palabra y en los sacramentos. Cuando los creyentes regularmente encuentran a Cristo en su

Palabra, recuerdan su bautismo, y reciben el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo en la Santa Cena, el Espíritu Santo les revela la belleza del Salvador cada vez con mayor claridad. El Espíritu Santo los une cada vez más al Salvador, llenándolos cada vez más y más con el amor del Salvador, y con el deseo y el poder de servirlo. A través de la obra del Espíritu Santo en su corazón, los creyentes sienten el poder de la resurrección de Cristo. Del Salvador resucitado reciben la fortaleza para vencer el pecado y para crecer en una vida cristiana.

Sintieron lo mismo que Pablo sintió, “participar de sus padecimientos” y “hasta llegar a ser semejante a él en su muerte”. Los creyentes no pueden hacer expiación por sus propios pecados, sufriendo y muriendo, pero son partícipes de los sufrimientos de Cristo y llegan a ser como él en su muerte cuando soportan las burlas y el ridículo y hasta en ocasiones sufren la persecución física de un mundo hostil, cuando diariamente crucifican su propia naturaleza pecadora y egoísta con sus lujurias y deseos, y cuando siguen gozosamente y sin quejas a su Salvador en el camino del sufrimiento y de la tribulación en este mundo pecador hacia la gloria de la vida eterna que nos espera junto a él. Hacia la gran meta por la que Pablo se esforzó constantemente; hacia la gran meta por la que todo creyente, incluyéndonos a cada uno de nosotros, también lucha diariamente.

Avancen con determinación hacia la meta celestial

¹²No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. ¹³Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, ¹⁴prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

¹⁵Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos; y si otra cosa sentís, esto también os lo revelará

Dios. ¹⁶ Pero en aquello a que hemos llegado, sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa.

¹⁷ Hermanos, sed imitadores de mí y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros, ¹⁸ porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo. ¹⁹ El fin de ellos será la perdición. Su dios es el vientre, su gloria es aquello que debería avergonzarlos, y sólo piensan en lo terrenal. ²⁰ Pero nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo. ²¹ Él transformará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso semejante al suyo, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas.

4 Así que, hermanos míos amados y deseados, gozo y corona mía, estad así firmes en el Señor, amados.

Cuando los creyentes son llevados a la fe, se convierten en poseedores de la vida eterna. Mientras se encuentran en el mundo, son como personas que tienen un título de propiedad en una tierra lejana; el título dice que ellos son los propietarios, pero aún no están en completa posesión física de lo que les pertenece con todo derecho. De forma semejante los creyentes, aunque poseen la vida eterna por medio de la fe y tienen la justicia de Cristo, todavía siguen siendo pecadores que viven en un mundo pecaminoso. Aún no han llegado a la posesión perfecta y física de la vida eterna. Así que tal vez en respuesta a los reclamos jactanciosos de los judaizantes o de otros que enseñaban que los creyentes ya podrían alcanzar la perfección aquí en la tierra por medio de sus propias obras, en esta sección Pablo describe de una manera vívida la vida del cristiano como una lucha constante hacia la gran meta y premio de la vida eterna que Dios, en su gracia, les ofrece a los que creen en Cristo.

Cuando Pablo escribió estos versículos, había sido cristiano por muchos años. Durante esos años su conocimiento de Cristo había aumentado y llevaba una vida que era de acuerdo a la

voluntad de Cristo. Había llegado a ser un apóstol respetado y había participado en los sufrimientos de Cristo. Muy recientemente había sufrido la pérdida de su libertad personal por causa de Cristo, pero esto no significaba que él había “llegado” espiritualmente ni que había alcanzado la meta de la perfección. Pablo todavía vivía en un mundo pecaminoso. Todavía era pecador, aún padecía las debilidades y fallas de su naturaleza pecadora. Aunque por la fe era hijo de Dios, aún no había llegado al grado en que pudiera servir perfecta e ininterrumpidamente a Dios o en que gozara la plenitud de las bendiciones que Dios le tenía reservadas; eso tendría que esperar hasta que entrara a los cielos. Mientras tanto llevaba su vida como un cristiano en lucha constante por obtener la santidad. Él avanzaba hacia la perfección.

Lo que Pablo dice aquí de su propia vida, es una clave importante para vernos a nosotros mismos. Mientras estemos aquí en la tierra, por ser pecadores no alcanzaremos la perfección. Eso será solamente en la gloria de los cielos. Sin embargo, nuestra vida cristiana, en la que aumenta el conocimiento de Cristo y en la que vivimos para él, debe ser una lucha constante por alcanzar la perfección y, por la fe, debe tener siempre presente que nuestra meta y nuestro premio es la vida eterna.

Tanto el mundo griego como el romano del tiempo en que vivió el apóstol compartían la fascinación de las naciones modernas por los deportes. Los arqueólogos han desenterrado estadios antiguos que estaban tan bien equipados como muchos de los actuales. Aquí en estos versículos Pablo usa la comparación del atleta corredor para ilustrar el anhelo intenso y la lucha por la perfección espiritual que deben caracterizar a todos los creyentes cuando “participan en la carrera” de su vida cristiana. El éxito en la competencia atlética no sólo depende de la habilidad y de la condición física, sino también del estado mental del atleta. La clave es la concentración. El exceso de confianza, el no estar mentalmente alerta o la falta de “tenacidad” le pueden costar muy caro al atleta.

La dureza espiritual, el exceso de confianza y la falta de concentración también les pueden costar caro a los cristianos.

Recordemos la manera en que Pablo exhortó a los filipenses en 2:12 para que nunca dejaran de trabajar por su salvación. El apóstol dice aquí básicamente lo mismo en una forma ligeramente diferente. El cristiano que no se concentra en vivir la clase de vida a la que Dios lo ha llamado, como el atleta que tiene un exceso de confianza, puede ser eliminado de la carrera y al final puede perder las bendiciones que Dios le tenía reservadas. La santificación del creyente, es decir, su vida como cristiano en este mundo, nunca llegará a ser perfecta. La lucha contra el pecado y el diablo debe continuar mientras el cristiano esté en este mundo. Ni Pablo ni ningún otro cristiano se pueden dar el lujo de perder la concentración ni de pensar como si la carrera ya estuviera ganada.

El apóstol se concentró y siguió adelante y se pudo aferrar a aquello para lo que Cristo Jesús lo había escogido a él. Pablo era creyente porque Cristo lo había redimido con su sangre, y lo había llamado por medio del evangelio para que le perteneciera a él. Esta llamada del Salvador incluía la promesa del gozo eterno; también incluía el llamado de Pablo para que sirviera al Salvador con su propia vida. El llamado que Dios le hace a todo creyente incluye este llamado a servirlo aquí en la tierra, y en este llamado el Señor le proporciona el poder espiritual para efectuar ese servicio. Motivado por el hecho de que Cristo, en su gracia, había llegado hasta él, y se había posesionado de él, Pablo siguió avanzando con una concentración inquebrantable e hizo todo esfuerzo posible para alcanzar el bienaventurado final hacia el que su vida de fe lo llevaría según la promesa de Cristo.

Pablo hace énfasis dos veces en dos versículos del hecho de que él mismo todavía no había alcanzado la perfección espiritual ni tampoco había tomado la posesión plena de su herencia eterna. Eso nos hace sospechar que había ciertos maestros que estaban confundiendo a los filipenses al afirmar que ya era posible tener la perfección en esta tierra. ¿Es que algunos, tal vez los judaizantes, alegaban que podían alcanzar la perfección? Pablo sabía que él todavía no la había alcanzado; cuando veía su vida como cristiano, honestamente tenía que admitir: “No hago el bien

que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Romanos 7:19).

Así que Pablo no era perfeccionista en el sentido de que creyera haber alcanzado la perfección o que algún día la podría alcanzar mientras estaba en esta tierra. Esto no significa que se dejara llevar por la flojera ni por la desesperación, ni que abandonara su lucha para llegar a la perfección. Un escritor dio que Pablo era un “idealista incansable”. Cuando leemos sus epístolas, vemos muy claramente que durante toda su vida como cristiano su alma estaba llena de una pasión santa. Quería servir al Señor Jesús y quería hacerlo constantemente, esforzándose por hacerlo a la perfección. No quería que nada lo distrajera de hacerlo. “Una cosa hago”, dice Pablo al sintetizar toda esta santa pasión: “olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.”

Mirar hacia atrás mientras se está corriendo hacia adelante es algo peligroso para el atleta que participa en una carrera. Solamente puede resultar en la pérdida de velocidad y dirección. En la carrera de su vida cristiana el apóstol tampoco miró hacia atrás. No miró hacia atrás con orgullo por los logros pasados que él sabía que no merecían nada ante los ojos de Dios. Tampoco miró hacia atrás con un amargo pesar por los pecados que había cometido en el pasado y que él sabía bien que habían sido lavados por la sangre de Jesús. En cada nuevo día dedicó todos sus esfuerzos a seguir adelante en el aumento de su vida cristiana y en el servicio a Cristo. El corredor de larga distancia esfuerza y estira cada músculo, empleando su energía al máximo a medida que se va acercando a la meta final. En forma semejante, Pablo estaba empleando toda la energía que poseía como cristiano, esforzándose espiritualmente cada vez más en la medida en que se acercaba a la meta y al premio de la vida eterna.

Todo cristiano debe correr de la misma forma la carrera de su vida cristiana. No, no alcanzaremos la perfección en la vida aquí en la tierra, porque somos pecadores, pero no hay límite al crecimiento espiritual que podemos lograr por la gracia y el poder

de Dios que nos ha llamado a ser sus hijos y a servirlo con nuestra vida cristiana.

Al final del recorrido de la carrera está la meta y el ganador de la carrera recibe el premio. Para los cristianos la meta y el premio son la misma cosa: el fin de nuestra fe está en la perfección de la vida eterna. Cuando Dios llama a los cristianos y los lleva a la fe, él pone esa meta y ese premio ante ellos; los anima siempre para que tengan presente la meta y el premio mientras corren la carrera de la vida cristiana. Para los cristianos, ser llamados, correr y alcanzar la meta, todo esto es “en Cristo Jesús”. Sin la obra expiatoria que Cristo llevó a cabo por nosotros, no habría meta ni premio eterno. Si su Espíritu no hubiera obrado en nuestro corazón, no podríamos participar en la carrera ni alcanzar la meta, pero en Cristo y a través de la fe en Cristo nosotros, los llamados, avanzamos cada día. Esperamos ansiosamente el día en que alcancemos el fin y la meta de nuestra fe y que nos podamos aferrar a todo aquello para lo que Dios se ha posesionado de nosotros.

Todos los cristianos maduros deben tener este punto de vista acerca de su vida, deben entender que les falta la perfección. En Cristo nunca deben dejar de luchar por alcanzar la perfección, nunca deben perder de vista la meta eterna que el Señor ha puesto ante ellos. Estos son los principios generales que deben gobernar la vida de los creyentes.

Es claro que a veces puede haber desacuerdo en cuanto a la manera exacta en que se deben aplicar estos principios. Los cristianos no siempre estarán de acuerdo en la manera en que el amor cristiano se debe aplicar en situaciones acerca de las que la palabra de Dios no ha dicho nada. Después de todo, la Biblia no es un código de reglas que se puedan aplicar a cada situación, pero claramente nos da todos los principios generales que los cristianos necesitan para dirigir su vida a medida que avanzan hacia su meta eterna. Cuando se unen buscando la manera de aplicar estos principios en una forma cristiana a las diferentes situaciones prácticas, el Señor los ayudará a estar de acuerdo en cómo deben

actuar. Y es claro que los cristianos siempre deben actuar de acuerdo al conocimiento y a la madurez espiritual que han adquirido.

Era importante que los filipenses tomaran en cuenta los principios de la vida cristiana que Pablo les explica aquí con tanto cuidado. También era importante que ellos escogieran los ejemplos correctos a seguir a medida que se esforzaban para poner estos principios en práctica. Con mucho cariño, y profundamente conmovido por la advertencia que se siente obligado a dar, Pablo ruega: “Hermanos, sed imitadores de mí”.

Al ofrecerse él mismo como ejemplo, como modelo para los filipenses, Pablo no se estaba jactando. En 1 Corintios 11:1 dice: “Sed imitadores míos, así como yo lo soy de Cristo”. Los filipenses reconocían a Pablo, a Timoteo y a otros como cristianos que eran espiritualmente maduros, personas a quienes Dios mismo había capacitado para servir como ejemplo. Pablo comprendía (vea también 1 Timoteo 3) que dar un buen ejemplo era una parte necesaria de su llamamiento como apóstol y como pastor. Tanto Pablo como los filipenses se dieron cuenta de que, debido a que estaban rodeados por la inmoralidad pagana y por falsos maestros que los querían engañar, ellos necesitaban buenos ejemplos para seguir. Así, con un interés sincero, Pablo les ruega que sigan su ejemplo apostólico. Nosotros también haríamos bien en preguntarnos qué clase de ejemplos seguimos, y qué clase de ejemplo les damos a otros.

Anteriormente Pablo ya les había advertido a los filipenses acerca de los judaizantes que enseñaban que ciertas obras que ellos consideraban como especialmente santas y justas se debían agregar a la fe. Ahora les advierte contra ciertos “enemigos de la cruz” que habían llegado al extremo opuesto. En apariencia alegaban que eran cristianos, pero su estilo de vida era abiertamente impío y sensual, contradecía lo que confesaban con la boca. Para ellos la “libertad cristiana” de las leyes y de las restricciones, como las que los judaizantes querían imponer, también podían ser estiradas para

que significaran la libertad de todas las leyes, incluyendo la inalterable voluntad moral de Dios.

Sin duda alguna esta filosofía era bastante atractiva para los recién convertidos al cristianismo que habían estado tan acostumbrados al estilo de vida inmoral del mundo pagano. Cuando había estado personalmente con ellos, Pablo les había advertido a los filipenses contra esa clase de enseñanza del libertinaje y ahora nuevamente les advierte. Realmente, a causa de su profundo amor e interés por su bienestar espiritual, les advirtió con lágrimas en los ojos contra los que se llaman cristianos pero que en realidad se identifican con todo lo que se opone al cristianismo.

Los amigos de la cruz de Jesús muestran con su vida que realmente han captado el espíritu de la cruz; su vida se caracteriza por la falta de egoísmo, por la humildad y por un deseo incesante de conocer más profundamente a Cristo. Los enemigos de la cruz son los que substituyen el amor y la humildad con el egoísmo y con los excesos en complacerse los caprichos y viven solamente para complacerse a sí mismos. “Su dios es el vientre”, dice Pablo, y “su gloria es aquello que debería avergonzarlos, y sólo piensan en lo terrenal.” El término que utiliza aquí el apóstol Pablo como “vientre” representa todos los deseos y apetitos de la naturaleza pecadora: la avaricia, la glotonería, las borracheras, la inmoralidad sexual y cualquier otra cosa que satisfaga las exigencias de la naturaleza pecadora.

En vez de esforzarse por controlar sus apetitos perversos, estos falsos cristianos se rinden a estos apetitos. Al considerar la satisfacción de sus deseos carnales y pecadores como la cosa más importante de su vida, en realidad están haciendo que los deseos se conviertan en su dios. Lejos de avergonzarse por el tipo de vida que llevaban, se jactaban de ella y hasta llegaban al extremo de afirmar que esa clase de vida era consistente con su confesión cristiana. El apóstol rechaza a los que tuercen la verdad con una sola frase breve: “el fin de ellos”. Con frecuencia es el fin terrenal, pero sobre todo significa que su destino eterno “será la perdición”.

Los cristianos del siglo veintiuno se pueden identificar fácilmente con las advertencias que hace aquí el apóstol. Como los filipenses, los cristianos de hoy en día son asediados por los argumentos que parecen ser muy elevados de los “cristianos” mundanos que nos apremian a seguir su ejemplo. Algunos que se autodenominan cristianos y que son aclamados como líderes de su iglesia se adaptan vergonzosamente a la manera de pensar del mundo y a la satisfacción de sus deseos carnales. Los enemigos de la cruz no sólo defienden, sino que abierta y jactanciosamente estarán a favor de pecados como el adulterio, la homosexualidad, el aborto provocado, aunque la Biblia los condena de manera especial como abominación ante los ojos de Dios. Estos falsos cristianos proclaman altivamente que la moralidad no tiene ninguna importancia y que rechazarla está fuera de moda.

Pero todavía más peligrosos son los “cristianos” que muestran con su vida que han convertido en dioses las cosas mundanas como el dinero, las posesiones y los placeres. No es muy difícil, que hasta los que realmente creen que son seguidores fieles de Jesús lleguen a ser enemigos de la cruz en esta forma. Todos necesitamos la conmovedora advertencia que el apóstol hace aquí. Debemos considerar todas estas tentaciones, que nos incitan a vivir para nosotros mismos y no para nuestro Salvador, bajo la luz de la seria advertencia del apóstol que resuena en nuestros oídos: “El fin de ellos será la perdición.”

Los enemigos de la cruz viven para este mundo, con sus placeres y pecados. Están atados a lo terrenal y el mundo es su guía. Sin embargo, estas preocupaciones son dañinas para los cristianos que viven en este mundo pero que no son ciudadanos permanentes del mundo. Pablo les recuerda a los cristianos de Filipos que nuestra ciudadanía está en los cielos. Aunque vivían lejos de Roma, la ciudad imperial, los filipenses estaban orgullosos de su ciudadanía romana. Valoraban los privilegios especiales que les otorgaba el hecho de ser ciudadanos; pensaban que Roma era como su tierra natal, el lugar al que ellos realmente pertenecían.

Sabían que su nombre estaba inscrito en los archivos tribales que estaban en Roma, se vestían como romanos, hablaban el idioma de Roma y gozaban de la protección de Roma.

En un sentido mucho más sublime e importante, les dice Pablo a los filipenses, ellos se deben dar cuenta de que su ciudadanía más importante, su ciudadanía espiritual, está en los cielos. El cielo es el verdadero hogar de los cristianos; sus derechos han sido asegurados en los cielos, y sus intereses están aumentando allá. Su nombre está escrito en el libro de la vida, sus oraciones ascienden a los cielos y sus esperanzas aspiran a llegar allí. Muchos de sus amigos en Cristo ya están gozando la herencia completa en el cielo, y un día todos los creyentes tendremos nuestra morada permanente allí.

La ciudadanía celestial se debe reflejar en la forma en la que los creyentes viven aquí en la tierra. Los ciudadanos del cielo no deben considerar este mundo como un lugar donde arraigarán permanentemente, ni deben poner su corazón en las cosas de este mundo ni considerarlas como posesiones permanentes. Por el contrario, se deben considerar como extranjeros y peregrinos sobre la tierra, y su mayor interés debe estar en las cosas celestiales y espirituales.

Pablo concluye gozoso diciendo que esperamos ansiosamente al Salvador que vendrá desde el cielo, que regresará para darnos la posesión física de nuestra herencia eterna allí. Como creyentes inclinados a lo celestial, no debemos malgastar nuestro tiempo en perseguir las ventajas terrenales ni los placeres mundanos. No debemos permitir que las cosas terrenales nos impidan ver la importancia de nuestra ciudadanía celestial. Queremos usar el tiempo que el Señor nos da en la tierra para prepararnos para el regreso de nuestro Salvador y para nuestra entrada en la gloria celestial.

Los creyentes que esperan llegar al cielo nunca olvidan que Jesús, el Salvador que una vez vino en humildad para salvar al mundo, vendrá otra vez en majestad y gloria para juzgar al mundo.

Esperan su regreso, no con temor ni con descuido espiritual, sino con un gozo esperanzado. Cuando Jesús regrese, no sólo el alma de los creyentes, sino también el cuerpo compartirán su gloria eterna.

Pablo menciona por tercera vez en estos tres capítulos la resurrección del cuerpo. Cuando Jesús regrese, transformará el cuerpo mortal de los creyentes en un cuerpo glorioso como el suyo. En 1 Corintios 15 Pablo nos dice que el cuerpo de los creyentes, que aún estén con vida, al regreso de Cristo será cambiado, y el cuerpo de los que hayan muerto en el Señor será resucitado y glorificado.

Los filósofos paganos del primer siglo consideraban el cuerpo como una prisión malvada de la que algún día el alma se vería liberada. Los filósofos de todas las épocas se han burlado de la enseñanza cristiana acerca de la resurrección del cuerpo, pero los cristianos creen que el cuerpo es la creación de Dios y que su cuerpo es el templo de Dios. Por causa del pecado, nuestro cuerpo ahora es mortal y en este cuerpo sentimos todas las debilidades y la fragilidad como consecuencias del pecado. En el momento de la muerte física el cuerpo de debilidad se separa del alma y con el tiempo se deteriora en la tumba.

Cuando el Señor aparezca de nuevo resucitará todos los cuerpos en donde se encuentren, transformará el cuerpo de los creyentes de modo que reflejen la bienaventuranza perfecta de su alma glorificada. En la resurrección, Jesús hará que el cuerpo de los creyentes sea como su propio cuerpo glorificado. Toda la pecaminosidad, toda debilidad y todas las consecuencias del pecado habrán terminado para siempre. El cuerpo y el alma de los creyentes se reunirán para vivir para siempre en una eternidad perfecta en los cielos con Cristo.

Nuestra mente humana no puede imaginar cómo es que el Señor encontrará los cuerpos que por miles de años han sido puestos en diferentes lugares y que han estado sujetos a los estragos de la devastadora descomposición. Tampoco el apóstol

Pablo intentará darle una respuesta a nuestra curiosidad intelectual; él nos dice todo lo que necesitamos saber al decir que el poder de nuestro Señor Jesús lo hará posible. Este poder es que lo capacita para tener todo el mundo bajo su control.

Qué tremendo consuelo nos dan estas palabras inspiradas cuando recordamos la tumba de nuestros seres queridos que han muerto en el Señor. Qué poderoso aliento nos dan estas palabras para seguir sirviendo al Señor con nuestro cuerpo a medida que avanzamos hacia la meta de la resurrección del cuerpo y de la vida eterna.

Pablo amaba profundamente a la congregación de Filipos. Sus miembros le daban un gozo especial a su corazón, porque los frutos de su fe eran tan evidentes en tantos aspectos de su vida. Ellos eran su corona, su glorioso galardón. Esto era cierto cuando Pablo escribió esta epístola, pero se haría aún más evidente cuando el Señor regresara nuevamente. Entonces su fe y los frutos de su fe serían expuestos ante todo el mundo como evidencias de que los esfuerzos del apóstol no habían sido en vano. Pablo les recuerda afectuosamente todo esto a los filipenses cuando concluye esta sección. Él vuelve a recalcar la importancia de todo lo que acaba de decir, al mismo tiempo que anuncia con énfasis: “Estad así firmes en el Señor, amados”.

Que la paz y el gozo del evangelio sean evidentes en su vida

² Ruego a Evodia y a Síntique que sean de un mismo sentir en el Señor. ³ Asimismo te ruego también a ti, compañero fiel, que ayudes a éstas que combatieron juntamente conmigo en el evangelio, con Clemente también y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida.

⁴ Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! ⁵ Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca.

⁶ Por nada estéis angustiados, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. ⁷ Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.

⁸ Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. ⁹ Lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros.

Las esperanzas del regreso del Señor y la gloria del mundo venidero de ningún modo hacen que los cristianos sean indiferentes a esta vida con sus problemas y deberes, más bien los ayudan para ver la vida con una perspectiva más clara. La luz de la venida de Cristo es para el presente y los llenan de gozo y de paz, a pesar de todos sus peligros y dificultades. Pablo quería que los filipenses, y que nosotros también, sintieran este gozo y paz en las varias circunstancias por las que atraviesan en la vida.

La primera exhortación del apóstol en esta última serie de palabras de ánimo seguramente provocará una sonrisa familiar o, muy probablemente, un suspiro, a los pastores de casi toda congregación. Aquí sobre la tierra, también en la iglesia cristiana visible, todos somos pecadores que vivimos y trabajamos entre pecadores, y tarde o temprano el pecado afectará nuestras relaciones personales. En el desempeño de las actividades de la congregación, o en el curso de las actividades de sus organizaciones, los seres humanos pecadores que tienen una opinión fuerte y una personalidad enérgica inevitablemente tarde o temprano chocarán. Algo de poca importancia puede ser la causa de que se digan palabras agudas, se hieran los sentimientos, se guarden rencores. El resultado de todo esto son amarguras que perduran, hasta divisiones que pueden perturbar a una congregación y obstaculizar su testimonio y su obra.

No se nos dan los detalles, pero algo muy semejante a lo que acabamos de describir había ocurrido en Filipos. Dos mujeres destacadas de la congregación, Evodia y Síntique, se habían implicado en una discusión; no sabemos nada más acerca de estas dos mujeres. Evidentemente habían servido con armonía y entusiasmo como colaboradoras de Pablo y habían ayudado en el ministerio del evangelio; por lo visto habían continuado activas en la congregación después que Pablo había salido de Filipos. Las dos eran llenas de energía y talentosas, una y otra habían sido una rica fuente de bendiciones para la congregación. Sin embargo, ahora había surgido un desacuerdo entre ellas, ¿tal vez como resultado de los celos? Y donde antes había armonía ahora había lucha. No se nos dice cuál fue el efecto exacto que tuvo la disputa sobre la congregación y su obra, pero podemos estar seguros de que no fue positivo.

Pablo trata esta situación delicada con una maravillosa combinación de tacto y de amor cristiano. No pone en duda los motivos de las mujeres ni tampoco su compromiso con el Señor. No abre viejas heridas para repasar todos los detalles del problema, ni darle vueltas al asunto, tampoco lanza regaños ni le echa la culpa a nadie. De ningún modo se muestra negativo, simplemente le ruega a cada una de las mujeres que se pongan de acuerdo entre sí “en el Señor”, a quien siempre habían servido de buena voluntad. Note la imparcialidad de Pablo en sus palabras de aliento. En el griego original, el apóstol repite la palabra “ruego”, usando primero el nombre de una de las mujeres y luego le hace la misma súplica, con la misma palabra, a la otra mujer. Anima a cada una de ellas para que reflexionen en las bendiciones que han recibido del Señor y a que se den cuenta de que ese desacuerdo no está ayudando en nada a la causa de Cristo en Filipos. Expresa la esperanza de que una madura reflexión cristiana acerca del asunto las llevará a usar sus talentos y sus energías en unidad y para el Señor, en vez de andar en competencia y en desacuerdo.

Desde el principio hasta el fin de esta epístola el apóstol ha hecho énfasis en la importancia de la unidad y de la armonía entre

los cristianos, recordándoles que la importancia de esa unidad ayudará a que Evodia y Síntique arreglen sus diferencias. ¿Y acaso no es cierto que las discusiones sobre cosas externas que con frecuencia surgen hoy en día en las congregaciones se arreglarían más fácilmente si siempre recordáramos que como creyentes estamos unidos en una hermandad bendecida en el evangelio de Cristo? Trabajamos en una tarea común que puede ser obstaculizada por nuestras peleas ridículas y pecaminosas. Tampoco debemos olvidar que nuestro destino es estar juntos por toda la eternidad.

Además de hacerle un ruego personal a cada una de estas mujeres, Pablo pide la ayuda de otro de los miembros de la congregación para que actúe como mediador en la disputa. Hay algunas dudas de si la palabra griega *syzygos*, que significa compañero de yugo (compañero de esclavitud), es aquí un nombre propio o un sustantivo común. Me inclino a creer que aquí Pablo se dirige a un hombre llamado Sícigo y le pide que haga honor a su nombre al ayudar para que estas dos mujeres se reconcilien.

Ya sea que su nombre fuera Sícigo o no, este “compañero fiel [de yugo]” era claramente un líder respetado de la congregación; Pablo sabía que él tenía el tacto y el amor necesarios para esta tarea. El apóstol estaba ansioso de que la paz volviera a reinar entre Evodia y Síntique. Cada vez que pensaba en ellas, recordaba los esfuerzos extraordinarios que ellas habían desplegado con él por la causa del evangelio, junto con él, Clemente y otros de Filipos. No parecía saludable que estas dos buenas mujeres cristianas continuaran enojadas. Tenía la esperanza de que con la ayuda y el aliento correcto el problema quedara resuelto muy pronto.

Apartándose de la advertencia específica a Evodia y a Síntique, Pablo vuelve a palabras de ánimo que son más generales. Tocando una vez más la nota clave de esta epístola, Pablo describe el espíritu que debe llenar el corazón de los filipenses y de todos los creyentes de todos los tiempos. “Regocijaos en el Señor siempre”, dice Pablo. Esta vez añade la palabra *siempre*. Como el sol, el gozo

más puro y más elevado debe emanar siempre de la vida de los cristianos. El gozo debe ser siempre una marca fundamental de la personalidad de todo creyente. Y como no siempre parece razonable regocijarse, especialmente cuando los creyentes enfrentan circunstancias de prueba y difíciles, el apóstol repite sus palabras de ánimo: “Otra vez digo: ¡Regocijaos!”

¿Es que los cristianos realmente pueden sentir gozo en su corazón cuando están atribulados por los pecados pasados? ¿Es que acaso pueden sentir ese gozo cuando ellos o sus seres queridos enfrentan problemas agudos propios de esta vida como el desempleo, los problemas económicos, la enfermedad, la incertidumbre, el dolor y la muerte? Recuerde que Pablo escribió estas palabras siendo prisionero, como un hombre que había pasado años viviendo de acuerdo con “la participación de los sufrimientos de Cristo” y con un futuro incierto delante de él. Aun así escribió esta epístola con una canción en el corazón y con palabras de alabanza en sus labios.

Entonces, la lección clara del apóstol es que las circunstancias externas no determinan ni deben determinar la condición del corazón del creyente. Aun cuando todo a su alrededor parezca oscuro y tenebroso, los cristianos pueden sentir gozo interno, pueden estar gozosos debido a su unión con Cristo. El Espíritu de Cristo llena constantemente el corazón de los creyentes con el verdadero gozo del evangelio: el gozo del perdón, el gozo de saber que en todas las cosas Dios obra para bien de aquellos que lo aman, la gozosa seguridad de que Jesús vendrá de nuevo para darnos la posesión física completa de nuestra herencia eterna en la gloria. Si recordamos diariamente estas certezas inquebrantables del evangelio, entenderemos que no es irrazonable la exhortación que el apóstol nos hace de regocijarnos siempre en el Señor. Tampoco es tan irrazonable que nos exhortemos mutuamente a regocijarnos siempre.

En mi llamamiento como pastor y cuidador de almas he usado estas palabras de ánimo del apóstol para llevarles consuelo a los

enfermos, a los confinados y a los moribundos. Las he usado para animar a los que están deprimidos y oprimidos por los problemas terrenales y por las dificultades que parecen que nunca terminan. He usado este texto para el sermón de un funeral, y me he sentido consolado personalmente con este mismo texto cuando me tocó estar de luto. ¡Qué preciosas son estas palabras de aliento! Sería hermoso que todos nosotros hiciéramos caso a estas palabras de ánimo y, recordando siempre los incomparables tesoros espirituales en Cristo, que nos regocijáramos en el Señor ¡siempre!

Los cristianos gozosos también sienten dentro de sí la necesidad apremiante de compartir este gozo. El gozo de su corazón se hará evidente por la moderación de su conducta. “Gentileza” (“Amabilidad” en la NVI) es una traducción seleccionada aquí para la palabra griega que realmente no se puede reproducir con una sola palabra en español; las expresiones que casi reflejan su significado son “grandeza de corazón” y “moderación amable”.

Lo que Pablo dice aquí es que los cristianos deben ser personas que se sientan inclinadas más bien a sufrir el daño que a causarlo. La gentileza o amabilidad es otra de esas características distintivas que deben identificar a los cristianos como diferentes, como personas que son especiales en este mundo, personas que tienen la actitud abnegada que imita la humildad de Cristo. Donde otros arrogantemente reclaman sus derechos, los creyentes gustosamente cederán los suyos. Se preocuparán por el débil y el desamparado y soportarán pacientemente a los demás, siempre y cuando esa concesión no quebrante sus principios cristianos.

También en esta área todos nosotros tenemos mucho que aprender. La gentileza no siempre es evidente en nuestros hogares cristianos, mucho menos en nuestra relación con el prójimo en el mundo. Necesitamos constantemente la ayuda y las bendiciones del Espíritu Santo para poder dar evidencia de nuestro gozo cristiano en el trato amable con los que nos rodean.

La cercanía del regreso de Cristo debe ser también un motivo para alegrarnos por dentro y para mostrar gentileza por fuera. Los

primeros cristianos estaban profundamente conscientes del hecho de que cada día que pasaba los acercaba más al regreso de Cristo. Frecuentemente se saludaban entre ellos con la palabra *maranatha*, que significa: “Ven, Señor Jesús”.

Han pasado más de 19 siglos desde que Pablo escribió: “El Señor está cerca”; para la forma de calcular de Dios, Cristo todavía está cerca. Para los creyentes en lo individual ya se acercan los llamados de Cristo para pasar de esta vida a la eternidad. Puede ser en cualquier momento. Así podría ser el regreso de Cristo en gloria. Los cristianos del primer siglo tenían muy presente la venida de Cristo y si entendemos esto, queremos vivir en el mismo espíritu fervoroso y esperanzado de regocijarnos en lo que creían los primeros cristianos. Qué insignificantes llegan a ser los sacrificios de algunos por los derechos terrenales cuando sabemos que todo lo malo será corregido cuando aparezca Cristo. Cuán vacía de significado parece la vida egoísta de las personas no espirituales que nos rodean. Cuán significativa llega a ser una vida de tierno gozo.

Estar conscientes del regreso del Señor también ayudará a los creyentes a poner en práctica la siguiente advertencia del apóstol: “Por nada estéis angustiados”. Si hay algo que le agrada a Dios es el interés amable y genuino que un cristiano tiene al buscar el bien de los demás. Lo que el apóstol desaprueba aquí es la preocupación y la ansiedad acerca de las cosas que están fuera de nuestro control. Los seres humanos nos preocupamos por naturaleza, ya sea por la comida y el vestido, o por lo que traerá el futuro y muchas otras cosas más. Pero la preocupación es un pecado que muestra una falta de confianza en Dios. Pablo nos dice: no estén ansiosos ni preocupados. Teniendo una confianza como la de un niño, dejen todo en las amorosas manos del Señor.

El Señor no nos prohíbe que hagamos planes para el presente ni para el futuro; él no quiere que consideremos la oración como un sustituto de los planes ni del trabajo. Quiere que seamos previsores y que usemos el sentido común para enfrentar los desafíos que él nos depara en la vida, pero en todos nuestros

esfuerzos, planes y pensamientos, los cristianos nunca nos debemos atrever a olvidar que el resultado depende completamente de la voluntad y de las bendiciones del Señor.

Por lo tanto, con la confianza de un niño nos debemos encomendar al Señor en oración tanto nosotros como también nuestras preocupaciones. El Señor sabe de nuestras necesidades sin que oremos por ellas, pero en su amor nos invita y nos anima a llevarle todo en oración. ¿En qué manos más capaces podríamos dejar nuestras necesidades? Y él promete que responderá a nuestras oraciones. Si es que no oramos, somos nosotros los que perdemos. “¿Vive el hombre desprovisto de paz, gozo y santo amor?” nos lo recuerda el escritor del himno, “esto es porque no llevamos todo a Dios en oración”.

Nuestras oraciones no se deben limitar sólo a peticiones; si así es, entonces estamos orando en una forma egoísta. La oración del cristiano también debe incluir la gratitud. Al comenzar cada una de sus epístolas, Pablo manifiesta la profunda gratitud a Dios que hay en su corazón, y a través de sus escritos continuamente hace énfasis en la importancia de dar gracias. Una oración sin agradecimiento es como un pájaro sin alas, tiene dificultades para levantar el vuelo.

Sobre todas estas advertencias Pablo pone con letras muy marcadas una promesa maravillosa. Por encima de toda la vida de los creyentes, por encima de todos sus esfuerzos y los trabajos, descansa la bendecida paz de Dios. La paz de Dios se origina en Dios mismo. En su amor él les da esa paz a sus hijos, a sus creyentes; les llena el corazón de paz mediante la seguridad del evangelio de que en Cristo Jesús sus pecados les son perdonados y de que están en paz con él.

El apóstol menciona con frecuencia la gracia y la paz al mismo tiempo porque la paz es el resultado de la gracia. A la paz de Dios se le ha llamado “la sonrisa de Dios que se refleja en el alma del creyente”. Pablo les asegura a sus lectores que esta paz preciosa,

que sobrepasa a todo entendimiento, guardará su corazón y su mente en Cristo Jesús.

Los filipenses estaban acostumbrados a la vigilancia de la guardia romana. De la misma manera les dice el apóstol, la paz de Dios se mantiene en guardia a las puertas del corazón del creyente. La paz de Dios que se mantiene en guardia conserva a los creyentes firmemente aferrados a Cristo. Es una prevención contra los afanes del corazón e impide que los pensamientos indignos los perturben. Por medio de la confianza y de la oración los creyentes entran en la fortaleza impenetrable de la paz de Dios en el Señor Jesucristo, una fortaleza de la que nadie los puede desalojar.

Finalmente, Pablo dice que los cristianos protegidos por la paz de Dios se deben esforzar por cultivar una forma saludable de pensar. Sus pensamientos se deben concentrar en todas las virtudes que son agradables a Dios, y se deben esforzar en ponerlas en práctica en su vida. Aquí, también, cosechamos lo que sembramos. La forma de pensar que cultivemos se reflejará en nuestras palabras y acciones. Así los cristianos diariamente se deben esforzar por llenar su mente con cosas que son verdaderas y no vanas ni engañosas. Deben pensar en las cosas que son respetables y apropiadas a la dignidad cristiana, cosas que están de acuerdo con la ley de Dios, cosas que son morales y puras, cosas que respiran y evocan el espíritu de amor cristiano, cosas que son excelentes y dignas de alabanza ante Dios y ante los hombres.

¿Nos preocupamos lo suficiente acerca de la forma de pensar que cultivamos como cristianos? ¿Las cosas con las que normalmente llenamos nuestra mente son en realidad las cosas que son verdaderas y nobles, correctas y puras, preciosas y admirables, excelentes y dignas de alabanza? ¿O tenemos el hábito de llenar nuestra mente con la basura moral con la que nuestra sociedad impía se sacia? ¿Contribuyen a dignificar nuestro estilo de vida los libros que leemos, los programas de televisión que vemos, las películas, hasta las cosas con las que adiestramos nuestros ojos y

nuestra mente en la rutina diaria de nuestra vida? ¿O permitimos que nuestro estilo de vida llegue a ser un invernadero en el que crecen las plantas del diablo? Lo que sembramos en nuestro estilo de vida lo cosechamos en nuestras palabras y acciones. “Hermanos,... en esto pensad.”

Pablo y otros les habían enseñado claramente a los filipenses acerca de las cosas excelentes y dignas de alabanza en que los cristianos deben pensar, y les habían dado el ejemplo con su conducta. Los filipenses sabían que Pablo no era la clase de pastor que dijera: “Hagan lo que digo, no lo que hago”. Era un pastor cuyas palabras y ejemplos podían imitar y seguir gozosamente. Mientras los creyentes de Filipos seguían sus instrucciones e imitaban el ejemplo de Pablo, mientras los cristianos de todas las épocas siguen las instrucciones e imitan los ejemplos de los pastores y maestros fieles, gozarán de la presencia del Dios de paz en su vida como su guía y su ayuda, como consolador y como amigo.

AGRADECIMIENTO Y SALUDOS FILIPENSES 4:10-23

Un agradecimiento gozoso por un regalo de amor

¹⁰ En gran manera me gocé en el Señor de que ya al fin habéis revivido vuestro interés por mí; ciertamente lo teníais, pero os faltaba la oportunidad para manifestarlo. ¹¹ No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. ¹² Sé vivir humildemente y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre, así para tener abundancia como para padecer necesidad. ¹³ Todo lo puedo en Cristo que me fortalece. ¹⁴ Sin embargo, bien hicisteis en participar conmigo en mi tribulación. ¹⁵ Y sabéis también vosotros, filipenses, que al principio de la predicación del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia participó conmigo en razón de dar y recibir, sino vosotros únicamente, ¹⁶ pues aun a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades. ¹⁷ No es que busque donativos, sino que busco fruto que abunde en vuestra cuenta. ¹⁸ Pero todo lo he recibido y tengo abundancia; estoy lleno, habiendo recibido de Epafrodito lo que enviasteis, olor fragante, sacrificio acepto, agradable a Dios. ¹⁹ Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús. ²⁰ Al Dios y Padre nuestro sea gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Demasiadas personas de nuestra muy ocupada sociedad no se toman el tiempo de practicar la cortesía de reconocer y agradecer los regalos. El apóstol Pablo no era así; aunque no era su propósito principal, parte de su razón para escribirles a los filipenses fue para reconocer que había recibido un regalo, probablemente un

donativo de dinero que ellos le habían enviado a Roma, y para agradecerse. Sin duda ya les había enviado un reconocimiento verbal, tal vez con algún viajero que iba de Roma a Filipos, tan pronto como recibió el regalo. Ahora se toma el tiempo para expresarles su gratitud por carta. Menciona lo que el regalo realmente significa para él, y les habla de la única razón cristiana por la que lo aprecia.

Desde que conocieron a Pablo, los filipenses, más que ninguna otra congregación de cristianos, habían mostrado un interés personal y especial en el bienestar físico del apóstol. Ahora una vez más, como un árbol que echa nuevos brotes en cada primavera, el interés de los filipenses por él había encontrado una forma de expresarse. Tan pronto como se enteraron de su encarcelamiento, los filipenses quisieron hacer algo para ayudarlo.

Sin embargo, por un tiempo no pudieron cumplir con su resolución, algo se lo había impedido. Tal vez la pobreza agobiante que había afectado a toda la región unos años antes (vea 2 Corintios 8:12) todavía estaba haciendo difícil la vida económica de los filipenses, o tal vez no habían encontrado ningún mensajero que estuviera disponible de inmediato para hacer el largo viaje a Roma. En cualquier caso, se habían quitado los obstáculos que les habían impedido anteriormente a los filipenses expresar su generosidad y Epafrodito le había llevado un donativo generoso al apóstol de parte de los ellos. Ahora regresaba a Filipos con esta carta y con el cálido agradecimiento del apóstol.

Cuando Pablo recibió el regalo de los filipenses, se gozó “en gran manera... en el Señor”. Aquí es la última vez que Pablo usa en esta epístola la palabra clave “gozarse”. Podemos tener una buena idea del gozo tan especial con el que Pablo recibió este regalo. Después de un viaje por mar largo y peligroso había llegado a Roma como prisionero. En una ciudad enorme que nunca antes había visitado, había tenido que emprender la tarea de preparar una defensa legal ante la corte suprema del imperio. Sabía que si esta defensa fallaba, le podría costar la vida.

Qué gozosa sorpresa cuando llegó Epafrodito un amigo de toda su confianza, enviado por su amada congregación de Filipos para servir como su asistente personal en Roma y para entregarle un regalo de la congregación y, lo más importante de todo, animar al apóstol con la seguridad de que sus amigos de Filipos no se habían olvidado de él. Pablo era un hombre emotivo, y estaba profundamente conmovido por el gesto noble de los filipenses.

También estaba profundamente agradecido con ellos por haber pensado en él y por el regalo, y fue muy espléndido en su agradecimiento. Sin embargo, siempre el maestro, no quería darles a los filipenses una impresión equivocada. No quería que pensarán que las cosas terrenales habían llegado a ser de pronto sumamente importantes para él. Tampoco quería que pensarán que el Señor lo había dejado en una situación económica desesperada ni que su cálido agradecimiento era solamente una forma sutil de pedirles un donativo más; quería que los filipenses se detuvieran por un momento con él y vieran este regalo bajo el punto de vista correcto. Quería que supieran que había ciertas cosas acerca del privilegio de dar un regalo que eran aún más importantes que el regalo mismo.

Sin importar sus circunstancias físicas, Pablo les dice a sus lectores que ha aprendido a estar contento cualquiera que fuera su situación. Durante toda su vida, y especialmente durante sus años como apóstol, Pablo pasó por circunstancias terrenales que iban desde la mayor necesidad hasta la abundancia plena. Unas veces el Señor le daba períodos de descanso y de renovación, hasta de relativa prosperidad, pero en la mayoría de las veces el apóstol había vivido en circunstancias que habían sido menos que prósperas. Cuando servía al Señor con frecuencia, y en realidad *debido a que* servía al Señor, había sufrido hambre, frío, desnudez, azotes, encarcelamientos e incomodidades físicas que muchos otros hubieran considerado como necesidades.

Sin importar cuáles fueran las circunstancias físicas a las que se enfrentara, Pablo había aprendido el secreto de estar

verdaderamente satisfecho. Este secreto lo había hallado en Cristo. Cuando Cristo venía a él en su Palabra y cuando iba a Cristo en oración, el apóstol encontraba una fuente de fortaleza y una fuente segura de satisfacción que lo podía llevar a decir con confianza: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.”

Cualquier necesidad que enfrentara o acabara o lograra o sufriera, Pablo estaba confiado en que le podía hacer frente a esos desafíos porque por la fe él estaba “en Cristo”. La gracia de Cristo era suficiente para él. El poder de Cristo descansaba sobre él. Cristo mismo estaba junto a él, proveyendo para todas sus necesidades. Cualquier cosa física que el Señor escogiera darle o quitarle, sin importar la manera en que el Señor obraba en su vida, Pablo estaba satisfecho, porque sabía que el Señor Jesús estaba de su lado.

Nosotros también podemos estar satisfechos con lo que el Señor nos dé, sea poco o sea mucho. Nosotros también tenemos la seguridad de que, debido a que estamos en Cristo por la fe, él siempre está a nuestro lado para darnos la fortaleza que sabe que necesitamos para enfrentarnos con la vida en el mundo y para vivir nuestra vida para él. Muchas familias cristianas tienen placas atractivas colgadas en su casa donde se lee la inscripción: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.” Había una de estas placas en mi casa cuando yo era niño. Qué buen recordatorio son estas palabras para la vida diaria del cristiano. Qué maravillosa seguridad nos dan, una seguridad que se vuelve más preciosa y más significativa con cada año que pasa.

Después de haber enseñado la lección, Pablo ahora regresa a su gratitud. Quería que los filipenses supieran que estaba complacido con el regalo y que lo apreciaba. Veamos la manera en que lo hace. No se limita a decir: “Gracias por el regalo, me alegra porque seguramente lo podré usar”, sino que dice: “Gracias por el regalo, me alegra por lo que me dice acerca de ustedes.”

El apóstol les dice a los filipenses que darle este regalo fue una bella acción. Al decidirse a darlo, los filipenses habían sentido las aflicciones del apóstol como si fueran las de ellos mismos. Esta

no había sido la primera vez que los filipenses habían mostrado una generosidad tan extraordinaria; Pablo recuerda vívidamente que, poco después que se fundó esta congregación, le habían enviado un regalo para ayudarlo en su ministerio en Tesalónica, que fue el segundo lugar donde se detuvo en su segundo viaje misionero. La congregación había sido especialmente generosa y todavía lo era.

Sin embargo, aunque eran muy generosos sus donativos, Pablo les recuerda que lo que es en verdad importante acerca de cualquier regalo no es el regalo mismo, sino lo que hay en el corazón de que lo da. El gozo de Pablo era tan grande especialmente porque le habían dado el donativo en el espíritu correcto. Los filipenses gozaban de una relación bienaventurada de dar y de recibir con el apóstol Pablo. Él les había dado el evangelio, y ellos lo habían recibido gustosamente. Por su parte ellos habían mostrado su gratitud por el evangelio al darle al apóstol donativos materiales que el Señor usó para mantenerlo y para sostenerlo en su ministerio. De parte de los filipenses el dar y el recibir se mantuvo como un testimonio claro y bello de su generosidad. Pablo sabía que el Señor en su gracia recompensaría esta generosidad, como siempre lo hace, aunque los creyentes no den por causa de la recompensa (vea Proverbios 11:17, Malaquías 3:10-12, 2 Corintios 9:7, Lucas 6:38).

Pablo dice que en cuanto a él mismo, sus necesidades ya habían sido ampliamente satisfechas. Se regocijaba al reconocer que la generosidad de los filipenses era fruto de su fe. El Señor también estaba complacido con estos regalos, los consideraba como la fragancia dulce del incienso que le ofrecieron los creyentes del Antiguo Testamento. Nuestros donativos también son como las ofrendas de dulce fragancia al Señor si, y solo si, nacen de un corazón lleno de fe y de amor genuinos por él.

Así como los filipenses daban tan generosamente para aliviar las necesidades del apóstol, él a su vez les asegura que Dios, que usó la generosidad de ellos para bendecirlo, a su vez los bendeciría al satisfacer a todas las necesidades de los creyentes de Filipos.

Dios lo haría “conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús”. Los que son sus hijos en Cristo Jesús son el objeto especial de la providencia y del amoroso cuidado de Dios. Tienen su promesa de que jamás los dejará ni los abandonará. Proveerá a sus necesidades, no solamente de las riquezas de su gloria, no como un millonario les arroja monedas a los pordioseros, sino rica y diariamente “conforme a” las superabundantes riquezas de aquel a quien le pertenece todo el universo.

Reflexionando en todas las cosas por las que Pablo puede darle gracias a Dios, así como también en las bendiciones y el cuidado que el Señor les otorga a todos sus hijos, Pablo prorrumpe en un canto final de alabanza, glorificando a Dios. A este gran Dios, que en Cristo Jesús es el Padre de todos los creyentes en una forma muy especial, el apóstol le atribuye adoración y alabanza. Pide que todos los creyentes se unan a él en una alabanza constante y sin fin. Y su solemne Amén subraya la verdad de que esta canción de alabanza es la expresión espontánea de un corazón redimido por la gracia.

Saludos finales

²¹ Saludad a todos los santos en Cristo Jesús. Los hermanos que están conmigo os saludan. ²² Todos los santos os saludan, y especialmente los de la casa de César.

²³ La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.

Con el canto de alabanza del versículo 20 Pablo termina el cuerpo de la carta. Todo lo que queda ahora son los saludos. Es muy posible que Pablo escribiera estos últimos versículos con su propia mano. Es probable que un secretario haya escrito el resto de la carta. A todos los santos, es decir, a todas las personas que por gracia han sido apartadas como hijos de Dios en Filipos, a ellos les envía saludos, tanto de Pablo como de sus colaboradores que

estaban con él en Roma. Aunque Pablo había expresado su decepción con algunos de sus colaboradores (vea 2:20), sin embargo no los excluye de este saludo.

El círculo de los que saludan se extiende a todos los creyentes que estaban en Roma. Todos ellos quieren enviar sus buenos deseos y expresar su unidad en Cristo. Los que pertenecían a la casa del César reciben una mención especial. Estos cristianos pueden haber sido funcionarios públicos, tal vez incluso miembros de la guardia del palacio (vea 1:13). La razón por la que aquí se les menciona en especial puede ser que como Pablo estaba implicado en un caso de la corte imperial, estos eran los cristianos con los que había estado en estrecho contacto durante el tiempo en que escribió esta epístola. O quizá porque Filipos era una colonia romana, algunos de estos funcionarios conocían personalmente a los creyentes filipenses o tal vez estaban emparentados con algunos de ellos. Lo que es más importante notar una vez más es que el cristianismo había penetrado hasta los rangos más elevados de la oficialidad romana. Estos creyentes también querían animar a los filipenses con sus saludos.

Pablo termina con una bendición, pronunciando la gracia de Dios sobre sus lectores. Nos podemos imaginar la escena en que la carta llevada por Epafrodito les llega a los obispos y a los diáconos de Filipos y se lee a la congregación reunida para un culto de adoración. A ellos, y a todos los que leerían esta carta en el futuro, Pablo, el apóstol del Señor, les pronuncia la bendición de la gracia de Dios. Así nos recuerda una vez más que lo que nos hace cristianos es el inmerecido amor de Dios por nosotros pobres pecadores mediante Jesús el Salvador. De esta bendición dependen todas nuestras otras bendiciones como cristianos y todas las cosas que el apóstol ha escrito en esta maravillosa epístola de gozo. Mediante esta gracia de Dios nosotros también tenemos una paz y un gozo inquebrantables.

La gracia del Señor Jesús sea con su espíritu.

COLOSENSES

INTRODUCCIÓN

Sólo dos de las trece cartas escritas por el apóstol Pablo están dirigidas a congregaciones que él no había fundado y de las que tampoco conocía a la mayoría de sus miembros. Una fue la carta a los romanos y la otra a los colosenses. En Colosenses 2:1 Pablo se dirige a los creyentes de esa ciudad y les dice que lucha por ellos y “por todos los que nunca han visto mi rostro”. Sin embargo, había una relación estrecha entre el apóstol y la congregación de Colosas. En su tercer viaje misionero Pablo había pasado tres años completos en Éfeso, la capital de la provincia romana en la que estaba Colosas. Durante esos tres años gente de todas las provincias había ido a Éfeso para escuchar el evangelio de Pablo. Al mismo tiempo, los colaboradores y convertidos de Pablo eran muy activos en la obra de llevar el evangelio desde Éfeso a todas las ciudades del área circunvecina. Indudablemente Colosas fue una de las muchas ciudades a las que llegó el evangelio en esta forma.

Colosas estaba ubicada en Asia Menor, entre 160 y 200 kilómetros directamente hacia el este de Éfeso, en la región conocida por el mundo antiguo como Frigia. Cuando los romanos conquistaron ese territorio, anexaron Frigia a su provincia de Asia. Hoy es conocida como parte de Turquía. En la época del apóstol Pablo, Colosas formaba un triángulo con otras dos ciudades. Hierápolis y Laodicea, las dos localizadas a 16 o 18 kilómetros al norte y al oeste.

Estas tres ciudades, que Pablo menciona en su carta a los colosenses, estaban situadas en el valle del río Lico, no muy lejos de la unión del río Lico con el río Meandro que era bien conocido. Colosas era la más antigua de las tres ciudades, estaba ubicada bella y estratégicamente, y se extendía a ambas orillas del río Lico, con montañas al norte y al sur. La gran carretera occidental

atravesaba Colosas en el camino que iba de Éfeso hacia el río Éufrates. Ya para el año 480 a.C. los antiguos escritores describieron a Colosas como “una ciudad poblada, próspera y grande”.

El valle del Lico se encuentra en un área frecuentemente sacudida por los terremotos y por la actividad volcánica. Poco tiempo después que se escribiera la epístola a los colosenses, un gran terremoto destruyó todo el valle. Pero un terreno volcánico también es un terreno fértil. Las ricas praderas del valle del Lico eran ideales para criar ovejas. Por lo tanto, floreció la industria de la confección en esa área. Además las aguas del Lico contenían depósitos calcáreos que eran ideales para usar en el teñido de la ropa. Por lo tanto, no es sorprendente que las ciudades que estaban en este valle prosperaran, aunque con el transcurso del tiempo su fortuna variara en gran manera.

A pesar de que Colosas era la más antigua de las tres ciudades que estaban en el valle, su fortuna había declinado considerablemente en la época del apóstol Pablo. Después de que los romanos se apoderaron del territorio, Laodicea comenzó a prosperar como un centro industrial. Llegó a ser famosa por la excelente lana negra y fina que producían sus ovejas. Debido a un cambio en el sistema de las carreteras se convirtió en el empalme donde la carretera occidental se unía a otras cuatro carreteras. Finalmente estos y otros factores llevaron a Laodicea el prestigio y el comercio que una vez le habían pertenecido a Colosas.

Hierápolis también tenía un atractivo especial; en las regiones volcánicas hay muchos abismos de los que brotan vapores y manantiales de agua. Según las antiguas creencias, esos manantiales tenían propiedades curativas muy especiales, y por esa razón Hierápolis se convirtió en un famoso balneario de aguas termales. Las personas viajaban desde muy lejos, ya fuera para beber las aguas “curativas” o para bañarse en ellas buscando un remedio para sus males. Muchos de los manantiales y de las cuevas fueron dedicados a diversas deidades paganas.

Así que las personas que iban al valle del Lico por razones de salud o de placer iban a Hierápolis: y los que estaban interesados en el comercio o en la política iban a Laodicea. Pero ya dos generaciones antes de que Pablo escribiera la epístola a los colosenses, Colosas se había deteriorado y se había convertido en una villa pequeña e insignificante que estaba en proceso de decaimiento. Aún hoy en día las ruinas de Laodicea y de Hierápolis son bastante impresionantes; en cambio, las ruinas de Colosas son escasamente notables. Sin embargo fue a la iglesia ubicada en esa ciudad tan insignificante y decadente que el Espíritu del Señor, por medio del apóstol Pablo, le dirigió una carta de significado duradero.

Es posible que Pablo mismo haya pasado por Colosas en su tercer viaje misionero. Pero el hecho de que él diga que no había conocido personalmente a la mayoría de los cristianos de Colosas parece indicar que nunca se detuvo allí para hacer obra misionera. La verdadera obra que tuvo lugar en la ciudad la llevó a cabo un hombre llamado Epafras, al que Pablo alaba en su epístola como “nuestro consiervo amado”. Probablemente Epafras fue uno de los primeros que escucharon el evangelio de Pablo en Éfeso, después regresó a su ciudad natal donde inició una congregación cristiana, quizá hasta bajo la dirección del apóstol. Aunque el valle del Lico contaba con una gran población judía, la congregación cristiana de Colosas consistía mayormente de gentiles convertidos al cristianismo. Entre los miembros más destacados de la congregación se encontraba un hombre llamado Filemón con su familia; Pablo le escribió una epístola personal. Hablaremos más de ellos en nuestro estudio de esa epístola que también se incluye en este libro.

Cuatro o cinco años después de que la congregación de Colosas había sido fundada, su pastor, Epafras, fue a Roma para visitar al apóstol Pablo. Recordamos que Pablo se encontraba prisionero en ese tiempo en espera de una audiencia ante la corte imperial. Tal vez usted desee revisar todo este asunto al considerar nuevamente

la introducción a este libro. Había una razón definida, y urgente, por la que Epafras realizó el viaje de más o menos 2000 kilómetros, mayormente a pie, hasta la capital imperial. Aunque él le podía informar a Pablo que el evangelio había dado fruto en Colosas y en toda la región y que el fruto de la fe y del amor eran evidentes en la congregación, Epafras estaba lleno de preocupación por los cristianos a quienes servía. Su lealtad a Jesús y al evangelio estaba siendo amenazada por una nueva enseñanza.

En apariencia esa enseñanza era muy semejante al evangelio que Epafras había aprendido de Pablo; como el evangelio del apóstol, esta nueva enseñanza afirmaba que era un mensaje tanto para judíos como para gentiles. También reconocía que existía un abismo entre Dios y el hombre y enseñaba una redención que podía poner un puente sobre este abismo. Afirmaba que honraba y adoraba a Cristo. Sin embargo, si uno analizaba con detalle esa nueva enseñanza, era una distorsión absoluta del evangelio, “una filosofía engañosa” inventada por el hombre y saturada de falsas ideas humanas.

Por lo visto, Epafras había sentido el problema, pero quizá se sintió incapaz o inadecuado para oponerse de una manera efectiva a esa falsa enseñanza, y por eso acudió a Pablo, que estaba bien versado tanto en la cultura de los griegos como en la de los judíos y que tenía la habilidad especial de llegar al corazón del problema. Pablo estaba muy dispuesto a ayudar a Epafras en su batalla por la verdad del evangelio.

Pero, ¿cuál era la falsa enseñanza por la que Epafras estaba tan preocupado y que hizo que Pablo escribiera esta epístola? Hablaremos de sus varios aspectos a medida que estudiemos la epístola misma. Sin embargo, sería benéfico para nosotros que intentáramos tener alguna idea general aquí de la llamada “herejía colosense” como un antecedente para nuestro estudio de la epístola.

Es difícil que nosotros podamos tener una idea completa del sistema religioso que estaban fomentando los falsos maestros en

Colosas. Pablo no se opone a sus errores detallando punto tras punto el error en el que estaban sus adversarios y quizá lo hizo intencionalmente; es natural que el apóstol no pretendía dignificar las falsas enseñanzas dando una descripción completa y detallada de ellas. Sin embargo, lo que queda claro es que la falsa doctrina que estaba siendo fomentada en Colosas era una religión de invento humano en la que el hombre se redimía a sí mismo. Buscaba una combinación de ideas tanto judías como paganas junto con el evangelio cristiano para producir lo que sus orgullosos partidarios se jactaban que era un evangelio “más completo” que el que Pablo y Epafras enseñaban.

El elemento judío de esta falsa enseñanza en Colosas incluía un fuerte interés en los ritos, las leyes y las ceremonias del Antiguo Testamento. Por medio del capítulo 2 sabemos que los falsos maestros les atribuían un significado especial a la circuncisión, a las leyes de ayunos y la observancia de los días festivos del Antiguo Testamento. En realidad, parece que ellos hasta fueron más allá de las leyes de Moisés en su exigencia de la abnegación y de una rigurosa disciplina para el cuerpo.

Esas ideas estaban combinadas con un interés supersticioso, filosófico y pagano en el mundo espiritual y en la adoración a los ángeles. Había una demostración hipócrita de humildad combinada con la declaración arrogante de que habían recibido revelaciones especiales. Y encima de todo eso parecía cernirse la idea de que el cristianismo que Pablo y Epafras enseñaban era demasiado simple e ingenuo, un cristianismo que era demasiado fácil. Los falsos maestros enseñaban que era necesaria una sabiduría superior para alcanzar el “cristianismo completo”. Y, que, por supuesto, ellos tenían esa sabiduría. Usaban palabras claves como “plenitud”, “perfección” y “conocimiento” para menospreciar las enseñanzas de los apóstoles y fomentar las suyas propias.

El efecto total de esta herejía colosense era hacer que las personas abandonaran su confianza en la obra completa de Cristo. Los falsos maestros querían que los que los escuchaban aceptaran

en vez del evangelio sencillo un sistema religioso filosófico que, con toda intención y propósito, negaba el ministerio de Cristo y debilitaba su evangelio.

Lo que Epafras percibía, y lo que el apóstol Pablo veía claramente era que esa llamada “nueva enseñanza” negaba totalmente la suficiencia de Cristo. Negaba lo completo de la expiación de Cristo, así como también negaba el poder de Cristo para capacitar a los creyentes con la fortaleza espiritual de llevar una vida piadosa. Lo que hacía todo esto más peligroso era el hecho de que los que fomentaban esa falsa enseñanza no la presentaban como un sustituto del evangelio, sino como algo que lo podía completar y ayudar a los cristianos a alcanzar la “perfección”, la “plenitud” y la “salvación completa”. Sin negar *directamente* la autoridad ni el poder de Cristo, la herejía colosense fomentaba prácticas y enseñanzas que ponían un velo sobre la gloria del Señor.

En la epístola a los Colosenses Pablo no discute contra los falsos maestros, simplemente aplasta sus errores al enfrentar a los de Colosas con la plenitud de las riquezas del evangelio de Cristo. A través de toda la carta hay un énfasis constante en la grandeza de Cristo. El apóstol sabía que cuanto más completamente entendieran los creyentes la persona y la obra de Cristo, estarían mejor preparados para detectar y rechazar los errores como el que astutamente estaba buscando la manera de infiltrarse en su congregación.

Lo que Pablo dice de Cristo en esta epístola no es nada nuevo ni nada que no se encuentre en alguna otra de sus epístolas, pero particularmente en esta epístola enfatiza en una forma poderosa y persuasiva las enseñanzas divinas acerca del eterno hijo de Dios. Con claridad y con fuerza muestra la importancia de Cristo para la iglesia y para los creyentes de todos los tiempos. Pablo enseña que Cristo es el Creador y Sustentador del universo, verdadero Dios desde la eternidad junto con el Padre. Y es el Salvador, el Dios hombre, que con su sangre reconcilió a todos los pecadores con Dios. Es el Redentor, Reconciliador y Restaurador de la raza

humana pecadora. Él es y sigue siendo siempre la verdadera fuente de poder para la vida de fe de los creyentes.

Así, párrafo tras párrafo alaba a Cristo como el Salvador suficiente, que provee todo lo que necesitamos. Pablo, con una penetración intelectual inspirada, usa las mismas palabras de los falsos maestros y se las devuelve, pero llenas de las enseñanzas de Cristo. Pablo les demuestra que en un sentido verdadero el conocimiento, la plenitud y la perfección se pueden encontrar solamente en Cristo. Los que estaban atrapados en las ideas religiosas crudas y elementales no eran los que proclamaban el “evangelio sencillo”, sino los que se jactaban de su propia sabiduría y de su propia filosofía de que el hombre natural cree que puede y debe hacer algo para obtener su salvación o para ayudar a conseguirla.

Los cristianos no necesitan la filosofía ni la sabiduría humanas para completar su condición de cristianos. Ellos ya están completos en Cristo. Sólo en Cristo, el Cristo que los colosenses conocían, y en el evangelio que habían recibido, podían encontrar la salvación perfecta y todos los tesoros de la sabiduría divina. El fiel Epafras había predicado en Colosas este evangelio dado por Dios. Los colosenses se debían aferrar a este evangelio, no debían dejarse intimidar por las afirmaciones de los que proponían un evangelio “más completo” o “superior”.

Pablo escribió esta carta a los colosenses casi al mismo tiempo que escribió las cartas a los Efesios y a Filemón. Envío las tres cartas con Tíquico, que era uno de sus colaboradores. Tíquico fue acompañado en su viaje por Onésimo, el esclavo que había tratado de huir, que se había convertido al cristianismo y a quien Pablo ahora estaba enviando de regreso a su amo Filemón que vivía en Colosas. Este hecho puede explicar por qué es más larga la sección acerca de las relaciones entre esclavos y amos en Colosenses 3:18–4:1. También puede ser la razón por la que, a través de toda la epístola, parece que Pablo le dar un énfasis especial a la virtud del perdón.

El mensaje de la epístola a los Colosenses es de un gran valor práctico también para nosotros los cristianos del siglo veintiuno. Nosotros también vivimos en una época en la que se le concede mucha importancia al conocimiento y al aprendizaje. En nuestros días, como en los días del apóstol, a la sabiduría y al aprendizaje humanos con frecuencia se les permite que juzguen a las Escrituras y al evangelio que las Escrituras revelan. Hoy en día el llamado “criterio superior” se parece a la herejía colosense al suponer que el evangelio “tradicional” es demasiado sencillo y que se debe completar, o que por lo menos debe ser explicado por los hombres eruditos si es que queremos conocer el evangelio en una forma más “completa”. Se nos dice que es necesario un cristianismo más sofisticado para nuestro mundo del siglo veintiuno.

Es claro que como hijos de Dios no despreciamos el aprendizaje ni alabamos la ignorancia. Pero no debemos esperar que el conocimiento humano secular resuelva los males del mundo, porque este conocimiento no trata del problema mayor del hombre, que es el pecado, ni tampoco puede curarlo. Sólo Cristo puede resolver este problema; conocerlo y confiar en él sigue siendo la respuesta definitiva, como la sabiduría espiritual definitiva. El erudito incrédulo puede adoptar una actitud desdeñosa o despreciativa, pero en Colosas el apóstol nos recuerda de nuevo que en Cristo están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.

El mensaje de Colosenses reafirma en nosotros la preciosa verdad de que, ya sea que seamos bien versados en la sabiduría de este mundo o no, nosotros los cristianos podemos estar seguros de que en Cristo tenemos absolutamente todo lo que necesitamos para el tiempo que nos queda en este mundo y para toda la eternidad en Cristo. En nuestra época tecnológica y sofisticada, no menos que en la época del apóstol, Cristo es el todo en todo. Estamos completos en él.

La herejía colosense era esto primeramente porque reflejaba un punto de vista engañoso de la persona y de la obra de Cristo.

Si se hubiera permitido que continuara esa falsa enseñanza, podría haber minado la vitalidad de la iglesia y habría debilitado su testimonio. Para combatir ese error dirigido al corazón mismo del cristianismo, Pablo, en la carta a los colosenses, presenta quizá el tratado más completo que se conoce de Cristología, la doctrina de Cristo, que se encuentra en todo el Nuevo Testamento. Nosotros, los que confesamos a Jesús como “Dios de Dios, Luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no hecho, consustancial al Padre, por quien todas las cosas fueron hechas”, podemos volver una y otra vez a los versículos inspirados de Colosenses para reforzar nuestra fe en este Cristo y nuestra lealtad a él, cuya gloria superior y suficiencia completa la establece aquí Pablo de una manera tan clara y tan brillante.

Desde el tiempo en que se escribió esta epístola hasta nuestros días, muchos falsos maestros han tratado de confundir y de oscurecer el mensaje claro del evangelio y de la salvación por la gracia mediante la fe en Cristo. Esto incluye a los judaizantes del primer siglo, a los monjes de la Edad Media, y los cultos religiosos de los tiempos modernos, todos los que pretenden completar el evangelio “sencillo” con reglamentos legalistas y con adornos de la sabiduría humana.

En Colosenses Pablo se abre camino entre la confusión de las leyes e ideas humanas y nos hace ver a Cristo de una manera sencilla y directa. Cristo es suficiente para nuestra salvación eterna, y es suficiente para nuestra vida diaria como hijos suyos. El mensaje de esta epístola le habla enérgicamente al hombre del siglo veintiuno, tal como lo hizo con el hombre del primer siglo. Esperamos que el apóstol también nos hable enérgicamente en esta espléndida epístola y que encontremos en ella al todo suficiente Cristo, por quien nada nos faltará.

Bosquejo de Colosenses

Tema: Jesús, el todo suficiente Salvador

Saludos y agradecimiento (1:1-14)

I. Jesús es suficiente para nuestra fe (1:15–2:23)

A. Jesús es el Señor supremo (1:15-23)

B. El ministerio del evangelio proclama al todo suficiente Cristo (1:24–2:5)

C. El todo suficiente Cristo nos da libertad de los reglamentos humanos (2:6-23)

II. Jesús es suficiente para nuestra vida cristiana (3:1–4:6)

A. El todo suficiente Cristo da poder para llevar una vida santa (3:1-17)

B. El todo suficiente Cristo santifica nuestras relaciones familiares (3:18–4:1)

C. El todo suficiente Cristo nos capacita para llevar una vida de oración y de sabiduría (4:2-6)

Saludos y conclusión (4:7-18)

SALUDOS Y AGRADECIMIENTO COLOSENSES 1:1-14

Saludos

1 Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, ² a los santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas: Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

El saludo de Pablo a los colosenses es semejante al que hace en sus otras epístolas. Se menciona primero el nombre de la persona que envía la carta, luego la persona o las personas a quienes está dirigida, seguido por unas palabras de saludo formal. En su epístola Pablo se presenta formalmente a los colosenses. Nunca había visitado Colosas, y es muy probable que nunca hubiera conocido a la mayoría de los cristianos que había allí.

Sin embargo, les escribió y ellos, junto con todos los creyentes de todas las generaciones que vendrían, recibirían su mensaje con respeto, debido a su llamamiento. Pablo era un apóstol, un portavoz oficial del Señor Jesús; había recibido su oficio apostólico porque el Señor mismo lo había llamado para esto. Les escribía a los colosenses en su capacidad oficial como apóstol, como embajador del Señor. A través de Pablo el Señor mismo se estaba dirigiendo a los colosenses en esta epístola inspirada y todavía se dirige a nosotros.

Timoteo estaba en Roma con Pablo cuando el apóstol escribió esta carta. Pablo llama “hermano” a este colaborador fiel. Pablo, Timoteo y los colosenses gozaban de una estrecha relación fraternal, aunque nunca se conocieron personalmente. Gracias a su fe común pertenecían a la misma familia espiritual. La epístola de Pablo, aunque era apostólica en su autoridad, será de un espíritu fraternal.

Los destinatarios de la carta son los “santos y fieles hermanos en Cristo que están en Colosas”. “Santos” son los que el Señor ha puesto aparte del mundo para que lo sirvan y lo glorifiquen. Los cristianos de Colosas y todos los que creen en Jesús son santos. Los miembros de la congregación de Colosas le habían sido fieles al Señor Jesús hasta el tiempo en que Pablo escribió esta carta. El propósito de la carta era animarlos a que siguieran siendo fieles. Aunque la carta era para ser compartida con los creyentes de Laodicea, y finalmente con cada congregación cristiana de todas las épocas del Nuevo Testamento, sin embargo esta epístola estaba específicamente dirigida a la congregación de Colosas y a las luchas y tribulaciones que enfrentaba.

Con estas dos palabras que significan mucho para cada cristiano Pablo saluda cariñosamente a los que considera hermanos y hermanas en Cristo: “Gracia y paz sean a vosotros”. Gracia es el amor inmerecido de Dios por los pecadores, amor que demostró en la obra redentora de Jesús. Paz es la paz del corazón y de la conciencia que resulta de la seguridad que Dios les da a los creyentes de que todos sus pecados han sido perdonados y de que él está en paz con ellos. No hay mayor bendición que se le pueda dar a alguien que la gracia y la paz. El apóstol identifica a Dios el Padre como el dador de la paz. No se menciona a Dios el Hijo, a diferencia de muchos otros de los saludos de Pablo. Esto quizá se deba a que en el cuerpo de la epístola Pablo dará una descripción detallada del Hijo y de su suficiencia para los creyentes.

Agradecimiento y oración

³ Siempre que oramos por vosotros, damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, ⁴ pues hemos oído de vuestra fe en Cristo Jesús y del amor que tenéis a todos los santos, ⁵ a causa de la esperanza que os está guardada en los cielos. De esta esperanza ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio, ⁶ que ha llegado hasta vosotros, así

como a todo el mundo, y lleva fruto y crece también en vosotros, desde el día que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en verdad. ⁷ Así lo aprendisteis de Epafras, nuestro consiervo amado, que es un fiel ministro de Cristo para vosotros, ⁸ quien también nos ha declarado vuestro amor en el Espíritu.

En los días de Pablo los escritores cultos con frecuencia decían unas palabras de gratitud después de sus saludos. En forma semejante Pablo expresa unas palabras de agradecimiento. Sin embargo, lo hace a un nivel más elevado que el de cualquier escritor secular, porque se la ofrece al verdadero Dios, al “Padre de nuestro Señor Jesucristo”. Desde la eternidad Jesús y el Padre existen en una relación de Padre Hijo, y a través del Hijo fluyen todas las bendiciones espirituales que derrama el Padre sobre los creyentes.

Cuando Pablo escribió esta epístola, había graves peligros que amenazaban la fe de los colosenses. Esos peligros brotaban de las falsas enseñanzas que trataban de degradar la persona y la obra de Cristo. Pablo comienza esta afirmación de agradecimiento desde la relación eterna que el Padre tiene con el Hijo y de las consecuencias bienaventuradas para los creyentes, y en toda esta epístola, con buen tacto hace referencias incontables y pertinentes a los peligros espirituales que los colosenses enfrentaban. También los anima a permanecer firmes en Cristo.

Antes de comenzar con sus advertencias específicas y con sus palabras de aliento en el cuerpo de la carta, Pablo da gracias. Le agradece a Dios que los colosenses sean creyentes. Por todos los informes que él había oído acerca de ellos, el apóstol está convencido de la sinceridad de la fe y del amor de los colosenses. Se siente agradecido especialmente porque los cristianos de Colosas continuamente están dando evidencias de su fe en amorosa preocupación de unos por otros. Todo creyente debe tener constantemente en su corazón a sus hermanos creyentes y debe aprovechar toda oportunidad para dar evidencia de este amor. Los

colosenses estaban haciendo esto en su compañerismo congregacional y en un sentido más amplio en su compañerismo con todo cristiano. ¿Podría el apóstol Pablo recomendarnos con el mismo gozo agradecido a nosotros y a nuestras congregaciones?

Pablo dice que la fe y el amor de los colosenses brotaban de la esperanza. Las características cristianas obran entre sí, unas con otras. Cuanto más exista una, habrá más de la otra. Esta es la forma en que obra la bien conocida tríada de fe, esperanza y amor. Mediante las promesas del evangelio de Dios el Espíritu Santo obra en el corazón de los creyentes. Entonces, mientras los creyentes esperan paciente y confiadamente en el cumplimiento de las promesas de Dios en la gloria eterna, la esperanza que les ha sido infundida por el Espíritu se relaciona poderosamente con la fe y con el amor, y las tres se desarrollan en ellos.

Los colosenses habían recibido tesoros celestiales preciosos a través del mensaje del evangelio, la Palabra de verdad que les había sido proclamada. Pablo les escribía para animarlos a que permanecieran firmemente aferrados a esta Palabra de verdad. Había otra palabra que afirmaba ser la verdadera. Estaba tratando de infiltrarse en su corazón, pero ni esa palabra ni ninguna otra se podría comparar con la grandeza del evangelio.

El evangelio que los colosenses poseían no era un mensaje que no inspirara confianza, ni era proclamado por una secta secreta de la localidad; era un mensaje universal de verdad y de vida. El cambio maravilloso que el evangelio había obrado en el corazón y en la vida de los colosenses se estaba duplicando en el corazón y en la vida de toda la gente en todo el mundo. Su influencia se estaba dejando sentir cada vez más en un número de personas que iba en aumento a medida que se abría camino de región en región, produciendo fruto para Cristo en el corazón y en la vida de las personas.

El progreso del evangelio en ese primer siglo de cristianismo fue asombroso. De tan solo doce apóstoles y quizá algunos cientos de otros seguidores de Jesús en el tiempo de su ascensión, los historiadores estiman que para el tiempo en que el apóstol Juan

entró en la eternidad el número de cristianos había crecido hasta cerca de medio millón.

El apóstol Pablo jugó un papel fundamental en esta historia sorprendente. Nos maravillamos de los esfuerzos sobrehumanos que realizó este hombre, que una vez había sido perseguidor de los cristianos, para llevar el evangelio de ciudad en ciudad y de región en región. Hasta como prisionero compartía el evangelio con todos aquellos con los que tenía contacto en Roma.

Pero Pablo aquí no hace ninguna mención de sí mismo ni de sus esfuerzos; le importaban poco los aplausos a su persona. Sabía que todo el mérito le pertenecía al evangelio mismo, el mensaje universal mediante el que obraba el poder de Dios en el corazón humano. La obra del evangelio no cesa de actuar en el corazón después de haber llevado a las personas a la fe. Continúa obrando en el corazón de los creyentes, y su poder los capacita para que rindan ricos frutos de fe. Estos frutos también eran evidentes en Colosas y en las áreas circunvecinas.

Son claras las implicaciones de Pablo en todo lo que dice aquí. Los colosenses tenían el evangelio, la Palabra de verdad. Este evangelio es universal, y es suficiente. No necesita ningún cambio ni mejoras. No se tiene que completar con ninguna sabiduría humana. Los colosenses harían bien en atesorar el evangelio y en no escuchar a los que querían privarlos de él. Los creyentes del siglo veintiuno harían bien en hacer lo mismo.

Epafras era el siervo del Señor que había predicado primero el evangelio en Colosas. Todavía era el pastor de la congregación colosense. Había sido Epafras quien había ido a Roma para compartir la preocupación que enfrentaba la congregación por las amenazas al evangelio y para buscar los consejos de Pablo y su ayuda. Pablo llama a Epafras “nuestro consiervo amado, que es un fiel ministro de Cristo para vosotros”. Pablo estaba agradecido por la obra diligente que Epafras había llevado a cabo en Colosas. Y como Pablo mismo no podía llevar personalmente el evangelio a ese lugar, consideraba la obra de Epafras como que la había hecho en lugar de él. Se sentía personalmente en deuda con

Epafras por hacer este trabajo. Debemos sentir el mismo tipo de agradecimiento personal por los misioneros y enfermeras que llevan el evangelio a otras tierras en nuestro lugar, como nuestros representantes.

Con la descripción favorable de Epafras Pablo puso su sello apostólico de aprobación en la obra del pastor de Colosas. El evangelio que Epafras había predicado en Colosas era el mismo que predicaban Pablo y Timoteo. Lo que era aún más importante es que este era el evangelio de Cristo. Cualquier mensaje que afirmara ser el evangelio, pero que no estuviera de acuerdo con el que Epafras enseñaba, no era el mensaje de Pablo ni el de Cristo.

⁹ Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos, no cesamos de orar por vosotros y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual. ¹⁰ Así podréis andar como es digno del Señor, agradándolo en todo, llevando fruto en toda buena obra y creciendo en el conocimiento de Dios. ¹¹ Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, obtendréis fortaleza y paciencia, ¹² y, con gozo, daréis gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz. ¹³ Él nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo, ¹⁴ en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.

Pablo creía firmemente en el poder de la oración. Aquí les asegura a los cristianos colosenses que había estado orando por ellos. La oración por todas las congregaciones cristianas era parte de su rutina diaria. Desde la primera vez que había oído acerca de la congregación de Colosas, Pablo dice que él, Timoteo y los otros habían recordado a los creyentes colosenses en sus oraciones. Animado por las bendiciones que Dios ya les había otorgado a esos creyentes, Pablo y sus colaboradores constantemente pedían más bendiciones. Saber que el apóstol y sus colaboradores estaban orando por ellos, debe haber hecho que los colosenses fueran aún

más receptivos a las advertencias y a las palabras de ánimo que Pablo les iba a dar en esta epístola.

Las peticiones específicas que Pablo hacía en sus oraciones por los colosenses eran dictadas por las necesidades especiales que tenían. Leyendo entre líneas las peticiones en la oración de Pablo, vemos algunas referencias más bien directas a la situación que existía en Colosas. La primera petición del apóstol, que era básica, era que el Señor los llenara de un conocimiento claro de su voluntad.

Pablo quería que los colosenses no solamente tuvieran conocimiento de los hechos, sino una penetración intelectual clara y un conocimiento de la revelación de Dios en Cristo que les transformara el corazón y que les renovara la vida. Este conocimiento, por el que todo cristiano debe orar, es tanto satisfactorio como práctico. Incluye la sabiduría, la habilidad para aplicar apropiadamente la fe de uno en las distintas situaciones, así como también el entendimiento, la habilidad para evaluar los asuntos espirituales para rechazar lo que es falso y para aferrarse a lo que es verdadero.

Los adversarios del evangelio que había en Colosas se jactaban mucho de sus conocimientos. Pablo les dice a los creyentes de ese lugar que el conocimiento claro de la palabra de Dios y de su voluntad los capacitará para ver todas las afirmaciones falsas y para permanecer fieles al Señor. Es seguro que la oración de Pablo también incluía la petición de que Dios usara estas mismas palabras que les escribía a los colosenses para fortalecerlos en su conocimiento y para que se aferraran a la verdad.

El conocimiento claro de Dios y de su voluntad guía a los creyentes a llevar una conducta que sea digna del Señor. La oración de Pablo es para que los colosenses se conduzcan de acuerdo a su relación de creyentes en el Señor. Un cristiano lucha constante y fervorosamente por complacer a Dios tratando de vivir en armonía con la voluntad del Señor. A medida que los hijos de Dios lleguen a conocerlo de una manera más completa, desearán desarrollar más en su relación de fe con él, y tendrán más deseos

de obedecerlo al decir, pensar y hacer las cosas que sean agradables al Señor cuyo nombre llevan.

El apóstol Pablo, en los versículos 10 y 11, describe con cuatro frases la clase de vida cristiana que él pide que caracterice a los colosenses. Ora para que *lleven fruto en toda buena obra*. Las buenas obras, los pensamientos, las palabras y las acciones que le agradan al Señor son los frutos de la fe. Cuando el conocimiento de Dios y de su amor aumenta en los cristianos, su fe también aumenta. Una fe que aumenta se revelará cada vez más y más en los frutos de una santidad práctica.

Cuando el apóstol menciona *creciendo en el conocimiento* como un elemento en la vida que agrada a Dios, Pablo muestra la manera en que la vida cristiana puede ser como un círculo perfecto. El conocimiento de Dios y de su voluntad de salvación para los pecadores es la bendición básica. Esto, a su vez, resulta en el amor a Dios y en el deseo de servir a Dios con una vida de santidad. Un elemento importante en una vida que agrada a Dios es usar los medios de gracia que Dios nos ha dado, el evangelio en la Palabra y en los sacramentos. Cuando los cristianos usan los medios de gracia, el Espíritu Santo obra en su corazón para fortalecerlos en la fe y en el conocimiento de Dios y de su voluntad, especialmente en su voluntad salvadora. Así los cristianos llegan a formar un círculo completo.

En las cosas espirituales, como en muchas otras cosas, el conocimiento es *poder*. Cuando los cristianos llegan a conocer a su Señor más profundamente, él los llena con la fortaleza espiritual que los capacita para confesar: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. Por medio del evangelio el Espíritu Santo llena a los creyentes con su fuerza, no de una manera limitada ni frugal, sino en proporción a su poder ilimitado. Esta fuerza capacita a los creyentes a hacer sus tareas y a vivir su vida cristiana confiadamente y sin temor. Eso les da el valor para soportar las dificultades, las persecuciones y las tentaciones con paciencia valerosa y hasta para perdonar a los que los oprimen.

Finalmente, una vida que agrada a Dios está marcada por una actitud de gozo dando gracias al Padre. Toda la epístola de Pablo a los filipenses es una exhortación al gozo y a la gratitud, aun en tiempos de tribulación. Aquí repite la misma exhortación.

Cuando esta oración extraordinaria ya llega a su fin, Pablo destaca una vez más la razón más importante que tienen los cristianos para dar gracias. Dios el Padre, a quien suben las oraciones de agradecimiento de los creyentes, “nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz”. En el Antiguo Testamento el Señor le dio a Israel la herencia de la tierra de Canaán; en el Nuevo Testamento los creyentes comparten una herencia mucho mejor, una herencia espiritual.

Los creyentes de Colosas, que mayormente provenían del mundo de los gentiles, una vez habían sido extraños para Dios; se habían apartado de la iglesia, del reino de Dios. Desde la caída de Adán en el pecado, todos los seres humanos, judíos y gentiles por igual, son de la misma naturaleza que heredaron de sus padres pecadores, enemigos de Dios y extraños para su reino. Pero por su gracia Dios había capacitado a los colosenses para que compartieran la herencia de sus santos en la luz. Eso fue algo que Dios hizo y no algo que ellos merecieran ni que hubieran trabajado para conseguirlo. Una herencia es un regalo, algo que uno no se ha ganado por haber hecho algo, sino algo que ha sido dado gratuitamente. Además su herencia espiritual no es nada para lo que los seres humanos sean naturalmente aptos, sino que es algo para lo que ellos tuvieron que ser “capacitados” por Dios.

A la gran herencia de la que Pablo habla se le llama la “herencia de los santos en luz”. Los “santos”, los separados, es simplemente otro nombre para los creyentes. La “luz” en las Escrituras significa todas las cosas que tienen que ver con Dios y con la santidad, con la sabiduría espiritual, con la salvación y con la vida. En el amor inmerecido de Dios por los pecadores, Dios los capacitó para que compartieran su reino de luz. Él extiende la mano por medio del evangelio para rescatarlos del reino de las tinieblas y de la muerte y llevarlos al reino de Jesús, su Hijo.

Los pueblos que en los tiempos antiguos eran conquistados por otras naciones con frecuencia eran desarraigados de su tierra natal, donde eran libres, y los llevaban a una tierra extraña, donde eran esclavos. Sin embargo, en la vida espiritual de los creyentes, Dios, en su gracia, ha hecho exactamente lo opuesto. Él ha desarraigado a los pecadores como los colosenses y como el apóstol Pablo (note cómo Pablo, invadido por la emoción, cambia el “vosotros” del versículo 12 al “nosotros” en el versículo 13), y como a nosotros los cristianos del siglo veintiuno, y nos lleva del reino de las tinieblas espirituales, de la ignorancia y de la muerte al reino de la sabiduría, de la vida y de la luz en Jesús, el Salvador.

Dios hizo esto por los seres pecadores mediante un poderoso acto de amor que es único en la historia de la humanidad. Cuando llegó el cumplimiento del tiempo Dios envió a su Hijo amado a nuestro mundo de pecado y de vergüenza. Este Hijo, aunque era y permaneció siendo verdadero Dios, tomó la verdadera naturaleza humana y se convirtió en el sustituto de toda la raza humana. Llevó una vida perfecta para satisfacer la ley de Dios como sustituto del hombre y para ganar para los pecadores una justicia que por naturaleza nadie tiene. En la cruz del Calvario derramó su sangre y murió para pagar el castigo que la justicia perfecta de Dios exigía por las nuestras transgresiones incontables a su Ley. El Padre aceptó la obra de su Hijo en beneficio del hombre. Al resucitar a Jesús de entre los muertos él declaró que el Hijo ya había pagado por el pecado del mundo, nuestra cuenta ya estaba saldada. Fue de esta manera que Dios capacitó a un mundo de pecadores para la herencia eterna y los rescató del reino de Satanás.

Cada pecador en lo individual recibe personalmente estas bendiciones cuando el Espíritu Santo, a través del evangelio, le lleva las nuevas de la salvación perfecta que Dios ideó en Cristo Jesús, entonces obra en su corazón mediante este mismo evangelio la fe que cree el mensaje y que confía en Jesús. Todo el mundo de pecadores ha sido justificado en Cristo Jesús; esta es la enseñanza central de las Escrituras. Y el propósito primordial de las Escrituras es el de llevar a los pecadores a la fe en Cristo, de modo que

compartan su perfecta justicia y hereden la vida eterna. Si estas verdades se pierden, no queda nada de la fe cristiana y no hay salvación. Pablo quería que los colosenses recordaran esto y que continuamente le agradecieran a Dios por estas verdades salvadoras.

Así también ocurre con cada uno de nosotros, queremos dar gracias continuamente al Señor por las bendiciones de su gracia en nuestra vida. Diaria y gustosamente debemos buscar su ayuda para que mediante su Palabra aumente nuestro conocimiento claro de él, un conocimiento que será una fuerza viva para sostenernos día tras día en todo aspecto de nuestra vida. El solo hecho de oír y leer esta magnífica oración de agradecimiento debe haber elevado el espíritu de los colosenses y debió haberlos dispuesto favorablemente para oír el resto de lo que Pablo tenía que decirles.

Las palabras de Pablo todavía les proporcionan a los cristianos un modelo maravilloso para el agradecimiento, para las oraciones que siempre le debemos dirigir a Dios, tanto por nosotros mismos como por nuestros compañeros cristianos. La lectura de este agradecimiento y esta oración y su aplicación a nosotros mismos debe elevar también nuestro espíritu y darnos el deseo de beber el alimento espiritual que el apóstol nos dará en el resto de esta epístola importante.

JESÚS ES SUFICIENTE PARA NUESTRA FE COLOSENSES 1:15-2:23

Jesús es el Señor Supremo

¹⁵ Cristo es la imagen del Dios invisible,
el primogénito de toda creación,

¹⁶ porque en él fueron creadas todas las cosas,
las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles
e invisibles;

sean tronos, sean dominios, sean principados, sean
potestades;

todo fue creado por medio de él y para él.

¹⁷ Y él es antes que todas las cosas,
y todas las cosas en él subsisten.

¹⁸ Él es también la cabeza del cuerpo que es la iglesia,
y es el principio, el primogénito//de entre los muertos,
para que en todo tenga la preeminencia,

¹⁹ porque al Padre agradó que en él habitara toda la
plenitud,

²⁰ y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas,
así las que están en la tierra como las que están en los
cielos,

haciendo la paz mediante la sangre de su cruz.

²¹ También a vosotros, que erais en otro tiempo extraños y
enemigos por vuestros pensamientos y por vuestras malas
obras, ahora os ha reconciliado ²² en su cuerpo de carne, por
medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e
irreprochables delante de él. ²³ Pero es necesario que
permanezcáis fundados y firmes en la fe, sin moveros de la
esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en
toda la creación que está debajo del cielo y del cual yo,
Pablo, fui hecho ministro.

El apóstol Pablo ahora se lanza al tema principal de su carta, la supremacía y la grandeza única de Jesucristo. Pablo sintió la necesidad de escribirles a los colosenses sobre este tema debido a que los falsos profetas estaban tratando de infiltrarse en su congregación y estaban fomentando las enseñanzas que le robaban a Cristo la gloria y el honor que sólo a él le pertenecen. Es difícil para nosotros tener un cuadro claro y completo de la enseñanza falsa que perturbaba a los colosenses. Pablo nunca menciona directamente sus características exactas, ni refuta a los propagadores del error punto por punto (vea también los comentarios sobre este asunto en la introducción a esta epístola).

Los falsos maestros quizá servían a Jesús de labios para afuera y afirmaban que creían en él como su Salvador, pero es claro que también consideraban que otras cosas y otros poderes tenían valor salvador. Enseñaban que el evangelio sencillo no era suficiente para salvar a los pecadores, sino que se tenía que completar con sus enseñanzas e ideas. Pero esas enseñanzas le robaban a Jesús su gloria como el único Salvador que provee todo, el eterno Hijo de Dios y el único Redentor de la humanidad.

La respuesta de Pablo a esta “herejía colosense” es una presentación emocionante y positiva de la naturaleza glorificada de Cristo y de su suficiencia completa para todas las necesidades de la humanidad. Como lo explica un escritor, Pablo no trata de discutir con los falsos maestros, los aplasta al enfrentarlos con el verdadero evangelio de Cristo.

En los primeros cinco versículos de esta sección tenemos otro de esos pasajes sublimes del Nuevo Testamento que parece saltar de la página impresa. Es una joya literaria, una confesión inspirada, como un himno de alabanza a la supremacía y a la magnificencia de Cristo. Esta sección contiene algunas palabras y expresiones que no hemos encontrado en ninguna otra parte de los escritos de Pablo. Posiblemente esto se deba a que Pablo esté usando aquí algunos de los términos que los enemigos del evangelio usaban en una forma arrogante en relación con sus falsas enseñanzas, vaciándolos de sus conceptos equivocados y

llenándolos de nuevo con verdadero significado al vincularlos con Cristo.

Podemos tener alguna dificultad en entender el significado completo de lo que el Espíritu Santo nos dice aquí mediante el apóstol, porque Pablo describe aquí en términos humanos la grandeza de Cristo, que sobrepasa a todo entendimiento humano. Esta es una de esas secciones de las Escrituras que se deben leer, digerir y volver a leer. Pero también es algo que debemos hacer de buena voluntad, porque el apóstol aquí nos da un magnífico testimonio de la persona y de la obra de nuestro Señor Jesús. Esta es una confesión de fe que nos debe fortalecer en la fe en el todo suficiente Cristo. Esta es una confesión clara que nos puede ayudar a rechazar cualquier enseñanza que no le dé a Cristo la gloria que merece.

En los versículos 15-17 Pablo describe la singular grandeza de Cristo en relación al mundo creado. A lo largo de esta epístola Pablo simplemente da por sentado que el Señor Jesús, a quien los colosenses han recibido en fe, es verdaderamente Dios; siente que no hay necesidad de discutir ese punto. Pablo había visto personalmente al Cristo exaltado, cuando Jesús se le reveló como Dios en el camino a Damasco. Así, cada vez que Pablo habla de Jesús o lo describe, lo define como el eterno Hijo del eterno Padre, en ningún modo inferior al Padre y en completa posesión de todos los atributos divinos que también le pertenecen al Padre.

En estos versículos el apóstol comienza la descripción de la singular grandeza de Cristo al referirse a él como “la imagen del Dios invisible”. Aquí la palabra “imagen” significa más que sólo un parecido. Jesús es más que “parecido a Dios”, Jesús es Dios. Él es la expresión perfecta, la personificación misma de Dios.

Las Escrituras nos enseñan que el primer hombre y la primera mujer fueron creados a “la imagen de Dios” y que ahora a través del Espíritu los creyentes son “renovados a la imagen de Dios”. La imagen de Dios en el hombre es algo creado por Dios y que se deriva de él; es un reflejo de la gloria y de la santidad de Dios.

Sin embargo, Cristo no fue “creado a la imagen de Dios”. Esta imagen era una parte esencial de su ser desde toda la eternidad “...yo soy en el Padre y el Padre en mí...” nos dice en Juan 14:10. En este mismo evangelio (Juan 10:30) dice: “El Padre y yo uno somos”. El escritor a los Hebreos da testimonio con respecto a Jesús, “el [Cristo] que es el resplandor de su gloria, la imagen misma de su sustancia” (Hebreos 1:3). Jesús es la “imagen del Dios invisible” ¡porque ÉL ES DIOS!

Si el Hijo es la imagen del Dios invisible, que es desde la eternidad hasta la eternidad, entonces también el Hijo es desde la eternidad hasta la eternidad. Él está sobre todas las cosas creadas, sobre el tiempo y sobre el espacio, sobre todas las cosas. Lo que Pablo expresa aquí es lo que nosotros confesamos en el Credo Niceno, que Jesucristo es “Dios de Dios, Luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado, y no hecho, consustancial al Padre, y por quien todas las cosas fueron hechas”.

Como la imagen del Dios invisible, Jesús también es la revelación perfecta de Dios para nosotros. Jesús es Dios revelado a nosotros para nuestra salvación. Ningún ser humano ha visto nunca a Dios en todo su esplendor. Su naturaleza de ser espiritual lo coloca más allá de la vista del hombre. Y si fuera posible verlo tal y cual es, los pecadores simplemente no lo podrían ver sin ser destruidos por el fuego consumidor de su santidad.

En 1 Timoteo 6:15,16 Pablo describe a Dios como el “Rey de reyes y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible y a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver”. Pero en Jesús, su Hijo eterno, el Dios invisible, en su gracia, se dio a conocer al mundo. Jesús tomó la naturaleza humana, tomó nuestra naturaleza y descendió a esta tierra para hacer que los hombres conocieran al Padre. Vino para revelar al Padre, especialmente en su amor y en su gracia.

El apóstol Juan, que fue uno de los privilegiados que habló y caminó con Jesús mientras estuvo aquí en la tierra, escribió bajo inspiración: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el unigénito Hijo,

que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer” (Juan 1:18). Jesús les dijo a sus discípulos: “El que me ha visto a mí ha visto al Padre” (Juan 14:9). En Jesús los seres humanos pecadores llegan a ver y a conocer al Dios invisible, inaccesible. Realmente, todos los que quieran conocer a Dios lo deben conocer a través de Jesucristo.

Al pasar a hablar del tema de la relación de Cristo con el mundo creado, Pablo lo describe en el versículo 15 como “el primogénito de toda creación”. Este título no significa que Jesús sea un ser creado; el título no es “el primer creado” sino “el primogénito”; hay una gran diferencia. La parte siguiente del versículo nos dice que Jesús es el Creador. El término “primogénito” significa que Jesús es superior a todo ser creado, él es antes que todas las criaturas en el tiempo, porque él es eterno, y porque su rango está por encima de todos. Los falsos maestros que confundían a los colosenses le daban mucha importancia al asunto de los rangos de los seres espirituales, como los ángeles. Pablo dice que Jesús está sobre todos ellos.

La grandeza singular de Jesús en el mundo creado también es evidente en su obra. Él no sólo es la imagen de Dios, que ya existía antes de la creación misma. Él mismo es el Creador de todas las cosas, todo lo que existe en los cielos fue creado por su poder. Así fue también con todo lo que existe en la tierra, tanto lo viviente como lo no viviente, y con el hombre como la gloria y corona de la creación.

Hasta el mundo invisible fue creado por Cristo, el mundo que los falsos maestros encontraban tan fascinante que se pasaban mucho tiempo hablando de los “rangos” (tronos, dominios, principados, potestades). Por lo visto, los falsos maestros les adjudicaban a los ángeles y a otros seres espirituales un poder que era, según ellos, independiente de Cristo. Alentaban a los cristianos colosenses para que adoraran a los ángeles (vea 2:18), pero Pablo aquí reafirma la verdad de que Cristo también es el Creador de todas las criaturas del mundo espiritual. Y por ser su Creador, todo

está sujeto a él. Los ángeles buenos están dedicados a su servicio, los ángeles caídos viven aterrorizados de él. Su poder ni siquiera se puede comparar al poder de Cristo, su Creador.

Pero, ¿acaso no es Dios Padre el Creador del mundo? Es cierto que las Escrituras le atribuyen principalmente al Padre la obra de la creación, pero en las actividades que afectan a nuestro mundo, las tres personas de la Santa Trinidad siempre están inseparablemente implicadas. Las Escrituras presentan al Hijo y al Espíritu como activos en la creación del mundo juntamente con el Padre. El evangelio de Juan (1:1-3) nos dice que Jesús estaba junto con el Padre al tiempo de la creación del mundo. En realidad, Jesús como el Verbo divino fue el agente en la creación, el único que hizo que fueran todas las cosas. “Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”. Cristo es el Creador de todas las cosas y todas las cosas fueron creadas por él. Toda la creación existe para su alabanza. Todas las cosas reflejan su poder y su gloria, y todas las cosas y todas las personas están obligadas a mostrarle su alabanza al Creador.

Cristo creó todas las cosas, y hasta hoy las conserva. Hay una influencia recíproca continua entre Cristo y el universo entero. En él todas las cosas se mantienen unidas. La unidad y el orden en el universo y las leyes de la naturaleza son la expresión de la voluntad y del poder de Cristo. Si no fuera por este poder, todas las cosas en el universo estarían dispersas y sería un caos completo, pero en Cristo todas ellas se mantienen maravillosamente en armonía.

Los filósofos paganos de los días de Pablo, de quienes los falsos maestros que había en Colosas habían sacado muchas de sus ideas “progresistas”, hablaban de una “fuerza viva” que mantenía unidas todas las cosas en el universo. Pablo quiere que sus lectores recuerden que no es una fuerza vaga, indefinida la que mantiene al universo en armonía, sino Jesucristo. El apóstol les dijo a los educados griegos de Atenas: “En él vivimos y nos movemos y somos”. Jesús es el Señor del universo.

La supremacía de Cristo que se extiende sobre todo el mundo creado, también se extiende en una forma especial sobre la iglesia. Pablo dice que Cristo es la cabeza del cuerpo que es la iglesia. La imagen de la iglesia como un cuerpo, con muchos miembros que obran entre sí para cumplir sus funciones diversas, es una descripción que el lector de las epístolas del apóstol puede reconocer fácilmente; pero aquí el énfasis de Pablo es ligeramente diferente del que utiliza en las otras referencias. En la carta a los Romanos y en la carta a los Efesios la lección que deja Pablo es que los creyentes son miembros de un mismo cuerpo y deben funcionar armoniosamente juntos para el bienestar de la iglesia. Aquí la lección es que el cuerpo tiene una cabeza maravillosa que gobierna y controla cada función del cuerpo. La cabeza es Cristo.

El cuerpo no puede vivir sin la cabeza, y la iglesia no puede vivir sin Cristo. La cabeza humana contiene el cerebro, el centro nervioso del cuerpo. La ciencia moderna también ha descubierto que el crecimiento del cuerpo se controla desde la cabeza; lo hace por medio de una glándula pequeña y delicada que se localiza en la base del cerebro. En forma semejante, Cristo es la cabeza orgánica de la iglesia; sólo mediante Cristo es posible que la iglesia crezca y viva. Cristo es la cabeza que gobierna la iglesia, él ejerce su autoridad sobre la iglesia, dirige cada una de sus funciones y gobierna todas las cosas del universo para el bien de la iglesia. La iglesia depende en todo de Cristo.

Tanto la existencia de la iglesia como la de todos los creyentes dependen únicamente de Cristo. Esto se enfatiza con la frase: “Él es el principio”. En Apocalipsis 21:6 Jesús se describe como “el principio y el fin”, el Eterno de quien dependen todos sus creyentes. Por fe en él los creyentes son partícipes de todas las bendiciones que le pertenecen a él como el eterno Hijo de Dios. El “primogénito de entre los muertos” es un título que nos recuerda la importancia de su resurrección para nuestra salvación. La resurrección de Cristo también garantiza que los creyentes un día resucitarán a su mandato. A él le pertenecen las llaves de la muerte

y de la tumba, y tiene el poder sobre la vida y sobre la muerte. Su resurrección, después de su humillación y de su muerte como el sustituto de los pecadores, es la reafirmación de su supremacía sobre todas las cosas.

Una tras otra de las declaraciones majestuosas del apóstol eleva más y más en su alabanza al Cristo glorificado y su afirmación de la grandeza única de Cristo. Cristo es supremo ante todo el mundo creado; es supremo sobre su congregación redimida; es supremo en la resurrección y gloria de la vida venidera. Ahora junta toda esa grandeza en una sola afirmación: “Porque al Padre agradó que en él habitara toda la plenitud”. Hablaremos más acerca del término “plenitud” en el estudio del capítulo 2:9.

¿Acaso era la palabra “plenitud” otra de las palabras que usaban los falsos maestros de una manera tan arrogante? Tal vez sí. Pero ante todas las afirmaciones acerca de la plenitud el apóstol triunfalmente asegura aquí que la plenitud verdadera y absoluta, la plenitud en su sentido más amplio, se puede encontrar solamente en Cristo. En él habita toda la plenitud de la gracia y de la gloria de Dios. Mediante él se expresan toda la plenitud de los pensamientos y consejos divinos. Él posee toda la plenitud desde la eternidad, y no hay imperio temporal en el que él no sea supremo.

El hecho de que toda la plenitud de la deidad descansa en Cristo es una fuente llena de bendiciones para los creyentes. Porque en Cristo y mediante la divina plenitud que posee, a Dios le complació reconciliar al mundo de los seres humanos pecadores con él mismo. Por naturaleza, desde la caída de Adán, los pecadores están apartados de Dios y son objeto de su ira. Pero los pensamientos de Dios hacia la humanidad caída son pensamientos de paz y no de maldad. Mediante Cristo, su Hijo amado, Dios tomó la iniciativa y llevó a cabo la paz entre los pecadores y él mismo.

El Hijo de Dios, en el que habita toda la plenitud de la deidad, vino a este mundo de pecado, no para jactarse de su gloria, sino para humillarse a sí mismo y para derramar su sangre en la cruz

del Calvario. Vino para cargar sobre sí mismo la maldición por el pecado del hombre, y para pagar la culpa de todos los hombres, de modo que se pudiera restablecer la relación entre los pecadores y Dios y para que de esa manera terminara la relación de guerra y de enemistad y se convirtiera en una relación de bendición y de paz. Los adversarios del evangelio en Colosias hablaban mucho de hacer la paz con Dios y de quitar las barreras que separaban a Dios y al hombre al construir escaleras que llevaran hacia Dios formadas con sus propios ritos, estrategias, trabajos y obras. Pablo ignora todo esto como algo que no tiene importancia, que es innecesario. Jesús ya había hecho todo lo que era necesario para quitar las barreras que el pecado había creado entre Dios y el hombre. Lo había hecho todo mediante la cruz y el derramamiento de su sangre. Por medio de ellos, nuestras culpas han sido perdonadas y su justicia nos ha sido contada como mérito nuestro. Él ganó el perdón completo para todos los pecadores.

Todo pecador hace suyo este perdón por medio de su propia fe. La reconciliación que Jesús llevó a cabo es perfecta y completa, incluyendo todo el mundo creado. Cuando el hombre cayó en el pecado, todo el mundo creado fue afectado por las consecuencias de este pecado. Lo que había sido un mundo hermoso y perfecto llegó a ser un mundo muy imperfecto. Sin embargo, la obra redentora de Cristo restableció la paz entre el mundo pecador y el santo Dios.

Los seres humanos reciben las bendiciones de esta paz espiritualmente por medio de la fe aquí y ahora. En la eternidad las sentirán perfecta y permanentemente. En el mundo de la resurrección, hasta el mundo creado, que fue corrompido por el pecado del hombre, será restaurado nuevamente a la perfección. No entendemos todos los detalles de lo que será el mundo de la resurrección, pero sí sabemos que todo acerca de ella, incluyendo nuestra propia relación con nuestro Señor, dará testimonio de la redención perfecta y completa y de la reconciliación llevada a cabo por el todo suficiente Cristo.

Pablo quería que los colosenses fueran personalmente conscientes de la supremacía de Cristo en el reino de su salvación. Habían sido los receptores de las bendiciones espirituales que Dios había logrado al reconciliar consigo mismo al mundo pecador. Desde su origen como pecadores, nacidos de pecadores, se habían apartado de Dios. Eran extraños, alejados de la misericordia y del amor de Dios. Eran enemigos de Dios en sus afectos y en sus disposiciones, y sus acciones impías revelaban el odio que sentían dentro de sí hacia Dios y su falta de buena voluntad para servirlo.

Pero ahora, por un milagro de la misericordia de Dios, estas mismas personas habían entrado a una relación nueva y maravillosa con Dios. Habían sido partícipes personales de la reconciliación que Jesús había llevado a cabo entre los pecadores y Dios. Porque Jesús había venido a este mundo, porque había asumido la naturaleza humana, porque había sido el sustituto del hombre, y porque en su cuerpo físico el Salvador llevó la maldición del pecado y satisfizo la justicia de Dios; por todo esto, la deuda del pecado de los colosenses había sido pagada por completo.

Mediante el evangelio el Espíritu Santo había entrado en su corazón para llenarlos con la fe por la que habían llegado a creer en Jesús y habían recibido como suyas las bendiciones de la redención. Con la justicia de Cristo y con el pago redentor por sus pecados acreditado a ellos, ahora podían permanecer sin mancha y libres de toda acusación ante Dios. Jesús es supremo en el reino de la salvación, y Jesús y su salvación son totalmente suficientes para la reconciliación personal de todo creyente con Dios.

Es sólo a través del evangelio que Cristo y las bendiciones de su redención llegan a la vida de los creyentes y ellos son partícipes de las bendiciones de la reconciliación y es sólo por medio del evangelio que los que han sido llevados a una relación vital de fe con Jesús se mantienen fortalecidos en su fe. Los falsos maestros de Colosas estaban empujando a los creyentes colosenses a aceptar en lugar del evangelio un mensaje humano que querían hacer pasar por evangelio, pero que no lo era.

Hacía falta la firmeza en la fe y un sentido apropiado del propósito y de la dirección. Pablo les aconseja abiertamente que sigan “firmes en la fe”. No dejen que nadie les quite la esperanza que tienen en el evangelio de Cristo, no permitan que ninguna falsa enseñanza del exterior ni ninguna motivación pecaminosa interna les quite el único mensaje que los mantiene unidos a Cristo. Usen toda la energía espiritual que el Espíritu Santo les ha dado en Cristo para huir de lo vano y aferrarse a la verdad. Sin descanso, renueven su fortaleza espiritual regresando una y otra vez a la fuente que da y mantiene esa energía, es decir, el evangelio. Mediante el evangelio manténganse aferrados al todo suficiente Salvador.

El falso evangelio que proclamaban los falsos maestros tanto en Colosas como en sus alrededores era un mensaje que tenía muchos elementos extraños que resultaban peculiares para este grupo pequeño de maestros, en tanto que el mensaje que Pablo predicaba era un mensaje universal. Había sido llevado con todo entusiasmo por los apóstoles y sus sucesores a casi todas las partes del mundo romano.

Los seres humanos no tienen que buscar maneras nuevas y místicas para encontrar a Cristo y su salvación. No es necesario echar mano de la sabiduría ni de la filosofía humana para descubrirlo; todo lo que los pecadores necesitan para encontrar a Cristo es el mensaje claro y sencillo del evangelio apostólico. En el evangelio los colosenses tenían a Cristo en toda su plenitud. No era necesaria ninguna otra revelación, ni para ellos ni para nosotros.

Las verdades que Pablo trata en esta larga sección son principalmente doctrinales. Aunque ellas expresan verdades objetivas acerca de Cristo y del evangelio, sin embargo también son verdades prácticas, tal vez más de lo que podamos entender a simple vista. Piense en lo que significan para nuestra vida estas grandes verdades que han sido fuertemente enfatizadas por Pablo. Jesús tiene la supremacía en el mundo de la creación; él creó todas las cosas y las gobierna y las mantiene unidas con su poder. Esta

verdad nos asegura que, al contrario de lo que muchas veces podamos pensar, el mundo no está en caos. Está continuamente bajo el gobierno del todo suficiente Señor y Salvador. Hay un plan, un propósito divino, en todo lo que ocurre en nuestro mundo y en nuestra vida, un propósito determinado y efectuado por el Salvador que nos ama.

El pecado, el mundo, el diablo, no tienen el control de este mundo, todo lo controla Jesús; él le establece límites a la maldad. Nada en este mundo, ni ninguna amenaza política, ni las bombas, ni la depresión económica ni los accidentes; nada en nuestra vida, incluyendo la peor de las tragedias imaginables, nos puede separar de nuestro Salvador ni de sus manos amorosas en las que nos sostiene continuamente. Día tras día él lleva a este mundo hacia el fin de los tiempos, cuando él, con su grandioso poder, nos librará completamente y para siempre de los efectos y las consecuencias del pecado; él llevará a su fin a este mundo malvado, y hará todas las cosas maravillosamente nuevas en la gloria eterna que ha prometido compartir con nosotros los que somos sus hijos mediante la fe.

También hay una seguridad bendita en la verdad de que Jesús es supremo en el mundo de la salvación. El evangelio pone ante nosotros la gran verdad de que en Cristo y en su obra redentora nuestra salvación está completa. No tenemos que agregar ni una sola cosa. Sólo una vez en la historia el Hijo eterno de Dios dio su vida para lograr la reconciliación entre los pecadores y Dios. Las bendiciones de esta reconciliación son personalmente nuestras por la fe, y la fe también es un regalo de él para nosotros por medio del evangelio. El evangelio nos revela y nos vincula con el Cristo todo suficiente.

Hoy existen muchas personas que, como los falsos maestros de Colosas, menosprecian el evangelio y lo consideran como algo que no tiene importancia en nuestra era moderna. Cuando tratan de convencernos de que abandonemos el evangelio, su lógica es tan atrayente y sus palabras muy tentadoras, especialmente para nuestra naturaleza pecadora. Pero si en verdad apreciamos la

grandeza única de nuestro Salvador y si entendemos que es sólo mediante el evangelio que estamos unidos al Salvador y a sus bendiciones, cualquier tentación de dejar el evangelio o de cambiarlo por algo “mejor” será rápidamente rechazada. ¡Continúen! les dice Pablo, ¡fundados y firmes en la fe! Manténganse aferrados al todo suficiente Cristo y al evangelio que lo proclama. A la exhortación de Pablo le agregamos un AMEN en voz alta.

El ministerio del evangelio proclama al todo suficiente Cristo

²⁴ Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia. ²⁵ De ella fui hecho ministro, según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, ²⁶ el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos. ²⁷ A ellos, Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, esperanza de gloria.

²⁸ Nosotros anunciamos a Cristo, amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre. ²⁹ Para esto también trabajo, luchando según la fuerza de él, la cual actúa poderosamente en mí.

2 Quiero pues, que sepáis cuán grande lucha sostengo por vosotros, por los que están en Laodicea y por todos los que nunca han visto mi rostro. ² Lucho para que sean consolados sus corazones y para que, unidos en amor, alcancen todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre y de Cristo, ³ en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento.

⁴Esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas, ⁵porque aunque estoy ausente en cuerpo, no obstante, en espíritu estoy con vosotros, gozándome y mirando vuestro buen orden y la firmeza de vuestra fe en Cristo.

El evangelio al que los colosenses se debían aferrar era el mensaje del evangelio universal que habla acerca del todo suficiente Cristo. Pablo era un ministro, un siervo de este evangelio. Sin embargo, en el tiempo en que escribió esta epístola no estaba haciendo ningún viaje misionero ni estaba trabajando con los colosenses en persona como lo deseaba. Era un prisionero político en Roma. Había sido privado de su libertad y ahora estaba pasando aflicciones por causa de su predicación fiel del evangelio.

Es cierto que no eran particularmente difíciles las circunstancias físicas que atravesaba el apóstol en su encarcelamiento; sin embargo, lo cierto es que tampoco era un hombre libre. No podía salir libremente para hacer su trabajo apostólico como lo había hecho en el pasado. Para el apóstol eso significaba aflicción y sufrimiento. Sin embargo, en vez de quejarse por esta situación, se regocijaba porque sabía que las tribulaciones que estaba pasando eran una confirmación de su apostolado. Se regocijaba porque, como siervo del evangelio que era, estaba más que dispuesto a soportar aflicciones por el trabajo que hacía para Cristo y para beneficio de la iglesia de Cristo.

A medida que sufría por su compromiso con Cristo, Pablo estaba dispuesto a completar en su carne lo que faltaba respecto a las aflicciones de Cristo por causa de su cuerpo, la iglesia. ¿Qué quiere decir Pablo con esta frase tan extraña? De ninguna forma podía decir que sus sufrimientos, o los sufrimientos de cualquier creyente, eran un complemento del sacrificio redentor de Cristo. Los sufrimientos de Jesús para expiar los pecados del mundo fueron completos cuando desde la cruz exclamó: “Consumado es”. Su sacrificio expiatorio fue un rescate perfecto y completo en pago

por los pecados de todo el mundo. Pablo consistentemente da testimonio de la expiación de Cristo que fue suficiente por completo. Otros sagrados escritores hacen lo mismo.

Aquí la expresión “cumpló en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo” simplemente se refiere al trato que los creyentes pueden esperar por ser discípulos de Jesús en el mundo. Cuando Jesús vivió en este mundo fue odiado por sus enemigos, y eso los llevó a rechazarlo, a acusarlo falsamente y finalmente hasta lo sentenciaron a morir. Sin embargo, aún después de haberlo crucificado, sus enemigos no se sintieron satisfechos. Y todavía no lo están, quieren seguir aumentando sus sufrimientos. Como Jesús ya no está físicamente presente en el mundo, el odio que originalmente le dirigieron personalmente en su contra ahora se dirige a sus discípulos. Por lo tanto, los sufrimientos que estaba pasando Pablo por el evangelio, los padeció en lugar de Jesús. Es claro que no todo lo estaba haciendo por sí mismo, pero estaba contribuyendo con su parte, así como otros creyentes contribuyen con la suya, en la medida del sufrimiento que el Señor les ha asignado a sus creyentes aquí en la tierra.

En su divina sabiduría el Señor permite que por causa del evangelio les llegue mucho sufrimiento a ciertos creyentes. Pablo y los otros apóstoles ciertamente pertenecían a esa categoría. Otros creyentes tal vez no tengan que sufrir tanto, pero en cualquier lugar en que los discípulos sufran por cualquier causa relacionada en su compromiso con Cristo, las aflicciones de Jesús se derraman sobre ellos, y así están completando lo que todavía falta en las aflicciones de Cristo.

Los creyentes no se deben sorprender cuando sean llamados a soportar estos sufrimientos. El discípulo no es más que su Maestro, y Jesús les advirtió a sus seguidores que podrían esperar el odio de un mundo que lo odiaba a él. El compañerismo, la asociación con Jesús, también significa compartir sus sufrimientos. Los creyentes hasta pueden considerar las burlas, el ridículo y todas las otras pruebas físicas y psicológicas dirigidas en contra de ellos

por el hecho de ser cristianos, como golpes que fueron dirigidos en contra de Cristo mismo.

Los sufrimientos de Pablo como apóstol también le podían proporcionar un gozo tranquilo, porque sabía que los sufrimientos eran de beneficio para la iglesia. Cuando los enemigos del evangelio dirigían cierta medida de odio y de violencia contra los conocidos líderes de la iglesia como Pablo, con frecuencia el resultado práctico era que los que no eran tan conocidos se salvaban de ser víctimas de la violencia. Al soportar las aflicciones como apóstol de los colosenses, Pablo estaba desviando de ellos algunas cosas que de otra manera, ellos y otros habrían tenido que padecer en otras circunstancias. Por medio de su resistencia callada y de su testimonio claro, hasta en tiempos de sufrimiento, Pablo animaba a los creyentes de todas partes a seguir su ejemplo y a permanecer firmes en la fe.

El oficio de Pablo como apóstol lo relacionaba en una forma especial con la iglesia de los gentiles. Había sido llamado y comisionado como apóstol para servir a los que no eran judíos, como los colosenses. Como apóstol de ellos ahora advertía y animaba a los gentiles creyentes que estaban en peligro de ser inducidos al error por los falsos maestros. Pablo consideraba su ministerio como un servicio y se consideraba a sí mismo como un siervo a quien se le habían confiado grandes riquezas, porque estaba al servicio de un gran maestro.

Era costumbre en los días de Pablo que a ciertos siervos de amos ricos se les nombrara mayordomos o administradores, y se les ponía a cargo de todas las propiedades de su maestro. Estos siervos tenían el derecho y el deber de administrar los bienes de sus maestros para el beneficio de todos los de la casa. El apóstol Pablo había sido comisionado por Dios como su administrador, el siervo a quien se le habían confiado las riquezas espirituales de Dios por medio de la predicación del evangelio, especialmente a los gentiles. Consideraba este llamamiento como una bendición maravillosa que Dios, en su gracia, le había concedido. Antes Pablo (cuando era conocido como Saulo) había blasfemado contra

Cristo y había sido un activo perseguidor de la iglesia. Pero por un milagro de su gracia (vea Hechos 9) Dios había llamado a Saulo/Pablo para que fuera seguidor de Cristo y lo nombró como su siervo en el ministerio.

Pablo nunca olvidó esta gracia ni este llamamiento. No olvidó el gran propósito de su ministerio: proclamar la palabra de Dios en toda su plenitud donde quiera que Dios lo enviara. Al llevar a cabo su ministerio Pablo había proclamado el evangelio en un gran círculo desde Jerusalén hasta Roma. Mediante Epafras, discípulo de Pablo, los colosenses habían llegado a poseer las riquezas espirituales del evangelio que se les había proclamado.

El corazón del mensaje que Pablo había sido llamado a proclamar era “el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos”. La palabra “misterio” no tiene nada que ver con los secretos ni con las ceremonias reservadas sólo para un grupo exclusivo de personas, tal como los falsos maestros trataban de aparentar. “Misterio” aquí significa una verdad que sólo se puede conocer cuando Dios la revela a los hombres.

Las grandes verdades del perdón y de la salvación en Cristo son un misterio para los seres humanos pecadores. En su naturaleza pecadora, un estado de ignorancia espiritual, los seres humanos no pueden descubrir este misterio por ellos mismos, sino que el misterio se da a conocer cuando Dios les revela su voluntad a los hombres por medio de la proclamación del evangelio.

En los tiempos del Antiguo Testamento este misterio le fue revelado primeramente al pueblo de Israel, pero ni siquiera a ellos se les reveló este misterio en toda su plenitud; eran salvos por la fe en el Salvador prometido. Sin embargo, la forma en la que el Salvador llevaría a cabo su obra y derribaría la barrera del Antiguo Testamento que existía entre los judíos y los gentiles no sería plenamente revelada hasta que Cristo viniera en la carne.

En la época del Nuevo Testamento este misterio se revela por completo. Cristo vino para cumplir todas las promesas de Dios y para completar la obra de salvación también para los gentiles. A

su iglesia del Nuevo Testamento, este Salvador le ha encomendado la tarea de proclamar las buenas nuevas de la salvación en todo el mundo. El Señor ascendido quiere que los pecadores de todas partes lo conozcan como su Salvador, quiere que oigan las buenas nuevas de “Cristo en vosotros, esperanza de gloria”. El evangelio les anuncia a los pecadores que la esperanza de la gloria eterna descansa únicamente en Cristo Jesús, no en convertirse en judío ni en obedecer las leyes humanas.

Cuando los pecadores llegan a la fe en Jesús por medio del evangelio, él mora en su corazón y transforma su vida. El hecho de que Jesús mora en los creyentes ahora es la base de su esperanza. Sí, ésta es la garantía de que un día los cristianos van a compartir la gloria eterna con Cristo. Él es el corazón del evangelio, la llave que revela el misterio, la única esperanza que tiene el pecador para llegar a la gloria eterna. El evangelio proclama a Cristo y ofrece las bendiciones que él logró para los pecadores, no solamente para cierto grupo étnico ni para una secta exclusiva de alguna parte, sino para todos los pecadores del mundo.

A los colosenses, así como también a muchos otros, Pablo y sus colaboradores les proclamaban a Cristo. Esto no sólo era un llamamiento para Pablo, esta era su vida misma. Hasta cuando estaba encarcelado aprovechó toda oportunidad que se le presentó, tanto en persona como por carta, para dar a conocer en todas partes las riquezas que los creyentes poseen en Cristo. La proclamación que Pablo hizo de Cristo tomó la forma tanto de consejo como de enseñanza. Aconsejar significa advertir y alentar. Cuando predicaba a Cristo, Pablo realmente les suplicaba a las personas que se reconciliaran con Dios. Presentaba el evangelio en una forma cálida y afectuosa, con un evidente interés personal por el alma de cada persona.

Con la misma emoción profunda les advertía en contra de las falsas doctrinas y en contra del error. Las enseñanzas del apóstol se centraban en Cristo; su gran meta era aferrarse a Cristo ante sus oyentes y lectores y llenar el corazón y la vida de ellos con Cristo.

Como un apóstol del Señor, llevó a cabo todo este consejo y esta enseñanza en una forma sabia, franca y práctica. Eso estaba en agudo contraste con los métodos engañosos y solapados de sus adversarios.

Pablo predicó a Cristo con el gran propósito de llevar a las almas inmortales a conocer y a creer en Jesús para que fueran salvas. No descuidó el crecimiento espiritual de los que ya habían llegado a la fe, quería “presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre”. Los cristianos todavía son pecadores. No alcanzarán la perfección en su fe ni en su vida aquí en la tierra, así que deben seguir adelante y luchar constantemente para llegar a alcanzar un desarrollo pleno en Cristo. Se deben esforzar para mantener su fe y para que aumente su vida cristiana. Para ayudarlos a alcanzar este desarrollo y madurez los cristianos necesitan una instrucción constante y completa en la palabra de Dios. En su ministerio Pablo dio esa instrucción.

Hoy en día resulta una tarea esencial del ministerio el dar aliento e instrucción de la palabra de Dios para ayudar a los creyentes a desarrollar y a madurar espiritualmente en la fe y en la vida cristiana. El proceso de ganar almas debe ser seguido por el trabajo de nutrir las y el de conservarlas. Si eso no se hace, o si los creyentes mismos no usan regularmente las oportunidades que la iglesia les brinda para escuchar y estudiar la palabra de Dios, entonces su fe se deteriorará y finalmente puede morir del todo.

Como instrumento en las manos del Señor para rescatar almas del infierno y para ayudarlas a desarrollar hacia una madurez espiritual, Pablo se lanzó fervorosamente a la obra de su ministerio. Empujado por el amor a Cristo y, consciente de los peligros que amenazaban la fe de los colosenses y de otros creyentes, Pablo se esforzó y trabajó en su ministerio hasta el cansancio y el agotamiento. Como un atleta que se esfuerza con todo su ser en una competencia, Pablo se forzó a sí mismo hasta el límite de su capacidad física para cumplir con su ministerio. Trabajó, oró y estudió, planeó, consoló, escribió, predicó y enseñó, dio testimonio con su propia vida, soportó las aflicciones.

¿Cómo era posible que un hombre lograra tanto? Pablo dice que mientras se esforzaba, la fuerza y la energía que Cristo le había dado obraron poderosamente dentro de él. Del Señor que lo había llamado, Pablo recibió la fuerza para llevar a cabo su ministerio. Con la fuerza del Señor Pablo no había dejado ninguna piedra sin voltear, no escatimó ningún esfuerzo, no dejó de librar ninguna batalla para ganar almas inmortales para Cristo y para ayudar a los que ya eran creyentes a desarrollar y madurar en la fe. Día tras día, momento tras momento el Espíritu obraba en Pablo y a favor de Pablo.

Los que hoy en día sirven en el ministerio público también pueden obtener una fortaleza inagotable del Señor a quien sirven, que les da la habilidad y la fidelidad que necesitan para llevar a cabo su ministerio. Oremos todos para que el Señor continúe haciendo surgir siervos fieles y los llame al ministerio, y que, como Pablo, estén dispuestos a entregarse al servicio del Señor y de su iglesia. Y que nosotros por nuestra parte siempre apreciemos un ministerio como éste cuando se lleve a cabo entre nosotros y lo respaldemos al oír la predicación pública de la Palabra y su enseñanza, honrando a los que nos sirven en el ministerio del evangelio.

El deseo de Pablo de llevar a los creyentes a una completa madurez espiritual enfocaba áreas muy específicas de interés para los colosenses. El apóstol consideraba los desafíos espirituales que estos creyentes estaban enfrentando como algo que era especialmente serio, y los quería ayudar a superarlo. En su ministerio se estaba esforzando exhaustivamente también por los creyentes de Laodicea, a los que también se les debía leer esta carta. Pablo nunca había visitado ni Colosas ni Laodicea para hacer obra misionera; no conocía personalmente a la mayoría de los cristianos de esos lugares. Sin embargo, Pablo quería que ellos supieran acerca de su amor cristiano por ellos y de la preocupación que sentía por su alma.

Su amor cristiano y sus oraciones no estaban reservados sólo para los cristianos de las congregaciones que había fundado o

visitado, sino que se extendían a todos los creyentes de todas partes. El hecho mismo de que escribiera esta epístola muestra su preocupación por los cristianos del valle del río Lico. Hasta cuando escribía, estaba luchando por el alma de ellos en sus oraciones fervorosas ante el Señor. Los quería animar y afirmar su corazón en Cristo, al poner una vez más ante ellos a Jesús, el todo suficiente Salvador, como el objeto inmutable de su confianza y la fuente de toda la ayuda que ellos necesitarían siempre.

Al presentarles a Cristo, Pablo quería antes que todo animar a los creyentes de Colosas y de Laodicea en su fe. Quería que pusieran a un lado todas las dudas y vacilaciones y se aferraran exclusivamente a Jesús como el Señor de su corazón y de su vida. Al animarlos en su fe el apóstol también esperaba que unieran su corazón de una manera más firme en el amor que resulta de esta fe. La unión hace la fuerza. Los creyentes unidos en la fe y en el amor y que se mantienen firmes en la palabra de Dios están más capacitados que los creyentes aislados para detectar y combatir los errores que amenazan su fe.

Pablo prometió que a medida que desarrollaran su fe y su amor, las congregaciones de Colosas y de Laodicea adquirirían las riquezas de un entendimiento completo. Sus miembros llegarían a poseer un conocimiento más profundo de Jesús como su Salvador y Señor. Cuanto más tiempo le dediquen los cristianos a estudiar diligentemente las Escrituras, se arraigarán de una manera más firme en el conocimiento de la voluntad de Dios y entenderán mejor que la plenitud de las riquezas espirituales de Dios se encuentra solamente en Jesucristo.

Los falsos maestros que inquietaban a los colosenses trataban de quitarle importancia a Cristo. Se jactaban de su propia sabiduría, de sus propios conocimientos y de los poderes de los espíritus y de los ángeles a los que adoraban, pero ninguna criatura, ni ángel ni hombre tiene nada que ofrecer que no se pueda encontrar en Cristo en una medida incomparablemente superior. En Cristo se esconden todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, no para permanecer ocultos, sino para encontrarlos

en él. Son espiritualmente ricos los creyentes que han llegado a conocer a Cristo por medio del evangelio, y tienen el verdadero conocimiento. Todas las pretensiones de sabiduría, conocimiento y tesoros espirituales, sin Cristo, son falsas.

Por lo tanto, Pablo termina esta sección con una súplica a los lectores que siempre se tendrán que enfrentar con falsos maestros, para que no se dejen engañar por los argumentos que suenan bien pero que son falsos, sino que permanezcan firmes en las riquezas que tienen en Cristo. Nuevamente les recuerda a sus lectores originales que, aunque está físicamente ausente y aunque no había conocido personalmente a la mayoría de ellos, siempre están en sus pensamientos y en sus oraciones. Y aunque no le resta importancia al peligro que los amenazaba, el apóstol también se siente satisfecho porque el evangelio sigue produciendo fruto en sus congregaciones.

Aunque los falsos maestros estaban haciendo todo esfuerzo posible por destruir la fe de los colosenses, sin embargo en general la mayoría de los cristianos de Colosas habían permanecido fieles al fundamento que es Cristo. En la congregación no se había presentado ningún cisma ni ningún desorden. La mayor parte de los colosenses estaban mostrando una fe verdadera y firme. El apóstol se regocijó en esto, y los apremió a que continuaran permaneciendo firmes en esta fe que se basa en el evangelio y que se centra en Cristo.

Que nosotros también le prestemos atención a estas palabras de aliento, de modo que podamos permanecer firmes contra todos los falsos maestros y para que nuestra fe en Cristo siga desarrollando hasta que todas nuestras esperanzas se vean realizadas y nuestro conocimiento llegue a ser perfecto en la gloria eterna.

El todo suficiente Cristo nos da la libertad de los reglamentos humanos

⁶ Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él, ⁷ arraigados y sobreedificados en él y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias.

⁸ Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas basadas en las tradiciones de los hombres, conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo.

⁹ Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad, ¹⁰ y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad. ¹¹ En él también fuisteis circuncidados con circuncisión no hecha por mano de hombre, sino por la circuncisión de Cristo, en la cual sois despojados de vuestra naturaleza pecaminosa. ¹² Con él fuisteis sepultados en el bautismo, y en él fuisteis también resucitados por la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos. ¹³ Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados. ¹⁴ Él anuló el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, y la quitó de en medio clavándola en la cruz. ¹⁵ Y despojó a los principados y a las autoridades y los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.

Pablo había hablado elocuentemente de la grandeza del Señor Jesús y de la inmensidad y de lo completo de las bendiciones espirituales que los creyentes tienen en él. Les recordó a los colosenses que el gran propósito de su ministerio era predicar al Cristo todo suficiente. Pablo terminó la sección anterior felicitando a los colosenses por haber permanecido firmes en Cristo. Ahora, en lo que verdaderamente es el mensaje principal de la epístola, los exhorta a que continúen en esa firmeza. Estas palabras de ánimo se presentan tanto en una forma positiva como en una

negativa en los versículos 6-8. Luego sigue con una descripción inspirada de nuestro Salvador todo suficiente en los versículos 9-15.

El apóstol estaba complacido con los informes que Epafras le había llevado acerca de la firmeza en Cristo que mostraban los colosenses, pero día tras día los falsos maestros intentaban menoscabar esta firmeza. Pablo estaba preocupado por la profundidad espiritual de los colosenses, así que los anima con estas palabras: “De la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él.” Los colosenses habían oído el evangelio de Epafras y lo habían creído. Habían abrazado a Jesús con la fe que el Espíritu les había dado.

Cuando llegaron a la fe, Jesús había venido a morar en su corazón, vivían en íntimo compañerismo con él, y ellos necesitaban continuar viviendo en Jesús. Debían vivir bien conscientes de la presencia de él en su corazón y en su vida; debían seguir adelante vinculados a Cristo, confiando en su palabra, apreciando el perdón, obedeciendo los mandamientos y cuidándose de todas las cosas que pudieran perturbar su relación bienaventurada con él.

En cuatro frases breves el apóstol define lo que significa “andad en él [Cristo]” y al hacerlo, nos sugiere las cualidades claves de una vida en Cristo. Cuando el Espíritu primero los llevó a la fe en Jesús, los colosenses habían sido *arraigados* en Cristo. Fueron implantados en Jesús como su Salvador todo suficiente; ahora debían continuar obteniendo fuerza y alimento de él, echando cada vez más y más profundas raíces en Jesús y en su Palabra, así como un árbol echa raíces más profundas en la tierra para poder nutrirse de ella. Cuanto más usen los cristianos la palabra de Dios y los sacramentos, hundirán sus raíces de una manera más profunda en la fe en Cristo. Cuanto más arraigados estén en Cristo, habrá menos posibilidades de que sean derrumbados por las tormentas de las falsas enseñanzas y los vientos terribles de las tribulaciones y de las aflicciones de la vida.

Cuando el Espíritu Santo los llevó a la fe, también estableció a los colosenses en Jesús, que es la base firme sobre la que se afirma la estructura creciente de la fe y de la vida de los creyentes. Es sobre este fundamento que los colosenses debían ser *sobreedificados*. Su fe se desarrollaría y progresarían en su vida cristiana, como un edificio que se construye cada vez más alto, mientras la construcción avanza hacia su fin.

Echar las raíces de la fe en Cristo y ser sobreedificado en Cristo dará por resultado que quedarán *confirmados* en esa fe. Se fortalecerán su conocimiento espiritual y su confianza en Cristo, en el que se ocultan todos los secretos de la sabiduría y del conocimiento. Su fe será constantemente confirmada, llegarán a estar cada vez más firmemente convencidos de que no necesitan ninguna nueva doctrina ni otras direcciones para su vida espiritual, porque todo lo que necesitan lo tienen en Cristo.

Por todas las bendiciones que resultan en las condiciones espirituales que se describen aquí, Pablo exhorta a los colosenses a que *abunden en acciones de gracias*. Cuando los creyentes vean las bendiciones de su vida espiritual desde el punto de vista de una fe viva que está en desarrollo, sus acciones de gracias se desbordarán como en poderosas corrientes que inundarán todas las áreas de su vida. Los cristianos que están arraigados y edificados en Cristo y que diariamente fortalecen su fe en él no pueden evitar sentirse agradecidos, y con alegría y con amor harán evidente ese agradecimiento cada día en sus palabras y en sus acciones.

En el aspecto positivo, andar en Cristo significa para los creyentes todo lo que el apóstol ha descrito en el versículo 7. En el aspecto negativo, significa que no debemos dejarnos llevar por las enseñanzas humanas que no le rindan honor a Cristo o que no reconozcan la suficiencia completa de lo que nuestro Salvador ha hecho por la salvación del hombre. Esos errores estaban siendo fomentados por los falsos maestros que estaban en Colosas. Pablo no quería que los creyentes fueran desorientados por los argumentos astutos de esos maestros.

El apóstol nunca honró la “herejía colosense” describiendo todas sus características, pero por lo que dice aquí en los versículos 8 y 9 y también en los versículos 16, 18 y 20 de este mismo capítulo, llegamos a la conclusión de que esas doctrinas falsas eran más bien una mezcla astuta y engañosa de las ideas judías y de la filosofía pagana. Los que fomentaban esta falsa enseñanza afirmaban que era una forma “más completa” de cristianismo.

Con toda su sabiduría y supuesta sofisticación, “la herejía colosense” falló al no reconocer la total suficiencia de Cristo. En el mismo instante en que Pablo escribía estas palabras sabía que los falsos maestros con sus errores que negaban a Cristo estaban tratando de hacer presa de los colosenses para engañarlos y conquistarlos. El consejo de Pablo ante el acoso que sufrían los colosenses es sencillo: no dejen que los falsos maestros triunfen, ustedes le pertenecen a Cristo. No permitan que nadie los conquiste con sus falsas enseñanzas y los convierta sus esclavos espirituales.

Los enemigos del evangelio estaban tratando de conquistar el alma de los colosenses por medio de un sistema religioso que no se basaba en la revelación divina, sino en los razonamientos humanos. Este sistema afirmaba que tenía explicaciones de las cosas divinas de acuerdo a las ideas generalmente aceptadas por los hombres. Sin duda sus defensores lo presentaban de una manera astuta. Quizá hasta fueran sinceros en la forma en que lo proclamaban. Parecía tan lógico y erudito, como muchos de los sistemas de pensamiento moral religioso que son inventados y presentados por los seres humanos.

Sin embargo, este sistema religioso y otros que se le parecen no sólo son poco profundos y vacíos; sino que son peligrosos y engañosos; son inventados por los hombres y usados por los hombres para sus propios fines. Los que defienden estas enseñanzas, sistemas y tradiciones son como los comerciantes que ofrecen bonos fraudulentos; tratan de persuadir a la gente para que entregue sus bonos valiosos a cambio de algo que no vale nada.

La frase “conforme a los elementos del mundo” probablemente se entienda mejor como las ideas religiosas básicas de los seres humanos pecadores con las que, tanto judíos como gentiles, trataban de alcanzar el favor de Dios. Desde la caída en el pecado estas ideas falsas han acechado el corazón humano que está cegado por el pecado. Esclavizan a las personas con las leyes terrenales, con las costumbres y con las tradiciones. A estos principios elementales de este mundo ellos o sus maestros les atribuyen la idea del mérito. De esa manera con sus propios esfuerzos, intentan pagar por sus pecados y enderezar la relación entre ellos mismos y Dios. Los falsos maestros colosenses estaban tratando de presentar ideas acerca de la circuncisión, de los días de fiesta, de la comida, de las bebidas y de la adoración a los ángeles como una forma de alcanzar la salvación, o por lo menos como una forma de tener un cristianismo “más completo”. Los falsos maestros presentaban sus ideas como una forma más sofisticada de cristianismo; menospreciaban con altivo desdén a los que se aferraban al evangelio “sencillo” de la salvación por la gracia mediante la fe en Jesús.

Lo mismo ocurre hoy en día. Muchos maestros modernos de religión presentan lo que parecen ser sistemas de creencia sofisticados e inteligentes. Los completan con una terminología que suena impresionante y con explicaciones muy lógicas. Ellos también miran con desprecio a los que se aferran al evangelio sencillo y que depositan su confianza en la palabra inspirada de Dios, la Biblia. Los consideran intelectualmente deficientes e ingenuos en lo espiritual, pero aquí Pablo desecha toda la especulación humana acerca de la religión como filosofías que son huecas y engañosas. Deja en claro que los que proponen sistemas religiosos humanos, en realidad son esclavos de las ideas religiosas elementales del mundo pagano.

En agudo contraste con estas filosofías huecas y engañosas el apóstol presenta al todo suficiente Señor Jesucristo. Les recuerda a sus lectores que sólo en Cristo mora en forma corporal la

plenitud de la Deidad, y sólo en Cristo los creyentes están completos. Las palabras del versículo 9, “en él [Cristo] habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad”, es otra afirmación clave doctrinal del Nuevo Testamento que trata de la persona de Cristo. De una manera sencilla pero poderosa nos dice que Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre en una sola persona. Nos dice que todos los atributos que le pertenecen a Dios moran en Cristo, no sólo como el Hijo de Dios, sino también como el Hijo del hombre. Cuando Jesús tomó la naturaleza humana, la plenitud de la Deidad estaba contenida dentro de su persona y dentro de su cuerpo.

La razón humana se rebela contra la idea de que dentro del Cristo humano que el hombre puede ver, estaba contenida, y aún está contenida, toda la plenitud de la majestad de Dios. Esto es algo así como decir que toda el agua del océano se puede poner en una jarra que uno sostiene en una mano. Sin embargo, eso es exactamente lo que expresa la Biblia cuando nos dice que la plenitud de la Deidad mora en Cristo.

Es evidente en las Escrituras que Jesús era un hombre, como cualquier otro ser humano en estatura, apariencia, hábitos y necesidades. También es evidente en las Escrituras que Dios es extraordinario; es eterno y está presente en todas partes. Es omnisciente, todopoderoso y sabio. Es toda bondad y todo amor. Sin embargo, en la naturaleza humana de Cristo están contenidos todos los atributos extraordinarios, sí, la esencia misma y ser de Dios. Cuando Jesús fue concebido en el vientre de María, Dios mismo asumió la naturaleza humana y se hizo hombre. Cuando Jesús murió en la cruz, Dios murió. El cuerpo y la sangre que compraron nuestra redención lo hicieron porque la plenitud de la Deidad moraba en la naturaleza humana de Cristo.

Esta verdad es un misterio divino. Es algo que ni siquiera podemos empezar a comprender con nuestra razón humana que está limitada por el pecado. Pero es algo que sabemos y creemos, porque Dios claramente nos lo revela en los pasajes de su Palabra

como éste. Estas palabras inspiradas de las Escrituras nos aseguran, más allá de toda duda, que Jesucristo, el Dios hombre, es nuestro todo suficiente Salvador y Señor. Ya que la plenitud de la Deidad mora en Cristo, él es nuestro Salvador todo suficiente y podemos encontrar todo lo que necesitamos para nuestra plenitud espiritual y para nuestra salvación completa solamente en él.

Cuando mediante la fe nos vinculamos con el Salvador en el que mora toda la plenitud, también nosotros llegamos a estar llenos hasta el límite. Tenemos todo lo que necesitamos en el tiempo y para la eternidad, la plenitud de toda bendición espiritual. No necesitamos ninguna filosofía ni plan humano que se desarrolle según los elementos de este mundo. Ninguna de estas tradiciones, filosofías o planes le podrían añadir ni una sola cosa a lo que Jesús ya ha logrado perfecta y completamente. En los asuntos divinos añadir es quitarle algo. Cuando los seres humanos tratan de agregarle algo a lo que ya está completo en Cristo, salen perdiendo. Solamente los que permanecen en el todo suficiente Cristo y solamente en él recibirán las bendiciones de su plenitud.

La plenitud y suficiencia de Cristo también incluyen su gobierno absoluto sobre todo poder y autoridad del mundo espiritual. Como parte de su complicado sistema religioso, los propagadores del error que estaban en Colosas parecían haber enseñado que los seres espirituales (poderes y autoridades) podrían afectar de alguna manera la vida de los creyentes que se habían apartado de Cristo. Sabemos que defendían la adoración a los ángeles (vea 2:18). Pablo muestra esta falsa especulación al recordarles a sus lectores la verdad que él ya ha puesto ante ellos en el capítulo 1:15, la verdad de que Cristo es el Señor supremo de todos los seres creados, incluyendo a los que habitan en el mundo espiritual.

Aparte de Cristo, los ángeles, por muy buenos que sean, no les pueden ayudar a los creyentes, y con Cristo los ángeles malignos no les podrán hacer ningún daño. Entonces, ¿por qué es que los cristianos deben buscar algo más o tratar de agregarle algo más a

lo que ofrece el Salvador, cuando en él ya se encuentra todo lo que necesitan? Los falsos maestros dicen: “Necesitas a Jesús, más esto y esto otro...” Pablo dice: “Solamente necesitas a Jesús, ¡y punto!” En Jesús los creyentes tienen toda la plenitud y no deben temer a ningún poder de los cielos ni de la tierra ni de debajo de la tierra.

Algunas de las ideas fomentadas por los falsos maestros de Colosas tenían un carácter claramente judío. Ya antes y en este mismo libro hablamos de los judaizantes, en relación con nuestro estudio de Filipenses 3, especialmente en los versículos 1-6. Estos eran fariseos con etiqueta de cristianos. Insistían en que creer en Jesús no era suficiente para la salvación. Según ellos, los cristianos también tenían que observar algunas de las leyes y ceremonias externas que Moisés les había dado a los israelitas del Antiguo Testamento. Como los judaizantes de Filipos, los falsos maestros de Colosas ponían gran énfasis en la ceremonia de la circuncisión. Las observaciones de Pablo en los versículos 16 y 17 de este capítulo indican que ellos también exigían la adhesión a las restricciones en los alimentos del Antiguo Testamento y a la observancia estricta de los días festivos y de la ley sabática.

Al insistir en esas cosas, aquellos maestros trataban de justificarse diciendo que con eso completaban la obra de Cristo y así se hacían mejores, cristianos más completos, pero en realidad estaban tratando de establecer y llenar una necesidad donde no hacía falta. Eran como pordioseros que decían que tenían una buena oportunidad de negocios a favor de personas que ya eran más ricas que ellos.

Pablo rechaza a los que insisten en que la circuncisión es una condición para la salvación, al recordarles a los colosenses, como les había recordado a los filipenses, que los creyentes en Jesús tienen una circuncisión superior no hecha con manos humanas. Pero cuando los falsos maestros de Colosas insistían en la circuncisión física como un rito externo que debía completar la obra de Cristo, lo que estaban haciendo era reducir la circuncisión a lo que Pablo les dice a los filipenses que era una “mutilación”, es decir, una mera operación física. No había absolutamente

ninguna promesa de Dios vinculada con ella.

La circuncisión que los creyentes reciben es algo espiritual. Es un verdadero beneficio y una verdadera bendición rechazar la antigua naturaleza pecaminosa a través de la obra del Espíritu Santo en su corazón. Cuando el Espíritu lleva a los creyentes a la fe en Jesús, su antigua naturaleza pecaminosa, como un trapo de inmundicia, es cortada y desechada. Entonces la fuerza predominante en la vida de los creyentes es la nueva naturaleza creada por el Espíritu, una naturaleza que ama a Dios y que busca servirlo. Debido a que tienen esta nueva naturaleza, la parte física de los creyentes ya no es un instrumento de pecado, sino un instrumento de la justicia de Dios.

Mientras los creyentes vivan en la tierra, seguirán luchando con su antigua naturaleza que continuará acechando escondida dentro de ellos y que tratará de recuperar el control de su vida. Pero el Espíritu Santo, que les dio a los creyentes su nueva naturaleza, diariamente los renueva y fortalece mediante el poder del evangelio. Así capacita a los creyentes para que dominen en su nueva naturaleza pecaminosa que está llena de codicias y deseos. ¿Qué era una sencilla operación física como la circuncisión comparada con la operación espiritual que el Espíritu Santo había realizado dentro del corazón de los colosenses?

Dice Pablo que los colosenses ya habían recibido su circuncisión espiritual en el bautismo. A propósito, al hacer la conexión entre la circuncisión del Antiguo Testamento y el bautismo del Nuevo Testamento, Pablo indica aquí que la circuncisión fue reemplazada por el bautismo en el Nuevo Testamento. La circuncisión del Antiguo Testamento, como Dios se la dio a Abraham, era un sacramento, un medio de gracia por el que Dios hacía a los hijos varones miembros del pacto y partícipes de las promesas del pacto que Dios había hecho con Abraham. Esas promesas del pacto se centraban en el Salvador del pecado que Dios había prometido enviarles a los descendientes de Abraham.

Cuando vino Cristo, cumplió perfectamente todas las promesas del pacto. Antes de ascender a los cielos, le dio el bautismo a su iglesia del Nuevo Testamento. Así, Pablo les asegura a sus lectores que, cuando fueron bautizados, fueron sepultados y resucitados con Cristo mediante la fe. Jesús murió y fue sepultado como sustituto de toda la humanidad. Los pecados de toda la raza humana fueron clavados con él en su cruz y enterrados con él en su tumba. Él asumió el castigo que aplacó la justicia divina del Padre, y en la mañana de la Pascua, Dios lo resucitó de entre los muertos con una gran declaración de que su expiación había sido aceptada y de que el mundo era salvo.

Pablo dice que, en el bautismo, los colosenses se habían hecho copartícipes de todo esto. Mediante el bautismo habían sido llevados a la fe o se habían fortalecido en la fe que los unía personalmente a cada uno de ellos con Cristo. Mediante el bautismo, cada uno de ellos había recibido personalmente las bendiciones que Cristo había ganado para ellos. Por virtud de su unión con Cristo en el bautismo, Dios consideraba la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo como si cada uno de los creyentes hubiera muerto, hubiera sido sepultado y hubiera resucitado. Por medio del bautismo, la carga del pecado de cada uno de los colosenses fue crucificada y sepultada con Cristo, y había surgido en su corazón una nueva naturaleza creada por el Espíritu Santo a la imagen de Dios. Su condición había cambiado: antes habían sido objeto de la ira de Dios y ahora eran miembros de su casa espiritual. Estas y otras bendiciones espirituales fueron otorgadas por Cristo y fueron transmitidas a cada creyente en lo personal a través del bautismo y fueron recibidas por medio de la fe.

Otra vez vale destacar el contraste que había entre esta circuncisión espiritual bienaventurada vinculada con las promesas de Dios y la circuncisión mecánica, externa, que defendían los falsos maestros. Esta circuncisión se hacía en el cuerpo, y los supuestos méritos no estaban vinculados con ninguna promesa divina, sino solamente con las teorías religiosas engañosas de los

hombres. Los creyentes del Nuevo Testamento no tienen necesidad de ninguna circuncisión, ni como un rito religioso ni como un acto meritorio, y no tienen que ser intimidados por los que afirman que sí la necesitan. Los creyentes del Nuevo Testamento, por virtud de haber sido bautizados en Cristo, han recibido una circuncisión mucho mejor, la circuncisión espiritual del corazón y de la vida.

Con un auténtico espíritu de alegría cristiana Pablo explica este mismo pensamiento en el versículo 13. En la condición espiritual natural que tenían los colosenses, junto con todos los seres humanos desde la caída, estaban moral y espiritualmente muertos. Sus pensamientos y deseos, así como también sus palabras y acciones, eran completamente opuestos a Dios, a su Palabra y a su voluntad. En esta condición eran espiritualmente impotentes y completamente incapaces de ayudarse a ellos mismos. Lo único que merecían era la ira y la condenación de Dios.

Pero la sorprendente gracia de Dios no dejó a los colosenses en su condición desesperada y perdida. Pablo los anima a que mediten en esto. Sigán reflexionando en esto. Sobre ustedes, los que estaban profunda y completamente caídos, perdidos sin esperanza alguna; a ustedes gentiles, no menos que a los judíos, su pueblo escogido de los tiempos del Antiguo Testamento, les ha sido otorgada la gracia de Dios. Dios, que resucitó a Cristo de entre los muertos, también los ha resucitado a ustedes de la muerte de la ignorancia y de la incredulidad espiritual y los hizo espiritualmente vivos en Cristo.

Si los pecadores deben estar espiritualmente vivos, sus pecados y sus culpas deben ser quitados de los ojos de Dios. Para hacer esto, dice Pablo: “os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados”. El perdón es el regalo inmerecido y abundante de Dios. Vale la pena notar en la traducción del versículo 13 en la Nueva Versión Internacional que en una forma muy sutil Pablo cambia del pronombre “vosotros” en la primera parte del versículo 13 al “nosotros” en la última parte de este mismo versículo. En Cristo Dios ha perdonado a todo el mundo de pecadores, y Pablo no puede hablar de este gran tema sin incluirse a sí mismo. Él

también había conocido el perdón de Dios, también había sido vivificado en Cristo y había sido rescatado de la condenación eterna. El perdón de Dios permanecía en el centro mismo de su vida, así como también permanece en la vida de cada creyente. Todo creyente está incluido en el “nosotros” de esta oración.

Al perdonar a los pecadores y darles vida, Dios canceló el código escrito de reglamentos y ordenanzas que teníamos. El código escrito es la Ley escrita de Dios, los decretos divinos con sus inflexibles “debes” y “no debes”. No hay duda alguna que Pablo aquí está pensando tanto en la ley moral, la inalterable voluntad de Dios para la conducta humana que se aplica a las personas de todos los tiempos, así como también a las leyes ceremoniales mosaicas, que incluían las leyes que Dios les había dado a los israelitas del Antiguo Testamento acerca de las comidas, de los días de fiesta y de la circuncisión.

Pablo dice que este código escrito estaba en contra nuestra. Tanto en su carácter ceremonial como en el moral la Ley exigía una perfección que ningún ser humano era capaz de alcanzar. Establecía una forma de salvación que era imposible para los seres humanos. Así, la Ley permanecía con dedo acusador apuntado hacia el hombre. Pero en Cristo Dios canceló este código escrito, le quitó el carácter exigente y condenatorio. Tomó este código y lo clavó con Cristo en la cruz.

Cuando Cristo murió, la Ley que acusaba al hombre también murió. Ya se había cumplido el propósito histórico de la ley de Moisés. Sus exigencias llegaron a su fin. En la cruz Cristo pagó el castigo que un mundo de pecadores merecía debido a las trasgresiones de la ley moral de Dios, a la maldición de la muerte eterna.

Si la Ley no hubiera muerto en la sangre de su cruz, Cristo no habría resucitado. Pero resucitó, y con esto garantizó para toda la eternidad que la Ley como nuestro acusador ya estaba muerta, desaparecida y que ya son nuestras la vida espiritual y la resurrección misma. Ya había sido cancelada nuestra deuda del pecado y de la culpa. Al pie de la cruz encontramos la liberación

y la vida. Es claro que esto no significa que la inalterable ley moral de Dios haya perdido significado para los creyentes ni que los creyentes ahora se puedan olvidar de amar a Dios y al prójimo. No, la ley moral todavía sirve como un espejo perfecto; diariamente también les muestra a los cristianos sus pecados y la necesidad que tienen del perdón del Salvador.

En su vida cristiana de servicio a su Salvador los creyentes usan la ley moral como una norma y guía perfecta, pero la Ley como un código de reglas y ordenanzas que exige la perfección y que pronuncia la maldición sobre los pecadores imperfectos ha sido destruida y quitada por el poder de la cruz de Cristo. Todos los que se han unido a Cristo mediante la fe ya no deben temer las amenazas ni la maldición de la Ley. Tampoco pueden ser intimidados por los que tratan de hacer que la Ley sea nuevamente su acusador al convertir la observancia de un código escrito en una condición para la salvación del hombre.

Cuando Cristo, por medio de su triunfante obra expiatoria, terminó con la Ley como la acusadora de los hombres, también desarmó los poderes y autoridades de los espíritus malvados que tanto les interesaban a los falsos maestros. Estas hordas de maldad, dirigidas por Satanás, introdujeron el pecado en un mundo perfecto que había creado Dios. En la caída hundieron a la humanidad en el pecado.

Y aún hoy en día intentan hacer pecar al hombre, y entonces, cuando los pecadores han caído, estos espíritus malvados se voltean y los acusan ante Dios. Están en guerra contra Dios y contra los creyentes y con toda arrogancia tratan de usurpar los poderes que sólo a Dios le pertenecen. Estos espíritus malvados son poderosos y engañosos. Los colosenses, que estaban siendo afligidos por toda clase de enseñanzas extrañas y terribles con respecto al mundo espiritual, debían saber que Jesús había desarmado a todos los poderes y autoridades malignos.

Como sustituto del hombre, él venció las tentaciones de Satanás en el desierto. A lo largo de su ministerio y en el Calvario ganó victoria tras victoria sobre las huestes de demonios. Cuando

los poderes malignos tuvieron su hora más oscura y pasaron lo peor, Cristo fue quien dio el golpe final, despojando para siempre al diablo y a sus ejércitos del poder que tenían de acusar a los pecadores ante Dios.

Después, “los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz”. En los días de los apóstoles los emperadores romanos o el senado con frecuencia preparaban un gran recibimiento para el general que regresara victorioso a Roma. Había una gran procesión por las calles de la ciudad. El general, junto con sus legiones, marchaba orgulloso, y el botín de la guerra así como los cautivos de la batalla se exhibían públicamente. En el triunfo del que el apóstol habla aquí, a los poderes vencidos del infierno se les hace marchar como cautivos que van encadenados, como consecuencia de la victoria de Cristo sobre la cruz.

Tomamos esta afirmación del apóstol para referirnos al descenso de Cristo a los infiernos. Aquí y en 1 de Pedro 3:18,19 las sagradas Escrituras dicen que, después de que Cristo resucitó de entre los muertos, descendió a los infiernos y proclamó públicamente su victoria absoluta, completa y final sobre el diablo y sus huestes infernales. Los avergonzó públicamente.

Esto, a su vez, nos asegura a los creyentes que el diablo y los espíritus malignos no tienen verdadero poder sobre nosotros. Sí, es cierto que todavía son nuestros enemigos, aún son poderosos y peligrosos, y diariamente nos debemos cuidar de ellos y debemos luchar contra ellos. Pero Cristo, nuestro todo suficiente Salvador, ha derrotado a Satanás y a sus fuerzas. Y como mediante la fe compartimos su victoria, también tenemos en él el poder para derrotar a las huestes del mal.

¹⁶ Por tanto, nadie os critique en asuntos de comida o de bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o sábados.

¹⁷ Todo esto es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo. ¹⁸ Que nadie os prive de vuestro premio haciendo alarde de humildad y de dar culto a los ángeles

(metiéndose en lo que no ha visto), hinchado de vanidad por su propia mente carnal,¹⁹ pero no unido a la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios.

²⁰ Si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivierais en el mundo, os sometéis a preceptos²¹ tales como: «No uses», «No comas», «No toques»? ²² Todos estos preceptos son sólo mandamientos y doctrinas de hombres, los cuales se destruyen con el uso. ²³ Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría, pues exigen cierta religiosidad, humildad y duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne.

El apóstol continúa su enérgico ataque contra las varias características de la filosofía engañosa con la que los falsos maestros trataban de llevar cautivos a los creyentes de Colosas. Pablo se mueve fácilmente entre las características judías y paganas indicando que esas ideas muestran que han sido hábilmente tejidas por los que las fomentan. Pero, una tras otra, Pablo desecha cada una de las características de esta falsa enseñanza al enfrentarlas con la suficiencia de Cristo.

Antes, en este mismo capítulo, Pablo se refirió a las características judías de las falsas enseñanzas de los colosenses al mencionar la insistencia de los falsos maestros en el acto externo de la circuncisión. Los judaizantes, de quienes ya hablamos en ese versículo, también hacían mucho énfasis en la observancia de las reglas escritas y de los códigos de leyes. Ahora, en los versículos 16 y 17 el apóstol condena otra característica obviamente judía del error de los colosenses, la insistencia en que la observancia de ciertas leyes y ceremonias del Antiguo Testamento, especialmente las leyes que reglamentaban las comidas y los días festivos, eran algo que se debía agregar a la fe en Cristo si es que los creyentes querían tener la salvación completa.

Dentro del corazón pecador de todo ser humano acecha un orgullo espiritual que se niega a admitir que se encuentra totalmente sin recursos en el aspecto espiritual y totalmente incapaz de contribuir con algo para su propia salvación. El orgullo humano insiste tercamente en creer que los pecadores pueden hacer algo, por pequeño e insignificante que sea, para poder alcanzar el favor de Dios y para ayudar a salvarse.

Ese orgullo lleva a los pecadores a no prestarle atención al verdadero propósito de la ley de Dios y a considerar la observancia externa de las leyes como un medio para la salvación. Y en su forma de pensar perversa y pecadora, también lleva a los seres humanos a establecer sus propias leyes, reglamentos y esquemas, y a imaginar que la observancia de las leyes y reglas humanas los hace ser mejores personas y que de alguna manera eso los hace merecer el favor de Dios. Ese tipo de pensamiento se puede encontrar en el corazón de toda religión no cristiana que ha hecho su aparición sobre la tierra. Con demasiada frecuencia se puede encontrar pervertiendo también el pensamiento de los que dicen que creen en Jesús, honran al verdadero Dios y respetan su Palabra.

En los tiempos del Antiguo Testamento el Señor se lamentó por medio de Isaías, y dijo: “Su temor de mí está basado en mandamientos de hombres”. Los fariseos de los días de Jesús afirmaban que eran los guardianes de las Escrituras, pero en realidad ponían sus propias leyes y tradiciones por encima de las Escrituras y enseñaban que al guardar esas leyes la gente podía alcanzar la santidad delante de Dios.

La antigua iglesia cristiana tenía a los judaizantes, en la Edad Media el evangelio de la libre gracia de Dios fue opacado por las leyes y las tradiciones, por los cánones y los decretos de la iglesia de Roma; hoy tenemos los cultos que afirman que a la fe en Cristo se le deben agregar las observancias y leyes externas si es que la persona quiere ser salva. Tenemos el cristianismo de “dos niveles” que separa a los cristianos que han tenido “la experiencia de la conversión” de los que no la han sentido. Entre lo que nos rodea

es evidente la creación de falsas enseñanzas engendradas por el orgullo pecador del hombre.

Algunas veces nos sentimos inclinados a elevar nuestras queridas costumbres y tradiciones cristianas al nivel de leyes. Podemos hasta tratar de imponérselas a otros o tratar de hacernos mutuamente “mejores” cristianos al proponer como guía de nuestra vida las leyes que van más allá de lo que Dios nos da en su ley moral. Por lo tanto, el problema al que Pablo se dirige aquí es también un problema práctico para la iglesia cristiana del siglo veintiuno. Una cosa es afirmar que se cree en Jesús como el Salvador, y otra muy diferente es honrarlo en verdad al reconocer su plenitud, su suficiencia total como nuestro Salvador y como el Salvador de todo el mundo.

Con respecto a la afirmación de los falsos maestros que trataban de convencer a los colosenses de que a la fe le debían añadir la observancia de las leyes y de las ceremonias del Antiguo Testamento, Pablo les dice a los cristianos colosenses que no permitan que nadie juzgue su cristianismo con base en esas cosas. Los que enseñaban que los cristianos del Nuevo Testamento debían guardar ciertas leyes y ceremonias que le fueron dadas a Moisés en el Antiguo Testamento, realmente no entendían la verdadera razón por la que Dios le había dado estas leyes. La intención de Dios nunca fue que las leyes acerca de las comidas, de los días de fiesta, de las ceremonias y de los sábados fueran formas de salvación. Ningún pecador se puede salvar a sí mismo guardando ninguna ley, porque ningún pecador puede guardar la Ley perfectamente. Cuando los pecadores se den cuenta de esto, no encontrarán esperanza en las leyes de Dios como el camino para encontrar la salvación. Verán las leyes como un espejo perfecto, que les muestra su pecaminosidad.

Las leyes civiles y ceremoniales que Dios estableció mediante Moisés también tenían un propósito histórico, es decir, conservar a su pueblo escogido del Antiguo Testamento, a los israelitas, separados y diferentes de las naciones incrédulas que los rodeaban, hasta que las promesas de Dios se cumplieran y Cristo llegara.

Ellos iban a servir como sombra, como la señal del Salvador venidero. Si el sol brilla sobre la espalda de una persona, la sombra de la persona se proyectará, llegará antes que la persona lo haga, y esto probará que ya se acerca la persona cuya sombra se ve. Todas las características de la ley de Moisés en el Antiguo Testamento eran para recordarles a los israelitas la gran promesa de Dios de enviar a un Salvador y de hacer que se sintieran ansiosos por la llegada de este Salvador.

Cuando Pablo escribió esta epístola, Jesús ya había venido. Las sombras temporales habían servido a su propósito y la realidad había llegado. Jesús es el verdadero pan de vida, el verdadero cordero pascual, el sacrificio perfecto que realmente hizo expiación por los pecados, el que trajo el verdadero descanso del sábado para el alma de los hombres. Toda ley, ceremonia y sombra del Antiguo Testamento se cumplieron perfectamente en él. ¿Para qué otro propósito podían servir esas sombras? Por lo tanto, qué necio era que los falsos maestros insistieran en aferrarse a esas sombras mientras ignoraban a Jesús, el cuerpo que la sombra ya había anticipado.

Es evidente que no era un error que los creyentes judíos continuaran observando algunas de sus leyes ceremoniales del Antiguo Testamento simplemente como una costumbre, pero era un error insistir en estas costumbres y convertirlas en leyes para los creyentes del Nuevo Testamento. Era un error atribuirles a esas leyes un valor que no tenían e imponérselas a los cristianos del Nuevo Testamento como condición para ser salvos. Esas enseñanzas negaban al Cristo todo suficiente y a su perfecta obra redentora. Eso imponía una carga inaguantable sobre los creyentes. Y eso ponía en peligro su salvación misma al fomentar una religión que no era de la gracia, ni de la fe, ni de Cristo, sino de reglas y de leyes humanas.

También los cristianos de hoy en día deben tener cuidado de cualquier intento de atar la conciencia con las leyes, costumbres y reglas humanas. Cualquier enseñanza que busque completar lo que Cristo ha hecho es peligrosa y es una insensatez que destruye el

alma. Debemos rechazar esas enseñanzas, porque no le dan toda la gloria a Cristo.

“Haciendo alarde de humildad y de dar culto a los ángeles” era otro elemento en la enseñanza que Pablo condenaba. Nuevamente, desearíamos tener más información acerca de la naturaleza exacta de esa enseñanza; no hay duda de que los creyentes colosenses entendieron exactamente aquello de lo que Pablo estaba hablando. Todo lo que sabemos con certeza es que este aspecto de la falsa enseñanza era una opinión humana que negaba la total suficiencia de Cristo.

La adoración a los ángeles resultó probablemente de una mezcla de ideas religiosas tomadas tanto de paganos como de judíos, de la superstición y de la curiosidad. Al mundo griego le fascinaba lo desconocido, y todos los seres humanos son por naturaleza supersticiosos. Ideaban teorías acerca de lo desconocido del mundo espiritual que fácilmente podían cautivar la fantasía intelectual tanto de judíos como de griegos cuyo orgullo espiritual consideraba que el evangelio era demasiado sencillo. Los registros de la antigua iglesia en el área general de Colosas y de Laodicea indican que la falsa enseñanza respecto a la adoración a los ángeles y los espíritus presentó un verdadero problema para la iglesia.

Pero, ¿qué podemos decir acerca de la falsa humildad que el apóstol menciona aquí? Otra vez, lo único que podemos hacer es especular. Parece razonable suponer que los falsos maestros justificaban la adoración a los ángeles cuando afirmaban con una “falsa humildad” que, ya que ellos eran indignos de acudir directamente a Dios, en vez de eso tal vez se podrían acercar a él por medio de los ángeles. Esa idea, que parecía tan razonable de acercarse a Dios mediante seres creados, incluía a los creyentes que ya habían entrado al cielo, y todavía está flotando en el ambiente de ciertas iglesias cristianas de hoy en día. Pero no importa cuán razonable parezca esta enseñanza, es sólo una idea humana, y es falsa, porque niega la suficiencia de Cristo como el único mediador entre Dios y el hombre. Pablo les dice a los colosenses que no permitan que los que proponen esas teorías los

incapaciten para recibir el premio. No permitan que los hagan sentir inútiles, ni indignos, ni inferiores por creer en el evangelio “sencillo”. Porque es sólo en el evangelio sencillo y no en las hábiles especulaciones humanas, como se puede encontrar a Jesús, que es el todo suficiente Salvador.

Los falsos maestros de Colosas basaban sus teorías acerca de la falsa humildad y de la adoración a los ángeles en las revelaciones especiales que decían haber recibido, y en un conocimiento superior del mundo del espíritu que afirmaban tener. En conexión con esas afirmaciones jactanciosas querían imponer todavía más leyes, restricciones y reglas a los que los seguían. Con altanero desdén esos maestros menospreciaban a los que se aferraban al evangelio sencillo. Se imponían presumiendo de ser cristianos más sabios y más sofisticados. ¡Se jactaban de su humildad! (qué ironía), y padecían de un sentido ostentoso de su propia importancia.

Pablo no estaba impresionado por las afirmaciones de los falsos maestros; tampoco estaba impresionado con su cristianismo “sofisticado”. Sus enseñanzas complicadas no eran otra cosa sino el producto de unas mentes que no eran espirituales y que habían perdido su relación con Cristo. Esos falsos maestros no veían la verdadera sabiduría y vida espiritual ni todos los tesoros espirituales que solamente se pueden encontrar en Cristo, y no en la adoración a los ángeles ni en la especulación acerca del mundo de los espíritus ni en los sistemas religiosos sofisticados que tenían reglas complicadas.

Cristo es la cabeza de la iglesia y los creyentes son su cuerpo. El crecimiento y las funciones de un cuerpo normal usualmente son dictados por la cabeza. Así como el cuerpo humano, cuando es adecuadamente sostenido y mantenido por los ligamentos y coyunturas, experimenta un desarrollo normal; así también la iglesia, bendecida por Dios, desarrollará en la gracia, en el conocimiento y en la vida cristiana a través de Cristo, su Cabeza. A Cristo la iglesia le debe su salvación, su existencia misma. Todo su desarrollo debe provenir de Cristo. Por tanto, la iglesia no

necesita ni debe buscar ninguna otra fuente de salvación ni ninguna otra fuente de fortaleza para vencer al pecado ni para aumentar su conocimiento, su virtud y su gozo. Los creyentes tienen en Jesús, y solamente en él, todo lo que necesitan y todo lo que quieren. Toda enseñanza que niegue esto, o que no encuentre su suficiencia en Cristo, carece de valor, es engañosa y corta todo vínculo de las personas con Cristo, la Cabeza, ya sea que afirmen que creen en él o no.

En el bautismo los creyentes fueron enterrados con Cristo. Se unieron a Cristo y se hicieron copartícipes de su muerte y de su resurrección. Por virtud de esta unión con Cristo reciben una nueva vida espiritual en la que han sido librados de las absurdas creencias religiosas ideadas por seres humanos pecadores y de las falsas esperanzas de la salvación que se basan en el mérito humano y en los códigos legales terrenales.

En Cristo los creyentes del Nuevo Testamento también han sido librados del pesado yugo de las leyes de Moisés del Antiguo Testamento. Pero si después de recibir esta nueva vida de libertad y la plenitud de la salvación en Cristo, los creyentes de Colosas comenzaran a escuchar a los falsos maestros, si comenzaran a seguir sus reglas y a creer que al guardar estas reglas ganarían o completarían su salvación, lo que en realidad estarían haciendo sería volver a la antigua condición de la que Cristo los había liberado. Y ese podría ser el peor de todos los destinos espirituales posibles.

Con agudo sarcasmo Pablo sintetiza las reglas que los falsos maestros trataban de imponer sobre los colosenses, diciendo: “¡No uses, no comas, no toques!” Pregunta: ¿Por qué someterse a tantos reglamentos, como si por medio de tantas prohibiciones se pudiera obtener la victoria sobre el pecado? El alimento, la bebida y todas las otras cosas del mundo se les dan a los cristianos para usarlas en el mundo, y se acaban con este uso. ¿Acaso no es necio basar la esperanza de la victoria sobre el pecado, y hasta para la salvación misma, en los reglamentos hechos por los hombres que se basan en el uso o no uso de las cosas perecederas? ¿Cómo

pueden los cristianos, los que han llegado a conocer a Jesús y su toda suficiente salvación, dejarse engañar para substituir esas enseñanzas humanas desdichadas y espiritualmente destructivas en vez de las enseñanzas de Cristo?

Sí, los ritos que ellos mismos impusieron, la adoración a los ángeles, la falsa humildad y la abnegación que practicaban los falsos maestros impresionaban grandemente a las personas. ¡Cuán serios y piadosos parecían los que practicaban esas cosas! Aquí la naturaleza misma y la urgencia de la preocupación del apóstol muestran que por lo menos algunos de los cristianos de Colosas debieron haberse preguntado si, después de todo, los falsos maestros realmente tenían algo que ofrecerles. Por eso Pablo termina esta sección al poner las cosas una vez más en el punto de vista correcto.

Él dice que estas ordenanzas tienen la apariencia de sabiduría, pero es todo lo que tienen. No llevan hacia Cristo ni a la salvación, sino que los apartan de él y los llevan hacia la destrucción. Esas enseñanzas humanas no tienen ningún valor para vencer el pecado; los que sigan esas enseñanzas lo único que harán será darle el gusto a su orgullo. El verdadero cristianismo no es nada que se pueda reducir a una serie de reglamentos y ordenanzas, ni tampoco para complacer a los seres humanos pecadores ni para adular su orgullo. El verdadero cristianismo es estar en Cristo, arraigados y edificados en él, enterrados y resucitados con él; caminar con él y vivir con él.

Sí, nosotros los cristianos usaremos la ley moral de Dios como guía para nuestra vida. La perfección es la meta por la que luchamos constantemente, pero nuestra lucha para guardar la Ley no tiene absolutamente nada que ver con ganar nuestra salvación; más bien, es el resultado de haber sido salvados, la expresión agradecida de una fe que ha encontrado toda su suficiencia en Cristo. Pablo les dice a los Gálatas (2:20): “Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

**JESÚS ES SUFICIENTE PARA NUESTRA VIDA
CRISTIANA
COLOSENSES 3:1-4:18**

El todo suficiente Cristo da el poder para llevar una vida santa

3 Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. ² Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra, ³ porque habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. ⁴ Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.

⁵ Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría. ⁶ Por estas cosas la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, ⁷ en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. ⁸ Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. ⁹ No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos ¹⁰ y revestido del nuevo. Éste, conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno, ¹¹ donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni extranjero, esclavo ni libre, sino que Cristo es el todo y en todos.

El apóstol ya ha terminado la parte doctrinal de su epístola, ha tratado en una forma bastante directa y completa las falsas enseñanzas que amenazaban a los colosenses, ha enfrentado los varios elementos de esa falsa enseñanza con la total suficiencia de Cristo. Ahora, como lo hace en muchas de sus otras epístolas, después de terminar la parte doctrinal, Pablo continúa con la sección práctica, dándoles aliento y consejo a los colosenses para

su vida cristiana cotidiana. A medida que lo hace, les muestra a todos los cristianos la importancia vital de la conexión que existe entre lo que creen los cristianos y la manera en que viven. Muestra que, así como Cristo es todo suficiente para la fe de los creyentes, también es todo suficiente para la vida cristiana.

En el capítulo 2:12, Pablo presentó el pensamiento de que en el bautismo los cristianos son sepultados y resucitados con Cristo; aquí repite este mismo pensamiento y lo usa como la verdad básica y motivadora para todas las palabras de aliento para llevar una vida cristiana. Los creyentes han sido resucitados con Cristo. Su fe descansa, no en un Salvador muerto y sin vida, sino en un Señor vivo, que resucitó de entre los muertos y que ascendió a los cielos. Ahora está sentado a la diestra del Padre y gobierna sobre todo el universo como el Dios hombre glorificado, llenándolo todo con su poder.

La resurrección de Cristo y su exaltación son la garantía de su señorío y del perdón de los creyentes. Pero aún más, es algo que trae la resurrección espiritual en el corazón de los creyentes. Cuando el Espíritu Santo lleva a las personas a la fe, las une a Cristo y las hace copartícipes personales de la muerte y de la resurrección de Cristo. Dios considera la muerte de Cristo como si fuera la muerte individual de cada creyente, y cada uno recibe el mérito de la misma. Resucita a cada uno de la muerte espiritual a la vida espiritual, librándolo del poder del pecado y otorgándole la paz, el gozo y el perdón en Cristo.

Los creyentes se han hecho partícipes personales de las bendiciones ganadas por Cristo, y ahora están espiritualmente vivos y están unidos a Cristo. Esto los debe motivar a llevar una clase especial de vida, que está en Cristo y por él. Los que han sido resucitados con Cristo deben estar internamente tan transformados y cambiados que pondrán su corazón en las cosas de arriba, es decir, en las cosas celestiales, en los tesoros espirituales, en las bendiciones que el Cristo resucitado y ascendido ganó para los pecadores y que él misericordiosamente les otorga a los que se acercan a él. Esos tesoros incluyen el

perdón, el conocimiento espiritual, la fe y todos los frutos que produce la fe en la vida de un cristiano, comenzando con el amor. Estos tesoros, y no los tesoros perecederos que el mundo ofrece, deben ser ahora el verdadero interés de los creyentes resucitados con Cristo. Las metas, los valores y las decisiones del cristiano deben reflejar una conciencia que está orientada hacia lo celestial.

Eso no significa que los cristianos se olviden de sus deberes en esta vida o que no hagan las tareas terrenales que el Señor les ha asignado. Tampoco significa que se aparten de la sociedad terrenal en la que el Señor los ha puesto. Significa que al vivir día tras día en este mundo, siempre tendrán en cuenta que su verdadera ciudadanía es de los cielos. Nunca perderán de vista la verdad de que en esta tierra no existe ningún tesoro duradero, sino que los verdaderos valores duraderos solamente se pueden encontrar en Cristo.

Muchos de los cristianos a los que Pablo originalmente les escribió esta carta provenían del mundo pagano y se habían convertido al cristianismo. Alrededor de ellos había tentaciones que podrían hacer que les dieran la espalda a sus valores y manera de vivir cristianos, y volver a la clase de vida que satisfacía su naturaleza pecaminosa. Pero Pablo nos recuerda que todos los que verdaderamente entienden lo que Cristo ha hecho por ellos y saben cuál es el significado de su vida, de su muerte y de su resurrección y ascensión, no podrán centrar su vida nuevamente en las cosas inútiles, variables, materiales, y volver a la forma pecadora de vida por la que otros se preocupan. Los creyentes enfocarán su vida en su Señor resucitado y ascendido. Ya que Cristo ha ascendido, está sentado a la diestra de Dios y tiene en sus manos el control de todo el universo, los creyentes pueden depositar la confianza de su corazón en los tesoros celestiales. Pueden tener la absoluta confianza de que su Salvador exaltado derramará sobre ellos los dones y las bendiciones que necesitan para edificar su vida en él.

Cuando el Espíritu Santo lleva a las personas a la fe en Cristo, mueren para su pecaminosidad y para su antigua forma de vida terrenal. La naturaleza cargada con sus culpas ha sido enterrada

en Cristo. Su condición cambia: de ser objetos de condenación a ser miembros de la familia de creyentes de Dios, y emprenden una forma de vida completamente nueva en Cristo. Durante su vida presente, la nueva vida está oculta con Cristo en Dios. Así que la naturaleza interna de esta vida no es nada que se pueda ver, sino que es un asunto espiritual. Y ya en este mundo los creyentes experimentan los beneficios de la paz con Dios y de las bendiciones de su perdón en su corazón, y su nueva vida en Cristo se refleja en sus acciones externas.

Al mundo esto no le parece gran cosa. Los incrédulos se pueden reír y llamar tontos a los cristianos por adoptar un estilo de vida que rechaza las normas y los valores del mundo y porque afirman que tienen una relación invisible con un Señor divino. Los creyentes pasan por muchas de las mismas dificultades físicas que los incrédulos pasan en el mundo. Pero cuando el Señor ascendido regrese nuevamente como Juez de todo el mundo, lo que ahora está oculto del mundo se hará visible gloriosamente. Se revelará la gloria de la relación interna que los creyentes gozan con el Salvador, y se mostrarán en la gloria con él, de la que gozarán perfectamente y sin interrupción para toda la eternidad.

Explicando un poco más la idea de morir a su antigua forma de vida, Pablo exhorta a los creyentes a dar una evidencia práctica de la orientación de su vida hacia lo celestial al poner de lado todo lo que le corresponda a su naturaleza terrenal. En su estado natural espiritual, aparte de Cristo, todos los seres humanos desde Adán son pecadores y sirven al pecado. En esta condición se dedican a servir al pecado. Sin embargo, cuando las personas llegan a la fe, terminan con su antigua forma de vida pecadora y terrenal y comienzan una nueva forma de vida en Cristo. Hacen que su vida se oriente hacia lo celestial.

Los creyentes todavía tienen su antigua naturaleza pecadora que acecha dentro de ellos, que trata de vencer a la nueva naturaleza que les da el Espíritu Santo de estar dispuestos a las cosas celestiales; día tras día la antigua naturaleza trata de volver a dominar su vida. La vida de los creyentes es una lucha constante

entre las dos naturalezas que hay dentro de ellos, y con mucha frecuencia la antigua naturaleza logra algunas victorias, tal como Pablo lo describe de una manera tan vívida en Romanos 7.

Esta es la razón por la que después de haberle puesto fin al pecado cuando fueron llevados a la fe, todavía es necesario que los cristianos diariamente les pongan fin a las cosas que corresponden a su naturaleza terrenal. En virtud de su nueva vida con Cristo los creyentes tienen el poder de terminar con el pecado en su vida. El ánimo que Pablo les da aquí es que los cristianos, diaria y conscientemente, se esfuercen por utilizar el poder espiritual que tienen en Cristo para negarse a dedicar su cuerpo y su mente al servicio del pecado.

Como parte de estas palabras de ánimo para terminar con el pecado en su vida, Pablo da, a modo de ejemplo, una lista de pecados que brotan de la naturaleza pecadora. No emplea mucho tiempo en la descripción cruda de los detalles de estos pecados, simplemente los menciona como ejemplo de los vicios a los que la naturaleza humana se inclina, y exhorta a los creyentes a luchar para deshacerse de ellos. Incluidos en la lista de pecados que menciona el apóstol, y a los que se les debe poner fin diariamente, están la inmoralidad sexual y todas las acciones pecadoras que quebrantan el Sexto Mandamiento; la impureza, la adicción a las cosas impuras tanto en el cuerpo como en la mente; las pasiones desordenadas, los deseos malvados de donde provienen todos los otros pecados; los malos deseos, y la avaricia, que es la pasión desordenada por poseer las cosas que satisfacen nuestros propios deseos, sin importar los medios que se utilicen para conseguirlas. Pablo nos recuerda que la avaricia en realidad es idolatría, porque le da el primer lugar en la vida de uno a la cosa que se codicia, y la fe no puede vivir en un corazón que está dedicado a amar las cosas terrenales.

No hay duda de que Pablo escogió estos ejemplos en particular porque eran pecados que prevalecían en la sociedad en la que vivían los colosenses. Estos eran pecados con los que el diablo estaba tentando constantemente a los que estaban luchando por

vivir para Cristo. Estos pecados aún predominan en la sociedad de nuestros días, porque la naturaleza pecaminosa del hombre no ha cambiado. Así que nuestra vida espiritual está bajo un ataque constante. Diariamente somos tentados y con la ayuda del Espíritu debemos luchar para ponerles fin a esos pecados en nuestra vida diaria.

Los seres humanos con frecuencia se reflejan en los pecados que Pablo enumera aquí. En los días de Pablo los pecados sexuales eran alentados y practicados en relación con la adoración de ciertos dioses y diosas paganas. Hoy en día se toma como modelo la excitación de la concupiscencia y la participación en los pecados sexuales de toda clase. Así por ejemplo, los pecados sexuales se justifican en el nombre de la libertad y de la expresión personal, y la codicia simplemente se da por sentada como un estilo más de vida. Pero en el versículo 6 Pablo pone las cosas en su verdadera dimensión cuando dice: “Por estas cosas la ira de Dios viene”. Los seres humanos pueden hacer dioses de sus pecados y glorificarlos; la sociedad puede tratar de suprimir la palabra “pecado” de su vocabulario, pero Dios todavía ve el pecado por lo que realmente es, un quebrantamiento de la santidad.

Dios no toma el pecado a la ligera; en su santidad y en su justicia perfecta exige que el pecado sea castigado. Todos los que continúan en pecado y se rehúsan a buscar el perdón de Dios en Cristo Jesús un día sentirán la terrible ira de Dios por estos pecados, si no es aquí en esta tierra, entonces es seguro que será en la eternidad.

Antes de que los colosenses fueran ganados para Cristo, vivían en los vicios pecadores y terrenales que el apóstol acababa de condenar. En esa condición habían estado sujetos a la ira de Dios, pero ahora en Cristo habían sido librados de ese estado desdichado. Su vida de paganos había quedado atrás, y en su nueva vida les tenían que poner fin a los pecados y a los vicios que los habían caracterizado antes. Por lo tanto, una vez más Pablo los exhorta a luchar para derrotar el pecado en su vida.

Los exhorta para que en su vida se deshagan no sólo de los pecados que perturban directamente su relación con Dios, tal como los pecados que se han mencionado en el versículo 5, sino también de toda falta de caridad que perturbe la relación con el prójimo. Muchos de estos pecados la sociedad humana ni siquiera los considera como vicios, pero los cristianos se deben esforzar para hacer desaparecer de su vida la ira, el enojo, la malicia y el resentimiento que consume contra su prójimo, la difamación, el lenguaje obsceno de toda clase. Se hace una mención especial de la mentira, tal vez porque es tan común a la naturaleza pecaminosa de la humanidad y de la sociedad en la que viven los cristianos, pero al mismo tiempo es completamente contraria a todo lo que el cristiano debe hacer y ser como creyente.

Los colosenses se debían deshacer de todos los pecados que el apóstol ha mencionado, así como también de todos los otros pecados que caracterizan la naturaleza pecaminosa, debido a que su antigua naturaleza pecaminosa ya había sido abandonada. Cuando los cristianos son llevados a la fe, se deshacen de su antigua naturaleza como uno se deshace de una prenda de vestir que está vieja y sucia, y se revisten del nuevo hombre, de una nueva naturaleza renovada por el Espíritu Santo a la imagen y conocimiento de Dios. Cuando Adán fue creado, poseía la imagen de Dios, su alma era santa y sin pecado, conocía perfectamente a Dios y se alegraba de hacer la voluntad de Dios. Sin embargo, cuando Adán cayó en el pecado perdió la imagen de Dios, tanto él como su descendencia. Ahora todos los seres humanos, que nacen en el mundo, no nacen a la imagen ni a la semejanza de Dios, sino a la imagen de la naturaleza pecadora de Adán.

Cuando el Espíritu Santo lleva a los pecadores a la fe en Jesús mediante el evangelio, él vuelve a crear la imagen perdida de Dios en su corazón. Sin embargo, mientras los creyentes vivan en este mundo, su naturaleza pecadora se aferrará a ellos, oponiéndose constantemente a la nueva naturaleza y luchando contra ella. Constantemente buscará la oportunidad de volver a tener autoridad

en la vida de los creyentes, y con frecuencia tendrá éxito. Por lo tanto, el nuevo hombre se debe renovar diariamente en los creyentes.

Como una planta que está en proceso de crecimiento, la nueva naturaleza se debe cuidar y nutrir. Eso ocurre cuando los creyentes usan los medios por los que Dios creó la nueva naturaleza, los medios de gracia, el evangelio en la Palabra y en los sacramentos. Mediante el uso fiel y regular del evangelio, en los creyentes se desarrollan la fe y la vida espiritual. Cuanto más crece su fe, producirá mayores frutos en obras de amor en su vida. Cuando en los creyentes se desarrollan la fe y la vida espiritual, pueden vencer de una manera más efectiva al antiguo Adán con sus tentaciones y malos deseos. Cuando lleguen a la gloria, la antigua naturaleza será desechada para siempre y la nueva naturaleza será perfecta. A la luz de la gloria eterna, los creyentes finalmente conocerán a Dios de una manera perfecta, así como él los conoce a ellos.

Aquí en la tierra hay muchas diferencias entre los seres humanos y, basándose en esto, algunas personas desprecian y discriminan a otras. En el versículo 11 Pablo menciona algunas de las diferencias que existían en sus días. Los griegos se consideraban una raza especialmente culta e iluminada, avanzada en el aprendizaje y en la sabiduría de las cosas de este mundo. A todos los que no compartían sus conocimientos ni su sabiduría los consideraban como bárbaros y los despreciaban. Los judíos, el pueblo del pacto en el Antiguo Testamento, estaban orgullosos de ser descendientes de Abraham y menospreciaban a los miembros de otras razas considerándolos como “perros gentiles”. Los judaizantes consideraban a los que habían sido circuncidados como que de alguna manera eran espiritualmente superiores a los que no lo estaban. Hasta los bárbaros, que en la cultura griega no estaban instruidos en el idioma griego, veían con desprecio a los escitas, un pueblo salvaje y guerrero que culturalmente era considerado lo “peor de lo peor”. Y por supuesto, los que eran libres miraban con menosprecio a los que eran esclavos.

Esas diferencias, y muchas más, existían en la sociedad del primer siglo. Diferencias semejantes, algunas sutiles y otras no tanto, todavía existen en todas las sociedades de este mundo. Estas diferencias externas de la sociedad humana no necesariamente desaparecen con el evangelio. Hasta después de que el evangelio entra al corazón de los hombres, algunas personas son cultas e instruidas en las cosas terrenales y otras no lo son tanto. Los seres humanos tienen diferentes talentos y habilidades, y alcanzan diferentes niveles de éxito terrenal. Todavía quedan las diferencias de raza y sexo, de nacionalidad y color. Pero ante Dios todos son pecadores. No importa cuáles sean sus diferencias terrenales, Jesús murió por todos, y todos los que creen en Jesús como su Salvador son perdonados y justificados, sin importar raza, color, rango ni estrato social.

Todos los que son llevados a Jesús tienen dentro de ellos esta nueva y maravillosa naturaleza, que se desarrolla diariamente en conocimiento mediante el evangelio, y que capacita a los creyentes para deshacerse de los pecados de su antigua naturaleza y para producir los frutos de la fe en una vida de amor cristiano. La cultura y el aprendizaje de los griegos no los podían salvar. El hecho de ser descendientes de Abraham tampoco pudo salvar a los judíos. La circuncisión no puede salvar al judaizante, tampoco la falta de cultura condena al escita, ni la falta de libertad al esclavo.

Cristo salva a judíos y a griegos, circuncisos e incircuncisos, bárbaros y escitas, esclavos y libres. La plenitud de todas las bendiciones espirituales se encuentra en él, y les transmite ésta su plenitud a todos los creyentes. La gracia de Dios en Cristo Jesús no conoce barreras. Es un puente extendido sobre todo abismo, no hace distinciones. Esta gracia nos pertenece a nosotros, y no debe haber ninguna diferencia al compartirla.

Entonces nuestra vida como cristianos implica un vivir y un morir. Vivimos para Cristo, con nuestro corazón puesto en las cosas de arriba, y morimos al pecado. Le ponemos fin a nuestra antigua naturaleza pecaminosa que heredamos, y nos revestimos

de la nueva naturaleza que diariamente se renueva en el conocimiento y en la imagen de Dios. Que nuestra vida sea constantemente nutrida por el evangelio y que se caracterice por un desarrollo continuo en la fe. Entonces nuestra vida dedicada a Cristo de una manera continua, consciente e interesada en todo lo que concierne a él, demostrará que le pertenecemos y también mostrará que hemos terminado con el pecado.

¹² Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia. ¹³ Soportaos unos a otros y perdonaos unos a otros, si alguno tiene queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. ¹⁴ Sobre todo, vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. ¹⁵ Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo. Y sed agradecidos.

¹⁶ La palabra de Cristo habite en abundancia en vosotros. Enseñaos y exhortaos unos a otros con toda sabiduría. Cantad con gracia en vuestros corazones al Señor, con salmos, himnos y cánticos espirituales. ¹⁷ Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

La vida de un cristiano debe romper con los antiguos vicios y llenarse con las virtudes cristianas. En los párrafos anteriores el apóstol describió lo negativo, deshacerse de la antigua naturaleza, pecaminosa y corrupta, por lo que el cristiano se esfuerza diariamente. En este párrafo presenta lo positivo. Muestra que las virtudes deben resultar en una vida cristiana al revestirse de la nueva naturaleza que diariamente se renueva a la imagen de Dios, y exhorta a los cristianos a que vivan y hagan que estas virtudes se desarrollen. Estas virtudes se deben convertir en algo permanente y distintivo que identifica la vida de todo cristiano.

Por la belleza de su estilo y por ser un discurso dirigido al corazón, esta pequeña sección no tiene igual. Tampoco tiene comparación en cuanto a su valor práctico. El autor de estos comentarios ha encontrado que esta sección es especialmente una rica fuente para dirigirles palabras a los novios en una boda. Con una claridad maravillosa el apóstol pone aquí los principios generales y positivos que deben gobernar la vida de los cristianos en general y también nuestra conducta en especial en un matrimonio cristiano.

Por la gracia de Dios los cristianos se han convertido en un pueblo especial, un pueblo que le pertenece a Dios y que está unido en hermandad con Cristo. Ahora les corresponde llevar una vida que sea conforme a la hermandad que tienen con su Salvador, para expresar en su vida y en sus acciones la verdad de que ellos realmente le pertenecen a Cristo. En el versículo 12 Pablo se dirige a los creyentes con palabras que les recuerdan lo que Dios ha hecho de ellos. Aquí estos títulos se les aplican a los creyentes de Colosas, pero también describen a todos los creyentes.

Pablo dice que los creyentes son el pueblo escogido de Dios. Desde toda la eternidad Dios por pura misericordia escogió de la multitud de humanos pecadores a los que él llamaría sus hijos. Él lleva a cabo su decreto eterno y misericordioso al llevar a los individuos pecadores a la fe en Cristo por medio del evangelio. Esta elección de gracia no se basó en ningún mérito ni valor de ninguna persona, tampoco fue porque algunos de los pecadores se sintieran más inclinados a creer que otros. Desde la caída de Adán, todos los seres humanos por naturaleza son igualmente pecadores y están espiritualmente muertos. Son igualmente incapaces de salvarse por sí mismos y no pueden responder por sí mismos al llamado del evangelio.

En su inmerecido e insondable amor, Dios lleva obra para que algunos pecadores crean en el evangelio y sean salvos. El hecho de que los colosenses creyeran en Jesús mostró que habían sido escogidos por Dios. El hecho de que nosotros creamos en Jesús

nos da el mismo consuelo, y a medida que usamos el evangelio y los sacramentos para fortalecer y nutrir nuestra fe, afianzamos nuestro llamamiento y nuestra elección (vea 2 Pedro 1:10).

El hecho de que Dios haya escogido a los creyentes para que sean su pueblo salvo, los hace también “santos y amados”. Limpios por la sangre de Cristo y librados de la esclavitud del pecado, los creyentes son los santos de Dios, han sido apartados por él para ser los continuos beneficiados de las bendiciones de su amor y para ser renovados diariamente a su imagen, de modo que puedan hacer una vida de servicio a Dios. Esos nombramientos de honor (pueblo escogido, santo, amado) son los mismos títulos que en el Antiguo Testamento se le aplicaron a Israel, el antiguo pueblo del pacto. Los creyentes en Jesús, no importa cuál sea su nacionalidad, son el pueblo de Dios del pacto en la época del Nuevo Testamento. En la condición espiritual bienaventurada a la que han sido llamados, están continuamente capacitados para deshacerse de la antigua naturaleza con sus vicios y pecados y para revestirse de las virtudes que le corresponden a su nueva naturaleza creada y que es continuamente renovada por el Espíritu Santo mediante el evangelio.

Aquí el apóstol, como lo hizo en la sección anterior cuando habló de los vicios y de la antigua naturaleza a los que uno debe ponerles fin, nos presenta un ejemplo representativo de las actitudes y las virtudes que influirán en la conducta de los cristianos en su relación con los seres humanos. Esas virtudes tienen elementos en común; una vincula o hasta incluye a la siguiente, y todas están unidas por el amor.

El apóstol comienza diciendo que nos revistamos de misericordia. La *misericordia* a la que alude es un sentimiento profundo de afecto arraigado en el amor de Cristo que llena el corazón de los creyentes. Los creyentes muestran compasión especialmente por los que sufren y están en dificultades.

La *bondad* es más amplia que la compasión; es exactamente lo opuesto a la malicia, es una disposición cordial, amable que no

conoce la aspereza. Los creyentes le manifiestan la bondad a cualquiera que se pueda beneficiar de ella en cualquier forma. Los primeros cristianos eran bien conocidos por su bondad, tanto del uno hacia el otro como con todos los seres humanos. Los cristianos de hoy en día también deben abundar en este fruto de la fe.

El creyente con un corazón tierno se muestra bondadoso con los demás; no se tiene en alta estima a sí mismo. Está revestido de *humildad*, que es la virtud que lleva a los cristianos a esforzarse para colocarse voluntariamente bajo los demás y por anteponer el bienestar de los demás a los suyos propios. Pablo no habla aquí de una humildad fingida, como la que presumían los falsos maestros (vea 2:18), sino de la humildad auténtica que caracteriza al creyente que reconoce su propio pecado e indignidad y que verdaderamente aprecia lo que Dios ha hecho en Cristo a beneficio de él y de todos los demás pecadores. El cristiano humilde busca con un amor abnegado servir a Dios y al prójimo.

La mansedumbre y la humildad son actitudes que el mundo pagano desprecia por completo. El mundo de hoy en día también admira la confianza, la seguridad y el orgullo que despliegue cualquier persona. “Las personas amables”, nos dice el mundo, “siempre pierden”. Pero la mansedumbre y el sacrificio humilde fueron las actitudes que caracterizaron a Jesús, y quiere que los que han sido llamados a su familia de creyentes imiten su humildad (vea también Filipenses 2:5-8 y el comentario que hace allí). Con su propia humildad Jesús dignificó la virtud de la humildad para sus seguidores. Qué atmósfera feliz y pacífica existe en una congregación donde cada miembro considera al otro como superior a sí mismo y se regocija en servir a los demás.

La virtud de la *mansedumbre* también ha sido dignificada por Jesús por medio de su ejemplo perfecto. La mansedumbre cristiana no es sinónimo de un carácter débil que se inclina fácilmente ante cualquier brisa ni tampoco permanece sin defender sus principios por falta de valor. El cristiano que sigue a Jesús siempre se mantendrá firme en él. Al mismo tiempo, ese cristiano mostrará

mansedumbre en su trato con los demás, incluso frente a sus enemigos. No será fácilmente provocado a tener arranques de ira ni de furia por el descuido de otros, y pasará por alto el insulto en un espíritu de perdón. Un cristiano que vive en mansedumbre preferirá sufrir agravios antes que causárselo a los demás.

El apóstol empareja la mansedumbre con la *paciencia*, que es sinónimo de la longanimidad que se usa en otras traducciones. Es “soportar” a pesar de las provocaciones y de las injusticias. El cristiano que es paciente no guarda rencor ni alberga pensamientos de venganza cuando sufre injusticia o maltrato. La mansedumbre y la paciencia son características raras entre los seres humanos, pero deben ser una marca distintiva de los escogidos, santos y amados hijos de Dios.

Cuando viven juntos unos con otros y con sus prójimos incrédulos en el mundo, los creyentes siempre deben recordar que son pecadores que viven con pecadores. A pesar de todos sus esfuerzos, habrá fallas en su vida cristiana, surgirán fallas e imperfecciones. Habrá ocasiones en las que los cristianos hasta se lastimarán el uno al otro y surgirán quejas de unos contra otros. Pero día tras día los cristianos lucharán por un mejor entendimiento. *Se soportarán unos a otros* y se ayudarán unos a otros, en amor pasarán por alto desaires e injurias. Tratarán de ayudarse el uno al otro en el desarrollo espiritual, y se fortalecerán mutuamente en vez de lastimarse el uno al otro con desprecio. Y gozosamente *se perdonarán el uno al otro*, tal como Cristo los perdonó.

Mientras estuvo en la tierra, Jesús con frecuencia animó a sus discípulos a cultivar un espíritu de perdón. Les enseñó a orar: “Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.” Desde la cruz perdonó a sus enemigos, y en la cruz soportó la injusticia que comparada con las injusticias que nosotros podamos sufrir a manos de otros, realmente parecen mínimas. Hasta hoy, aunque con frecuencia despreciamos su amor, él diariamente nos restablece y nos perdona.

Si entendemos bien esto, nunca habrá ninguna duda en nuestro corazón respecto a la buena voluntad para perdonarnos el uno al otro. Piense por un momento de qué manera cambiaría la calidad de nuestra vida cristiana para mejorar, si todos nosotros aprendiéramos a perdonarnos unos a otros de corazón y después de perdonarnos, olvidar lo acontecido. Cuando Pablo anima al perdón mutuo, no habla de un perdón con condiciones. Es fácil estar de acuerdo en perdonar cuando se pide perdón o cuando se ofrece alguna enmienda para halagar nuestro orgullo herido, pero el perdón que Jesús nos ofrece no se basa en ninguna condición que debamos cumplir para poder ser perdonados. Así debe ser el perdón que nos damos los unos a los otros. Un perdón que se da de acuerdo al espíritu de Cristo es inmediato e incondicional. Este tipo de perdón acaba con las riñas desde su origen y no se permite albergar resentimientos ni odios que carcoman el alma. ¿Es esta la clase de perdón que practicamos en nuestra vida? Si no es así, pidámosle a nuestro Salvador que nos ayude a practicarlo.

Pablo concluye que por encima de todas estas virtudes nos debemos vestir de *amor*, que une a todas estas virtudes en una unidad perfecta. El amor es la virtud que encabeza la lista de los frutos de la fe. Es la virtud que corona la vida de todo cristiano, la única sin la que las demás no podrían existir. El amor, como Pablo usa el término aquí, tiene un significado profundo que los no cristianos no pueden comprender. Para un creyente el amor es más que una fascinación externa o que los sentimientos eróticos en los que el mundo se gloria. También es mucho más que el amor de una simple amistad.

El amor que corona todas las virtudes cristianas encuentra su ejemplo perfecto en Cristo. Es un amor abnegado, consciente, con propósito, que se muestra a los demás, no para obtener ninguna recompensa, sino simplemente porque es desinteresado. Es un amor que se extiende hasta lo que no es amable y a lo que no se puede amar, se da sin discriminación. Los creyentes se muestran este amor unos a otros, pero también rebasa los límites de la

comunidad cristiana y se extiende hacia todos los hombres. Este amor cristiano especial que existe en el corazón de los creyentes le otorga valor a todo lo demás que hacen, y capacita a los creyentes para avanzar unidos a medida que se esfuerzan por alcanzar la meta de la madurez perfecta en su vida, la meta que ciertamente alcanzarán, con la gracia de Dios, cuando lleguen a la gloria de la vida eterna.

Al enfatizar la importancia del amor y todas las virtudes que fluyen de él y que el amor une, una vez más el apóstol les recuerda a sus lectores que no es la sabiduría humana ni la filosofía ni una obediencia estricta externa a las reglas y leyes, sino el amor que mora en el corazón de los creyentes el que los lleva a desarrollar espiritualmente y a la verdadera plenitud de su vida cristiana. El amor, así como todas las otras virtudes que él une, solamente puede venir de Cristo, en el que mora toda la plenitud.

Los creyentes cuyo corazón está lleno hasta desabordarse con el amor y sus frutos conocerán la *paz* del Salvador. En realidad esta paz gobernará en su corazón. La paz de Cristo es el descanso y la satisfacción que llenan el corazón de los que conocen a Cristo y su amor perdonador. Es el sentimiento de serenidad que viene de saber que nuestros pecados han sido perdonados, y de que somos hijos de Dios, que Dios es nuestro amigo y que todo está bien con nosotros. Es la confianza de saber que ahora y en el futuro que no conocemos, nuestro Salvador, que tanto nos ama, obrará todas las cosas para el bien de sus hijos perdonados. Esta paz sobrepasa a todo entendimiento. El Espíritu Santo se la otorga a los creyentes por medio del evangelio. A medida que llena el corazón de los creyentes, los capacita para estar en paz, no solo con Dios, sino también con ellos mismos y con los demás.

El lenguaje figurado que Pablo usa en sus palabras de ánimo a los creyentes para que dejen que la paz “gobierne” en su corazón es el de un árbitro en una competencia atlética. Qué confusión habría en estos acontecimientos si es que no hubiera funcionarios que entienden las reglas del juego y las decisiones basadas en estas reglas. Con la paz como árbitro en su corazón, los cristianos

tomarán decisiones y llevarán a cabo acciones que fomenten la paz. Cuando se susciten diversas discordias dejarán que la paz sea el árbitro y escogerán lo que refleje y fomente la paz entre sus compañeros. En el corazón que es gobernado por la paz no habrá lugar para la ambición ni el descontento ni la envidia ni el conflicto. Así será sobre todo entre los cristianos, puesto que cuando fueron llamados a ser creyentes, se unieron a Cristo en la hermandad de la fe y fueron llamados a vivir juntos en paz.

A la luz de lo que aquí dice el apóstol, ¿no es cierto que las disputas, los resentimientos y los celos, que con frecuencia perturban la paz de nuestra alma y de nuestras congregaciones, parecen sin importancia, tontos, y totalmente innecesarios? ¿Es que permitimos que el odio y el descontento envenenen nuestro corazón ahora mismo? Si así es, dejemos que la paz de nuestro Señor sea la que resuelva nuestros conflictos. Gocemos al máximo de esta paz y reflejémosla plenamente porque Jesús la ganó para nosotros y porque nos llamó a vivir en esta paz.

Los cristianos cuyo corazón está lleno del amor de Cristo y es gobernado por la paz que él les da, naturalmente estarán *agradecidos*. En esta epístola que es relativamente breve, Pablo anima cinco veces a los cristianos a que sean agradecidos. A medida que el conocimiento de Cristo y las bendiciones espirituales que tienen en él aumenten y maduren en los creyentes, así mismo pasará con su gratitud, que se hará evidente en toda su manera de vivir. El amor y la paz siempre dan como resultado el agradecimiento, y éste a su vez fomentará el amor y la paz.

Todos los seres humanos deben ser agradecidos; se espera que los cristianos lo sean. La ingratitud es una característica del paganismo. Quizá también fue una característica de los falsos maestros que estaban tratando de infiltrarse solapadamente en la congregación de Colosas. Sin embargo, los creyentes que encuentran todo lo que necesitan en su Salvador no se deben distinguir por su pesimismo e ingratitud, sino por su gratitud y por su optimismo. Éste es un espíritu que refleja sus bienaventuranzas y los hace ser una bendición para los demás. ¿Refleja nuestra

forma de vivir el agradecimiento gozoso que tenemos en nuestro Salvador?

La nueva naturaleza de los creyentes, y las virtudes que ella produce son producto de la obra del Espíritu Santo en el corazón de los creyentes por medio del evangelio. Para permanecer firmes y para que estas virtudes se desarrollen, el cristiano debe estar en contacto constante con el evangelio de Cristo. Es por esto que el apóstol exhorta a los cristianos colosenses a que dejen que la palabra de Cristo habite ricamente en ellos con toda sabiduría. Para los colosenses, la palabra de Cristo incluía las Escrituras del Antiguo Testamento, así como las Escrituras inspiradas del Nuevo Testamento que ya poseían. Para nosotros incluye tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento.

Pablo nos enseña que las Escrituras deben ser algo más que lo que el cristiano escucha periódicamente y no algo que uno invita a su hogar de vez en cuando. La palabra de Cristo debe vivir en los cristianos continuamente, ocupando cada rincón de su vida con su bendecida sabiduría espiritual. Un diario estudio bíblico debe ser parte de la vida del cristiano y debe ser el centro alrededor del que gira la vida de la familia cristiana.

Las Escrituras también deben ser el punto central del servicio de adoración de la congregación y de todas sus otras actividades. Basados en la palabra de Cristo y en la sabiduría que ella imparte, los cristianos se deben enseñar y reprender unos a otros en público y en privado. Cuando la Palabra habita en ellos, la fe de los cristianos aumentará y también su conocimiento de la vida cristiana, y ellos se podrán animar unos a otros. Cuando los cristianos ignoran las Escrituras o las usan con poca frecuencia y con descuido, se privan a sí mismos y a sus hermanos cristianos de las bendiciones que el Señor derramaría con gusto sobre ellos.

La vida en la que mora la palabra de Cristo será una vida que desborde alabanzas a él. Pablo reconoce el valor de los cantos que glorifican a Cristo cuando anima a los creyentes a que canten salmos, himnos y cánticos espirituales con gratitud en su corazón al Señor. Martín Lutero evidentemente captó el espíritu que el

apóstol intenta transmitir cuando habla acerca de la música como de “un don de amor... que es precioso, un tesoro digno y valioso dado a la humanidad por Dios”.

No es fácil distinguir con precisión entre los tres términos que el apóstol emplea aquí para los cánticos de los creyentes. Muy bien pueden tener elementos en común en su significado. “Salmos” probablemente se refiere al libro de los Salmos del Antiguo Testamento, que ha servido como himnario para los creyentes del Antiguo y del Nuevo Testamento. “Himnos” posiblemente se refiera a las canciones de alabanza del Nuevo Testamento, incluyendo himnos inspirados como el *Magnificat* (Lucas 1) y los cantos de alabanza escritos por hombres y mujeres de fe en la época temprana del Nuevo Testamento. Algunos eruditos bíblicos piensan que puede haber algunas citas de los himnos que los primeros cristianos intercalaron a través de las epístolas de Pablo, especialmente en las secciones donde prorrumpen en alabanzas de júbilo hacia Dios. “Cánticos espirituales” se piensa que son cánticos sagrados mas no inspirados y que son algo más subjetivos en su naturaleza. No podemos decir con certeza si éstas eran precisamente las diferencias que el apóstol quería hacer. Sin embargo, es claro que Pablo nos recuerda a los creyentes que tenemos una rica fuente de recursos para adoración a nuestra disposición y que debemos usar estos recursos para expresar nuestra gratitud por las bendiciones de la gracia de Dios en nuestra vida.

Tampoco los cánticos de los creyentes, ni ninguna parte de la adoración, deben ser un asunto de labios solamente. Debe ser, antes que nada, un asunto del corazón ofrecido con un espíritu gustoso de gratitud y de alabanza a Dios. Las Escrituras no nos dicen cuántas de las cosas que ahora disfrutamos aquí en la tierra estarán presentes con nosotros en el cielo. Sin embargo, nos dice que habrá cánticos en los cielos. Nuestro hogar y nuestras iglesias son la antesala de los cielos cuando los creyentes elevamos nuestra voz en cantos de alabanza y de gratitud a Dios, que glorifican a Cristo y que edifican a las personas.

Finalmente Pablo resume y concluye esta invaluable sección al definir el principio fundamental que debe gobernar la vida de todo cristiano. Cualquier cosa que hagan, dice, háganla en el nombre del Jesús, dándole gracias a Dios Padre a través de él. El nombre de Jesús incluye toda la revelación de sí mismo. Hacer algo en el nombre de Jesús significa hacerlo en la relación vital que tenemos con él, de acuerdo con su voluntad y dependiendo de su poder. Los cristianos hacen todas las cosas en el nombre de Jesús cuando permiten que su relación con Cristo controle sus relaciones con los demás.

Con toda propiedad Pablo termina esta sección con un recordatorio más a los colosenses y a todos nosotros sobre el gran tema de la epístola: Jesús, el todo suficiente Salvador. Que el Salvador, y solamente el Salvador, sea quien provea todo lo necesario para nuestra vida cristiana.

El todo suficiente Cristo santifica nuestras relaciones familiares

¹⁸ Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. ¹⁹ Maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis ásperos con ellas. ²⁰ Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor. ²¹ Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten.

²² Esclavos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. ²³ Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres, ²⁴ sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís. ²⁵ Pero el que actúa con injusticia recibirá la injusticia que haya cometido, porque no hay acepción de personas.

4 Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros esclavos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos.

Ya sea que los cristianos estén a la vista del público o en la privacidad de su hogar, deben hacer todo “en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él”. Aquí Pablo le aplica este principio general a las relaciones familiares de los creyentes. Poco después, en el capítulo 4:5,6, él lo aplica a las relaciones de los cristianos con los incrédulos que nos rodean. El resultado es una especie de “reglas de la casa” o “tabla de deberes”. En los escritos de algunos filósofos no cristianos también encontramos códigos de conducta y sugerencias de deberes para la sociedad humana, pero solamente en las Escrituras los cristianos encuentran este consejo: “Hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús”, por encima de todos los deberes diarios. Solamente en Jesús, que es el centro de las Escrituras, encontramos la fuente de amor y de fortaleza espiritual que nos dará el deseo y la habilidad para cumplir fielmente estos deberes.

El apóstol comienza su tabla de los deberes de la familia cristiana hablando de la relación básica y principal en la familia, la relación entre esposo y esposa. Es claro que el matrimonio no está limitado a los cristianos. Es la respuesta de Dios a una necesidad básica y universal del ser humano. Por medio del matrimonio Dios en su misericordia provee la compañía especial e íntima que el ser humano necesita. Igualmente provee a la castidad del hombre y de la mujer y a la continuación de la raza humana a través de la bendición de los hijos.

El matrimonio no es lo mismo para todos. El mandato del apóstol que se hagan las cosas en “el nombre del Señor Jesús” pone el matrimonio cristiano a un nivel más elevado. Tampoco es sólo un contraste externo el que existe entre un matrimonio cristiano y uno que no lo es. Ni radica en tener menos pleitos, discusiones ni infidelidades, aunque ciertamente debería incluir estas cosas. Hacerlo todo en el nombre de Jesús afecta toda la relación que existe entre esposo y esposa, ya que sus valores cristianos y sus actitudes se reflejan continuamente en la forma en que se hablan el uno al otro y en la forma en que se tratan.

Con una brevedad notable Pablo describe los papeles que Dios les asignó tanto al esposo como a la esposa en un matrimonio cristiano. “Casadas”, dice, “estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor.” El feminismo moderno grita al escuchar las palabras “estad sujetas”. El movimiento de liberación femenina cataloga al apóstol Pablo de chauvinista y denuncia sus palabras como un retroceso a una época de oscuridad con respecto a los derechos de la mujer. Palabras como someterse y obedecer, dicen, deben ser eliminadas de la ceremonia matrimonial, y que lo que ellas implican también deben ser eliminado del matrimonio mismo. Sin embargo, el movimiento feminista no puede eliminar este pasaje de las Escrituras, no pueden eliminar lo que las Escrituras enseñan consistentemente al respecto. Ni siquiera se toman el tiempo para tratar de entender lo que las Escrituras realmente dicen aquí.

Al considerar este pasaje, es bueno que recordemos que no es el apóstol Pablo el único que habla aquí, es el Señor mismo. Tampoco debemos olvidar que lo que Pablo les dice aquí a las esposas es solo la mitad de un cuadro completo. Es decir, que las instrucciones de esta sección son recíprocas, y que el significado completo de lo que Pablo les dice aquí a las esposas queda claro sólo después de estudiar las instrucciones correspondientes que les da a los esposos. Y lo más importante de todo es que nunca debemos olvidar que todas las instrucciones de esta sección se dan en un espíritu de amor verdadero.

Entonces, ¿qué es lo que el apóstol quiere decir cuando exhorta a las esposas cristianas a que se sometan a su esposo? No significa que la mujer sea inferior; en las culturas paganas a las mujeres se les considera como seres inferiores, pero el cristianismo le otorga dignidad a la mujer. El mismo apóstol Pablo nos dice en Gálatas 3:28 que en Cristo, es decir, respecto a la salvación, no hay diferencias entre hombre y mujer. Sin embargo, el llamado de Pablo a las mujeres cristianas a que sean sumisas nos recuerda que, en lo que concierne a esta vida, Dios creó al hombre y a la mujer diferentes, tanto biológica como emocionalmente.

Primero creó al hombre, luego a la mujer como complemento del hombre, como “ayuda idónea” para él. Este orden de la creación se refleja en las relaciones familiares cuando el esposo es reconocido como la cabeza, el líder de la familia. Si usted trata de crear algo con dos cabezas, o sin cabeza, termina creando un monstruo. Dios ha dejado en claro que en las relaciones matrimoniales las mayores bendiciones ocurren cuando la esposa cristiana voluntariamente reconoce el liderazgo de su esposo y lo hace así por la mejor razón posible, porque esto “conviene en el Señor”.

Como ya lo hemos dicho, son recíprocas todas las instrucciones del apóstol en esta sección de deberes familiares. No podemos entender el significado completo de lo que enseña a menos que estudiemos las dos partes de sus instrucciones. La contraparte para “casadas, estad sujetas a vuestros maridos” NO es “maridos, señoreen sobre sus esposas”, sino “maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis ásperos con ellas.” El Señor no le da a ningún marido el derecho de ser un tirano ni un dictador en casa.

El trato que un marido cristiano le da a su esposa refleja la bondad, la consideración, la delicadeza, la dignidad y su amor firme e inquebrantable. Este amor es semejante al del Salvador por sus creyentes. El verdadero amor cristiano, voluntariamente se da y se sacrifica sin esperar nada a cambio. Es extraño, ¿pero acaso no es verdad que algunos esposos parecen dar por sentado que su esposa lo ayudará con su trabajo pero se niegan a levantar ni un solo dedo para ayudar a la esposa con la carga de las labores domésticas? El amor del Señor llama a que los maridos cristianos no tengan esa actitud. El esposo cristiano siempre es amable y considerado, nunca exigente ni rudo.

Tampoco el hecho de que los maridos sean la cabeza de la familia, según el mandato de Dios, significa que tomen las decisiones de una manera arbitraria o unilateral. El marido que busca ser un líder efectivo de su familia tomará tiempo para comunicarse con su esposa. Buscará el consejo de ella, tratará de entender sus sentimientos y buscará hablar de los asuntos y los

problemas familiares de una forma razonable, abierta y cariñosa. Juntos el esposo y la esposa acudirán a la palabra de Dios en busca de consejo con respecto a las decisiones que tienen que enfrentar y que afectan su vida familiar. Orarán juntos para pedir que Dios les dé sabiduría y la capacidad de tomar decisiones cristianas que sean sensatas en los asuntos de los que la palabra de Dios no habla directamente. Y todo el asunto sórdido del abuso físico del esposo a la esposa ni siquiera se debe mencionar entre los cristianos.

En la epístola a los Efesios, que en muchos aspectos es una epístola compañera de la de los Colosenses, Pablo compara la relación que debe existir entre un esposo cristiano y su esposa con la relación que existe entre el Señor y su iglesia. Así como es inconcebible que Cristo se volviera en contra de su iglesia, que fuera áspero con ella o que la maltratara en alguna forma, así también debiera ser inconcebible que un esposo cristiano maltrate a su esposa o sea áspero con ella. Así como la iglesia responde con alegría al amor de Cristo y con buena voluntad para servirlo, así las esposas se deben someter voluntariamente al liderazgo de su esposo como conviene en el Señor. El amor de un marido cristiano hará que su esposa desee someterse voluntariamente, no como una cosa mortificante ni desagradable, sino como una expresión recíproca del amor cristiano que es abnegado.

Hoy en día hay muchos peligros que amenazan la estructura de la familia. Cada año se desintegran alrededor de un millón de familias en los Estados Unidos. En esta última década, ¿quién de nosotros no ha visto pasar un año sin ver la desintegración de una familia, ya sea en el círculo de amigos o incluso en el círculo de nuestros familiares? ¿Hay algún lector de este libro que no haya sentido problemas en una u otra forma en sus propias relaciones familiares?

Nuestra sociedad no tiene respeto por la institución del matrimonio y desprecia el papel que Dios les ha dado a los esposos, a las esposas y a los hijos. Eso ha contribuido grandemente a la triste situación de la vida familiar por la que atraviesa nuestra sociedad. Es evidente que no hay matrimonio

perfecto en la tierra, ya que no hay gente perfecta. Pero cuando el amor de Cristo llena el corazón de los esposos y esposas cristianos y siguen sus instrucciones, mientras cada uno busca amar y servir al otro, edificarán matrimonios y hogares que le pondrán un freno a la marea que arrastra a la sociedad, tendrán matrimonios que duren y hogares en los que reine la paz y la felicidad porque reciben las bendiciones de Dios.

Después el apóstol habla de las relaciones entre padres e hijos. Los hijos deben obedecer a sus padres en todo. Dios les da la responsabilidad a los padres para ejercer la autoridad sobre sus hijos. Ante Dios los padres son responsables por el desarrollo físico, emocional, mental, social y espiritual de sus hijos. Cuando cumplen con sus responsabilidades, los padres no deben dejar que los hijos hagan lo que les venga en gana, eso podría ser un serio error. Más bien los padres deben exigir obediencia de sus hijos y los hijos deben ser obedientes, no sólo cuando los padres les pidan hacer lo que es fácil o agradable, sino también en las cosas que sean difíciles o aburridas. Los hijos cristianos deben obedecer, no a regañadientes ni con un espíritu amargado, sino de buena voluntad, sabiendo que, a final de cuentas, ellos no sólo están obedeciendo a sus padres sino al Señor.

Esta obediencia voluntaria le agrada al Señor. Esto es porque tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento al Cuarto Mandamiento, “Honra a tu padre y a tu madre”, le agrega una promesa alentadora “para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da”. Una de las mejores formas en que los hijos pueden mostrar su amor por Dios es, precisamente, obedeciendo a sus padres. Dios les promete a los padres que les exijan obediencia a sus hijos y a los hijos que obedezcan, las bendiciones de un hogar tranquilo, pacífico y feliz.

Dios quiere que los padres exijan que sus hijos los obedezcan, pero las Escrituras y la experiencia enseñan que la obediencia no es algo que se tenga por naturaleza; la obediencia se tiene que enseñar. A veces es necesario insistir en esto por medio de la corrección y de la disciplina, aun si es necesario con la vara del

castigo corporal, pero Dios también tiene una palabra aquí para los padres. Los padres no deben desalentar a sus hijos ni hacerles difícil la obediencia. Más bien, los padres deben probar que son dignos de ser respetados y obedecidos por sus hijos. Cuando les enseñan a sus hijos la obediencia, los padres no deben ser inconsistentes, dictatoriales, irrazonables ni duros.

Dios no quiere que los padres sean indulgentes con sus hijos ni que les den todo lo que quieran; tampoco quiere que sean ásperos con sus hijos para que no se vuelvan amargos ni sientan que no pueden hacer nada bien ni nada que sea agradable a sus padres. El espíritu de los hijos es frágil y se puede quebrantar muy fácilmente. La disciplina nunca debe ser la manera en que los padres desfogueen ni sus frustraciones ni su ira en los hijos. La disciplina siempre debe ser el resultado del deseo cariñoso de los padres de enseñarle a su hijo a evitar el camino equivocado y a seguir el camino recto. Dios quiere que los padres amen a sus hijos, y tanto los padres como las madres no se deben sentir avergonzados de expresar en palabras su amor hacia sus hijos ni de demostrarlo. Hay mucho qué decir acerca del sentimiento que expresa el lema que se ve en el parachoques de un auto, y que dice: “¿Ha abrazado usted a su hijo hoy?”

Qué hermoso es cuando los padres cristianos crean en su hogar una atmósfera cálida y agradable en la que los hijos encuentran gozo en la obediencia. Por otra parte, qué tragedias indecibles resultaron cuando los padres, aun cuando verdaderamente amaban a sus hijos, los amargaron por medio de la falta de guía y de una disciplina apropiadas, por una dureza excesiva o por no saber comunicar su afecto por ellos de una manera apropiada y efectiva.

Los padres que aman a sus hijos también tendrán el cuidado de darles una adecuada alimentación espiritual. No sólo es un asunto de la madre, sino también del padre. Tomarán un interés especial en la preparación espiritual de sus hijos. En las familias donde el padre, así como también la madre, asisten a la iglesia con sus hijos, es muy probable que los hijos hagan lo mismo cuando sean mayores y tengan su propia familia. Sobre todo, los padres

cristianos darán un ejemplo que hará que los hijos vean que la palabra de Dios es algo vivo y vigente.

La tarea de criar hijos en nuestra sociedad es difícil y con frecuencia es desalentadora. La naturaleza pecaminosa tanto de hijos como de padres, así como también la multitud de tentaciones con las que el diablo busca desviar a los niños y a los adolescentes del camino de la obediencia, a veces amenaza con aplastar a los padres cristianos. Pero si padres e hijos buscan la ayuda del Señor y siguen sus instrucciones, habrá hijos más obedientes y padres más comprensivos. Hasta en los momentos más desalentadores de sus experiencias en la crianza de los hijos, los padres no deben dejar de confiar en la promesa alentadora de Proverbios 22: 6: “Instruye al niño en su camino, y ni aun de viejo se apartará de él”.

En los días del apóstol, los esclavos también eran parte de las relaciones familiares. El poderoso Imperio Romano avanzaba con la fuerza del trabajo de los esclavos. Se estima que por un tiempo quizá un tercio de la población del Imperio Romano consistía de esclavos. Los convictos o prisioneros de guerra eran convertidos en esclavos, otros fueron secuestrados por traficantes de esclavos y fueron forzados a la esclavitud o llegaron a serlo porque no podían pagar sus deudas. Es evidente que los hijos de los esclavos también eran considerados como esclavos.

Pablo dice aquí que los esclavos les que pertenecen a la casa de sus amos, porque muchos esclavos vivían y trabajaban en el hogar de su amo. Las manualidades ligeras se hacían en la casa. El amo o el ama de casa supervisaban a dos o tres o grupos de esclavos que producían telas, cerámica, joyas, zapatos y otras cosas que se podían comercializar.

A medida que el evangelio cristiano avanzaba en el imperio, muchos esclavos se convirtieron al cristianismo. De vez en cuando los maestros también llegaban a serlo. En cualquier caso se planteaba la pregunta: ¿Cómo era que los hijos de Dios, amos o esclavos, podían relacionar su nuevo estado religioso con su estado social? Pablo trata de este asunto en una forma que para algunos

puede parecer sorprendente. Aunque en 1 Timoteo 1:10 condena como algo inmoral el comercio de esclavos, ni aquí ni en ninguna otra parte defiende la esclavitud ni su abolición inmediata. No les pide a los amos que dejen en libertad a sus esclavos, ni a los esclavos que se rebelen contra sus amos. La abolición inmediata de la esclavitud le hubiera ocasionado un caos al Imperio Romano y hubiera sido la causa de un gran sufrimiento, especialmente a los que eran esclavos. No es de cristianos el derrocar violentamente las instituciones que las sociedades han establecido. Muchos reformadores sociales de hoy en día pierden de vista un concepto clave que el apóstol hace ver aquí, es decir, que la meta principal del evangelio no es cambiar las normas sociales, sino cambiar el corazón. El apóstol aceptó las estructuras sociales tal como estaban y les habló con el evangelio a los que vivían en esas estructuras. Si el evangelio lograba cambiar el corazón de las personas entonces el cambio en las estructuras e instituciones sociales se desarrollaba en una forma tranquila y pacífica. Si es que ellos seguían las instrucciones que el apóstol les da a los esclavos y a los amos, se eliminarían la maldad y la brutalidad asociada con la esclavitud y se dignificaría el trabajo de los esclavos cristianos, tanto ante sus propios ojos como ante los ojos de sus amos.

A los esclavos cristianos Pablo simplemente les dice: “Esclavos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales”. La única excepción a esta obediencia sería un mandato del amo que pidiera hacer lo contrario a la voluntad de Dios. Los esclavos cristianos no debían ser obedientes sólo para llamar la atención del amo ni para impresionarlo cuando él estuviera mirando. No, la obediencia debería ser verdaderamente sincera. Si los que servían recordaban que en última instancia estaban sirviendo a Cristo, su trabajo sería digno y noble hasta en las tareas más bajas. La flojera, la deshonestidad y la mala voluntad hacia su amo debería ser reemplazada por la integridad, la honestidad y por una buena disposición para servir.

Los esclavos cristianos estarían haciendo avanzar la causa de Cristo al cooperar en una forma incondicional y en completa obediencia a sus amos. Así los amos verían cuál era el poder transformador del evangelio en la vida y en el corazón. Aunque los esfuerzos y el respeto mostrados por los esclavos cristianos no fueran recompensados por sus amos en esta tierra, el Señor mismo les asegura que, en la herencia eterna que les ha preparado, reconocerá y recompensará misericordiosamente el servicio que les prestaron a sus amos terrenales como parte de lo que ellos hicieron para el Señor mismo. Por otra parte, el apóstol les recuerda tanto a los esclavos como a los amos que el Señor ve cómo se tratan unos a otros. Los que con toda intención hacen mal, no importa qué clase de disculpa pudieran pensar que tienen, encontrarán que el Señor no pasará por alto ni tratará a la ligera sus maldades.

Las instrucciones que Pablo les dirige a los amos enfatizan igualmente la bondad y el amor recíprocos. De acuerdo a la ley romana un esclavo era considerado como una propiedad que no tenía ningún derecho; un amo podía comprar, vender, y hasta matar a un esclavo legalmente. Había maldades grotescas que se cometían en contra de los esclavos. Pablo invoca a los amos cristianos para que ejerzan su autoridad en el nombre de Jesús. Deben tratar a sus esclavos en una forma humana, sin olvidar nunca que ellos también, los amos, tendrán que rendir cuentas a un Amo que es mucho más grande que ellos mismos. Eran responsables ante el Amo celestial, que murió para salvar tanto a esclavos como a libres. El alma de todos, sin importar su estrato social, es preciosa ante sus ojos, y puede llenar el corazón tanto de esclavos como de libres con su amor y los puede capacitar a unos y a otros para vivir para la gloria de Dios. En una aplicación de la regla de oro de Jesús respecto a la relación esclavo/amo, el apóstol apremia a los amos cristianos de Colosas a que traten a sus esclavos exactamente en la misma forma en que ellos quisieran ser tratados por su Amo celestial.

Pablo tiene más que decir en estos versículos acerca de la relación esclavo/amo que acerca de cualquier otra relación familiar. Y esto era muy natural, porque con esta carta y con la carta a Filemón el apóstol estaba enviando de regreso a casa a un esclavo fugitivo, a Onésimo, a su amo Filemón que estaba en Colosas. A Onésimo se le menciona en el versículo 9 de este capítulo; y toda la epístola a Filemón, también incluida en este mismo volumen, trata de esta misma situación de esclavo/amo

Los principios cristianos que Pablo establece para la relación entre esclavos y amos cristianos pueden servir de orientación para las modernas relaciones entre empleados y empleadores. A través de estas palabras del apóstol el Señor dignifica nuestro trabajo. Como cristianos queremos servir al Señor con nuestro trabajo fiel y diligente ante los diferentes llamamientos que tenemos en esta tierra. Nuestros trabajos diarios son fruto de la fe y los debemos llevar a cabo con un espíritu de servicio al Señor. El apóstol exhorta a los trabajadores cristianos de hoy en día a que se dediquen por completo al trabajo que hacen como si el Señor mismo fuera su empleador.

Aquí en la tierra el empleado que se empeña en cumplir bien con sus tareas es posible que nunca sea bien recompensado por sus esfuerzos ni que gane nada más que sus compañeros de trabajo que solamente “marcan la tarjeta” y se desentienden de lo que deben hacer. El empleado cristiano se convertirá en el objeto de las burlas de parte de sus compañeros. Pero el Señor ve los frutos del trabajo de todos sus creyentes. Sobre todo ve la actitud del corazón, y reconocerá y recompensará misericordiosamente esta fidelidad cuando entren al hogar celestial.

Igualmente al Señor le gusta tener empleadores que traten a sus empleados con justicia. Los empleadores también tienen un amo en los cielos. Si los empleadores y los empleados siguieran estas pautas sencillas y se respetaran el uno al otro en abnegado amor cristiano, muchas de las dificultades que existen hoy en día entre los trabajadores y la empresa desaparecerían. Entonces la economía de la nación sentiría un florecimiento como una

consecuencia bienaventurada que se basa, no en la codicia sino en la consideración mutua. Que todo empleado y empleador cristiano lean estos consejos inspirados del apóstol Pablo a los colosenses y recuerde que aunque no podamos cambiar el mundo, con la ayuda del Señor, podemos comenzar a cambiar nuestro pequeño ambiente, a medida que cumplimos con nuestras tareas en una forma diligente y fiel, haciendo todo en el nombre del Señor Jesús.

El todo suficiente Cristo nos capacita para llevar una vida de oración y de sabiduría

² Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias. ³ Orad también al mismo tiempo por nosotros, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo, por el cual también estoy preso, ⁴ para que lo dé a conocer anunciándolo como es debido. ⁵ Andad sabiamente para con los de afuera, aprovechando bien el tiempo. ⁶ Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno.

La palabra de Dios le da verdadera paz al corazón de los creyentes y los hace querer vivir en paz unos con otros. Estrechamente vinculado con la Palabra, y surgiendo de su mandamiento y promesa, hay otro aspecto de la vida cristiana, la vida de oración de los creyentes. En la palabra de Dios, específicamente en la palabra del evangelio, la mano de Dios descende hasta los hombres pecadores. En la oración, la mano del hombre, alentada y capacitada por la Palabra, se eleva y llega hasta Dios.

Si el amor es el primer fruto de la fe, la oración es el latido del corazón, el pulso vital. Innumerables veces a lo largo de las Escrituras el Señor exhorta a los creyentes a que se acerquen a él en oración. Quiere que llevemos ante él todos nuestros anhelos y necesidades del cuerpo y del alma, así como también las de

nuestros compañeros cristianos. Quiere que oremos aun por nuestros enemigos. Quiere que oremos para confesar nuestros pecados, para alabarlo y darle gracias por su bondad y él promete oír y responder cada oración del creyente.

Con todo esto presente Pablo dice simplemente: “Perseverad en la oración”. Cuando los cristianos oramos debemos estar vigilantes y agradecidos. Debemos estar alerta a las necesidades que Dios quiere que llevemos delante de él y debemos estar despiertos y ser sinceros cuando se las presentamos. Debemos estar alerta a las tentaciones y peligros que nos rodean, que amenazan nuestra fe y que nos obligan a acudir a la oración. Estamos conscientes de las bendiciones que hemos recibido de nuestro Señor y le estamos agradecidos.

El apóstol Pablo tiene una petición especial que hacerles a los colosenses con respecto a sus oraciones. Les pide que lo recuerden, junto con Timoteo, Epafras y todos los que colaboraban con él a favor de la causa del evangelio. Sin embargo, cuando pide las oraciones de los colosenses, Pablo no les pide oraciones para su propio beneficio, tampoco pide oraciones para que lo pongan en libertad y pueda salir de la cárcel. La preocupación principal de Pablo es la obra del evangelio. Así que les pide a los colosenses que oren para que Dios abra una puerta para el mensaje del evangelio y para que continúe bendiciendo la predicación del evangelio y su avance en el mundo. Les pide que oren para que el Señor continúe dándole la sabiduría y el valor para anunciar el mensaje del evangelio de una manera fiel y efectiva.

Si suponemos, como muchos lo hacen, que la epístola a los colosenses fue escrita antes que la epístola a los filipenses, es probable que Pablo haya estado pensando aquí en su inminente comparecencia ante la corte imperial. Qué oportunidad inigualable tendría el apóstol de predicar las buenas nuevas de Cristo ante los más altos funcionarios del imperio. Está visto que el apóstol debe haber sido un predicador efectivo. Sin embargo, él les pide a sus compañeros cristianos que continúen orando para que su

testimonio del evangelio sea efectivo y para que las personas lo puedan captar fácilmente.

Cuando se revela un buen mensaje en mala forma, su efecto se puede llegar a perder. Pablo pide que las oraciones de los colosenses sean para que sus limitaciones y temores humanos no sean obstáculo a la proclamación clara y poderosa del evangelio ante los visitantes, tanto judíos como gentiles, que acudían a él en Roma ante los soldados romanos que lo custodiaban y ante los funcionarios romanos que iban a escuchar su caso. Filipenses 1:10 indica que las oraciones de los cristianos a favor de Pablo fueron respondidas favorablemente; en ese pasaje Pablo les informa a sus lectores que se hizo evidente en toda la ciudad que él no predica ninguna religión ilegal ni antipatriótica, de lo que sus enemigos judíos lo habían acusado. A través de su testimonio claro y alentador se habían convertido muchas personas, siendo ganados a Cristo incluso algunos soldados y funcionarios del gobierno.

Cuando oramos, nuestro Señor no quiere que pensemos sólo en nosotros mismos, “por nosotros y por nadie más”. Quiere que recordemos a los gobernantes, a los compañeros cristianos, a los miembros de la congregación, a los enfermos y los moribundos, a los que están en el error, a todos los que están en necesidad especial de consuelo y de ayuda. También quiere que recordemos a los pastores y maestros y a los misioneros que proclaman el evangelio por nosotros en todo el mundo.

¿Cuándo fue la última vez que usted oró por su pastor? ¿Es que recientemente tal vez usted lo ha criticado más de lo que ha orado por él? Qué ayuda tan poderosa para el éxito tiene una congregación cuando más y más de sus miembros oran, junto con su pastor, para que el Señor lo capacite para que se desarrolle su entendimiento de la palabra de Dios y también su habilidad para comunicar este mensaje precioso desde el púlpito y en el salón de clases, tanto a jóvenes como a ancianos, a los atribulados y a los enfermos, a los moribundos y a los afligidos.

Un gran número de misioneros nos han dicho que están convencidos de que sólo por las oraciones de los cristianos de su país de origen es que han sido bendecidos con la fortaleza necesaria para cumplir con su llamado que con frecuencia es difícil y peligroso. Nunca había recibido palabras de ánimo como las que recibí en mi ministerio personal de una “matriarca” de una familia numerosa, una señora amable y preocupada de mi congregación que, antes de que el Señor la llevara a vivir eternamente a su lado, con frecuencia me aseguraba: “Pastor, nuestra familia está orando por usted”. Oren por nosotros, queridos lectores, para que proclamemos claramente el misterio de Cristo, tal como debemos hacerlo.

Los colosenses debían orar por el éxito del evangelio. Su conducta también debía servir a la causa del evangelio. Pablo concluye esta serie final de advertencias con una palabra acerca de las relaciones del cristiano con los no creyentes, o, como aquí los llama, “los de afuera”. En el espíritu de hacer todas las cosas en el nombre de Jesús, Pablo exhorta a los cristianos a ser sensatos en la forma que actúan con los incrédulos.

En los días de la primera iglesia cristiana era frecuente que fueran difamados maliciosamente por los de afuera de la iglesia. Los no cristianos los acusaban de ser ateos, porque adoraban a un Dios que no veían, y de ser antipatrióticos, porque se negaban a quemar incienso al emperador. La mejor manera en que los cristianos pueden vencer estas difamaciones, dice Pablo, es mediante una conducta sensata. La reputación del evangelio depende en gran medida de la conducta de los que afirman creerlo. Es posible que la gente no lea la Biblia, pero lee a los cristianos.

La sensatez cristiana guiará a los creyentes en su conducta diaria para evitar cualquier cosa que pueda hacer que surjan prejuicios de los de afuera contra el evangelio. En realidad, el testimonio positivo del servicio de los creyentes al Señor y a su prójimo bien puede tocar la conciencia de algunos de los de afuera y ayudar a ganarlos para Cristo. La forma más efectiva en que los cristianos pueden anunciar el evangelio es conducirse en una

forma que haga evidente que el amor de Cristo llena su corazón y su vida.

No sólo es importante que los cristianos vivan sensatamente, sino que también hay una urgencia a que lo hagan. No pospongan la proclamación del evangelio en su vida, les ruega el apóstol, sino que aprovechen cada oportunidad que tengan. Los días son malos, la batalla es difícil, y el Señor ya se acerca.

El testimonio que los creyentes le dan al mundo, no sólo en la forma que hablan acerca de Jesús, sino en su forma de hablar acerca de todas las otras cosas también, debe ser lleno de gracia, sazonado con sal. El hablar misericordioso es el hablar del que imparte la misericordia a los que quieren escuchar. Este hablar no es necesariamente una conversación salpicada de comentarios ingeniosos o inteligentes, es una conversación que resulta de la obra de la gracia de Dios en nuestro corazón. “Sazonada con sal” se refiere a la forma sana en que debemos hablar. La sal es un preservador, evita la putrefacción, y hace que la comida tenga mejor sabor. “Un hablar sazonado” que viene de la boca de los cristianos es un hablar que Pablo describe en Efesios como “no corrupto, sino provechoso”.

El hablar de un cristiano se debe destacar, no por el lenguaje sucio e inadecuado que es tan característico de la sociedad mundana, sino por el lenguaje que es distintivamente cristiano, un lenguaje modelado por el hablar misericordioso de Cristo. Para esta forma de hablar es que el Señor nos ha puesto a los cristianos sobre la tierra. La manera más importante del hablar de un cristiano es cuando habla de parte de su Salvador, explicando su conducta cristiana y dando testimonio de su esperanza celestial.

Los cristianos deben tener un gran tacto y sabiduría para vivir en tal forma que toda su conducta y todo su hablar glorifiquen a Dios y les den a los de afuera un testimonio positivo de lo que es el evangelio. Con las palabras de ánimo con las que termina esta sección sobre la vida cristiana el apóstol nos pediría a cada uno de nosotros que veamos cuidadosamente la forma de vida que llevamos en este mundo. ¿Es posible que por ser cristianos otros

vean, especialmente los de afuera de la fe cristiana, a Cristo en nuestra vida y cuando escuchan nuestras conversaciones? ¿Hay alguna chispa del amor de Jesús en nuestra vida tanto en palabras como en obras de modo que se note el compromiso gozoso que tenemos con nuestro Salvador? ¿O es que hemos sido tan influenciados por el mundo que nos rodea que fácilmente podemos pasar por un grupo más de personas que tienen una mentalidad mundana?

A través de toda esta epístola el apóstol, en una forma elevada y elocuente, nos ha mostrado la suficiencia total de Jesús para nuestra salvación y para nuestra vida cristiana. Que su suficiencia nos continúe llenando con el deseo y la habilidad de glorificarlo con nuestra forma de hablar y con nuestra vida, para que todo nuestro ser pueda dar evidencias de la maravillosa vida y de la esperanza segura que tenemos en él.

Saludos y conclusión

⁷ Todo lo que a mí se refiere, os lo hará saber Tíquico, amado hermano y fiel ministro y conservo en el Señor. ⁸ Os lo he enviado a vosotros para esto mismo, para que conozca lo que a vosotros se refiere y conforte vuestros corazones.

⁹ Lo acompaña Onésimo, amado y fiel hermano, que es uno de vosotros. Todo lo que acá pasa, os lo harán saber.

¹⁰ Aristarco, mi compañero de prisiones, os saluda; y también Marcos, el sobrino de Bernabé, acerca del cual habéis recibido instrucciones; si va a visitaros, recibidlo.

¹¹ También os saluda Jesús, el que es llamado Justo. Éstos son los únicos de la circuncisión que me ayudan en el reino de Dios, y han sido para mí un consuelo. ¹² Os saluda Epafras, el cual es uno de vosotros, siervo de Cristo. Él siempre ruega encarecidamente por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere. ¹³ De él doy testimonio de que se preocupa mucho por

vosotros, por los que están en Laodicea y los que están en Hierápolis. ¹⁴ Os saluda Lucas, el médico amado, y Demas.

¹⁵ Saludad a los hermanos que están en Laodicea, a Ninfas y a la iglesia que está en su casa. ¹⁶ Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de los laodicenses, y que la de Laodicea la leáis también vosotros. ¹⁷ Decid a Arquipo: «Mira que cumplas el ministerio que recibiste en el Señor.»

¹⁸ Esta salutación es de mi propia mano, de Pablo. Acordaos de mis prisiones. La gracia sea con vosotros. Amén.

Ahora el apóstol termina la epístola con la presentación del mensajero que lleva la carta a su destino, con los saludos finales a los colosenses de parte de sus colaboradores y con los saludos personales a algunos miembros de la congregación. Es una característica especial de esta epístola que Pablo mencione a gran número de colaboradores y hermanos en Cristo. Solamente aquí y en el último capítulo de la epístola a los Romanos envía tantos saludos.

Son nueve los nombres que se mencionan aquí, incluyendo siete hombres con los que Pablo estuvo en contacto mientras estuvo en prisión. Al estudiar estos versículos podemos descubrir un poco más acerca de los hombres que rodearon al apóstol durante los días difíciles y productivos de su encarcelamiento. También nos enteramos del espíritu íntimo y cordial que reinaba entre todos los cristianos y especialmente entre los que trabajaban juntos para la causa del evangelio en los primeros días de la iglesia.

Timoteo estaba con Pablo cuando se escribió esta epístola, pero no se le menciona en esta parte final de la carta porque ya se le había mencionado al principio en 1:1 junto con Pablo como uno de los que enviaban esta carta. El primero de los colaboradores de Pablo a quien se le menciona en esta sección es Tíquico, sin duda porque fue quien llevó la carta, junto con las cartas que el apóstol

les envió a los Efesios y a Filemón, a su destino. Tíquico fue uno de los amigos más cercanos de Pablo y uno de sus aliados más valiosos. Era natural de la provincia de Asia y, muy probablemente, de la ciudad de Éfeso. Había acompañado a Pablo a Jerusalén cuando el apóstol fue para entregar la colecta que los creyentes de lugares lejanos habían reunido para los necesitados de esa ciudad. Después pasó tiempo con Pablo en Roma durante el encarcelamiento del apóstol.

Pablo alabó grandemente a Tíquico llamándolo “amado hermano y fiel ministro y consiervo en el Señor”. Y como Tíquico había estado recientemente con el apóstol, era el mensajero ideal para que les informara a los colosenses acerca de cómo estaba pasando su encarcelamiento. También podría dar otros informes personales que los colosenses quisieran saber acerca de Pablo, de sus colaboradores o de cualquier otra de sus amistades cristianas en Roma. Esta epístola contiene muy poca información personal acerca de Pablo, de las condiciones de su encarcelamiento o de las posibilidades acerca del resultado de su audiencia en la corte imperial, y el apóstol aquí nos habla de la razón. Algunas cosas se dicen mejor de lo que se escriben, y Pablo quería que Tíquico personalmente les diera a los colosenses los últimos detalles acerca de su encarcelamiento y de la forma en que marchaba su proceso judicial, incluyendo cualquier detalle que pudiera acontecer entre el breve tiempo en que Pablo terminaba su epístola y la partida de Tíquico a Colosas. Aunque nunca conocieron personalmente al apóstol Pablo, los colosenses estaban preocupados por su bienestar. Pablo apreciaba esa preocupación e hizo los arreglos necesarios para mantenerlos bien informados.

También había otra razón para que Pablo enviara a uno de sus más confiables colaboradores a Colosas, quería que Tíquico “conforte vuestros corazones”. Recuerde que los colosenses y su fe estaban bajo sitio, los falsos maestros, con su cristianismo filosófico, amenazaban con infiltrarse en la congregación. Como representante personal del apóstol y como un siervo competente y fiel del Señor, Pablo confiaba en que Tíquico podía agregar

también algún consuelo al que ya el apóstol les había dado en su carta. Esto les daría a los colosenses una doble fuente de fortaleza para permanecer firmes en Cristo y en el evangelio.

Onésimo acompañaría a Tíquico. Hablaremos con más detalle acerca de Onésimo en la carta a Filemón, pero para sintetizarlo brevemente aquí, Onésimo era un esclavo que había escapado de su amo Filemón en Colosas y había huido a Roma. En Roma conoció al apóstol, aprendió el evangelio y se convirtió al cristianismo. Ahora Pablo lo estaba enviando de regreso a su amo bajo la protección de Tíquico, quien también llevaba una carta personal dirigida a Filemón, apremiándolo a que perdonara y recibiera de nuevo a Onésimo, ahora ya no sólo como un esclavo que volvía, sino como un hermano en la fe.

Aquí Pablo recomienda a Onésimo ante toda la congregación, destacando lo que ya él le había escrito personalmente a Filemón. Al permitir que Onésimo acompañara a Tíquico como un informante más, el apóstol le demuestra visiblemente a la congregación en una forma obvia que consideraba al convertido Onésimo como un hermano fiel y amado. Éste era uno de los cristianos de Colosas, no sólo en un sentido físico por haber nacido en esa ciudad, sino uno de ellos en espíritu, un hermano creyente en Cristo.

En los versículos 10-14 envían saludos a los colosenses tres compañeros judíos de Pablo (Aristarco, Marcos, Jesús el Justo) y tres gentiles de nacimiento (Epafras, Lucas, Demas). Ellos también estaban preocupados por el bienestar espiritual de los colosenses; querían que los creyentes de Colosas supieran esto, y también querían que supieran que estaban de acuerdo con todo lo que el apóstol había escrito.

Aristarco era un judío nacido en Tesalónica, y durante el tercer viaje misionero de Pablo había estado con el apóstol en Éfeso donde una multitud furiosa de idólatras se había apoderado de él. Su nombre también se menciona en Hechos 20, durante el relato de Lucas acerca del viaje de regreso. Aristarco probablemente acompañó a Pablo en su peligroso viaje a Roma y trabajó con el

apóstol por lo menos durante la última parte de su encarcelamiento en la capital imperial. Pablo lo llama un compañero de prisión, no porque también estuviera bajo juicio, sino porque era alguien que se había ofrecido voluntariamente a estar con Pablo para ayudarlo durante su encarcelamiento.

Marcos, conocido también como Juan Marcos, fue el autor del segundo de los cuatro evangelios. Pablo dice que era primo de Bernabé, ya que algunos de los cristianos de Colosas debieron haber conocido a Bernabé en alguna de las ciudades que el apóstol visitó durante su primer viaje misionero. En ese viaje Marcos había acompañado a Pablo y a Bernabé durante parte del camino, pero después se había regresado. Debido a esto, Pablo ya no quiso llevar a Marcos durante su segundo viaje misionero. Eso ocasionó un fuerte desacuerdo entre Bernabé y Pablo, y resultó en su separación. Sin embargo, para el tiempo en que Pablo escribió estas palabras, Marcos ya se había reivindicado de una manera noble, el apóstol ya no lo veía como un lastre, sino que lo recomendó cálidamente como alguien que había sido de gran consuelo para él. Es evidente que esta relación continuó así y lo podemos ver por el hecho de que Pablo también alaba a Marcos en 2 Timoteo, su última epístola.

¿Qué ocasionó el cambio en Marcos y en su relación con el apóstol? Indudablemente Marcos había madurado, tanto emocional como espiritualmente. Quizá la disciplina del apóstol le había hecho reflexionar. O quizá Bernabé, o Pedro, con quienes Marcos se reunía con frecuencia, lo habían tomado bajo su protección y lo habían instruido. Si es que alguien sabía lo que significaba caer y volver a levantarse, ese alguien era Pedro. Cualquiera que haya sido la razón del cambio, ahora recordamos a Marcos, no como el hombre que había abandonado al apóstol, sino como el hombre que regresó, y lo admiramos por esto.

Cuando Pablo escribió estas palabras, por lo visto Marcos ya estaba listo para hacerse cargo de una comisión que lo llevaría al área general de Colosas. Quizá Pablo le había dado esta

asignación. O tal vez era una tarea que ya estaba haciendo para Bernabé o para Pedro. En cualquier caso, los colosenses ya sabían de esta visita de Marcos y habían recibido instrucciones al respecto. A estas instrucciones previas Pablo les había añadido algunas palabras de aliento a los colosenses para que recibieran a este siervo fiel cuando llegara a ellos, que le mostraran hospitalidad y vieran por sus necesidades físicas. A propósito, el hecho de que Pablo perdonara a Marcos, que una vez lo había abandonado, era una forma silenciosa para animar a Filemón para que perdonara a su esclavo Onésimo, que una vez lo había abandonado pero que ahora regresaba a él.

El nombre de Jesús el Justo, otro cristiano descendiente de judíos es desconocido para nosotros. Estos dos nombres eran comunes entre los judíos del Imperio Romano. Esta es la única vez que Pablo menciona a este hombre, pero el informe que hace acerca de él es favorable. De todos los judíos, incluyendo a los judíos cristianos de Roma, estos tres fueron los colaboradores que le dieron al apóstol un verdadero consuelo.

Aquí hay cierta desilusión en las palabras del apóstol, ya que la mayoría de los de su propia raza lo habían rechazado. Romanos 9:1-5 es un comentario adicional acerca del amor que Pablo sentía por los judíos y de su profundo dolor al ver que rechazaron a Jesús y el evangelio. Tal vez ciertos judíos cristianos que se encontraban en Roma estaban entre los que predicaban a Cristo, pero no amaban al apóstol (vea Filipenses 1:15-18). Estos factores también deben haber servido para que Pablo apreciara aún más el servicio que le rendían estos tres fieles judíos.

Después siguen los saludos de tres de los colaboradores de Pablo que son de origen gentil: Epafras, Lucas y Demas. Hemos oído acerca de Epafras en la introducción a los Colosenses y en el capítulo 1:7, donde Pablo habla afectuosamente del hombre y de su trabajo en la predicación del evangelio en Colosas, Laodicea y Hierápolis. Por lo visto Epafras había fundado estas tres congregaciones en el valle del río Lico. Este fiel siervo de Cristo,

con una preocupación genuina por el bienestar espiritual de los colosenses, le llevó a Pablo el informe que lo apremió a escribir esta epístola. Epafras les envió sus saludos a los colosenses.

Pablo también quería que los colosenses supieran que Epafras estaba orando por ellos. Como una parte regular de su rutina diaria Epafras, que quizá fue una de las personas que estaba más consciente del peligro espiritual en el que estaban los colosenses, intercedió ante el Señor por el bienestar de esos cristianos. Diariamente oraba para que el Señor les diera fortaleza para crecer espiritualmente, para que su fe se desarrollara y para que los ayudara a expresar esa fe en su vida. Oraba diariamente para que los colosenses enfrentaran y combatieran con éxito todos los peligros espirituales que tenían ante ellos.

El hecho de que Epafras enviara saludos, mientras que Tíquico regresaba a Colosas con la carta del apóstol, parece implicar que Epafras no pensaba regresar pronto a Colosas, sino que permanecería con Pablo en Roma por algún tiempo. Tal vez deseaba estudiar junto al apóstol o prestarle ayuda en su “ministerio en cadenas”. Por segunda vez en esta breve epístola Pablo recomienda afectuosamente a Epafras. Les recordó a los colosenses que, a pesar de los intentos de los enemigos del evangelio por degradarlo, Epafras había permanecido como un siervo fiel del Señor en Colosas. Los colosenses debían ser leales a Epafras y al evangelio que proclamaba, y no a los nuevos maestros “eruditos”.

La mayoría de nosotros estamos familiarizados con Lucas, un cristiano gentil que viajó mucho con Pablo. Lucas también se destacaba por su fidelidad, era un hombre educado, el “médico amado”, universalmente amado y admirado por los cristianos de su tiempo. Fue el autor inspirado tanto del evangelio que lleva su nombre como del libro de los Hechos. Las referencias que tenemos acerca de él en el Nuevo Testamento lo describen como una persona notable: siempre cerca del apóstol Pablo y del evangelio, siempre fiel a ambos. Entre las últimas anotaciones que hace Pablo en 2 Timoteo, hace esta observación: “Sólo Lucas está conmigo”.

Lucas y Pablo eran dos espíritus afines, los dos eran educados, compasivos, comprometidos y fieles a la causa del evangelio.

El último de los colaboradores de Pablo que saluda a los colosenses tiene una historia menos respetable. Demas iba a ser una gran decepción para Pablo. Durante su segundo y último encarcelamiento el apóstol escribirá: “Demas me ha desamparado, amando este mundo” (2 Timoteo 4:10). ¿Es que Pablo ya se había percatado de esta debilidad fatal cuando les escribió estas palabras a los colosenses? No lo sabemos. Pero el hecho de que en el círculo íntimo de los colaboradores de Pablo hubiera alguien que había demostrado que era infiel, así como hubo un traidor entre los discípulos de Jesús, ciertamente es una advertencia contra el exceso de confianza de cada cristiano.

El apóstol quería que los colosenses les enviaran sus saludos a otros creyentes que vivían cerca. Quería que la iglesia de Laodicea, la congregación vecina con la que los creyentes de Colosas estaban estrechamente relacionados, también recibiera sus saludos. Al saludar a los de Laodicea, Pablo menciona en especial a una mujer llamada Ninfas y a la iglesia que se reunía en su casa con un saludo personal. ¿Quién era Ninfas y por qué ella y la iglesia que se reunía en su casa recibieron saludos especiales? Sólo podemos hacer especulaciones. Es posible que los miembros de un grupo de cristianos en Laodicea que vivían cerca los unos de los otros fueran los que se reunían en casa de Ninfas. Si no, quizá era un grupo más pequeño de cristianos de Hierápolis, la tercera ciudad del triángulo del valle del Lico, que se reunía en la casa de Ninfas.

Era costumbre en los días de la antigua iglesia que las cartas apostólicas circularan entre las iglesias. El apóstol pide que se haga esto con la carta que manda. Después de ser entregada a los ancianos de la congregación de Colosas, por supuesto que se leería a toda la iglesia reunida de Colosas. Después la podían pasar a los creyentes de Laodicea, ya que ellos también estaban enfrentando los mismos problemas que estaban enfrentando los colosenses. Así también ellos se podrían beneficiar con la carta.

Sin embargo, ahora se presenta una dificultad. Pablo dice que la carta a Laodicea también la deben leer los colosenses. Es evidente que en el Nuevo Testamento no hay ninguna carta a los de Laodicea. Entonces ¿a qué carta se refiere el apóstol? De todas las explicaciones que se han sugerido para resolver este misterio de la carta que falta, parece haber dos que son las más razonables. Quizá sí hubo una carta a los de Laodicea, pero se perdió. Sabemos que por lo menos una carta del apóstol Pablo no fue conservada para la posteridad (1 Corintios 5:9), y quizá hasta hubo otras cartas. Sabemos que hubo grandes terremotos que sacudieron en área que rodeaba a Colosas poco tiempo después de que el apóstol enviara las cartas a esa región. La destrucción ocasionada bien pudo haber resultado en la pérdida hasta del manuscrito mejor guardado.

Otra posibilidad es que la carta a Laodicea sea en realidad la carta que ahora conocemos como la epístola a los Efesios. Junto con la epístola a los Colosenses y a Filemón, Tíquico llevó también la epístola a los Efesios. Si la carta a los Efesios fue pasada a un circuito que era más o menos regular, entonces naturalmente pudo haber ido de Laodicea a Colosas. Las dos teorías acerca de la carta a los laodiceos parecen posibles, aunque son sólo especulación.

El versículo 17 es difícil y abrupto, contiene algunas instrucciones para Arquipo, que era miembro de la familia de Filemón, posiblemente su hijo. A ese joven Pablo simplemente le dice: “Mira que cumplas el ministerio que recibiste en el Señor”. Algunos ven en estas palabras una reprimenda y concluyen que Arquipo pudo haber fallado en el cumplimiento de algún proyecto que el apóstol o la congregación le había asignado. Esto es posible, pero no es probable. Si Arquipo hubiera sido flojo o desorganizado en sus deberes, ¿por qué lo honraría Pablo con el título “compañero de milicia” en Filemón 2? Es muy probable que las instrucciones que Pablo le da aquí a Arquipo sean como las que le dio a Timoteo (2 Timoteo 4:5): “Cumple tu ministerio”.

El hecho de que Pablo llame a Arquipo un “compañero de milicia” parece indicar que Arquipo, como Pablo, servía como ministro del evangelio. Bien pudo haber sido el pastor de la

congregación de Colosas mientras Epafras se encontraba en Roma. Entonces las palabras de Pablo serían palabras de aliento para el joven que estaba sirviendo como “pastor vacante”, palabras que confirmaban y respaldaban el llamamiento y el ministerio de un pastor con relativamente poca experiencia que enfrentaba una tarea difícil. Con sus palabras de ánimo a Arquipo, Pablo también estaba animando con mucho tacto a la congregación para que sostuviera a su pastor y cooperara con él.

Era costumbre que el apóstol terminara sus cartas escribiendo algunas palabras con su propio puño y letra. Lo hacía tanto para marcar la carta como auténtica como para desanimar las cartas falsas que estaban apareciendo y que alegaban ser apostólicas. Al terminar, Pablo nuevamente se refiere al hecho de que es prisionero por causa del evangelio; eso le da derecho a esperar que los colosenses escuchen lo que tiene que decirles. Con este recordatorio también les pide de nuevo sus oraciones y les lanza además un desafío, que estén dispuestos a sufrir por el evangelio.

Con una bendición breve, “la gracia sea con vosotros”, Pablo termina su epístola. Estas cinco palabras pequeñas, especialmente en vista de todo lo que Pablo ya había escrito previamente en esta epístola, les dicen mucho a los colosenses y también a nosotros. Gracia, el amor inmerecido de Cristo por nosotros, es la bendición básica que los cristianos tienen y atesoran, transforma el corazón humano, vive en él, y lleva a los creyentes hacia la gloria. La gracia es la base para la fe y el poder para la vida cristiana. La palabra siempre les debe hacer recordar a los cristianos que son salvos, no por su propia sabiduría, esfuerzo o poder, sino solamente como resultado del inmerecido amor de Dios en Cristo. La sabiduría, el discernimiento, la fuerza, la victoria sobre la tentación, y todas las virtudes cristianas son producto de la gracia. Esta es la maravillosa gracia de Dios en Cristo que Pablo les pronuncia a los creyentes de Colosas al terminar su epístola, sosteniendo una vez más ante ellos todas las maravillosas bendiciones que son suyas en la total suficiencia de Cristo.

FILEMÓN

INTRODUCCIÓN

De las trece cartas que el apóstol Pablo escribió, sólo cuatro de ellas están dirigidas a personas específicas (1 y 2 Timoteo, Tito y Filemón). La más personal es la epístola a Filemón. Es cierto que en esta carta hay saludos para la iglesia de creyentes que se reunía en la casa de Filemón, pero de allí en adelante la carta no contiene ninguna otra instrucción genera ni consejos para la iglesia como tal. Más bien, tiene un toque netamente personal de Pablo, el apóstol y caballero cristiano, a Filemón, el líder de la iglesia e igualmente un caballero cristiano.

Aunque es posible encontrar diversas enseñanzas en lo que el apóstol dice y en la forma en que lo dice, sin embargo la carta mayormente gira alrededor de un asunto principal: la petición especial que Pablo le hace a Filemón para que reciba de nuevo al esclavo fugitivo a quien Pablo enviaba de regreso de Roma a Colosas. Precisamente la naturaleza personal de esta epístola es lo que la hace tan especial. Debemos reconocer que esta epístola, con frecuencia ignorada, también es la palabra inspirada de Dios. Esto la hace digna de ser estudiada.

C.S. Lewis calificó a la carta a Filemón como “la expresión humana más bella e intensa de todas las epístolas de Pablo, llena de encanto y belleza”. Otros la han descrito como la “carta más caballerosa que jamás se haya escrito”. Cualquiera que se tome sólo unos minutos para leer los 25 versículos que conforman la carta quedará impresionado y conmovido con su contenido. Merece más atención de lo que su brevedad parece indicar. Quizá este pequeño volumen pueda aumentar nuestro aprecio por esta carta sin pretensiones.

Aunque en la disposición actual de los libros del Nuevo Testamento, la epístola a Filemón está separada por otras cinco epístolas, la epístola de Pablo a Filemón es una compañera natural de la carta a los Colosenses. Filemón y Colosenses fueron escritas

al mismo tiempo, enviados a un mismo destino y con el mismo mensajero. En Colosenses se hace referencia a las personas que se mencionan en Filemón, y el tercer capítulo de Colosenses alienta el espíritu de amor perdonador que el apóstol le pide especialmente a Filemón. Esta es la razón por la que nuestros editores han escogido poner a Filemón especialmente en este libro de La Biblia Popular, aunque a primera vista parezca “estar fuera de orden”.

La epístola a Filemón fue dirigida a un cristiano de Colosas del que sabemos muy poco. Pablo lo llama “amado Filemón, colaborador nuestro”. Concluimos por la carta misma que Filemón debió haber sido convertido al cristianismo por Pablo, ya fuera directa o indirectamente. Quizá Filemón fue instruido por el apóstol en Éfeso, o quizá fue uno de los que en Colosas habían sido llevados a la fe mediante Epafras, el discípulo de Pablo, que fundó la congregación de Colosas. En cualquier caso, Filemón se convirtió en un miembro muy activo de la congregación de Colosas. Había abierto su casa para que allí se llevaran a cabo los servicios de adoración de esta misión. Se había ganado la fama de ser un creyente generoso, amable, un creyente hospitalario y en general un trabajador devoto del Señor y de su iglesia.

Entre los nombres a los que Pablo manda saludos en la carta a Filemón se incluye a Apia, que generalmente se supone que era la esposa de Filemón, y a Arquipo, que probablemente era el hijo de Filemón. Tanto a Arquipo, que por lo visto servía como pastor de la congregación colosense en el tiempo en que se escribió esta epístola, como a Onésimo, que es el tema de esta epístola, se les menciona en el capítulo 4 de Colosenses, donde no se menciona ni a Apia ni a Filemón. Todo lo que sabemos acerca del hombre, cuyo nombre lleva esta epístola del Nuevo Testamento, se encuentra en la epístola misma.

La razón por la que Pablo le escribió esta carta personal a Filemón fue para interceder por Onésimo ante su amigo cristiano. Onésimo (nombre que significa “provechoso”) había sido anteriormente un esclavo de la casa de Filemón. Pero Onésimo se

había escapado, probablemente con dinero que le había robado a su amo. Tarde o temprano, como muchos de los esclavos lo hacían, Onésimo se dirigió a Roma. De una manera providencial se puso en contacto con el apóstol Pablo que estaba bajo arresto domiciliario en la ciudad de Roma, esperando el resultado de su apelación ante la corte imperial. El apóstol que durante su encarcelamiento “recibía a todos los que venían a él”, también le dio la bienvenida a este personaje que era más bien de dudosa reputación. Lo que es todavía más importante, Pablo instruyó a Onésimo en el evangelio.

Así como el Señor había bendecido el ministerio del apóstol para con el amo, igualmente también lo bendijo para el esclavo. Onésimo se convirtió al cristianismo. Rápidamente se estableció un lazo afectuoso y personal entre el apóstol y el esclavo convertido, al que Pablo llama “mi hijo” en Filemón 10. La nueva fe de Onésimo y su profunda lealtad personal al apóstol muy pronto llegaron a ser evidentes en sus acciones. En el pasado Onésimo no había sido nada útil y por eso no le había hecho honor a su nombre. Pero ahora comenzaba a vivir de acuerdo a su nombre, prestándole un servicio devoto y agradecido al apóstol, sirviendo como si fuera “sus pies”, como su mensajero en Roma del encarcelado apóstol. Onésimo se congració con Pablo y sirvió bien a la causa del evangelio.

No hay duda de que a Pablo le hubiera gustado conservar con él en Roma al ahora provechoso Onésimo. Probablemente podría haber convencido a Filemón de que así fuera, pero el apóstol sentía que esa no debía ser su decisión, ni siquiera como una sugerencia de su parte. Respetaba todos los lazos sociales y estaba bien consciente del Décimo Mandamiento y de su advertencia contra la codicia.

No le ordena ni le suplica a Filemón que deje en libertad a Onésimo. El propósito del evangelio no es cambiar el orden social que tenga una persona, sino cambiar el corazón humano. Pablo tenía la confianza de que el evangelio en el corazón tanto del amo

como del esclavo resultaría en la eliminación de los abusos de la esclavitud y llevaría tanto al esclavo como al amo a una nueva relación de respeto y preocupación cristiana de unos por otros. Así Pablo lo envió de regreso a Filemón. Onésimo fue bajo la protección de otro colaborador, Tíquico, y fue voluntariamente. Fue en busca del perdón de su amo y deseoso de regresar a su servicio.

¿Pero cómo reaccionaría Filemón ante el regreso de un esclavo que había sido tan improductivo para él? Bajo la ley romana el amo tenía el derecho legal de castigar severamente, incluso hasta con la muerte, a un esclavo que había escapado. Es por esto que Pablo envió una carta personal con Onésimo y Tíquico, y esa carta la conocemos como la epístola a Filemón. En esta carta el apóstol intercede con mucho tacto y amor a favor de Onésimo ante Filemón. Le ruega a Filemón, que es bien conocido en la comunidad cristiana por la práctica del amor cristiano, que no trate a Onésimo con la dureza y con la crueldad que eran tan típicas de esa época. En vez de esto lo apremia a que muestre el espíritu perdonador que es la marca distintiva de los que son verdaderos seguidores de Jesús.

Al hacer esta súplica, el apóstol le habla al corazón de Filemón. Se refiere a Onésimo, no como un esclavo improductivo que escapó de su amo, sino como su hijo en la fe. Le asegura a Filemón que, gracias a su conversión, Onésimo ya no es solamente un esclavo, aunque todavía exista la relación esclavo/amo. Onésimo es ahora el hermano en Cristo de Filemón. Pablo se ofrece a pagarle a Filemón de su propio bolsillo por cualquier daño o pérdida de dinero que pudiera haber ocasionado la infidelidad de Onésimo. Pero al mismo tiempo en la carta se le recuerda a Filemón la deuda que tiene con Pablo, una deuda que no tiene precio ya que llegó a ser cristiano mediante el ministerio de Pablo.

Podemos tener una idea de la fuerza del lazo que unía a Pablo y a Filemón por la confianza con la que el apóstol le hace esta petición. Uno difícilmente se puede imaginar que Filemón hiciera

otra cosa que acceder a la petición que con tanto tacto le hace el apóstol, de que perdonara a su esclavo y lo recibiera nuevamente. El hecho de que esta epístola aún exista indica que sí lo hizo.

No hay grandes doctrinas en esta breve epístola. Dentro de la serie de textos usada por la mayoría de los pastores, se sugiere un solo texto de esta epístola. Sin embargo, los veinticinco versículos de esta corta epístola nos ofrecen algunas lecciones valiosas en lo espiritual. Antes que nada nos muestran que no hay una línea que divida a Pablo el apóstol de Pablo el hombre. El lema para ambos es, “para mí el vivir es Cristo” (Filipenses 1:21). Toda la epístola respira un espíritu de amor, de perdón cristiano y el punto de vista cristiano, que deben ser evidentes aun en lo que para algunos puedan ser asuntos insignificantes de la vida.

La súplica de Pablo por Onésimo es un ejemplo de intercesión cristiana. Es como un espejo que refleja la intercesión que hace Cristo por nosotros. En una ocasión Lutero dijo enfáticamente que “Somos los Onésimos de Cristo, restaurados por Cristo, quien al renunciar a sus derechos, obligó al Padre a que desistiera de su ira.” Esta epístola también es un maravilloso ejemplo de tacto cristiano. Su tono y su forma son los apropiados para animar la naturaleza generosa de Filemón y para llegar hasta su mismo corazón. Los cristianos harán bien en imitar el ejemplo del amor prudente del apóstol cuando se trate de interceder el uno por el otro.

Bosquejo de Filemón

Tema: Un modelo de intercesión

- Saludos y agradecimiento (1-7)
- I. Súplica de Pablo por Onésimo (8-21)
- II. Otros asuntos semejantes; despedida y bendición (22-25)

SALUDOS Y AGRADECIMIENTO FILEMÓN 1-7

¹ Pablo, prisionero de Jesucristo, y el hermano Timoteo, al amado Filemón, colaborador nuestro, ² a la amada hermana Apia, a Arquipo, nuestro compañero de milicia, y a la iglesia que está en tu casa: ³ Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

⁴ Doy gracias a mi Dios, haciendo siempre memoria de ti en mis oraciones, ⁵ porque oigo del amor y de la fe que tienes hacia el Señor Jesús y para con todos los santos, ⁶ y pido para que la participación de tu fe sea eficaz en el conocimiento de todo el bien que está en vosotros por Cristo Jesús, ⁷ pues tenemos gran gozo y consolación en tu amor, porque por ti, hermano, han sido confortados los corazones de los santos.

Al dirigirse a Filemón, tanto aquí, al principio de la carta, como después en el cuerpo de la carta misma, Pablo no está destacando su autoridad apostólica, sino el hecho de que es prisionero por causa del evangelio. Es prisionero, pero ciertamente no es un prisionero común, el que le envía a Filemón esta súplica especial. Pablo se llama a sí mismo prisionero de Jesucristo. El apóstol considera correctamente su encarcelamiento no como una desgracia, sino como una insignia de honor, porque es consecuencia de su servicio fiel al Señor. Tiene la confianza de que todos los detalles de su encarcelamiento, así como el resultado final, están en las manos del Señor, que gobierna sobre todo el universo para el beneficio de su iglesia. La referencia que hace Pablo a su encarcelamiento por causa de Cristo tanto aquí como en el versículo 9 de seguro que también es parte de la súplica que con todo tacto estaba por hacerle a Filemón.

Filemón debía comprender que la súplica especial de esta carta venía de uno que estaba tan profundamente comprometido con la causa de Cristo que hasta había entregado su libertad por esta

causa. ¿Cómo se podría negar Filemón a conceder esta petición? Filemón podría reflexionar que, aunque era un hombre externamente libre, no estaba completamente libre para hacer lo que le viniera en gana. Como siervo de Cristo, estaba en libertad para hacer lo que era correcto. Timoteo, el colaborador de Pablo y el hermano en la fe tanto de Filemón como del apóstol, se une a Pablo al enviar los saludos. Está de acuerdo con todo lo que el apóstol está a punto de decirle a Filemón en la petición que le hace de hermano a hermano.

Pablo llama a Filemón “amado Filemón, colaborador nuestro”. Esto significa que el amor por el Señor Jesús unió a Pablo, a Filemón, a Timoteo y a toda la familia de creyentes en una forma muy especial. La petición que Pablo hace en su epístola tiene como base este amor. Confía en que Filemón responderá con base en este mismo amor. Al llamarlo “colaborador” Pablo se refiere favorablemente a la manera en que Filemón había dado evidencia de su fe, especialmente entre los otros creyentes. Más tarde se mencionarán algunas de las formas específicas en que demostró su fe, especialmente en los versículos 5-7. Por ahora es suficiente notar que Pablo se dirige a Filemón en una forma respetuosa, como un activo líder laico de la iglesia, un hombre que de acuerdo a su habilidad trabajó por la causa del evangelio. Hasta el día de hoy, los esfuerzos de los creyentes como Filemón hacen que la iglesia cristiana visible sobreviva y florezca.

“La amada hermana Apia” y “Arquipo nuestro compañero de milicia” estaban tan estrechamente asociados con Filemón que el apóstol los incluye en el mismo saludo. Aquí la inferencia parece ser que Filemón era la cabeza de la familia a la que Apia y Arquipo también pertenecían. Generalmente se supone que Apia era la esposa de Filemón y que Arquipo probablemente era el hijo de este matrimonio.

Las palabras de ánimo que Pablo le da a Arquipo en Colosenses 4:17 parecen indicar que éste era el pastor que estaba a cargo de la congregación de Colosas, al menos durante el tiempo en que Epafras estuvo en Roma con Pablo. Aquí el apóstol se dirige a él

como compañero de milicia, como un compañero de armas en los frentes de la batalla que sostuvieron juntamente contra el pecado y contra las fuerzas del mal.

Es claro que Filemón es la persona a la que se dirige esta carta, pues solamente él habría de tomar la decisión sobre el asunto que Pablo le menciona, pero el apóstol quiere que los que están cerca de Filemón también escuchen lo que tenía que decirles, para que ellos también animen a Filemón a que tome la mejor decisión que sea del agrado de Dios. Pablo también quiere que aumente el conocimiento cristiano de ellos y que se amplíe su espíritu de perdón.

Finalmente, Pablo también saluda a la iglesia que se reúne en la casa de Filemón. Durante el primero y el segundo siglos prácticamente no existían los edificios que hoy conocemos como iglesias, las familias usualmente tenían sus servicios de adoración en su propia casa. Los que tenían una casa grande con frecuencia invitaban a otras familias para que se les unieran en los servicios de adoración. María, la madre de Juan Marcos, lo hizo en Jerusalén (Hechos 12:12); Lidia lo hizo en Filipos. Parece que Filemón tenía una casa grande que él ofrecía como un lugar de adoración para los creyentes de Colosas. Esa fue una de las muchas formas en las que Filemón mostró su amor por el Señor y por sus compañeros en la fe. Pablo sabía esto y aprovechó la oportunidad para enviar saludos a todos los que se reunían para el oficio de adoración en la casa de Filemón.

El saludo de esta epístola son las palabras ya familiares de Pablo “gracia y paz”. El apóstol pronuncia el amor perdonador de Dios sobre Filemón, Apia, Arquipo y sobre los miembros de la congregación de Colosas. Les recuerda que el amor de Dios en acción, la muerte substituta de Cristo por todo el mundo de pecadores, les da a los pecadores la paz de corazón y de conciencia, porque mediante la sangre de Jesús ya han sido reconciliados con Dios. Estas bendiciones espirituales básicas y vitales se originan en Dios Padre y en el Señor Jesús. Son palabras que le dirige a uno que él sabe que ha sido profundamente afectado

y grandemente bendecido por la gracia y la paz de Dios y a quien ahora Pablo le envía esta epístola con una petición muy especial. El apóstol confía en que la gracia y la paz de Dios, con la que el amor perdonador del Señor ha llenado el corazón de Filemón, lo motivará a mostrar la misma clase de amor perdonador hacia Onésimo, el esclavo ya arrepentido.

Siguiendo la costumbre de Pablo en sus cartas, después de los saludos venía una acción de gracias y una oración. Siempre que Pablo pensaba en Filemón o lo recordaba en sus oraciones había mucho por lo que él daba gracias. Epafras, el fundador de la congregación de Colosas, que ahora estaba con Pablo en Roma, así como también otros, incluyendo al recién convertido Onésimo, debieron haberle contado a Pablo acerca de la fe ejemplar de Filemón y de su vida cristiana. El compromiso de Filemón con Cristo y su trabajo vigoroso por la obra del Señor, junto con el amor por sus colaboradores cristianos eran bien conocidos en Colosas y más allá de la congregación de los colosenses. Había abierto su casa para los servicios de adoración de la congregación, había ayudado a los necesitados y había hecho una valiosa contribución física y espiritual para el bienestar de la comunidad cristiana de Colosas.

La mención aprobadora que Pablo hace de las evidencias de la fe de Filemón no era una adulación vana, sino una honesta alabanza. Sin duda alguna que Pablo quería que sirviera también para otro propósito. Al recordarle a Filemón las muchas formas en las que su fe se había mostrado en el amor, el apóstol quería preparar a su amigo cristiano para la gran petición de esta epístola. Era una súplica para que su amor cristiano diera un paso más adelante. Era algo que nunca antes había hecho, el perdonar y recibir nuevamente al esclavo que tan mal se había portado con él.

Con mucho tacto Pablo prepara a Filemón para la gran petición. También ora para que el Señor fortalezca el amor de Filemón en su origen al fortalecer su fe y al capacitarlo a compartir su fe y dar evidencia de ella. Los cristianos poseen incomparables tesoros

espirituales en Cristo. Cuanto más conscientes estén de estos tesoros y reconocen las buenas cosas que les pertenecen en Cristo, más activos serán en fomentar y compartir su fe y en reflejar el amor del Salvador en su vida al adoptar una actitud de perdón y de amor hacia sus semejantes. La oración de Pablo es que el Espíritu Santo, que ha llenado de fe el corazón de Filemón y lo ha capacitado para dar tantas evidencias prácticas de esa fe en el pasado, continuara haciéndolo en el futuro por medio de la Palabra y de los sacramentos, para bendecirlo con el desarrollo de su entendimiento espiritual. Este desarrollo espiritual, a su vez, lo llevará a dar mayores evidencias de la fe y del amor en la vida de Filemón y lo capacitará para llevar a cabo el acto especial de amor cristiano que Pablo le está pidiendo.

Filemón no era un extraño a las primicias de la fe. Pablo dice que en el pasado el amor de Filemón con frecuencia había consolado a otros cristianos atribulados. Los informes acerca de su amor con frecuencia habían llenado el corazón del apóstol con aliento y gozo. Ahora Pablo apela al hombre, que considera como un hermano en el Señor Jesús, para que consuele a sus compañeros cristianos una vez más y para darle alegría al corazón del apóstol encarcelado al derrochar la plenitud de la madurez de su amor cristiano sobre un esclavo fugitivo que había regresado.

Difícilmente nos podemos imaginar un ejemplo más grande de tacto cristiano que el que muestra aquí el inspirado apóstol cuando prepara a Filemón para su petición especial. Qué recordatorio impresionante son las palabras del apóstol para todos nosotros. También nuestra vida como cristianos debe ser un desarrollo constante en la fe y como consecuencia un amor que nos capacitará para dar mayores pasos de amor en el trato que tenemos de unos con otros y con todos los otros seres humanos que nos rodean.

SÚPLICA DE PABLO POR ONÉSIMO FILEMÓN 8-21

⁸ Por eso, aunque tengo mucha libertad en Cristo para mandarte lo que conviene, ⁹ prefiero rogártelo apelando a tu amor, siendo yo, Pablo, ya anciano, y ahora, además, prisionero de Jesucristo. ¹⁰ Te ruego por mi hijo Onésimo, a quien engendré en mis prisiones, ¹¹ el cual en otro tiempo te fue inútil, pero ahora a ti y a mí nos es útil. ¹² Te lo envío de nuevo. Tú, pues, recíbelo como a mí mismo.,

¹³ Yo quisiera retenerlo conmigo, para que en lugar tuyo me sirviera en mis prisiones por causa del evangelio. ¹⁴ Pero nada quise hacer sin tu consentimiento, para que tu favor no fuera forzado, sino voluntario.

¹⁵ Quizá se apartó de ti por algún tiempo para que lo recibas para siempre, ¹⁶ no ya como esclavo, sino como más que esclavo, como hermano amado, mayormente para mí, pero cuánto más para ti, tanto en la carne como en el Señor.

¹⁷ Así que, si me tienes por compañero, recíbelo como a mí mismo. ¹⁸ Y si en algo te dañó, o te debe, ponlo a mi cuenta. ¹⁹ Yo, Pablo, lo escribo de mi mano: yo lo pagaré (por no decirte que aun tú mismo te me debes también). ²⁰ Sí, hermano, tenga yo algún provecho de ti en el Señor, conforta mi corazón en el Señor.

²¹ Te he escrito confiando en tu obediencia, sabiendo que harás aun más de lo que te digo.

Con el versículo 8 el apóstol comienza a tratar directamente el asunto que lo llevó a escribir esta carta. La súplica que le hace a Filemón a favor de Onésimo es un modelo de intercesión porque tiene su fundamento únicamente en el amor cristiano. En los versículos anteriores Pablo estableció la base para apelar al corazón de Filemón, ahora hace esta petición en una forma abierta y directa. Pablo era el apóstol del Señor, y como tal Pablo tenía

una autoridad especial en la iglesia; si hubiera querido hacer uso de esta autoridad, simplemente hubiera tenido que darle órdenes a Filemón para que hiciera lo que estaba a punto de pedir. Sin embargo, en este caso Pablo no quería actuar de esa forma, no quería que su petición fuera como una obligación o como un deber que se tenía que cumplir, sino que deseaba que fuera un asunto de amor cristiano. Así que se presentó ante Filemón, no como un apóstol con toda su autoridad, sino como un hombre viejo y como un prisionero de Jesucristo, que apelaba al amor de Filemón.

De acuerdo con nuestras normas, Pablo no era realmente un hombre viejo. Probablemente andaba en los sesenta, pero las expectativas de vida en el primer siglo no eran tan grandes como lo son ahora. Sin duda alguna Pablo se veía mucho mayor de lo que era en realidad debido a las muchas dificultades y a las privaciones que había sufrido en su servicio y por causa del evangelio. Hasta el momento en que escribió estas palabras, Pablo estaba en prisión por causa del evangelio. Filemón amaba y respetaba al apóstol. Como un cristiano que tiene por costumbre mostrar amor por los demás, a Filemón le resultaría difícil negarse a esta apelación especial a su amor cristiano que le hacía su amado apóstol.

Nosotros, los cristianos del siglo veintiuno, podemos aprender mucho de la forma en la que el apóstol hace su petición aquí. Vivimos en una sociedad en la que las exigencias son más comunes que las peticiones. Se nos dice que la seguridad en sí mismo, y no el tacto, hace que la gente progrese en esta vida, pero el apóstol aquí nos muestra una manera mejor. La fuerza motivadora más poderosa de la tierra no es la intimidación ni la amenaza ni la seguridad de lo que uno percibe como sus propios derechos, sino el amor. Esto es cierto hasta el máximo grado entre los cristianos, cuyo amor encuentra su motivo y su ejemplo en el abnegado amor de Jesús por nosotros. Con base en este amor Jesús constantemente intercede por nosotros ante el Padre. El amor será la base sobre la que un cristiano pida por otro cristiano y, aunque

de una manera limitada, será la base de la petición que un cristiano haga por otro que no lo es.

Pablo escoge sus palabras con mucho cuidado. Como un intercesor fiel, se pone a sí mismo entre la persona por quien pide y la persona a quien le escribe esta carta. Con tierno afecto y con bello tacto al decir que el esclavo fugitivo es “mi hijo Onésimo, a quien engendré en mis prisiones”, Pablo pone el tema de Onésimo directamente ante Filemón.

Usando un juego de palabras que se relacionan con el nombre del esclavo, describe el cambio maravilloso que el Señor llevó a cabo en el corazón y en la vida de Onésimo. Onésimo era un nombre común para un esclavo y significa “provechoso” o “útil”. Anteriormente Onésimo no le había hecho honor a su nombre, había sido un fugitivo y había robado, siendo así inútil para Filemón; quizá a Filemón se le ponía la carne de gallina ante la sola mención de Onésimo. Pero ahora, Pablo le dice a Filemón que el Onésimo que había sido instruido en el evangelio y convertido al cristianismo había llegado a ser verdaderamente útil. Ya le había sido de utilidad a Pablo, y también ahora le sería nuevamente útil a Filemón, si es que lo recibía. Además Pablo describe el profundo afecto que había crecido entre él y Onésimo, y confía en que ese afecto iba a crecer también rápidamente entre Filemón y Onésimo cuando el apóstol le dijera a Filemón: “Te lo envío de nuevo,... recíbelo como a mí mismo”.

Pablo enviaba a Onésimo de regreso a Filemón, y Onésimo regresaba ahora voluntariamente a su amo a quien había agraviado, porque ambos estaban convencidos de que eso era lo más apropiado, una actitud netamente cristiana. Después de su conversión, Onésimo se había convertido en un amigo fiel y en un ayudante útil del encarcelado apóstol. Había ayudado a Pablo con su trabajo apostólico. Probablemente le sirvió como mensajero y como siervo personal. En realidad, Onésimo había sido de tanta utilidad que en más de una ocasión había pasado por la mente del apóstol la idea de conservar a Onésimo con él. Pablo razonaba que

el servicio de Onésimo se lo podía acreditar a Filemón, porque el apóstol estaba seguro de que Filemón quería hacer algo para ayudarlo durante su encarcelamiento, aunque la distancia se lo impedía. En el caso de que el apóstol le hubiera hecho esta petición ¿cómo podría Filemón negarse a esa petición de Pablo?

Pero Pablo sabía que no era apropiado que él se atreviera a suponer esa generosidad de Filemón. No quería colocar a Filemón en una situación en la que se sintiera obligado a hacer un gesto generoso, en vez de que ese gesto fluyera espontáneamente de un corazón lleno de amor. Así que, en lo que concernía a Pablo, sólo había una cosa por hacer. Devolver a Onésimo a su amo Filemón. Si entonces Filemón quería hacer algo más, tal vez enviar a Onésimo de regreso a Pablo “en préstamo” hasta que el apóstol fuera puesto en libertad, esa decisión sería exclusivamente de Filemón.

Cuando Pablo le devuelve a Onésimo a su amo Filemón, el apóstol no intenta disculpar la antigua conducta del esclavo que había sido tan inútil. Sin embargo, al animar a Filemón a que perdonara y recibiera a Onésimo el apóstol le pide al amo que se fije en las varias formas en las que el Señor había anulado lo malo que Onésimo había cometido y había hecho que sirviera para algo bueno.

Onésimo se había puesto en contacto con Pablo y había llegado a ser convertido al cristianismo. Pablo había ganado a un devoto amigo cristiano y un ayudante para su ministerio. Definitivamente había posibilidades de que, a fin de cuentas, todo este asunto también resultara para el bien de Filemón. Cuando Onésimo escapó, Filemón se había visto privado de un esclavo y de sus servicios. Por un tiempo había sufrido esta pérdida. Ahora, si recibía nuevamente a Onésimo, Filemón lo podía conservar permanentemente, y mantendría con él una relación nueva e infinitamente mejor. Como un esclavo cristiano Onésimo ahora le iba a servir a Filemón de una manera mucho más gozosa y eficiente de lo que antes le había servido. Ahora él iba a hacer el

trabajo para Filemón como si estuviera sirviendo al Señor mismo.

Además, Filemón y Onésimo iban a compartir un precioso lazo espiritual que antes no habían tenido, el lazo de una fe común. Aparte de la relación física de esclavo y amo, iban a compartir una relación espiritual como hermanos en Cristo. Esta hermandad bienaventurada será más fuerte que cualquier otro lazo terrenal o social y continuará por toda la eternidad. Al mismo tiempo, esta relación santifica y cambia en un sentido positivo todas las otras relaciones terrenales.

Por lo tanto, con base en esto, Pablo sintetiza su petición y le dice: “Recíbelo como a mí mismo.” El apóstol sabía que si él mismo, en persona, fuera a Filemón, su amigo lo recibiría con alegría y lo haría disfrutar de su hospitalidad. Por la fe, Pablo, Onésimo y Filemón, ahora eran hermanos en Cristo. ¿Cómo podría un hermano en Cristo, si el espíritu de Cristo verdaderamente moraba en él, no recibir con cariño a otro hermano que iba arrepentido en busca del perdón?

Había otro factor que Pablo sentía que se debía mencionar, ya que presentaba una amenaza en potencia para un recibimiento cálido a Onésimo de parte de Filemón; era la pérdida económica que Filemón había sufrido como consecuencia de las antiguas acciones de Onésimo. Aunque el apóstol no lo menciona explícitamente, es muy probable que Onésimo robara dinero de su amo antes de escapar a Roma. Estaba también la cuestión del servicio del que Filemón había sido privado durante el tiempo en que Onésimo estuvo ausente. Todo eso podría resultar en una deuda considerable.

Pablo no quería que esos asuntos fueran un obstáculo en la recepción que Filemón le diera a Onésimo. De lo contrario, si Filemón consideraba que eso era un problema, Pablo le dice que todo lo que Onésimo le debía lo pusiera en la cuenta del apóstol. Pablo se había convertido en el padre espiritual de Onésimo, y estaba listo para asumir sus responsabilidades como padre. ¿Hubiera sido capaz el apóstol de pagar una gran cantidad de

dinero si Filemón así se lo hubiera pedido? No hay manera de saberlo. Lo que sí sabemos es que Pablo estaba hablando con seriedad al asumir la responsabilidad de la deuda. No quería que hubiera ningún obstáculo para que Filemón recibiera y perdonara a Onésimo.

Además, si se trataba de arreglar cuentas, Pablo esperaba que Filemón recordara que él mismo le debía al apóstol algo tan valioso que no había forma de pagarlo con ninguna cosa terrenal. Filemón le debía su vida espiritual a Pablo. Filemón había llegado a ser cristiano, quizá directamente por medio de las instrucciones del apóstol o indirectamente, por medio de las enseñanzas de Epafras, un discípulo de Pablo. Pablo, con mucho tacto sugiere: ¿Acaso el beneficio espiritual que había recibido del apóstol no era más que suficiente para pagar la pérdida material que había sufrido por causa de la infidelidad de Onésimo?

Pablo dice que una respuesta favorable de Filemón le iba a dar un gran consuelo espiritual. La reconciliación de esos dos hijos espirituales de Pablo le iba a dar al apóstol una medida especial de alegría espiritual al ver que Filemón ponía en práctica su fe y su amor de esa manera extraordinaria. Si Filemón accedía a la petición, y Pablo estaba confiado en que así iba a ser, incluiría a Pablo en el círculo bienaventurado de aquellos a los que Filemón les había dado consuelo espiritual con su amor. Esta es la forma en la que deben ser las cosas entre los cristianos. Los que son consolados con las buenas nuevas de amor y perdón en Cristo constantemente se consuelan unos a otros al mostrar en su vida el espíritu de amor y perdón de Cristo.

Con la maravillosa lección que tenemos de la súplica prudente y llena de amor que le hace un cristiano a otro, la elocuente intercesión de Pablo por Onésimo en estos versículos también se puede considerar como un reflejo del amor intercesor de nuestro Salvador por nosotros. Como Onésimo, nosotros los pecadores hemos hecho lo malo y hemos escapado de nuestro amo celestial. No merecemos sino su ira y su condenación. Pero así como Pablo

encontró y rescató a Onésimo, Jesús igualmente nos encontró y nos rescató, se colocó entre el Padre y nosotros. Se identificó plenamente con nosotros cuando asumió nuestra naturaleza y se convirtió en nuestro sustituto. No sólo se ofreció a pagar todo lo que debíamos, sino que lo hizo en la cruz para satisfacer la justa ira divina. Ahora, como nuestro gran Sumo Sacerdote, intercede cada día por nosotros, cada vez que pecamos. El Padre no se puede negar a escuchar la intercesión de su Hijo ni se puede negar a perdonar a los que por fe son hermanos y hermanas de Cristo y son sus propios hijos. Lutero lo dijo: “Somos los Onésimos de Cristo... si ustedes están dispuestos a aceptarlo así”.

OTROS ASUNTOS SEMEJANTES; DESPEDIDA Y BENDICIÓN FILEMÓN 22-25

²² Prepárame también alojamiento, porque espero que por vuestras oraciones os será concedido.

²³ Te saludan Epafras, mi compañero de prisiones por Cristo Jesús, ²⁴ Marcos, Aristarco, Demas y Lucas, mis colaboradores.

²⁵ La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amén.

Pablo ni siquiera tiene que esperar para saber si Filemón ha accedido a su petición, tiene la confianza de que su amigo cristiano está empapado por completo en el espíritu del evangelio y confía en que actuará con amor cristiano haciendo lo que es apropiado y correcto. En realidad Pablo está seguro de que Filemón encontrará la forma de hacer más de lo que se le ha pedido. Así que, en cuanto a Pablo, el asunto principal que lo había motivado a escribir esta carta ya estaba arreglado y terminado.

Sin embargo, hay una petición más que el apóstol le quiere hacer a Filemón. El hecho de que lo haga sin vacilar es otra evidencia de la confianza que Pablo tenía en que Filemón iba a respetar la intercesión de esta carta y que todo esto iba a resultar en el fortalecimiento de los lazos de amistad que los unían. Pablo espera ser liberado pronto de su encarcelamiento. Después de quedar en libertad, quiere visitar Colosas. Durante la visita que él y sus colaboradores van a hacer, necesitarían hospedaje. Así que Pablo le pide a Filemón que le prepare alojamiento para esta próxima visita.

Entre los cristianos del primer siglo, cuando viajar era difícil y no había los modernos hoteles que hoy conocemos, la hospitalidad era una de las virtudes especiales y valiosas. Los cristianos adinerados como Filemón frecuentemente “[confortaban] los

corazones de los santos” al proveer lo necesario para el alojamiento de sus hermanos cristianos como el apóstol, cuando viajaban o cuando se detenían a trabajar en sus ciudades.

El hecho de que Pablo espere ser liberado pronto es algo por lo que el apóstol les otorga el mérito a las oraciones de sus hermanos en Cristo. Pablo comenzó esta epístola con una referencia a la oración y la termina en la misma forma. El apóstol no sólo había orado por Filemón y por los colosenses; él sabe que ellos también han estado orando por él y esa es la forma en que debe ser. Los que comparten la gracia de Dios en el evangelio se deben recordar regularmente unos a otros ante el trono de gracia.

El apóstol esperaba quedar en libertad, una libertad por la que muchos cristianos habían estado orando fervientemente; y una vez más sería una evidencia dramática de que Dios, en su gracia, es conmovido a ser misericordioso por causa de las oraciones de los creyentes. Y en realidad toda la evidencia que tenemos indica que Pablo quedó en libertad de ese encarcelamiento especial, y que eso le permitió hacer más viajes a favor de la obra del evangelio y que se alojó en el hogar de Filemón.

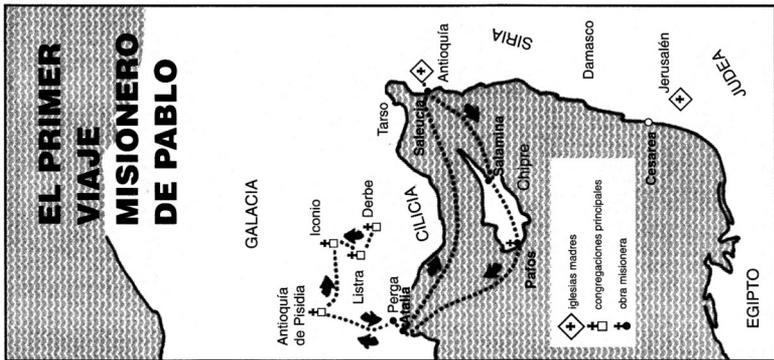
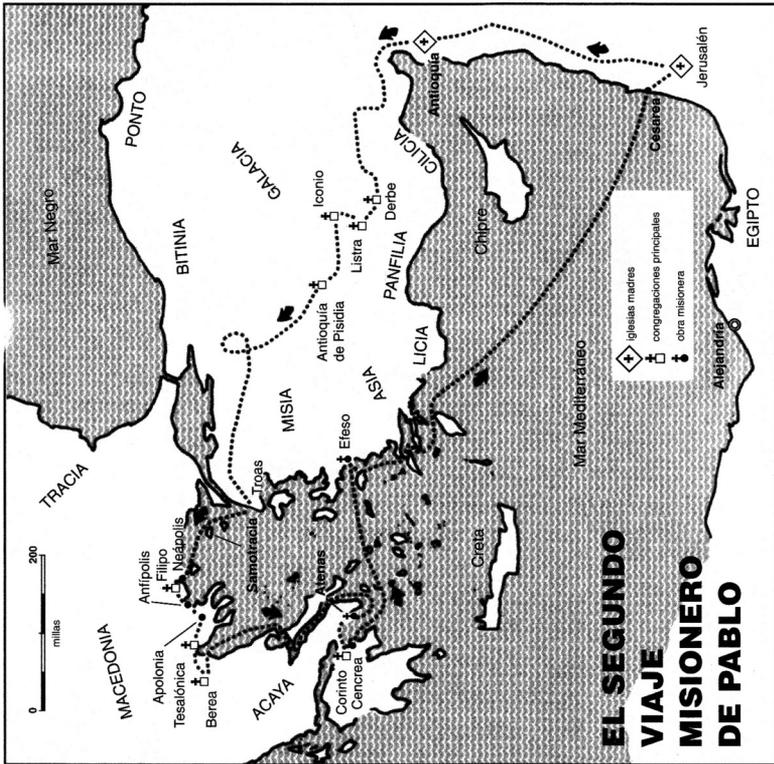
Los saludos que el apóstol envía en esta epístola son de cinco de los hombres que se mencionan en Colosenses 4:10-14. Tal vez el lector desee revisar lo que se dijo en esa sección. En primer lugar se menciona a Epafras, probablemente porque había sido el pastor de Filemón en Colosas. A Jesús el Justo, que se menciona en Colosenses, aquí no se le menciona, probablemente porque Filemón no lo conocía personalmente.

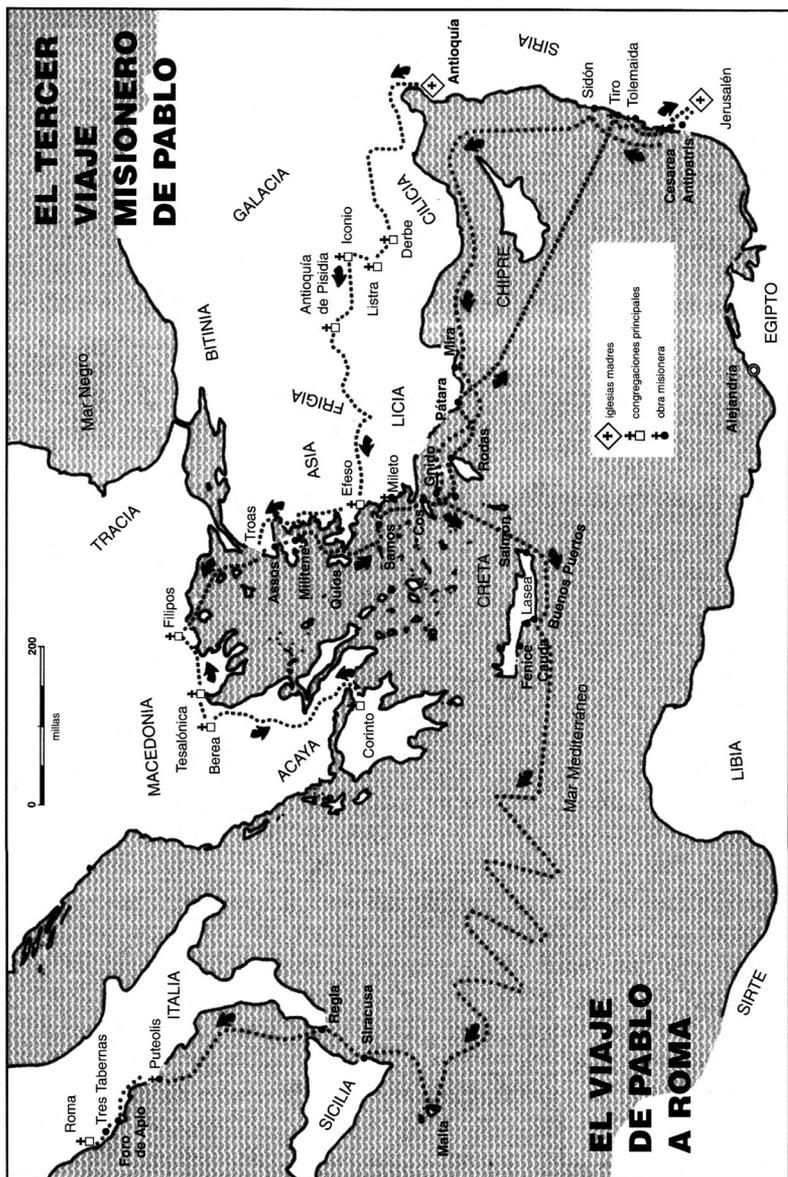
El hecho de que estos siervos del evangelio enviaran sus saludos demuestra que también ellos tenían un interés vital en el resultado de este asunto. Como Filemón, eran colaboradores del apóstol Pablo en la obra del evangelio, y todos estaban convencidos de que se serviría de una manera maravillosa a la causa del evangelio y de que ésta avanzaría si Filemón recibía a su esclavo con un amor perdonador que tomaba como modelo el amor de Cristo.

Sobre Filemón, Apia, Arquipo y todos los que se reunían en ese hogar para los servicios de adoración, sí, y sobre todos los creyentes de todas las épocas que leen esta epístola, Pablo, el apóstol de Dios, les pronuncia la gracia de Dios. La gracia de Dios es su amor por los pecadores perdidos y caídos que no lo merecen, es el don más importante que se les ha dado a los pecadores, y es el origen y la fuente de todas las otras bendiciones espirituales. Cuando este amor de Dios llena el corazón de los creyentes por medio del evangelio, se origina una paz que está más allá de todo entendimiento humano, y que capacita a los creyentes para llevar una vida que da evidencia de este amor.

Nadie le ha agregado una postdata a esta epístola. No sabemos la reacción que tuvo Filemón a la petición de Pablo, pero es de esperar que respondió positivamente. Si Pablo estaba totalmente convencido de que Filemón iba a acceder a su petición, ¿por qué no debemos estarlo nosotros? El hecho mismo de que esta carta haya sido conservada para la iglesia es un argumento silencioso de que su súplica elocuente no cayó en oídos sordos. Igualmente, que cada uno de nosotros seamos conmovidos por esta hermosa y breve epístola para buscar y practicar una fe que, en cualquier circunstancia de la vida, se muestre en obras de amor.

SOLI DEO GLORIA





ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSIS	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSIS	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Pablo escribió estas tres cartas mientras estaba prisionero. **Filipenses** es una carta calurosa y personal donde expresa una gran alegría en Cristo. Pablo escribió a los **Colosenses** para ayudarles a entender la verdad cristiana y a protegerse de la falsa enseñanza. **Filemón** es una corta nota a un amigo de Pablo, donde le pide que perdone a un esclavo fugitivo que ha llegado a ser creyente.